

Olivia Ardey

Amore
se escribe
con licor
de limón

se

Lectulandia

Daniela accede a viajar hasta Italia para asistir al entierro de su abuela, una mujer agria y resentida que cortó toda relación con su padre el día que éste decidió casarse con una extranjera. La intención de Daniela es regresar cuanto antes, pero la lectura del testamento lo cambia todo.

En Nápoles sufre el rechazo de su familia. La única hermana de su padre la desprecia y Rocco, el yerno de ésta, no piensa perder el control de la empresa heladera de los Barone. Pero Daniela no se achanta ante tanta inquina y decide luchar por lo que es suyo.

Rocco Santoro acumula mucha amargura desde el accidente en el que murió su mujer. Daniela, por su parte, acaba de salir de un noviazgo desastroso y lo último que le conviene es fijarse en ese rival de boca «sexy» y mirada hostil.

Viejas afrentas familiares y el peso de la culpa incitan una lucha de voluntades en una romántica ciudad donde es difícil frenar al corazón.

Lectulandia

Olivia Ardey

Amore se escribe con licor de limón

ePub r1.0

Titivillus 01.02.2018

Título original: *Amore se escribe con limón*
Olivia Ardey, 2017

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*Para Idoia García y Javier Guardado,
porque vosotros habéis escrito con limoncello
nuestros mejores momentos compartidos*

En tu corazón sobrevivirán. Son historias que siempre
contarás sin saber si son de verdad.

LAURA PAUSINI, *Amores extraños*

Prólogo

Daniela no se atrevía a moverse de la butaca. En Valencia, ya había montado una vez en las barcas de El Palmar para ver los patos de la Albufera, pero nunca en un barco tan grande, y la sensación de ir en un columpio la desconcertaba un poco. No se mareaba, ¡qué suerte! Se moriría de vergüenza si le entrara angustia como a algunos niños de la clase, que, durante las excursiones del colegio, ponían el autocar todo perdido de vomiteras.

Papá y mamá se habían levantado hacía un rato e iban asomados a la barandilla, contemplando el mar. Aunque Daniela no era tonta y sabía que se habían alejado para hablar sin que ella los oyera. Él estaba preocupado, lo notaba porque lo veía fumar un cigarrillo detrás de otro, rápido y con rabia. Cuando lo sujetaba entre el índice y el pulgar significaba que estaba enfadado. Mamá también estaba pensativa, pero a él se lo veía triste. No obstante, delante de ella intentaban disimular, mostrándose alegres y con ganas de conocer muchos lugares nuevos durante el resto del viaje.

No la engañaban, Daniela notaba que sonreían de mentira.

El niño que iba sentado enfrente también la miraba con muy mala cara. Era obvio que estaba cabreado. Y le clavaba los ojos sin pestañear como si ella tuviera la culpa de algo. Daniela no sabía qué hacer, llevaba agarrada a su muñeca Barbie desde hacía tanto rato que le sudaban las manos. Para entretenerse, se puso a peinarla con los dedos.

Papá y mamá habían planeado aquellas vacaciones como un regalo para los tres, por su primera comunión. Pero no habían podido marcharse a final de curso, ya que en la heladería de papá, que se llamaba Barone como ellos dos, en verano se trabajaba a destajo. Habían tenido que esperar hasta el puente de la Constitución. Papá era italiano, por eso en el rótulo de la calle ponía GELATERIA, y hacía las mejores cremas de helado del mundo. Había nacido en Nápoles y quería que mamá y ella conocieran su tierra. Pero el viaje no estaba resultando como él lo había planeado, de eso se daba cuenta Daniela, aunque a ella no se lo decían.

El niño de la mirada odiosa se levantó entonces de su butaca. Atisbó a derecha e izquierda, después se plantó delante de ella y...

¡Idiota! ¡Acababa de arrancarle la cabeza a su Barbie!

Daniela quiso quitársela de la mano, pero se quedó paralizada en la butaca. No lloró, no gritó, ni le pegó un bofetón. Tampoco le tiró de los pelos, aunque le habría gustado clavarle las uñas hasta hacerle sangre. Ni lloró para darle el gusto a aquel matón de tamaño bolsillo. Con gesto valiente, contempló cómo aquel estúpido retaco, que no le llegaba a la altura del hombro, lanzaba la cabeza de su Barbie al mar.

El niño se sentó de nuevo y entonces se levantó ella. Apoyó el mentón en la

barandilla y vio flotar la melena rubia de su muñeca, mecida por las olas. Aún llevaba lo que quedaba de ella en la mano izquierda, pero ¿para qué la quería así? Sin pensarlo dos veces, tiró el cuerpo al agua y se quedó contemplando los restos del destrozo. Barbie ondulaba en la superficie, vestida de rojo y partida en dos.

Volvió al asiento y siguió mirando al niño del pelo oscuro con aquellos ojos claros llenos de rencor. ¿Le molestaba que hiciera eso? Pues peor para él, porque pensaba mirarlo fijo, fijo, fijo y callada como él. ¿Dónde estaba su familia, que no lo reñía por lo que acababa de hacer? Los chicos de esa edad no iban solos por ahí en barco, como los niños perdidos de Peter Pan. Seguro que lo habían abandonado por ser tan malo. También podía chivarse, y así a ese tonto del culo le caería un buen castigo...

Pero Daniela decidió no decir nada a sus padres. Sólo era una muñeca y en casa tenía muchas más. Ya los veía bastante preocupados y las vacaciones no eran para estar tristes.

Capítulo 1

Daniela, veinte años después

—No pienso ir, mamá. Y deja de insistir —sentenció Daniela—. No se lo merece.

—Es tu abuela, cariño. Te guste o no, lo correcto es que asistamos a su funeral.

Daniela se inclinó más sobre la mesa y la miró con gesto airado.

—¿Al funeral de una señora que no me quiso nunca? ¿De una mujer que le giró la cara a su propio hijo? —puntualizó con dolor—. No voy a olvidar en la vida el modo en que nos despreció cuando papá nos llevó a Nápoles para presentarnos a su familia. ¡Se negó a conocer a su nieta, mamá!

Su madre removi6 el café con leche sin ganas; sabía que la llamada recibida desde Italia hacía una hora acarrearía consecuencias. La primera de ellas, amargarles el desayuno, pensó, dejando la cucharilla y desistiendo de tomarse la mitad del café que ya no le apetecía. Entendía la renuente actitud de su hija, pero en su fuero interno deseaba acudir al funeral de su suegra y poner con ello un simbólico punto final a esa parte de su vida, la más desagradable y amarga.

—Tu padre habría querido que fuéramos, al menos, que lo hicieras tú.

Daniela dejó su tazón en el platillo con demasiado ímpetu.

—Haz el favor, mamá, te lo ruego. Deja a papá tranquilo y no me hagas chantaje emocional.

Su madre sacudió la cabeza con una mueca de dolor.

—No es eso lo que pretendo, cariño, y lo sabes.

Daniela le cogió la mano. Le provocaba una congoja terrible la ausencia de su padre, que las había dejado dos años atrás, pero aún le dolía más ver esa tristeza en los ojos de su madre.

—Mamá, yo no sé si es verdad que el tiempo lo cura todo. Cada día echo más de menos a papá.

—Él no habría permitido que le amargáramos el desayuno con discusiones —recordó, sonriendo con ternura.

Las dos guardaron silencio, cada una perdida en sus propios recuerdos, a la vez que se terminaban sus cafés con leche a pequeños sorbos. Ángela, con la añoranza de quien ha despedido a su amor, a su compañero de vida. Y Daniela, con ese vacío en el alma que la dejó sin el hombre que era su apoyo, su protector, el de los sabios consejos, el que la escuchaba sin interrumpirla envolviéndola en un abrazo de cariño.

—Las tostadas se han enfriado —dijo Ángela en una aconsejable vuelta a la realidad—. ¿Quieres que tueste más pan?

Daniela negó con la cabeza y agradeció su ofrecimiento con una sonrisa.

—Aunque no lo creas, pienso en papá al no querer ir a Nápoles para hacer acto de

presencia en el entierro. Él no se merecía que lo trataran como a un apestado.

—Lo consideraban un traidor.

—¡Pues eso es lo que no soporto! Lo único que hizo fue enamorarse y elegirte a ti y el modo de vida con el que sabía que sería feliz. Y esa mujer no se lo perdonó nunca..., mejor dicho, ninguno de ellos. Pues, ahora, que asuman las consecuencias.

—Yo no lo veo así. A mí me es indiferente. Nada que haga o deje de hacer la familia Barone va a cambiarme la vida a estas alturas. Pero, por la memoria de tu padre y por ti, sobre todo por ti, creo que ha llegado la hora de acabar con este muro de hielo. La enemistad no trae nada bueno y, cuando se trata de la familia, sólo provoca dolor y decepción.

—Yo no los considero mi familia —alegó Daniela con firmeza.

Se levantó y comenzó a retirar los platos del desayuno para llevarlos a la cocina. Su madre permaneció sentada, con los codos apoyados en la mesa y las manos entrelazadas.

—Pues lo son, Daniela.

Ella se plantó, brazos en jarras, en la puerta de la cocina.

—Ni siquiera se dignaron asistir al funeral de papá, no se me ha olvidado.

—Tu abuela estaba ya muy delicada, llevaba meses postrada en la cama.

—¿Y la hermana de papá, qué? ¿Tampoco podía perder su valioso tiempo en acompañar a la familia de su hermano y despedirlo?

Ángela se quedó pensativa al oírla hablar de Nicoletta Barone con tan poca piedad.

—Tu tía acababa de enterrar a su propia hija. Debía de estar rota de dolor.

Daniela era hija única porque, dos años después de nacer ella, Ángela había perdido el que iba a ser su segundo hijo en el tercer mes de gestación. Tras el aborto, quedó incapacitada para concebir. Habían pasado dos décadas y, todavía, cuando veía a un muchacho por la calle pensaba con añoranza que así podría ser ese hijo que no había llegado a nacer. Y, a pesar de no conocer a su cuñada, se estremecía de congoja tan sólo de imaginar la terrible tragedia que le había supuesto despedir una noche a su hija con un beso y despertar con la noticia de que ésta había muerto y su hijo había resultado malherido en un accidente de tráfico.

En cambio, Daniela desconocía esa clase de vacío que deja la pérdida de un hijo y que detiene la vida de una madre para siempre.

—Te recuerdo que tampoco nos informaron del accidente, acabas de saberlo esta mañana por el hombre ese que te ha llamado.

—Era el marido de tu prima.

—Sí, ya me lo has dicho. Y lo siento, la verdad. Nadie debería morir tan joven ni de una manera tan repentina y cruel. Pero esa circunstancia trágica no hace que me caigan mejor todos ellos.

Ángela retiró el mantel y sacudió las migas en el cubo de la basura. Daniela abrió el armario escobero para barrer las que habían caído al suelo.

Mientras lo doblaba, Ángela rememoró la imagen que se había forjado de su suegra, a la que solamente conocía por lo que su marido le había contado de ella. Una mujer brava de la posguerra y napolitana.

—Tu abuela Costanza había enviudado. Y, aunque no necesitaba un hombre para dirigir un negocio, había puesto todas sus esperanzas en tu padre, su único hijo varón, para que tomara las riendas de la empresa familiar, como lo hicieron antes su marido, su padre antes de él y su abuelo antes de su padre.

—Pero papá era un espíritu libre y prefirió fundar su propia heladería.

—Su madre no le perdonó nunca que la dejara en la estacada y se marchara a España por amor a una extranjera.

Ángela guardó el mantel en el aparador y se volvió hacia su hija con la misma firmeza con la que acababa de cerrar el cajón.

—Error que tú no debes cometer. El perdón nos ayudará a pasar página a las dos y a vivir en paz. Sobre todo a ti, te repito.

El móvil de Daniela vibró entonces en el mármol de la cocina. Ambas miraron la pantalla iluminada. Daniela lo cogió para leer el mensaje que acababa de recibir y volvió a dejarlo con un rictus de fastidio que no pasó desapercibido a su madre.

—Otra vez Alejandro —masculló entre dientes.

Ángela se quedó mirando preocupada la expresión de impotencia de Daniela. Lamentaba que su hija tuviera que vérselas con las llamadas, los mensajes y las apariciones por sorpresa de un hombre que no admitía un no por respuesta. Le dolía verla acosada por aquel indeseable que durante cuatro años de noviazgo la había hecho infeliz con sus infidelidades y su trato despectivo. Por suerte para su hija, una traición de la que se regodeó ante ella acabó con su ceguera de amor. De no haber sido así, a su madre le habría resultado insoportable verla unida a un hombre del que no recibía más que desprecio y que, curiosamente, ahora que ella lo había alejado de su vida, insistía como un poseso en volver a «ser su amigo». Extraño concepto de la amistad el de aquel necio ególatra que lo único que no asumía era el hecho de que había sido Daniela quien lo había mandado a paseo, rompiendo el noviazgo y los planes de boda, y no al revés.

—Dices que te ha llamado ese abogado...

Ángela respiró aliviada; el tono de voz de su hija le permitía deducir que quizá fuera el momento propicio para alejarse de Valencia. Con cierto arrepentimiento, pensó que la machaconería del imbécil de su ex había llegado en el momento oportuno. Estaba convencida de que Daniela necesitaba un cambio de aires.

—Se ha presentado como Rocco Santoro. Es el abogado de la empresa y también el viudo de tu prima Olga. Ha sido terrible enterarme de todo así, de repente. Después de informarme del fallecimiento de tu abuela, se ha puesto al teléfono mi cuñada Nicoletta y me ha dicho lo del accidente.

—Debió de ser horrible —reconoció Daniela, estremeciéndose.

Su madre le había contado un rato antes que el propio marido de su prima y Luca,

el hermano de ésta, habían sobrevivido al siniestro. Pero Luca aún sufría graves secuelas.

—Por lo poco que me ha dicho, y notando cómo evitaba llorar, me he hecho una idea de lo que supuso.

—Pero entonces no nos informaron de nada. Y hace dos años ya, ¿no?

—Ocurrió dos semanas antes de que muriera tu padre. Me pongo en su lugar y entiendo que quisieran despedirla en la intimidad.

Daniela cerró los ojos al imaginarlo. Por muy mal que le cayera su familia paterna, aquel suceso trágico que les había arrebatado a la hija y había dejado al hijo en estado crítico debió de partirles la vida por la mitad.

—Olga no tenía hijos, ¿verdad?

Su madre negó con una expresión entre el pesar y el alivio al imaginar lo que habría supuesto dejar niños pequeños.

—Daniela, no me apetece insistir más. Ya te he dado mi opinión. Yo voy a ir contigo o sin ti, sólo te pido que lo pienses.

—El funeral es mañana, poco puedo pensarlo. ¿Ya has sacado el billete de avión?

—Esperaba que me ayudaras tú. Con las reservas de internet no me aclaro mucho. Y así salen más baratos que en una agencia, ¿no?

—De un día para otro salen carísimos sea como sea.

—Da lo mismo; le he dicho a tu tía que allí estaré y no pienso faltar a mi palabra. Tu padre así lo habría querido, para demostrarles que no somos como ellos.

—Papá era el hombre más bueno y menos rencoroso que he conocido.

—Hazlo por él y no te muestres vengativa ahora, Daniela —aconsejó su madre con una súplica.

* * *

Ni un regalo. Ni un solo gesto atento había tenido Alejandro con ella mientras estuvieron juntos. Cuatro años de noviazgo en los que no había tenido con ella el más mínimo detalle. Daniela no podía olvidar cómo la hería, a conciencia, despreciándole los que ella le hacía con la excusa de que a él no se lo compraba con regalos ni era un esclavo de la sociedad consumista.

Patrañas y más patrañas de pseudoprogre dedicado al arte. Una excusa bajo la que escondía su incapacidad para mantener un empleo estable. La pintura era su vida y estaba por encima de todo. Ésa era la forma en que el sucesor de Picasso pintaba flores a brochazos mientras su mamá le costeaba todos los gastos. El arte y su libertad. Ambos principios debía de considerarlos secundarios ahora que ella ya no formaba parte de su horizonte. La prueba la tenía Daniela en las manos.

Una vez más, le daba donde más le escocía. Alejandro tenía muy claro cómo podía abochornarla y conocía de sobra su carácter discreto y su renuencia a dar

explicaciones. Por eso le había mandado un paquete mediante un mensajero a la academia donde ella daba clases y, para colmo, acompañado de una rosa roja. Un odioso detalle romántico que sólo había servido, y eso bien lo sabía él, para que todo el mundo se percatara de ello y la asediara con preguntitas.

Sin embargo, Daniela no les dio el gusto. Dejó la rosa y la caja a un lado tras firmar el recibo del mensajero y continuó impartiendo su clase de inglés como si allí no hubiera pasado nada. Y después la de italiano. Y después la de español para extranjeros, hasta que concluyó su jornada laboral.

Se marchó a almorzar a casa, pero antes hizo una pausa en una terracita a la sombra y se pidió una caña de cerveza con unas patatas fritas. En primer lugar, para repetirse a sí misma que su ex no iba a amargarle el día con su asquerosa insistencia. Y, en segundo lugar, para evitar abrir el paquete bajo el escrutinio de su madre, que, conociéndola, seguro que soltaría algún comentario sobre su racanería durante el noviazgo y a santo de qué le iba ahora con regalitos.

De camino, había dejado la rosa abandonada en un macetero de hormigón. Le dio lástima tirarla a un contenedor de basura. Si alguien la encontraba y la quería, igual le alegraba la mañana. Destapó la caja cuadrada y se quedó mirando con hastío el reloj que contenía. No era valioso, pero sí bonito, metálico y unisex. Un detalle que le confirmó a Daniela lo poco que ella le importaba; habían estado juntos cuatro años, podría haberse dado cuenta de que sólo usaba relojes Swatch de plástico, sumergibles, divertidos y resistentes. Nunca otros, desde que rompió la hucha del cerdito para comprarse el primero de ellos.

Leyó por encima la nota sin llegar a la última línea. La misma canción de siempre: «Podemos ser amigos, bla, bla, bla, bla»... Estaba cansada de palabras huecas y de que el artista que pronto olvidaba sus principios anticonsumistas pretendiera hacerse nuevamente un sitio en su vida con calzador. Miró la hora y supuso que su madre ya habría retirado la cazuela del fuego. Aunque vivía sola en un pisito cercano, Daniela iba casi a diario a comer con Ángela. Por comodidad, para que ella no se sintiera tan sola ahora que no estaba papá y, sobre todo, porque su madre cocinaba como Dios, qué caray.

Apuró el último trago de cerveza y se recriminó por engullir otra patata frita de forma voraz. El verano se acercaba y debía cuidarse un poco si quería caber en el bikini del año anterior.

Entró a pagar su consumición y, al salir, divisó sentado a la sombra al hombre que todos los días tocaba el acordeón sentado en una sillita plegable junto a la fachada del centenario colegio Jaime Balmes. Cruzó el semáforo en ámbar, con el euro y la calderilla de la vuelta en el puño cerrado. Con una sonrisa, dejó las monedas en la cestita y el búlgaro sonrió mostrándole tres dientes de oro. Daniela admiraba la cultura musical de la gente llegada de los países del este de Europa. Todos, hasta el más humilde, sabían tocar un instrumento. Y aquel señor llenaba el ambiente de alegría con su acordeón.

Daniela se quedó mirando al perrito que dormitaba feliz a los pies del músico. Ella, en cambio, se sentía como un chucho atado a una cadena por el modo en que la atosigaba su ex. Quizá su madre tuviera razón y un cambio de aires le hiciera recobrar, aunque fuera por unos días, la sensación de libertad. El entierro de la abuela Costanza no era la mejor manera, pero sí la ayudaría a escapar de la rutina. A fin de cuentas, sólo debía hacer acto de presencia y, después del adiós definitivo a los Barone y compañía, se dedicaría a hacer turismo con su madre. Ella se merecía eso y más, y nunca habían viajado mano a mano como dos amigas.

Soltar lastre, ése era el objetivo.

El hombre tocaba un pasodoble. Daniela se fijó en las muñecas bronceadas por naturaleza del zíngaro acordeonista.

—¿Tiene reloj?

El hombre le señaló con la frente el que lucía en la fachada la relojería Catalán de la esquina de enfrente, para que entendiera que no le hacía falta. Pese a ello, Daniela le tendió la caja con la que acababa de recibir.

—Pues ya tiene uno. Espero que le guste y, si no le ajusta, ahí le cortarán un eslabón —explicó, indicándole la relojería.

El hombre se deshizo en agradecimientos que Daniela se apresuró a acallar mientras hacía un gurrño con la notita escrita por Alejandro en su versión más babosa. Soltar lastre, qué símil tan apropiado. Liberada de aquel peso, se sentía ligera y de muy buen humor.

Capítulo 2

Rumbo a Nápoles

Volar lejos de Valencia, eso necesitaba. Y, desde hacía media hora, la metáfora se había convertido en realidad.

Tras sobrevolar las islas Baleares y disfrutar de la inigualable contemplación de aquel paisaje a vista de pájaro, se reclinó de nuevo en el reposacabezas del asiento. Los billetes habían costado carísimos, debido a la premura con la que los compró, pero Daniela daba aquel dinero por bien empleado. Lo había estado ahorrando para los gastos de la boda que ella misma había acabado anulando. Y, un año después, se alegraba de haberlo conservado. Gastarlo en un primer viaje a solas con su madre era el mejor uso que podía darle.

El funeral al que debían asistir, como una obligación moral autoimpuesta, no empañaba sus ganas de volver a Nápoles. Solamente había estado allí una vez en su vida, cuando su padre las había llevado a conocer a una familia que se había negado a conocerlas a ellas. Pero ella era entonces muy pequeña, y con ocho años no se aprecian las ciudades. Por eso Daniela tenía ganas de contemplar con sus propios ojos, oler, oír y sentir la tierra de su padre, que él le describía siempre emocionado, como si no hubiera lugar más bonito en el mundo.

Pensó en lo caótica que era su vida. O no tanto, pero a ella le parecía que en el último año había debido adaptarse a demasiados cambios. Vivir sola, vivir sin Alejandro, vivir con un nuevo empleo... Muchas novedades en muy pocos meses. Continuaba haciendo traducciones para la empresa con la que trabajaba como *freelance* desde que acabó la carrera. Siempre había tenido facilidad para los idiomas, quizá por el hecho de haber crecido hablando cuatro a la vez. Italiano con su padre, castellano con su madre, inglés en el Colegio Británico y valenciano con los abuelos maternos. Por eso había estudiado Filología Inglesa, después se especializó en Italiana también y realizó un máster de Traducción e Interpretación. Estudiar nunca le había supuesto un esfuerzo considerable, y las lenguas le encantaban.

Pero cuando rompió su relación con Alejandro y con él se esfumaron sus planes de boda y de futuro, tuvo la necesidad de sentirse afianzada. Por ese motivo aceptó trabajar dando clases en aquella escuela privada de idiomas. Un sueldo fijo y seguro le aportaba estabilidad en aquel torbellino de cambios. Allí la trataban muy bien; de hecho, no le habían puesto ninguna pega para que se tomara dos días libres y alargara así su viaje al funeral: uno antes y otro después del fin de semana.

Miró de reojo a su madre, entretenida en ojear una guía turística. Se alegraba por ella, al verla con ganas de volver a recorrer la ciudad, esa vez sin la compañía del amor de su vida. Un paseo por la nostalgia y los recuerdos, que Daniela estaba

empeñada en convertir en alegres y bonitos, dejando atrás para siempre a los Barone y sus desprecios. Ella también llevaba ese apellido, y con orgullo, convencida de que ella y su padre eran los únicos de la familia que no vivían con odio en el corazón. Quedaba un rencorcillo molesto, pero pensaba librarse de él en cuanto dijera adiós a la difunta abuela desconocida y al resto de la parentela.

Ya estaba harta de errores por amor, por consideración o por no herir sentimientos ajenos. Hacía un año que había decidido que ella era la persona más importante de su vida. Ella y mamá. Y la familia materna, los abuelitos y todos los demás. Nunca le había importado ser hija única porque tíos y primos Beltrán, tenía un batallón.

Volvió a mirar a su madre y se acomodó con los ojos cerrados. Cuántas cosas ignoraba ella de su noviazgo con Alejandro. Por su bien, se las ocultaba, no deseaba que lo pasara mal porque, de haber sabido las humillaciones a las que se había visto sometida a todas horas por el hombre que decía que la quería, se habría indignado, y con razón. Con ella, en especial, por aguantar ese trato por amor. Un sentimiento que Alejandro se había encargado de minar día a día. Con la distancia que da el paso del tiempo, Daniela sentía esa época de su vida como una pesadilla engañosa. Un hombre que la despreciaba con sus comentarios dichos en tono dulce, como si obrara siempre por su bien, que se aprovechaba de su sueldo porque él carecía de ingresos fijos. Bueno, no tenía un clavo en el bolsillo —se corrigió mentalmente—, y, con el pretexto de la liberación femenina y tal y cual, dejaba que ella pagara la cuenta en bares y restaurantes la mayoría de las veces. Un intelectual de pacotilla que la humillaba por dedicarse al estudio y no ser un espíritu libre. Pura envidia, ahora Daniela era capaz de reconocer el verdadero trasfondo de su actitud. Un irresponsable, incapaz de costearse su propio piso y que presumía de independencia ocupando una vivienda vacía propiedad de su madre. Un niño que la miraba por encima del hombro porque se negaba a fumar marihuana como él y sus colegas. Un inmaduro que, incapaz de asumir su talento nada extraordinario, echaba la culpa de su fracaso al sistema corrompido del mundo del arte. Un canalla que le contaba sus fantasías eróticas con otras mujeres cuando ella no se mostraba como una gatita sumisa, a modo de castigo para verla sufrir. Un sinvergüenza que se lió con otra durante sus vacaciones en Francia y le echó la culpa a Daniela por no estar a su lado, puesto que ella se negó a seguirlo en aquel viaje sin destino fijo para pintar muros con un espray. Un manipulador que se ensañaba con ella con dulces sonrisas, hiriéndola siempre donde más le dolía. Y ella lo perdonó. Perdonó su infidelidad y se propuso hacer borrón y cuenta nueva. Por suerte para ella, Alejandro calculó mal la hondura de su puñalada y rebasó el límite. Tras retomar sus planes de boda, una tarde, después de hacer el amor, ella descubrió sobre la estantería de su cuarto una fotografía donde aparecía él con la francesa. Su amante ocasional se la había enviado por correo, puesto que seguían en contacto epistolar en un alarde de romanticismo. Cuando Daniela, airada, le pidió explicaciones, él se jactó de lo ocurrido y le recriminó a gritos que no coartara su libertad, puesto que aquel episodio formaba

parte de su vida y aquella fotografía era un testimonio de ello que quería recordar. Daniela se negó a seguir escuchando su infantilidad a la hora de contar lo sucedido. Esa misma tarde cerró la puerta real y metafórica. El adiós fue definitivo.

Con un suspiro pensó que, como Alejandro se negaba a aceptar esa realidad, de un modo u otro sería ella quien se la haría entender. Cuanto antes, mejor. Pensó en Pedro, el gerente de la heladería familiar desde que su padre las dejó. Podía pedirle ayuda a él para bloquear el número de Alejandro en su teléfono móvil. No obstante, eso la obligaría a dar explicaciones, y a Pedro, precisamente, no quería dárselas. Era encantador, amable, tenía infinidad de cualidades, pero hacía meses que mostraba una desesperante intención de rebasar la frontera de «sólo amigos». No, no le pediría ayuda a Pedro. A Irene, sí. En cuanto se acomodaran en el hotel, la llamaría para ver qué teclas debía tocar. Su amiga y compañera de piso durante su beca Erasmus en Génova era un amor de chica, no hacía preguntas y sabía muchísimo más que ella de tecnología, teléfonos, iPads y toda suerte de maquinillas afines.

* * *

—¿Te has planteado visitar a un psicólogo? Te lo digo en serio, Daniela.

—Estás de broma, supongo.

Desde el otro lado de la línea telefónica, Pedro se apresuró a explicarse mejor antes de que ella pusiera fin a su conversación con un golpe de pulgar.

—No pretendía molestarte.

—Ni falta que me hace un psicólogo, Pedro. Y me molesta incluso que lo sugieras.

Pedro Soler, amigo, primo de su amiga Irene, y gerente de la Gelateria Barone, para más señas, la había llamado para saber qué tal les había ido el vuelo. Daniela agradecía su preocupación por ella y, sobre todo, por su madre, a la que no sólo apreciaba como jefa, sino que además le tenía un cariño casi filial, pero tanta amabilidad por su parte empezaba a agobiar a Daniela. Acababa de salir de una relación decepcionante y asquerosa. Lo que necesitaba era libertad, no un guardián que velara por su bienestar.

Pese a todo, como en el fondo se sentía una desagradecida, evitó cortar la conversación con brusquedad.

—No saques las cosas de quicio, Pedro. No necesito ningún psicólogo porque Alejandro no me ha provocado ningún trauma, ¿comprendes? Sólo malos recuerdos, y resulta que tengo un exceso de buena memoria.

—Entonces ¿por qué siempre acaba apareciendo en cada conversación?

—Te lo he dicho: porque no deja de estar presente sin estar. No me permite que me olvide de él. Pero bueno, vamos a dejar ese tema ya.

—Eso es lo que tienes que hacer, romper de una vez el cordón umbilical que te

mantiene psicológicamente atada a alguien que ya no pinta nada en tu vida.

—Tienes toda la razón, y en ello estoy. De momento, voy a bloquearlo, como en las redes sociales. Ya no dejo que espíe mis movimientos, y ahora se acabarán también sus llamadas y sus mensajes.

—Pasa página. Hay muchas personas a tu alrededor que te quieren, y él no te merecía.

Daniela se puso en guardia. La conversación empezaba a tornarse demasiado íntima.

—Bueno, a lo que íbamos. El vuelo, muy bien. En Roma hemos tomado un tren y ahora mismo estamos a punto de llegar a Nápoles. Así que te dejo. Cuídate, Pedro, y no trabajes mucho.

Lo oyó reír.

—Lo justo. Dale un beso a tu madre de mi parte.

Ángela ya estaba bajando las dos pequeñas maletas del portaequipajes y Daniela la regañó por no pedirle ayuda.

Se alegró de poner el pie en la bulliciosa Estación Central. Estaban en junio, pero hacía calor. Aunque el tren era de aquellos antiguos en los que todavía se podían bajar las ventanillas y la brisa se agradecía, alguien había arrancado las cortinillas de tela y el sol las había achicharrado durante buena parte del trayecto.

Tan pronto como su madre y ella salieron de aquel alboroto y Daniela respiró por primera vez el aire de la plaza Garibaldi, supo que de algún modo acababa de llegar a casa. Miró de reojo a Ángela y comprendió que estaba pensando lo mismo: desde algún lugar, papá las acompañaba de la mano.

Buscó en el móvil la dirección del hotelito que había contratado esa misma mañana, ayudada del mapa de Google.

—Mira, mami, está ahí mismo —indicó, señalando hacia su izquierda—. ¿A qué hora es el funeral?

—A las cinco.

—Entonces aún nos da tiempo a dejar las maletas, lavarnos las manos y pasarnos el peine.

—No perdamos tiempo; en el hotel nos dirán si hace falta coger un taxi o podemos ir caminando a la iglesia. Recuerdo haber ido con tu padre, pero ahora mismo no sé si está muy lejos o muy cerca.

—Yo quiero tomarme un café cuanto antes, llevo horas soñando con eso —suspiró Daniela, que, como su padre, adoraba degustar un genuino *ristretto*—. Con algo dulce, ¿eh, mamá?

—Como tú quieras —aceptó sonriente—. Luego no te quejes si no cabes en el bikini aquel.

* * *

Tal como les indicó la amable recepcionista del hotel, fueron caminando hasta via Duomo. Subieron hasta la catedral, donde iba a celebrarse el oficio religioso. Se habían entretenido en la cafetería y apenas quedaban unos minutos para que diera comienzo la ceremonia. A una manzana, vieron aparcado el coche fúnebre y apretaron el paso.

Entrar en la catedral le supuso a Daniela el impacto más intenso que había sufrido en mucho tiempo. La música acentuaba la sensación de solemnidad, pero el interior del templo en sí, incluso en silencio, le habría causado idéntica impresión. Jamás había visto nada igual. Si el arte barroco era la sublimación de la opulencia, lo que tenía a su alrededor era un canto al preciosismo del arte sacro. Una joya, miles de maravillas escondidas en cada rincón. Se había quedado parada en el pasillo central admirando el techo y su madre le rozó el brazo para que se acomodaran en un banco libre y no llamar la atención. La iglesia estaba abarrotada, y el ataúd en el túmulo le causó una extraña sensación de desapego. Siendo su abuela, para Daniela era una desconocida.

Daniela escudriñó las primeras filas. Mucho luto. Aquélla era la familia paterna que le quedaba. A partir de ese momento, se limitó a responder como una autómatas en español a las frases del cura hasta que concluyó la larga ceremonia, a mirarse las manos, a observar su alrededor y a rogar que lo que estaba por venir acabara pronto.

Contempló de lejos el busto de san Jenaro, el relicario en plata maciza que contenía la ampolla con la sangre del patrón de la ciudad, que dos veces al año obraba el milagro. Desde la distancia, intercambió una mirada con la inerte del santo y su imperturbable actitud la hizo imaginar que ambos pensaban lo mismo: altaneros o humildes, ricos o pobres, la muerte nos iguala a todos.

Pensativa, ojeó el túmulo ante el altar y se preguntó cómo debía de haber sido la mujer que dormía el sueño eterno en aquel ataúd. ¿Se había arrepentido en el último instante de no haber querido saber de su hijo? ¿Y de su nieta, que era ella misma, a la que se había negado a conocer? Daniela no se alegraba de la muerte ajena, pero la ausencia de sentimientos hacia su abuela no le remordía la conciencia. Se sentía ante sus restos como una desconocida, como los que acuden a tales actos por compromiso, nada más. No le dolía su ausencia como la de un ser querido. Qué poco pesan los lazos de sangre cuando no hay cariño. En cambio, a su padre lo echaba de menos cada día, aunque habían transcurrido dos años desde que había tenido que despedirlo desolada en una ceremonia similar.

Concluido el responso, su madre opinó que había sido un bonito funeral. A Daniela le pareció un tostón.

Se acercaron a saludar a la familia, para que les quedara claro que ellas tenían menos dinero pero muy buenos modales. A ninguna de las dos le pasó desapercibido el recorrido visual con que las repasaron de arriba abajo un hombre muy joven —y muy guapo— y la mujer que estaba a su lado. Por fortuna, no todo fueron caras fúnebres y hostiles. Otro hombre joven giró con habilidad su silla de ruedas y avanzó

por el pasillo para recibirlas con una sonrisa que Daniela agradeció hasta el infinito.

—Tía Ángela..., y la prima Daniela, ¿verdad? Me alegro muchísimo de conoceros por fin, aunque no sea en las mejores circunstancias. Yo soy Luca Colonna —anunció, tendiendo la mano hacia su tía, que añadió al apretón los dos besos que su cordialidad merecía.

Daniela también lo besó en las mejillas. Trató de no fijarse demasiado en la silla de ruedas ni mostrar la lástima que sentía de verlo allí postrado. Era el hermano menor, el superviviente del accidente, y ésas eran las secuelas de las que le había hablado su madre. No obstante, hasta ese momento no había captado la gravedad de lo que le había sucedido a aquella familia.

—Mamá —llamó él, girando el torso hacia atrás—, acércate, por favor. Mira quién ha venido.

Nicoletta Barone, que recibía los pésames de algunos asistentes, se excusó para saludar a la esposa y a la hija de su fallecido hermano menor.

Entretanto, Daniela observó que el hombre atractivo y excesivamente serio que la acompañaba daba instrucciones a los empleados de la funeraria, que se disponían a sacar el féretro para introducirlo en el coche mortuorio.

* * *

—Lamento tu pérdida —dijo Ángela.

Y tras un escueto «gracias» por parte de su cuñada, intercambiaron un doble roce de mejillas con besos de pega. A Daniela la maravilló, una vez más, la capacidad de su madre para ser amable sin faltar a la verdad. Ella no poseía esa habilidad para navegar entre dos aguas. Ángela había sido sincera al decir que lamentaba su pérdida personal, pero no la muerte de la anciana. Y en su condolencia había una inclusión tácita al fallecimiento de su hija Olga. Recordársela en ese momento de duelo habría sido una crueldad.

Luca rompió la tensión del momento brindándose a llevarlas en su coche hasta el cementerio.

—De ninguna manera voy a permitir que vayáis en taxi —aseguró con un gesto tan amable que Ángela no pudo negarse—. Venid detrás de mí. Donato está esperando fuera, en el coche. Mamá, tú subes con Rocco, ¿no? —Ella así se lo confirmó—. Entonces voy saliendo, que apenas he tenido tiempo de hablar con papá.

* * *

Mientras surcaban las calles de Nápoles en dirección a la colina cercana al

aeropuerto, Luca las informó de otra novedad familiar: sus padres se habían separado un año antes de la muerte de su hermana Olga, noticia que Daniela lamentó en silencio y, por la mirada que intercambió con su madre, supo que ella era de su misma opinión. Aquella familia carecía de alegrías que festejar.

El cementerio di Santa Maria del Pianto se hallaba justo enfrente del cementerio degli Inglese, que albergaba a algunos soldados caídos durante la primera guerra mundial. Luca les explicó que la abuela Costanza iba a ser sepultada allí y no en el inmenso cementerio contiguo, porque ese más pequeño era el que albergaba el panteón familiar.

La ceremonia fue breve y excesivamente rápida. A los asistentes apenas les dio tiempo a aparcar. Fueron congregándose a la puerta del panteón cuando el ataúd desaparecía en el interior. Daniela, que permaneció fuera, al lado de su madre, se preguntó cuántos parientes desconocidos yacían allí juntos; sólo por curiosidad, puesto que no iba a sufrir de insomnio pensando en ello. El único Barone que tenía un lugar en su corazón descansaba hacía ya dos años en la orilla opuesta del mar Mediterráneo.

Una vez que concluyó, el cura dio el pésame a los más allegados, es decir, a los más enlutados. Luca volvió a acercarse a ellas; parecía ser el único que reparaba en su presencia y se preocupaba porque no se sintieran al margen. Con ese detalle, más por su madre que por Daniela, su primo se ganó su repentina simpatía.

—Vendréis a casa, ¿verdad? —ofreció—. Imagino que habéis guardado el equipaje en la consigna de la estación. Donato os acercará en un momento a recogerlo.

—Gracias, Luca, pero no es necesario —contestó Daniela—. Hemos dejado las maletas en el hotel donde nos alojamos.

—Siento oír eso —lamentó—. Esperaba que os quedarais con nosotros. Así habríamos tenido ocasión de conocernos mejor.

Ángela y Daniela intercambiaron una mirada, pero evitaron hacer comentarios. Era todo demasiado repentino y bastante incómodo para ellas.

Daniela no le quitaba ojo al hombre joven que acompañaba a Nicoletta como si de un hijo se tratara, ocupándose de todo con eficiencia y gestos resolutivos. Se notaba que estaba acostumbrado a tomar decisiones. Lo vio despedirse de algunos familiares; fue entonces cuando se irguió y se recolocó la corbata en un gesto automático e innecesario, puesto que la llevaba perfectamente anudada. Daniela lo observó avanzar hacia ellas, sorteando y saludando a algunas personas. Los italianos siempre le habían parecido guapos, pero ése en concreto quitaba el aliento. Alto, con un cuerpo bien definido, a juzgar por lo bien que le sentaba el traje oscuro, moreno y con unos ojos azules fríos como el hielo. Al menos, cuando las miraba a ellas dos. Cuando se presentó como el abogado de la empresa y esposo de la difunta Olga Colonna, a Daniela le llamaron la atención dos detalles. El primero de ellos fue la cortesía de auténtico caballero napolitano con que estrechó la mano de su madre antes

de besarle el dorso, reteniéndola entre las suyas, un gesto breve y galante que la impresionó procediendo de un hombre joven. El otro detalle que despertó su curiosidad fue la frialdad de sus ojos, que no casaba para nada con la corrección de sus modales. Se preguntó qué tenía contra ellas para mirarlas de aquel modo, qué secretos familiares conocía de los que ni ella ni su madre estaban al tanto, o qué patrañas había oído para establecer esa barrera gélida sin conocerlas de nada.

—Rocco Santoro, encantado de conocerte.

Como no hizo amago de darle dos besos, Daniela se limitó a estrecharle la mano.

—Lo mismo digo, aunque habría preferido que fuera en otras circunstancias más alegres.

Él la estudió con evidente curiosidad.

—Hablas muy bien nuestra lengua.

Daniela le devolvió una sonrisa igual de fría que su mirada.

—Sí, eso dicen. Ya puedes imaginar quién me la enseñó.

Por la dureza de su expresión, ella dedujo que no le había sentado bien recibir la misma clase de trato distante. Y en su fuero interno se alegró, lo consideró una victoria. Al menos le había dejado claro a aquel abogado guaperas que las miradas cortantes no la asustaban.

—Rocco —lo llamó Nicoletta, acercándose al grupo—, ven, por favor; quiero ponerle unas flores a Olga. Si nos disculpáis... —se excusó su suegra, dando por hecho que se lo llevaba consigo.

Y así fue. Una vez que se hubo despedido de ellas brevísimamente, Daniela observó cómo se marchaba detrás de su suegra como un corderito camino del matadero. Y se preguntó qué clase de servidumbre lo unía a ella. No obstante, más aún la sorprendió verlo detenerse en seco a unos pasos del panteón, su negativa tajante y evidente desde la distancia, el gesto agrio y contrariado de Nicoletta.

Antes de acompañar de nuevo a Luca hasta el coche, que se ofreció a acercarlas al hotel, Daniela echó una última mirada a Rocco Santoro, que había encendido un cigarrillo y fumaba con la mirada perdida de espaldas al panteón de los Barone.

Y reparó también en un detalle revelador. Su primo había insistido en que se alojaran en la casa familiar, en cambio, su tía Nicoletta no les había ofrecido su hospitalidad.

* * *

¡Cuánta belleza!

Daniela sintió un flechazo instantáneo por aquella ciudad. Y no fue cosa de los recuerdos que atesoraba de ella desde los ocho años, porque la recordaba como envuelta en una bruma. Ni de los que había heredado de su padre, que le hablaba de Nápoles como si fuera su novia. Daniela se enamoró con esa pasión de quien, viaje

tras viaje, ha perdido la capacidad de sorpresa y, al fin, un lugar entre tantas ciudades contempladas le agita de nuevo el corazón.

Una ciudad sucia y fea, aseguraban de ella los que la conocían de oídas. O quienes decían haberla visitado tras un momentáneo desembarco crucerista que apenas les permitía vislumbrar los deteriorados alrededores del puerto mientras huían del asedio de los vendedores de bolsos de imitación. La basura acumulada en los rincones —y que se achacaba con la boca pequeña a intereses de los que era mejor no hablar— a Daniela le pareció que le daba un aire decadente, como el de una gran dama con carácter, consciente de su belleza y que envejece con dignidad. De ser una mujer, pensó que Nápoles sería la Sophia Loren de las ciudades del mundo.

Al día siguiente del entierro, después de desayunar abundante y deliciosamente en el hotel, su madre y ella decidieron continuar con sus planes de hacer turismo. Cotillearon sin comprar nada entre los puestos del mercadillo de los alrededores de Porta Nolana, donde se vendían las cosas más inverosímiles, desde mecheros hasta pescados recién traídos de la mar, tan frescos que todavía coleaban en su cama de hielo.

Siguiendo el mismo camino que las había conducido a la catedral el día anterior, siguieron por via dei Tribunali y callejearon hasta el corazón de San Gregorio Armeno. Cada esquina exhibía una construcción monumental, cada rincón escondía un detalle que era un deleite para la vista. Su madre rió con ternura cuando le confesó que Nápoles era una reina sin corona, porque así la había definido muchas veces su padre. La magnificencia que mostraba al viajero evidenciaba que quien tuvo, retuvo. Con su irremediable decadencia, se percibía en su mismo corazón que un día había sido capital de un reino.

Y la invadió una curiosa sensación que le erizó el vello. Sin saber por qué, y con las enormes diferencias que separaban aquélla de su ciudad natal, Daniela se sentía como en casa. Prefirió no decírselo a su madre, pero en el fondo sabía que su padre la estaba ayudando a descubrirla y a amarla.

La recorría flotando en una nube de bullicio. Nápoles era jaleo, pitidos de bocinas, risas y saludos a voz en grito, era aroma a dulces y a fritura. Aquellas calles, testigos mudos de siglos de gloria, caída y resurrección, eran pura vida.

Recorrieron entusiasmadas como chiquillas la calle de los belenes, eternizándose ante el escaparate de cada tienda de artesanía. En una de ellas, un belenista esculpía la cabeza de una figura femenina a la vista del público, y admiraron el cuidado con que modelaba cada detalle del rostro para dotarlo de esa expresión grotesca en ocasiones, tan típica del pesebre napolitano.

Como su madre quería comprar como *souvenir* un típico juego de la lotería y se entretuvo escogiendo cuernos de la buena fortuna de recuerdo para familia y conocidos, Daniela caminó hasta la esquina, agobiada de encontrarse entre tanta gente en una calle tan estrecha. Al ver a tres hombres charlar en napolitano sentados en una terraza ante sendas tazas de café, sintió una punzada de pesar. Los tres debían

de tener la misma edad de su padre, y se acordó de que él nunca pudo volver a Nápoles. Su idilio con su ciudad natal fue como uno de esos amores reñidos que perduran hasta la tumba.

Daniela miró al cielo con la garganta encogida por la congoja.

—Tú no pudiste hacer las paces con tu amada Nápoles, pero a partir de hoy yo la querré por ti, papá. Para siempre.

Una mano la cogió entonces del brazo por sorpresa y la atrajo hacia la acera de un tirón al tiempo que una Vespa cargada con una familia de tres miembros la rebasaba casi rozándole el costado. Daniela se volvió asustada y se quedó sin saber qué decir al descubrir quién era su salvador.

—Casi te atropellan. ¿En qué estabas pensando? Por estas calles debes andar más atenta.

Rocco Santoro no llevaba el traje de sastre con el que lo había conocido. Vestía pantalones vaqueros y una camisa blanca arremangada, con dos botones abiertos que permitían descubrir que tenía el torso igual de bronceado que la cara y los antebrazos.

—No lo olvidaré —dijo ella por todo agradecimiento.

—Te he visto por casualidad, parecía que tenías la cabeza en las nubes.

Daniela encogió un hombro, no pensaba contarle su conversación íntima con el más allá. Él hablaba con un tono despreocupado y, aunque acababa de salvarla de un atropello, su mirada era tan gélida como el día anterior.

—¿De turismo?

—Sí. Despidiéndome. Mañana quiero que mi madre conozca Pompeya y pasado mañana regresamos a casa. No sé si nos dará tiempo a volver a ver el centro.

Él se quedó mirándola con una expresión que Daniela no alcanzó a descifrar, pero consiguió ponerla nerviosa.

—No te despidas tan pronto de todo esto.

—En Nápoles no dejo nada digno de recordar.

Rocco Santoro aderezó su inquietante mirada con una mueca cargada de ironía.

—Aún no se ha abierto el testamento.

Daniela levantó los hombros con indiferencia. Había pensado en ello, pero sin mucho interés.

—Esa señora no se acordó ni un solo día de su vida de que tenía una nieta más.

—Ésa es una suposición que confirmará o desdecirá la lectura de sus últimas voluntades.

Suponía que, de haberla tenido en cuenta a ella a la hora de legar su fortuna, la parentela paterna hallaría las argucias legales que hicieran falta para quedarse con su parte del pastel.

—Yo tengo que trabajar y no puedo pedir permisos así por las buenas. Estamos en la era 2.0: no hay nada que no se pueda solucionar por teléfono o por correo electrónico —argumentó—. Ya sabes el número de casa de mi madre, puesto que llamaste anteayer. Cuando se conozca el asunto ese de la herencia, si ves que el tema

me incumbe, me dices los pasos que debo seguir y hasta luego, Mari Carmen —concluyó ella, eso último en español.

Él arrugó la frente.

—¿Quiénes son Mari y Carmen?

Daniela cayó en la cuenta: Carmen en Italia era un nombre masculino, pero no era el momento de entretenerse en particularidades onomásticas.

—Es una manera de decir «hasta nunca» a los Barone de Nápoles —explicó.

La mención a su familia paterna no le hizo la menor gracia a su atractivo interlocutor.

—Guarda tu agresividad para ellos y no la uses conmigo —avisó—. Yo no tengo la culpa de que te criaran los lobos.

—Ahora eres tú quien se equivoca —replicó Daniela, masticando su indignación—. Me crié rodeada de cariño. Los lobos viven aquí: Nápoles es una ciudad maravillosa, pero veo que está llena de ellos.

La risilla burlona de él no hizo sino acrecentar su indignación.

—Estás tan llena de rencor que envenenas el aire, casi diría que empieza a oler a azufre.

—Tu opinión me importa muy poco.

—Tanto como a mí las disputas atávicas entre tu familia y tú.

—Vamos a hablar claro: tú eres uno de ellos —puntualizó ella airada—. Y todos vosotros me importáis menos que nada.

Rocco miró su reloj, como si el asunto lo aburriera y quisiera acabar cuanto antes con aquella conversación.

—El sentimiento es recíproco —concluyó—. Ya te llamaré por teléfono más adelante, que tengas buen viaje. Y no vuelvas más.

Capítulo 3

Hogar, dulce hogar

Lo primero que hizo Daniela en cuanto puso un pie en España fue dejar la maleta. Y lo segundo, coger el coche y plantarse en Rafelbunyol para ver a sus abuelos, un pueblo casi pegado a Valencia en el que residía la mayor parte de su familia materna.

Aún le escocían las palabras de aquel abogaducho impertinente. Que la criaron los lobos, le había dicho. Pues qué equivocado estaba. Nunca le había hecho falta su abominable parentela Barone para sentirse una niña querida.

El yayo Paquito la recibió entusiasmado con su nuevo descubrimiento llamado Netflix, con el que veía todos los programas que quería y a todas horas, excepto a la que pasaban el concurso ese en que los concursantes se caían a un agujero si perdían, para no soliviantar a la parienta. Con el nombre de chiquillo se había quedado, y Paquito era a sus setenta y nueve años. La yaya Amparo —Amparín para las vecinas— le preparó, sin preguntar ni escuchar, su merienda preferida: una punta de pan con cuatro onzas de chocolate Nestlé dentro. La señora Amparo tenía setenta y cinco años según ella, y ochenta y uno según su DNI. Llevaba la tira quitándose años porque le había dado siempre no sé qué tener dos más que su marido. A pesar de las protestas de sus hijas, por supuestísimo que no se celebró su ochenta aniversario, ya que, en teoría, aún le faltaban cinco para cumplirlos. Buena era para llevarle la contraria.

Entre bocado y bocado de pan con chocolate, Daniela la ayudó a cambiar de sitio varias veces, a ver dónde quedaba mejor, la muñeca con bata de cola de lunares. Desde que sus hijos les habían regalado el televisor de plasma, acostumbrada a verla encima de la tele vieja, no sabía dónde ubicar a la flamenca.

Para Daniela, no había mejor medicina para curar el alma que los besuqueos de sus abuelos. Después de varias horas, durante las que fue informando de lo bien que le iba en el trabajo, insistió en que al novio aquel que lo zurcieran, que no quería saber nada de él, y también les contó por encima su repentino viaje a Italia — momento en el que tuvo que oír pestes a raudales, porque, en opinión de la abuela, su padre fue un santo al que quisieron más que a un hijo y sus parientes, una *gentola de merda*—, Daniela regresó a Valencia más contenta que un turista estrenando chancletas.

Tuvo una suerte increíble y, sin pretenderlo, encontró un hueco para aparcar en la puerta de la heladería. Y no dejó pasar la ocasión.

Después de entrar a saludar al personal, asomando la cabeza por la puerta del mostrador, habló unos minutos con Pedro Soler. Él agradeció el detalle, y ella, a su vez, que estuviera tan ocupado en ese momento, porque quería tranquilidad para revisar su correo y no entretenerse con charlas que, *a priori*, ya imaginaba qué

camino iban a tomar: Pedro dándole la razón y llevando la conversación al terreno de los sentimientos, para luego insinuarse y ella acabar parándole los pies.

Se sentó en la terraza y pidió un granizado de café con una bola de mantecado, un combinado tan pasado de moda como el nombre con el que se lo conocía. Pero a ella le gustaba paladear ese clásico. Revisó la mensajería instantánea y los correos recibidos durante el viaje. Contestó unos cuantos y apuntó el resto para responderlos en otro momento porque prefería disfrutar de un rato de descanso. La brisa en aquel chaflán privilegiado era un deleite añadido al sabor del granizado.

Recorrió con el dedo el borde del vasito de agua que acompañaba la copa en la pequeña bandeja ovalada de metal, un detalle muy italiano que su padre se había empeñado en mantener, tan lejos de su tierra natal. Según le habían contado, hecho que durante su infancia ella pudo constatar de primera mano, su padre refundó aquella heladería. Hizo pocos cambios en el local, cuyo traspaso adquirió a sus fundadores originales, unos hermanos llegados de Italia cuando había estallado la segunda guerra mundial. Él rótulo en la fachada era el ya mítico GELATERIA BARONE, pero la ciudad entera la conocía como «Los Italianos». Por entonces, cuando cada pequeño comercio se ocupaba de lo suyo, las heladerías y horchaterías abrían por costumbre desde la primavera hasta el otoño. En invierno cerraban por vacaciones. Durante los meses fríos tomaban el relevo las chocolaterías en lo que a oferta de caprichos dulces se refería. Pero el cambio climático y el espíritu de una ciudad festiva de por sí cambiaron las costumbres. Todos decidieron abrir todo el año y competir sanamente entre ellos. Las chocolaterías siempre servían helados, y en las heladerías se ofrecía chocolate caliente, batidos y horchata.

Atrás quedaron aquellos días, época dorada de su padre, en que la apertura de la Gelateria Barone días antes de las fiestas de las Fallas, con sus camareros al estilo clásico de chaquetilla blanca y pajarita negra, anunciaba la llegada del buen tiempo, de las faldas cortas, las piernas sin medias, los escotes y los estampados festivos.

Daniela removió el café y se quedó contemplando el brillo de la cuchara, una *paletta*, otro elemento más en vías de extinción, pues pocas heladerías las usaban ya. Los tiempos cambiaban, pero el espíritu de Giulio Barone seguía vivo en detalles como la elegante vestimenta de la plantilla, los sabores tradicionales de Italia, los helados en copa de metal coronados por una guinda confitada y el vaso de agua, cortesía de la casa para acompañar el helado y el café.

* * *

Lo mejor de su trabajo en la academia de idiomas eran las pausas entre clase y clase. Daniela prefería llegar media hora antes para compartir un cafelito de máquina con otros profesores o quien se dejara caer por la zona de descanso, fueran antiguos alumnos, su jefe, que era como un padre para todos, la responsable de administración,

que siempre llevaba jugosos cotilleos televisivos, o la señora de la limpieza, que era la alegría de la empresa.

Ese día, Daniela se alegró mucho de la visita de Irene. Había ido a recordarle la cena de esa noche, en la que iban a reunirse todos los excompañeros que habían coincidido en Génova durante su beca Erasmus. Irene Lloret estudiaba entonces Fisioterapia, y Daniela Filología. Habían compartido piso en aquella ciudad italiana donde las becaron a ambas. Los estudiantes españoles formaron piña durante aquellos meses y, una vez al año, con la llegada del verano, organizaban una cena para verse las caras y no perder el contacto.

—Entonces ¿paso a recogerte?

—Ven a la hora que quieras —convino Daniela—, estaré en casa esperándote. Y mejor llamamos un taxi.

—Sí, yo intentaré aparcar cerca de tu casa. Así no nos arriesgamos a una multa si nos tomamos un par de copas.

—Si quieres quedarte a dormir en mi casa, ya sabes que no hay ningún problema.

—Esta noche veremos, depende de cómo acabe la fiesta y a qué hora.

Irene, que aún vivía en la casa paterna en el barrio de Torrefiel, un poco cansada de compartir el baño y el mando del televisor con sus cinco hermanos, se había emancipado de una manera un tanto egoísta: al ser la mayor, había pedido permiso a sus padres para mudarse al apartamento familiar. Desde que había regresado de Génova, residía en la playa de El Saler. Una solución temporal que empezaba a eternizarse, puesto que no veía el momento de alquilar o comprar una vivienda propia, y menos desde que hacía dos meses había renunciado a su trabajo. A falta de subsidio por desempleo, puesto que había sido ella quien se había marchado de la clínica de fisioterapia a pesar de los gritos de sus padres por comportarse como una tonta de remate, sobrevivía a base de asistir a clientes a domicilio. Sin sueldo fijo, era una locura pensar en hipotecas ni en alquileres. A cambio, se veía obligada a compartir el apartamento de la playa con su numerosa familia durante los meses de verano.

Cuando hablaban de ello, Irene repetía que envidiaba a Daniela por ser hija única, mientras que ésta habría deseado tener tantos hermanos como su amiga. Una conclusión que las llevaba siempre a brindar por la paradoja tan humana de que nadie está contento con lo que tiene.

Una de las alumnas de inglés más antiguas de la academia, que acababa de llegar, se unió a su conversación. Se trataba de una chica nacida en Shanghái que antes de matricularse en el curso de inglés había estado dos años estudiando español allí. Se ganaba muy bien la vida, puesto que era una excelente tatuadora, y de ahí su necesidad de dominar el idioma para poder comunicarse con su cada vez más numerosa clientela.

Daniela salió de la salita de la máquina de café para abrir el aula y permitir que se fueran acomodando los alumnos más tempraneros. Cuando regresó, vio a Irene

muerta de la risa y a May Lin con el ceño fruncido, signo evidente de que no compartía su jocosa opinión.

—A mí no da risa —explicó a Daniela, mostrándole el móvil—. Poco profesional, ¿no? No se hace esas cosas.

Dos años de estudio del español no habían eliminado todas sus lagunas idiomáticas. Poco a poco y con mucha práctica, pensó Daniela.

—Hombre chico...

—Ese hombre o ese chico; las dos cosas a la vez, no, May Lin —la corrigió por defecto profesional.

—Gracias. Ese chico —repitió, pronunciando despacio— pidió tatuaje proverbio chino.

—Y se lo hicieron —convino Daniela—. A mí me gusta cómo le quedó.

—Sí, sí... —Irene rió de nuevo.

Las tres observaban en la pantalla del móvil de la tatuadora un hombro masculino con una leyenda en chino en tinta negra.

—Tatuador sinvergüenza —exclamó indignada May Lin—. Mala fama a todos. No proverbio. Lee, lee —las invitó, como si Daniela e Irene supieran mandarín—. «Pedí agua y me dieron chinchón.» ¡Eso pone! ¿Qué es *chinchón*? ¿Salchichón?

Daniela se contagió de las carcajadas de Irene.

—Es agua de vida, un licor muy fuerte. Acabo de buscarlo en internet —informó, mostrándole su teléfono—. Esa frase la dijo un filósofo después de caerse de la silla en un debate televisivo de lo borracho que iba.

—Ya me acuerdo —dijo Irene—. Les echaba la culpa a los del programa —explicó a la tatuadora—. Ese licor es transparente como el agua; quería decir que lo engañaron y por eso se emborrachó.

—Pero no entiendo por qué tatuaje.

—Vete a saber, por venganza o para reírse de él se lo harían.

—En China lo hicieron, muy bromistas algunos colegas —lamentó, como si ello constituyese una lacra profesional.

—Le caería mal el chaval, buscaría en Google «frases cachondas español» o a saber... —dedujo Irene—. A lo mejor fue una venganza por regatearle el precio, hay gente muy rata. —Y volvió a entrarle la risa al acordarse del chinchón y el sabio que le daba al frasco.

—Enséñanos otro, May Lin. ¿Tú también tatuaste a ese chico?

—Sí —afirmó orgullosa—. Bonito tatuaje y sin engañar. Yo no.

Les mostró de nuevo la pantalla del teléfono.

—«Amor sin sexo es como pizza sin queso.»

Daniela e Irene se quedaron mirando el tatuaje. La vista no las engañaba, aquello era una nalga blancuzca, y la dulce May Lin había tatuado una porción de *pizza* debajo de aquel verso ripioso de carpeta de instituto.

José Luis, el director de la academia, asomó entonces la cabeza.

—Qué bien os lo pasáis, chicas —comentó con un guiño dirigido a las tres—. Desde fuera se os oye reír.

May Lin se acercó a él para mostrarle orgullosa el tatuaje.

—¿Te gusta?

—¡Ay, la leche! —saltó horrorizado.

—No leche, es *pizza* Margarita.

—Ya lo veo, ya —murmuró, huyendo por el pasillo antes de que insistiera para que le diera su opinión.

May Lin se volvió hacia las chicas con cara de entusiasmo.

—Bonito, ¿verdad?

—Precioso —dijeron aquel par de mentirosas al unísono.

Gracias a May Lin había un macho ibérico con una *pizza* tatuada en el culo, convencido de que las mujeres se volverían locas por darle un mordisco.

Había llegado la hora de entrar en el aula e Irene tenía que irse. Decirle la verdad habría sido una mala manera de amargarle la mañana, y la dulce flor de Shanghái era tan buena chica que daba penita hacerle algo así.

* * *

Otra vez Alejandro, otra maldita vez.

A Daniela le dio un vuelco el corazón. Y no fue de frenesí amoroso. Aquel pulso descontrolado era un ataque de rabia.

Allí lo tenía, una vez más, avanzando hacia ella con ese aire seguro y dominador. Alejandro de nuevo, su pesadilla recurrente. ¿Cómo se habría enterado de que iba a estar esa noche justo en aquel local de copas y baile? Él lo sabía todo, ése era el mensaje que le enviaba para que no lo olvidara cada vez que se hacía el encontradizo.

Él era así, implacable. No se detenía hasta conseguir lo que quería. Y la quería a ella. No la amaba, deseaba tenerla bajo su dominio porque Alejandro era un hombre sediento de control. Nada más. Y, como de costumbre, le fastidió la fiesta de antiguos compañeros de estudios. La noche había sido divertida y maravillosa hasta que él llegó para echarla a perder.

—Qué casualidad encontrarte aquí, pequeña.

—Sí, seguro —replicó ella molesta—. Y no me llames así.

—No te pongas nerviosa.

Daniela se odió por sentirse débil. Alejandro, especialista en detectar sus puntos flacos, la anulaba con sus comentarios como balas disparadas con calma. Nunca perdía los papeles, otra manera de enervarla y hacerla sentirse mal. Había momentos en que ella llegaba a creer que nunca se libraría de su ex ni del desagradable estado de ánimo que seguía provocándole a pesar del tiempo transcurrido.

—¿Qué haces aquí? —inquirió, molesta.

—Pasar el rato. Y charlar con una amiga.

—Tú y yo no somos amigos. No lo seremos nunca.

Él sonrió y levantó su copa.

—Esa actitud es infantil. Crece y sé una mujer.

Daniela dio un paso atrás, con los nervios a flor de piel. La incoherencia entre su sonrisa y sus palabras hostiles la confundía. Ante él siempre se había sentido desconcertada, como un cachorro al que se acaricia y se maltrata a la vez.

—Lárgate, por favor.

Irene corrió a defenderla. Y, aunque Daniela era una mujer y no la chiquilla que Alejandro quería hacerle creer, se alegró de la llegada de su amiga y de sentir su mano agarrándola por la cintura.

—Vete a divertirte a otra parte. ¿No la has oído? Aquí sobras.

—¿Me estás echando, Daniela? —inquirió él igual de sonriente, ignorando a Irene.

—Quiero que te vayas y me dejes en paz para siempre.

Él sonrió con una ternura que habría engañado incluso al más listo.

—La próxima vez no seas tan desagradable —remató con desdén.

Daniela no lo vio dar media vuelta y desaparecer entre la gente que bailaba junto a la barra. Apoyó la frente en el hombro de Irene y su amiga le arregló el pelo con cariño. Después le cogió la cara entre las manos.

—No le hagas caso. No lo escuches. Acabará cansándose de acosarte. Porque esto es acoso.

—Quiere volver a engatusarme con el rollo de ser amigos y enredarme de nuevo con sus mentiras. No soporta que no dependa de él para ser feliz.

—Yo creo que te equivocas —opinó Irene—. Es él quien no consigue ser feliz ahora que sabe que te ha perdido. Pero no lo reconocerá nunca, es demasiado orgulloso. Estoy convencida de que ahora valora lo que tenía contigo y perdió por no cuidarte.

—Por no respetarme.

—No pensemos más en eso, hemos venido a divertirnos.

—Tienes razón —dijo Daniela, sacudiendo la melena y con ella los malos pensamientos—. ¡Que siga la fiesta!

* * *

Y siguió.

Bailaron y bebieron durante horas. Ya amanecía cuando Daniela intentaba abrir sin conseguirlo la cerradura de su casa. Cayó como una marmota sobre la cama y durmió y durmió...

Hasta que el teléfono comenzó a sonar pasadas las doce del mediodía. Se

incorporó de sopetón y miró a un lado y a otro en busca de esa musiquilla inquietante. Agarró el móvil, pero no llegó a tiempo. Miró la pantalla: tres llamadas perdidas de un número con prefijo de Italia. ¿Quién narices se dedicaba a molestar a la gente con llamaditas un sábado por la mañana?

Aún tenía el teléfono en la mano cuando sonó por cuarta vez y, entonces sí, pulsó el botón y se lo acercó a la oreja.

—¿Sí?

Cerró un ojo. Su propia voz le sonaba pastosa.

—¿Daniela Barone?

—Soy yo. ¿Quién eres? —murmuró.

Recordó que la noche anterior se había pasado con la bebida por culpa de la llegada sorpresiva de Alejandro. No, por culpa suya, se corrigió. Tenía edad suficiente para saber que el alcohol disimula los problemas anímicos pero no los arregla.

—Soy Rocco Santoro. Debo informarte de una circunstancia importante que te atañe directamente. Ya comentamos cuando viniste al funeral que tendrías que volver en cuanto se leyera las últimas voluntades de tu abuela.

—Y recuerdo muy bien que te dije que solucionarás el asunto por *e-mail*, burofax o correo.

—No va a ser posible. Tienes que venir porque no sabíamos que tu padre había dejado en manos de la señora Costanza las acciones que él había heredado al morir el suyo.

—¿Mi padre tenía acciones de esa fábrica?

—Un paquete importante que tu abuela manejó durante años como si le pertenecieran. Pero son tuyas: tu padre nunca llegó a firmar los papeles de la donación, por lo que te corresponde heredarlas como hija única.

—Mi padre no incluyó esas acciones en su testamento.

—Porque es probable que desconociera que nunca dejaron de ser tuyas. No obstante, ése es un asunto legal de fácil solución.

Daniela se miró en el espejo, con el móvil en la oreja. Con el maquillaje corrido y la ropa del día anterior, le dio asco verse y volvió la cabeza hacia la cristalera del balcón. Sin embargo, la luz del sol le molestaba y tuvo que entornar los ojos como si fuera miope.

—No tengo intención ni ganas de volver a Nápoles.

—Sería conveniente que vinieras para acelerar los trámites. Y para recibir o renunciar a la herencia que es posible que te haya dejado tu abuela. Lo sabremos cuando se abra el testamento.

—Eres un poco iluso suponiendo algo así, teniendo en cuenta que acabas de confirmarme que mi abuela fue maligna de la cuna hasta la tumba.

—No pongas en mi boca tus propias conclusiones.

—Se quedó con las acciones de mi padre —le espetó Daniela furiosa—. ¡¿Dónde

están los dividendos de todos estos años? ¿Quién se ha quedado con todo ese dinero, eh?! —gritó de malos modos—. No voy a tragarme el cuento de que sólo hubo pérdidas, ¡porque no soy idiota!

Se separó el móvil de la oreja con la inquietante sensación de que estaba hablando sola. ¿El abogado de las narices había cortado la llamada sin decir ni adiós?

* * *

El dolor de cabeza de la resaca era muy llevadero comparado con el regusto amargo que le había dejado la conversación telefónica. No se reconocía a sí misma, estaba cabreada por culpa de su encuentro con Alejandro y por haberse desquitado bebiendo demasiadas copas. Y había pagado con Rocco Santoro su mal humor.

¿Pagado su mal humor? ¡Le había chillado como una arrabalera!

Podría llamarlo para disculparse, pero no le apetecía volver a enzarzarse con él en un tira y afloja verbal a ver quién era más ácido y más irónico de los dos.

Fue paseando hasta la heladería con los ojos protegidos por las gafas de sol. Los puestos de flores de la plaza del ayuntamiento se encontraban a rebosar de clientes. Alguna festividad señalada debía de ser cuando tantos ramos se vendían, pero Daniela no la recordaba. En realidad, salvo que era sábado, no sabía en qué día vivía.

Se sentó en un taburete de la barra, incapaz de soportar la luminosidad de la terraza. Pidió una aspirina y un agua con gas.

—Fiesta salvaje la de anoche, ¿verdad?

Ella sonrió como si le doliera una muela. Era Pedro, que había salido del obrador y aprovechaba para tomarse un descanso charlando con ella.

—No preguntes —farfulló—. Estábamos pasándolo tan bien... Hasta que apareció mi ex para fastidiarla.

—Yo creo que es hora de que pases página, Daniela.

—Lo hice hace tiempo, aunque no lo creas. Alejandro no significa ya nada para mí.

Él la miró con una intensidad que la puso nerviosa.

—Me alegra oírlo —afirmó en un tono demasiado íntimo—. Eres una mujer maravillosa, Daniela. Y te mereces un hombre que sepa valorarte.

—Estoy bien como estoy.

—No le cierres las puertas al amor. A veces está más cerca de lo que creemos. — Al ver que a ella la incomodaba el cariz que tomaba la conversación, cambió de tema —: Bueno, cuéntame qué tal tu viaje.

Y supo que había dado en el clavo, porque Daniela se entusiasmó narrándole su corta pero intensa visita a la ciudad que había visto nacer a su padre. Le explicó lo impresionada que había paseado por Pompeya, la ciudad cuya vida el Vesubio detuvo en el tiempo, y por el templo de Serapide en Pozzuoli, el pueblo de Sophia Loren, y

su bajada a la Nápoles subterránea por los estrechos conductos que llevaban el agua, que recorrió asustada y guiada con la única luz de la vela que portaba en una palmatoria. Y la alegría que se respiraba en las calles, y los músicos que interpretaban canciones tradicionales en las esquinas, y la comida deliciosa, y los limones de Sorrento, enormes y rugosos, de cuya piel se extraía el *limoncello* auténtico, que dejaba las imitaciones a la altura del betún. Y le contó también cómo eran los sorprendentes altares familiares en honor a los muertos levantados en cualquier acera, y los miles de escúteres que petardeaban por las calles con tres ocupantes sin que la policía dijera nada, y la manía de los peatones de cruzar por cualquier sitio sin respetar los semáforos, y tantas y tantas cosas que la habían enamorado sin remedio.

—Juraste que no volverías nunca —comentó él.

—Cuando hablan de su embrujo, no lo dicen por decir. Eso afirmaba mi padre y ahora sé que tenía razón. Siento que Nápoles me susurra al oído que vuelva.

—Pues a mí no me llama nada —concluyó Pedro, destrozando así la magia del momento.

A continuación, se despidió para volver al trabajo, puesto que aún le quedaban tartas heladas por decorar que estaban encargadas para ese mediodía.

Daniela sintió un regusto agridulce. Apreciaba a Pedro, le tenía un cariño especial. Era el hombre fuerte de la heladería, el sucesor perfecto de su padre, puesto que de él había aprendido. Además, era primo de Irene y amigo suyo desde hacía años. Pero tenían muy poco en común. Deseaba que entendiera que entre ellos no existía la química necesaria para funcionar como pareja. Nunca serían más que amigos, y Pedro insistía en conquistarla como si no se diera cuenta de esa realidad.

Qué complicada era la vida. Los dos hombres que la rondaban no tenían hueco en su corazón: Alejandro, porque lo había perdido, y Pedro porque nunca sería capaz de ganárselo.

Daniela se tomó la aspirina con un trago de agua. Cogió una servilleta de papel y se la pasó por los labios pensando en las vacaciones, que estaban al caer. Necesitaba espacio, marcharse lejos. A Japón... Pero ¿qué iba a hacer ella allí? No había hecho planes, y sus amigos hacía tiempo que habían decidido los suyos. Y de pronto se le ocurrió... Tal vez no fuera tan mala idea la del abogado, y así aprovecharía el viaje para solucionar el tema de la herencia de la abuela Costanza. ¿Por qué no? Nápoles, con su belleza en cada esquina, con su poso de historia y tradición y sus calles llenas de vida, y el mágico recuerdo que le había dejado en el corazón, era un estupendo destino para pasar las vacaciones.

Capítulo 4

La prima española ha vuelto, que tiemblen los Barone

—¿Por qué coges tú el teléfono? —soltó, al oír la voz de Rocco Santoro al otro lado de la línea.

—Porque soy la persona que está más cerca.

—Creía que no vivías en la casa.

—Acabamos de almorzar —dijo él por toda respuesta—. No esperábamos tu llamada.

A Daniela le molestó que hablara en plural.

—¿Está mi tía por ahí?

—No.

—¿Y Luca?

—Tampoco.

Daniela se irritó. ¿Cómo no iban a estar cerca si acababan de almorzar? El abogado antipático estaba jugando con ella por pura diversión. Si era su manera de hacerle pagar los gritos telefónicos de días atrás, estaba saliéndole muy bien su venganza.

—¿Cuándo tienes previsto viajar a Nápoles? —preguntó él—. Necesito saberlo para tenerte preparada toda la documentación que debes firmar.

—Ya he viajado a Nápoles —matizó ella con agrio humor—. Estoy en la Estación Central. ¿Desde dónde crees que llamo? Si eres tan amable, ¿podrías enviar a alguien a recogerme?

—Me temo que no va a ser posible. Sal por la puerta que queda a la izquierda y verás una parada de taxis.

Así que ésas tenía el simpático abogado. Pues a ella no se le caían los anillos por coger un taxi.

—Dame la dirección —masculló furiosa—. Y más vale que tengas respuesta para la pregunta que no me respondiste el otro día. Aún espero una explicación.

—Pues pide al taxista que te lleve hasta el cementerio di Santa Maria del Pianto porque allí encontrarás a la única persona que puede explicarte qué hizo con los dividendos de las acciones de tu padre. Tienes dos opciones: plantarte delante del panteón y preguntar a gritos o contratar los servicios de una médium.

—Eres graciosísimo.

Durante medio minuto sólo hubo silencio en la línea. Daniela llegó a dudar si se había cortado la comunicación. Finalmente, Rocco habló:

—Via Pietro Castellino, 132.

Y colgó.

Daniela se quedó mirando el móvil sin creérselo del todo. Ciertamente ella le había mostrado su peor cara durante la breve conversación, pero él no se había quedado corto. Corrió a buscar en Google las señas que acababa de darle. No, no era la dirección del cementerio. En el navegador aparecía señalado con el puntito rojo la ubicación de Gelati Barone.

* * *

El taxista la ayudó con la maleta mientras ella reprimía las ganas de vomitar. Su manera de conducir había convertido el trayecto en una experiencia tremebunda. No obstante, a pesar de que le había revuelto las tripas, le dio una buena propina, ya que en aquella ciudad todo el mundo conducía a lo loco.

A continuación, Daniela se plantó ante la verja agarrada al asa de su enorme maletón. Necesitaba algo a lo que aferrarse para hacer frente a todos los recuerdos que le habían acudido a la cabeza ante aquella mansión novecentista de ladrillo rojo. Paseó la mirada por las jardineras de geranios de las ventanas hasta la cúspide del torreón cuadrangular. La casa de los Barone, la misma donde nació su padre, era un edificio imponente. Pero su belleza no hacía sino rescatar del pasado los malos recuerdos de una mañana similar. Entonces se hallaba cogida de la mano de su madre mientras ambas asistían consternadas y en silencio al rechazo ignominioso al que era sometido su padre. Nunca, nunca olvidaría la cara de decepción de papá y el desprecio que le hizo su familia al no permitirle siquiera cruzar la verja.

¿Pensó entonces la abuela Costanza que, con la excusa de presentarles a la nieta y a la esposa extranjera, su hijo aprovecharía para reclamarle las acciones que eran suyas? Si había sido ése su temor, qué mujer más artera. No conocía a su propio hijo. Daniela sintió lástima por la vieja señora Barone y su mezquindad, ella se lo había perdido.

La sorprendió que la verja se abriera sola. Miró hacia la casa; una de las cortinas se movía como si estuvieran observándola desde dentro. Al mismo tiempo que se abría la antigua cancela, Nicoletta salía por la puerta principal.

—No sé a qué viene esa cara de sorpresa —soltó Daniela, en vista de que su tía no le decía ni «hola».

—Podrías haber avisado de tu llegada.

—No caí. Fue pensarlo y hacerlo.

—En adelante, ten al menos esa cortesía. Demuestra que tus padres te dieron una buena educación.

A Daniela la hirió en lo más íntimo que aquella señorona pusiera en duda los buenos modales de sus padres y que los considerara un par de pelagatos.

—Y tú no te extrañes tanto. La casa era de la abuela, ¿verdad?

—Hasta el último ladrillo.

—Entonces forma parte de la herencia. Y será de todos.

—Eso aún no lo sabemos.

Daniela se cansó de discutir y arrastró la maleta hacia la puerta de la mansión.

—Deja de mirarme como a un bicho raro y ve acostumbrándote a soportarme, porque estoy de vacaciones y pienso quedarme una buena temporada —apostilló.

* * *

—Si hubieses llamado antes de venir, habría mandado que prepararan un dormitorio de invitados.

—Nada de eso —dijo Daniela—. Y no te esfuerces en tratarme como a una invitada, porque no lo soy. Recuerda cuál es mi primer apellido.

Quería un dormitorio fijo y propio, ¡lo exigía! Al menos, para resarcirse de todos los desprecios que le habían hecho a su padre. Y fue a él, su difunto hermano menor, a quien apeló Nicoletta. Y con ello consiguió acrecentar la inquina de Daniela.

—Me cuesta reconocer en ti algún rasgo de tu padre.

Ella la desafió con una sonrisa fría.

—Me parezco a mi madre, soy rubia y un poco pecosa como ella. Pero en mi carácter sí verás a papá.

—Sí, mi hermano tenía mucho genio. —Nicoletta sonrió con una añoranza sincera que Daniela no esperaba—. Pero él era el hombre más amable y cariñoso que he conocido, no despedía malas vibraciones.

—Un hermano del que no te acordaste ni una sola vez durante todos estos años. Que murió sin volver a ver a su única hermana.

—Qué sabrás tú. Crees que lo sabes todo y no sabes nada —murmuró, escondiendo el rostro.

Daniela no se arrepentía. Su madre había sufrido un aborto después de nacer ella, y todavía se preguntaba con añoranza cómo habría sido ese hermano pequeño que no llegó a nacer. No entendía el desapego entre Nicoletta y su padre ni por qué no habían seguido en contacto. ¿Era cierto que la distancia acababa con el cariño? Se negaba a creerlo.

Vio marchar a su tía por una arcada que daba a un corredor. En su ausencia, se dedicó a escudriñar la decoración del vestíbulo. La lámpara veneciana de cristal de Murano era tan bonita que podría haber contemplado durante horas los destellos de colores que despedía gracias a los rayos de sol que entraban por una ventana lateral.

Nicoletta regresó con una mujer regordeta vestida con uniforme y delantal. Se la presentó como Rosalia. Después de dar instrucciones para que preparara el que sería su dormitorio, su tía la invitó a sentarse a descansar mientras tanto en una de las butacas que flanqueaban el ventanal más grande, que daba a un patio interior. Le ofreció un café con una pasta o un tentempié salado, que ella rehusó porque le

molestaba que la tratara con la fría cordialidad que se usa con las visitas que no son bien recibidas.

Luego la dejaron un rato sola, y Daniela aprovechó para llamar a su madre y decirle que había llegado bien. Eso sí, le ahorró el disgusto de contarle lo incómoda que se sentía en la casa de aquella familia desconocida. Andaba entretenida respondiendo los mensajes de WhatsApp cuando Rosalia regresó y le rogó que la siguiera.

Daniela se negó a que cargara con su maletón, como tenía intención de hacer la mujer.

—Pero ¿cuándo has llegado?

La voz alegre que más deseaba oír la sorprendió en mitad de la escalera.

—¡Luca!

—Ya estás bajando a darme un beso.

Daniela obedeció descendiendo los escalones de dos en dos. Al llegar frente a él, se agachó para plantarle dos besos en las mejillas, y dejó que la envolviera en un abrazo. Era la primera muestra de afecto entre ellos y le hacía mucha falta.

—Cuánto me alegro de verte, Luca.

—Y yo a ti, me hace feliz saber que estarás unos días con nosotros.

—Mucho más que unos días.

Los dos volvieron la cabeza hacia Nicoletta, que acababa de llegar por el pasillo. A Daniela la impresionó para bien comprobar cómo cambiaba su fría actitud en presencia de su hijo. Él era lo único que le quedaba y su amor por él era evidente.

—Mamá, ¿ya la has instalado?

—En ello estábamos.

—No te entretengo —dijo Luca—. Acompaña a Rosalia, que está la pobre ahí arriba esperando desde que la has dejado abandonada.

La mujer dijo algo en napolitano que hizo reír a Luca como a un granuja.

—¿Te veré luego?

—Te cansarás de verme —aseguró él.

Daniela subió por la escalera mientras Luca hacía rodar su silla de ruedas siguiendo a su madre, con la que conversaba de algo que no llegó a captar.

—La señora Nicoletta me ha pedido que le prepare la habitación de las niñas. Espero que esté todo a su gusto.

—Es muy bonita, gracias —respondió ella, mirando a su alrededor.

—Si necesita cualquier cosa, dígamelo.

Daniela le dio las gracias de nuevo y cerró la puerta. Una vez a solas, cotilleó el lugar donde dormiría las siguientes semanas. La decoración era infantil, pero de la época en que ella era pequeña, con unos detalles más antiguos que la hicieron sospechar que, antes de ser la habitación de su prima Olga, lo había sido también de Nicoletta. Una colección de muñecas de mediados del siglo xx sobre la cómoda confirmaba su sospecha. Daniela se quedó mirando aquellos rostros de plástico

envejecido que había perdido su lozanía con los años. Todas aquellas muñecas parecían mirarla con sus ojillos sin vida. Caramba, más que un dormitorio infantil parecía un panteón.

—¡Qué ambientazo más estupendo! —exclamó, mientras se contemplaba en el espejo del armario con los brazos en jarras.

Y, sin pensarlo dos veces, se lanzó estilo sapo sobre la cama para probar la comodidad del colchón.

* * *

Ya se le había pasado el enfado.

Una vez deshechas las maletas y con la ropa guardada en el lado libre del armario, bajó a la planta donde se hacía vida en aquella casa, que era la que ocupaban las estancias comunes. Tenía hambre. Mejor dicho, estaba desfallecida porque no había ingerido más que cafés durante la mañana y ya eran más de las dos de la tarde.

Por orgullo, había rechazado la invitación de Nicoletta y ahora le pesaba su arrebató. Descartó la idea de una incursión furtiva a la cocina para saquear la nevera: no existía suficiente familiaridad para ello y no tenía ganas de que su tía la considerara una maleducada. Y pedirselo al personal de servicio tampoco era una buena idea. Aunque en su casa nunca habían vivido a ese nivel, imaginaba que sería tomarse una confianza excesiva, ya que ese tipo de solicitudes se suponía que correspondían a la señora de la casa. Y tampoco le apetecía ir en busca de Nicoletta para pedirle ese favor.

Su suerte llegó por el pasillo haciendo rodar la silla. Luca se extrañó de verla allí plantada, en la puerta de la cocina.

—¿Podrías echarme un cable?

—¡Faltaría más! Dime en qué puedo ayudarte. ¿No estás a gusto en la habitación que te ha asignado mamá?

A Daniela la sorprendió que lo expresara de aquella manera, aunque a la vista estaba que conocía a su madre mejor que nadie. Sí, ¿para qué negarlo?, se la había «asignado» sin preguntar ni esperar réplica, como un sargento cuartelero que adjudica un camastro a un recluta pardillo.

—Me muero de hambre. Y es la hora de comer...

—¿Aún no has almorzado? Pero si yo ya tengo el café de la sobremesa en los talones.

—Sí, ya sé que tenéis costumbre de comer a mediodía. Y me da apuro molestar al servicio a estas horas.

—Qué manía tenéis en España de hacer todas las comidas tan tarde. Eso no puede ser sano.

Daniela se encogió de hombros con gesto de impotencia.

—Yo también preferiría que nos adaptáramos al horario europeo, pero no hay manera.

—Ven conmigo, que esto lo soluciono yo en un minuto.

Entraron en la cocina y Luca la invitó a sentarse mientras desaparecía rodando por una puerta junto al frigorífico que daba a otro pasillo mucho más luminoso y que Daniela supuso que conducía al ala del servicio. Aún andaba admirando la espaciosa y bien amueblada estancia, en la que calculó que cabría la mitad de su apartamento de Valencia, cuando lo oyó regresar charlando desenfadadamente con alguien.

Luca le presentó a una asistenta que se llamaba Fiorella, muy al uso campano de terminar los diminutivos con ese sufijo tan musical al oído. La chica le calentó en un momento un pedazo de *focaccia* en el horno mientras templaba en el microondas una ración de macarrones con aceitunas negras y anchoas.

Luca le explicó que su madre, como todas por allí, siempre cocinaba de más. Daniela no se sorprendió, pues, por muchos aires de señoritinga que se diera con esa pose tan estirada y severa, no dejaba de ser una *mamma* napolitana. Como si tuviera la capacidad de leerle el pensamiento, el chico se lo confirmó con idénticas palabras. Fiorella le puso una bandeja delante al tiempo que bromeaba con él. Al verlos interactuar, Daniela supo que su primo era la clase de hombre al que todo el mundo adora. Las mujeres, quizá, un poco más.

Dio las gracias a la muchacha y se disculpó con ella por importunarla a deshora y ésta la tranquilizó asegurándole que allí el deporte nacional, además del fútbol, era dar de comer a la gente.

Tenía apetito, muchísimo más del que suponía. Debió de ser el aroma a albahaca y a romero lo que convirtió el gusanillo que sentía en el estómago en hambre canina. Luca no la interrumpió, salvo para servirle agua fresca. Una vez satisfecha, reconoció que su tía Nicoletta poseía una mano maravillosa para la cocina.

—Aún no me creo que tenga una prima rubia —comentó Luca, observándola sonriente.

—Me parezco a mi madre en eso.

—Y ¿estás segura de que no tiene antepasados vikingos o algo así?

Daniela se echó a reír.

—No digas tonterías, rubios hay en todas partes.

—Pero en el sur de Europa los morenos somos mayoría.

Ella se pasó la servilleta por los labios, con una duda en mente.

—Creo que debería dar las gracias a tu madre: estaba todo riquísimo y, además de ser la señora de la casa, todo esto lo ha cocinado ella.

—Ya se las darás más tarde, aunque no es necesario. Hace rato que se ha marchado de visita a casa de una amiga.

—No le caigo bien.

Como era de esperar, él se apresuró a defender a su madre. Y Daniela notó que se sonrojaba por echarle solapadamente la culpa, ya que a ella también le caía fatal su

tía Nicoletta.

—No se lo tomes en cuenta. No ha tenido una vida fácil. Primero, la separación de mi padre después de media vida juntos, luego ocurrió lo que ocurrió y... La muerte de mi hermana fue un golpe muy duro.

—Lo imagino. Y lo siento —añadió, mirando por un momento sus zapatos sobre los reposapiés de la silla de ruedas.

Él se dio cuenta, pero no se molestó ni se entristeció. Daniela supuso que estaba acostumbrado a ese tipo de miradas, de la que ella se arrepentía ahora, pues no pretendía que creyese que se apiadaba de él.

—Y mi abuela..., nuestra abuela —rectificó Luca con una mueca de hastío— no fue la persona más agradable del mundo. ¡Qué coño...! Era una arpía resentida.

Daniela lo dejó explayarse, en parte porque no conocía a la difunta y le interesaba saber más sobre su familia recién recuperada. Le contó, como si necesitara sacarse aquello de dentro, que sus padres se habían separado porque él ya no aguantaba más y le había dado a elegir a Nicoletta entre su marido y la abuela, una fidelidad filial por parte de su madre que Luca aún no comprendía. Y remató el relato explicándole que la pétrea Costanza Barone, en sus dos últimos años de vida, se había convertido en un esqueleto yacente que, cada vez que abría los ojos, seguía envenenando el aire con la mirada.

—Y hay más —agregó—. Tiene que ver con el patrimonio familiar. Me dolería que pensaras que te he estado engañando.

—¿Qué tratas de decirme, Luca?

Él bajó la cabeza.

—Rocco ha convocado una reunión de accionistas. Él te lo explicará todo. Hace dos años acepté un encargo que... —lamentó preocupado—. Me caes bien, Daniela. No querría que te volvieras contra mí pensando que he obrado de mala fe.

Daniela le cogió la mano entre las suyas. Podía dudar de muchas cosas en aquella casa y respecto a aquella familia, pero no de la honradez de Luca. Saltaba a la vista que era un hombre íntegro.

—Dejemos eso para esta tarde. Sea lo que sea, estoy segura de que fue un tejemaneje de la abuela Costanza.

Él exhaló, dándole la razón.

—Descanse en paz —concluyó—. Que eso es lo que necesitamos en esta casa: paz.

—Y yo he venido a perturbarla...

Luca le dio un cariñoso golpecito en el hombro.

—Has venido a avivar el ambiente. Nos hacía falta un poco de rocanrol. Tú eres como la guindilla que falta en un plato demasiado soso —dijo, haciéndola sonreír—. ¡No te rías! Eres... la albahaca de mi *pizza*.

Daniela lo estudió con sorna; menudo casanova estaba hecho. Lo llevaba en la sangre, como todos los hombres napolitanos, que veían una falda y se volvían

majaras.

—Si no fueras mi primo, ya me estaría enamorando de ti.

—¡Quieta, no me asustes!

Daniela se levantó, a pesar de las protestas de él, y colocó sus platos y sus cubiertos en el lavavajillas.

—Como si fueras de los que se asustan —discrepó—. Eres un rompecorazones, ¿eh?

Luca entornó los ojos como un dulce tiburón.

—De momento no he roto ninguno, quizá alguno he descascarillado, pero nada más.

—Cuéntame mientras hago café, has despertado mi lado cotilla.

—Ya lo preparo yo, que los españoles no sabéis hacer café.

—Pero yo soy mitad y mitad —alegó ella.

—Eso te salva.

Daniela cogió la cafetera de un rincón de la encimera de la cocina.

—En casa tengo una de cápsulas, pero he crecido con cafeteras de rosca. Mi madre no usa otra.

—La tía Ángela es muy agradable, una pena que se marchara tan pronto.

Aunque a Daniela le agradó oír que la llamaba *tía* y no se refería a ella como a una extraña, no quiso seguir por ahí y dar pie a que la conversación se convirtiera en una remembranza de viejas afrentas familiares. Con una mirada preguntó, y Luca le indicó en qué armario encontraría el tarro de café molido.

—¿No hemos quedado en que ibas a contarme los secretos de tu vida amorosa?

—No hay mucho que contar. La novia formal que tenía me dejó muy amablemente el día que me vio salir en silla de ruedas del hospital.

—Y ¿te escuece todavía?

—Ya no. Me quería en lo bueno, pero no en lo malo. No deseo a mi lado a una mujer así.

Daniela llenó el depósito de la cafetera sin atreverse a preguntar. Al final, giró en redondo para quedar frente a frente.

—¿Es definitivo? —preguntó, señalando la silla.

—No estoy afectado de paraplejia, si es lo que me estás preguntando. Pero el accidente me destrozó las piernas, las tengo soldadas por un montón de sitios. Llevo una prótesis de titanio en la cadera porque me fracturé la cabeza del fémur derecho. Y hace tres meses me operaron por cuarta vez para retirarme el clavo que ayudó a soldar el peroné —explicó él, tocándose la pierna izquierda.

La cafetera ya estaba sobre la vitrocerámica y Daniela escuchaba cruzada de brazos y apoyada en la encimera de granito.

—Deberías ir a rehabilitación para volver a caminar.

—Ya voy. Pero la clínica de fisioterapia está lejos, tiene que acompañarme Donato —argumentó, como si lo abrumara el asunto—. He de trabajar, la fábrica la

dirijo yo. Rocco llevó las riendas durante mi convalecencia, mi madre tampoco estaba entonces con la cabeza para nada. Perder a Olga la dejó noqueada. Pero hace un año, más o menos, los dos volvimos a hacernos cargo de la dirección, que Rocco ya tiene bastante con su trabajo.

A Daniela la impresionó que Rocco Santoro, que acababa de perder a su esposa de una manera tan trágica, se hubiese visto forzado a asumir el papel de hombre fuerte de la familia. En cuanto a las excusas de Luca, sucumbir a la pereza era su peor opción.

—Tu prioridad debería ser volver a caminar. Primero tú y luego la fábrica.

Él le rehuyó la mirada.

—Vigila la cafetera o acabarás quemando el café. Mira que lo sabía...

Capítulo 5

Las últimas voluntades de la abuela Costanza

A última hora de la tarde del día siguiente, las cuatro personas a las que atañía el legado testamentario de la difunta abuela Costanza celebraron una reunión. Dos días atrás Nicoletta y Rocco habían asistido a la lectura de las últimas voluntades, en una notaría del centro de la ciudad.

Rocco los había convocado en la sala de juntas, porque además de tratarse de un asunto de índole familiar, estaba en juego el futuro de la fábrica de helados. Para los Barone, negocio y familia siempre había sido una misma cosa.

—Conforme a lo dispuesto por la señora Costanza, parte de la mansión es tuya.

—¿Una parte?

—Un cuarto —aclaró Rocco—. El testamento dispone que Nicoletta, única hija superviviente de los que tuvo la señora Costanza, hereda la mitad. Y me refiero al patrimonio de su difunta madre, que incluye acciones e inmueble. En este caso, el edificio en el que estamos ahora mismo ubica fábrica y vivienda familiar, como todos sabemos.

—Yo no lo sabía —apuntó Daniela.

—Y por eso me molestó en explicar una serie de detalles que el resto de los reunidos no necesita oír —contraatacó él—. Se trata de una edificación indivisa, por lo que, —y se dirigió a su suegra—, Nicoletta, tu madre te lega la mitad de la mansión y del negocio, que es la legítima parte que te corresponde por ley. Debo puntualizar que la difunta señora no mejoró esa legítima.

—Me deja lo que la ley me asigna y nada más; te he entendido, Rocco —reconoció ella con pesar.

—La otra mitad, que asciende a veinticinco millones de euros...

—¿Cuánto dinero has dicho? —preguntó Daniela anonadada.

—Si no te importa, sigo y luego me preguntas las dudas que tengas —rogó Rocco. Ella asintió—. La otra mitad la lega a los dos nietos que la sobreviven de la siguiente manera: cinco millones de euros para Luca y, el resto, veinte millones en acciones e inmueble, te lo lega a ti, Daniela.

—¿Has dicho veinte millones? —inquirió ella con los ojos muy abiertos.

Luca impidió cualquier respuesta con su interrupción.

—¿A mí me lega cinco millones? —preguntó extrañado—. No entiendo que no se los haya dejado a mi madre, cuando, por ley, el día de mañana todo lo suyo y, desgraciadamente, al no estar Olga entre nosotros, quedará en mis manos.

—Tu abuela te quería, eras su nieto —argumentó Rocco.

A ninguno de los tres le pasó por alto la cara de circunstancias de Nicoletta, única

hija viva cuya herencia no había mejorado. La deducción salía sola sin necesidad de cavilar mucho: la difunta quería a su nieto, pero no debía de sentir gran cosa por su hija.

Rocco lamentó su inoportuno comentario y se apresuró a continuar; cuanto antes acabara aquella reunión, mejor para todos.

—Existen dos asuntos importantes que no debemos obviar. Daniela, hace un par de años firmaste un poder que un abogado español remitió a quien entonces llevaba los asuntos legales de la familia.

—Sí, algo recuerdo. Mi padre acababa de morir. No presté especial atención.

—Ése era el asunto del que te hablaba esta mañana —intervino Luca.

Ella le sonrió para que estuviese tranquilo.

—Cuando tu padre falleció, tu abuela te regaló una parte de sus acciones. Seguías siendo su nieta, única hija del hijo que acababa de perder.

—A mi padre lo perdió antes de nacer yo —replicó ella muy seria.

—Ese paquete de acciones, que hoy en día está valorado en diez millones de euros, según tu voluntad expresa en dicho poder notarial, ha sido administrado durante estos años por tu primo Luca.

Daniela tragó saliva impresionada. Había estado trabajando en la academia y dejándose las pestañas en el ordenador haciendo traducciones para sacarse un sobresueldo sin saber que poseía una fortuna en acciones de la fábrica Barone.

—En el momento que lo decidas, haré que pases a controlarlo tú —especificó su primo.

—No, Luca. Por ahora, dejemos las cosas como están. Te lo agradezco. Pero, una pregunta: los beneficios anuales...

—Están en una cuenta a tu nombre, no se ha tocado un euro en estos dos años. Alguna vez intenté contactar contigo para informarte de ello. Rocco también lo intentó, pero no logramos encontrarte hasta que la abuela murió.

—No me digas —dudó Daniela mirando a Rocco, puesto que él era abogado y contaba con recursos para localizarla—. El apellido Barone no es muy común en Valencia, que digamos. Y existe internet.

—Créeme cuando te aseguro que nos costó mucho dar con tu dirección, y cuando la encontramos, nos devolvieron una carta que te enviamos por correo certificado —le explicó Rocco, ofendido porque dudara de su profesionalidad y su honestidad.

Daniela recordó los rifirrafes que había tenido en aquella época con ciertos vecinos que se dedicaban a saquear la propaganda de los buzones. Ahora comprendía que también hurtaran toda clase de correo y avisos.

—Creo que entiendo qué pudo pasar. Mi vecindario no siempre ha sido de fiar.

Como disculpa no era gran cosa, pero Rocco pareció aceptarla.

—Daniela —intervino Nicoletta—, al regalarte esas acciones, supongo que mi madre quería compensar todos los dividendos que le había estafado a mi hermano en vida. Nosotros no sabíamos nada de eso, ni Luca ni Olga ni yo. Tampoco mi marido

ni Rocco, por supuesto. Yo siempre creí que tu padre le había donado las acciones por orgullo y para no dividir el capital familiar.

—Pero no fue así. Nunca llegó a donárselas, y aunque la abuela era consciente de ello, las manejaba a su antojo.

—Y menos mal —aseguró Luca—. Era una empresaria con mano de hierro y corazón de granito.

—¡Luca! —le recriminó Nicoletta.

—Es la verdad, mamá. Todos creemos que cambió de parecer al verle la cara a la muerte. Hace dos años, cuando te donó esas acciones que ahora valen diez millones, empezó a flaquearle la salud y, viendo el final cerca, imagino que le entraron los remordimientos.

—Qué desagradable es todo —murmuró Daniela.

Rocco retomó el hilo de la reunión que él mismo había convocado.

—Las cosas quedan así —resumió, haciendo un pequeño croquis en una hoja a la vista de todos—. Nicoletta poseía diez millones en acciones heredados de su difunto padre, que, sumados a la cantidad que le lega la señora Costanza, ascienden a un total de treinta y cinco millones de euros. Luca recibe un legado de su abuela de cinco millones. Y aquí viene la novedad del testamento: don Giulio Barone heredó de su padre una cantidad idéntica a la heredada por su hermana. En el año 1986, el hijo de doña Costanza y padre de Daniela se marchó a vivir al extranjero, dejando su participación en la empresa en manos de su madre, donación que, por otra parte, nunca firmó. Podemos decir que doña Costanza se apropió de una parte de las acciones que nunca llegaron a ser tuyas, y que, legalmente, hoy día corresponden a la hija del fallecido Giulio Barone.

—Pero yo...

—Déjame terminar, te lo ruego —pidió Rocco una vez más—. Por tanto, Daniela Barone posee diez millones que le donó su abuela en el año 2015, otros diez que eran de su padre, como hija única, más los veinte millones que le lega la señora Costanza mediante el presente testamento.

Nicoletta cerró los ojos.

—¿Estás diciendo que la hija de mi único hermano, que en gloria esté, acaba de convertirse en la socia mayoritaria de nuestra empresa?

—Ésa es la realidad y no otra. Media empresa es suya.

Nicoletta miró a su sobrina con una indisimulada sensación de derrota.

—Enhorabuena, *cara*. Llegaste con las manos vacías...

—No tanto: cuando vine ya era dueña del paquete de acciones que Luca administraba en mi nombre. Tampoco era este lío lo que yo quería —alegó ella a la defensiva.

Luca intervino para evitar una gresca femenina.

—Sí que han cambiado las cosas de repente —reconoció—. Lo de la casa es lo de menos, pero la abuela no debía de estar lúcida cuando repartió el negocio de esta

manera. Mi parte y la de mi madre suman lo mismo que la de Daniela; sin mayoría, podían darse situaciones difíciles a la hora de tomar decisiones —señaló, sacudiendo la mano con los dedos apiñados para reafirmar lo absurdo de la situación.

—Quizá pensó que, siendo familia, nunca estaríamos en desacuerdo. O a lo mejor era ésa su intención —opinó Daniela.

Rocco, Luca y Nicoletta se quedaron mirándola como si fuera una criatura alienígena. Tan fijamente que se sonrojó como un tomate.

—A ti no te ha dejado nada —apuntó Daniela, dirigiéndose al abogado.

Rocco le dirigió una mirada larga y calmada, como si estuviera encantado de responder a su comentario.

—Yo no soy un Barone. Soy un empleado y no pretendo ser otra cosa.

—Eso no es cierto, Rocco. Eres mi yerno.

—El testamento manda, Nicoletta —zanjó él con firmeza—. Y lo deja bien claro.

Daniela se quedó pensativa, negando con la cabeza y la vista fija en sus manos.

—Todo esto es muy inesperado. Cuando me informaste de que la abuela Costanza me mencionaba en su testamento, esperaba alguna joya o algo con un valor sentimental.

—¿Sentimientos, la abuela? —cuestionó su primo con sorna.

—Cállate, Luca —lo frenó su madre—. Por favor —añadió, ante su mirada cortante.

—No esperaba que me dejara parte de vuestra casa.

—Su casa —matizó Rocco—. La dueña era la señora Costanza, estaba en su derecho.

—Lo sé, y lo comprendo. Pero me cuesta asumir tanta novedad. Ni se me había pasado por la cabeza que se le ocurriría dejarme unas acciones que valen millones de euros. Nunca he querido involucrarme en la heladería de mi padre, que ahora es mía y de mi madre —lamentó Daniela abrumada—. Y ahora voy a verme con una patata caliente en las manos que no tengo ni idea de cómo manejar.

—A las herencias se puede renunciar —le recordó Nicoletta, comentario con el que se ganó una mirada asesina de su hijo Luca.

—Eso no lo haría nunca, por respeto a la memoria de mi padre. No se trata de dinero, sino de justicia moral —afirmó Daniela de un modo rotundo—. Y, en cualquier caso, siempre me quedaría una parte que ya era mía sin saberlo antes de que la abuela muriera.

—Recuerda que debes legalizar el montante que heredas de tu padre. Yo puedo asesorarte, si es necesario.

—Te lo agradeceré mucho, Rocco. ¿Podemos esperar un tiempo?

—No más de un año, para no complicar más las cosas.

—Bien. Necesito meditar cómo voy a manejar todo esto —concluyó ella, visiblemente preocupada.

Luca se excusó y regresó al trabajo. Nicoletta se marchó también a preparar la cena, pero no sin antes preguntar a los tres si cenarían en casa. Sólo Rocco anunció que tenía otros planes.

Daniela y él se quedaron solos en la sala de juntas.

—Rocco...

—Dime.

—¿No habría sido más sencillo explicarme todo esto cuando me llamaste por teléfono a Valencia aquel sábado?

—¿Respondiendo a tus gritos? Jamás. Cuando hables conmigo, asegúrate de hacerlo con buenos modales.

—Aquella mañana tenía resaca.

—No me convence como excusa.

Daniela no fue capaz de replicar: a ella tampoco la convencía.

—Y estaba cabreada por culpa de mi exnovio. Pero tampoco es excusa —se apresuró a añadir al ver la mirada curiosa de Rocco, para evitar preguntas por su parte—. Podrías habérmelo contado ayer cuando llegué.

—Mira, Daniela, conozco de sobra el carácter de las mujeres Barone. Ayer demostraste hacer honor a tu apellido. Y debes saber también que estoy un poco harto de responder a preguntas que exigen y ordenan en vez de dialogar.

—No suelo ser tan antipática, te lo aseguro.

—Asegúramelo cambiando de actitud. Entonces te creeré —afirmó, y cambió de tema dulcificando el gesto—. ¿Te encuentras a gusto en la casa? ¿Estás contenta con la habitación donde te han alojado? —preguntó, mientras recogía los documentos esparcidos sobre la mesa.

—Me alojo en la *habitación de las niñas*, así la llamó Nicoletta. Supongo que era la que ocupaba ella cuando era pequeña y que años después también fue la de Olga, porque está llena de muñecas antiguas y otras no tan antiguas.

—*Alojarte* es una manera muy cortés de decirlo, dado que no eres una huésped. Ahora eres la dueña del pedazo más grande del pastel.

A Daniela le molestó la acidez de su comentario y lo que implicaba. Ella nunca se había considerado una persona interesada, y parecía que Rocco la mirara como si acabara de aposentarse en aquella mansión como una reina en su castillo. ¡Ni falta que le hacía! Tenía su propia casa en Valencia, un apartamento pequeño pero muy cotizado. Ciertamente el hecho de ser hija única le había facilitado las cosas. Junto con la bonanza económica de sus padres. Pero no necesitaba ni un ladrillo ni una acción de los Barone, todo lo que ahora era de su madre sería suyo algún día. Y algún día también heredaría parte de los huertos de naranjos del abuelo Paquito, que, aunque eran la tira de nietos a repartir, era dueño de bastantes fanegadas.

—Tú me has preguntado y yo te he contestado. Y te lo repito por si no ha quedado lo bastante claro: sí, estoy bien en esa habitación, aunque la decoración me parece tétrica y demasiado cargada de recuerdos que ni me van ni me vienen.

—Que la disfrutes.

—Me tranquilizó bastante saber que no ocupo la que era tuya cuando vivías aquí y que, según me contó Luca, aún usas de vez en cuando. No soportaría saber que comparto colchón contigo.

—Ni yo te lo permitiría —replicó él con idéntica acritud.

—Tranquilo. Si quisiera compartir dormitorio, antes me iría a dormir a un albergue de mochileros.

Rocco le lanzó una mirada de soslayo que la indignó. Por lo visto, la consideraba una niña millonaria que vivía entre algodones.

Daniela contraatacó con idéntico desdén para que aprendiera de una vez que ella también sabía lanzar miradas como la suya.

—Tengo curiosidad —apuntó—: ¿cómo se lleva eso de ser empleado y familia al mismo tiempo?

Él no perdió la calma, pero ella se dio cuenta de que se había pasado de la raya y no le gustó tener que reconocerlo.

—¿Nunca has trabajado en la heladería de tu padre?

A Daniela no le extrañó que se refiriera al negocio de esa manera: ella también hablaba de la heladería como si su padre todavía viviera.

—Sí, cuando era estudiante.

—Entonces ¿para qué me preguntas si ya sabes la respuesta?

Ella apretó los labios, prefería callarse y no seguir metiendo la pata. Rocco Santoro no volvió a mirarla a los ojos.

—Si me disculpas, es hora de que me vaya a casa —resolvió, rodeando la mesa—. Se ha hecho muy tarde.

Y se marchó sin decir más, dejándola sola en la sala de juntas.

Daniela apretó los párpados arrepentida. Ella siempre había sido prudente al hablar, ¿desde cuándo se había convertido en una experta en golpear a los demás donde más les dolía? En ese momento no se sentía muy orgullosa de sí misma. Y encima estaba la brasa candente de las acciones, ¡valoradas en millones de euros! Por culpa del dichoso testamento, el tren de su vida acababa de cambiar de dirección. Y ella seguía con la fastidiosa sensación de hallarse en el andén equivocado.

* * *

Un día había transcurrido desde la dichosa reunión.

Luca y Daniela desayunaban mano a mano en la mesa de la cocina. Ella escuchaba a su primo, estremecida y sin interrumpir su relato.

—Rocco conducía, íbamos en su coche... Por eso se odia a sí mismo. La culpabilidad lo ha cambiado, no parece el mismo. No creas que tiene contra ti algo personal, el sentimiento de culpa provoca que se crea juzgado por todos. Quítate esa idea de que te mira con recelo porque has llegado aquí a llevarte algo que no te pertenece.

—No es eso lo que pienso de él.

Y reflexionó mientras lo decía. Era cierto, en ese preciso instante se le habían desbaratado los esquemas respecto a su opinión sobre Rocco. Se acarició los brazos de manera automática porque se notaba la piel erizada sólo de imaginar qué terribles remordimientos debían de rondarle la cabeza recordando cada día, cada minuto de su vida, que él era el hombre que conducía el vehículo en el que había muerto su mujer y su cuñado había quedado tan malherido. Y él, cruel broma del destino, había salido ileso de aquel percance aciago para no olvidar nunca lo sucedido.

—Acabas de decírmelo tú —rebatía Luca, llevándola de nuevo a la conversación—. Con otras palabras.

Le ofreció más café y ella hizo amago de tapar la taza con la mano para indicarle que con uno tenía suficiente.

—Es cierto que, si mi hermana viviera, él controlaría sus acciones. Aunque nunca sabremos si la abuela le habría legado una parte a ella también.

—Es de suponer que sí.

—Al margen de esa suposición, y aunque Rocco lleva seis años entregado a hacer prosperar este negocio y lo ha logrado, modernizando junto con Olga aspectos como la imagen de marca, la proyección exterior, y formalizando contratos muy ventajosos con grandes clientes, no creo que vea la empresa o parte de ella como algo que se ha ganado.

—No es egoísta, por lo que dices. Yo apenas lo conozco, juzgo por lo que veo. O, mejor dicho, por cómo él me mira a mí.

—¿Cómo crees que te mira?

—Como una advenediza, exactamente lo mismo que tu madre.

—Quizá eso sea lo que tú te empeñas en ver —objetó Luca, disculpándolos a ambos—. Lo que sí te aseguro es que Rocco no cree que esta familia esté en deuda con él, sino todo lo contrario. Está convencido de que nos debe algo por lo sucedido. Por arrebatarnos a Olga y por cómo he quedado yo después de aquello.

—Un accidente es eso, algo fortuito. No es una idea razonable y resulta extraña en él, que parece un tío tan sensato e inteligente.

—No busques razones a la sinrazón. Si nuestra mente fuera perfecta, no seríamos humanos.

Daniela amontonó las miguitas de pan del mantel barriéndolas con la mano.

—Y, ya que hablamos de ideas irracionales... —tanteó ella—, dime por qué no te esfuerzas más en tu recuperación.

Él abrió la boca, pero la respuesta quedó a medio camino. Ella giró la cabeza al

verlo callar de repente. Nicoletta acababa de entrar en la cocina y su presencia había llegado como un viento gélido.

—No creo que la salud de mi hijo sea asunto tuyo, Daniela.

—No pretendía entrometerme...

—Pero lo haces.

—Mamá, ¿por qué no te relajas, te sientas con nosotros y te tomas un café? —sugirió Luca con una sonrisa apaciguadora.

Nicoletta le devolvió la sonrisa. Sabía que él odiaba empezar el día con tensiones, pero ella no era del mismo parecer.

—¿Crees que se esfuerza poco, Daniela? Me pregunto en qué te basas para sacar conclusiones cuando tan sólo llevas aquí un par de días.

—Mamá, ¿solo o con leche?

—Gracias, hijo. Ahora no me apetece otro café —dijo ella con tono dulce. Y volvió a la carga mirando duramente a Daniela—. No tienes ni idea de cuánto ha sufrido con las intervenciones, cada postoperatorio ha sido un calvario para él.

—Lo siento, Luca, de verdad. No pretendía fastidiarte —se disculpó Daniela, dirigiéndose a su primo—. Pero estoy convencida de que se te haría menos pesado si los ejercicios de recuperación pudieras realizarlos en casa.

—La clínica que lo trata es la mejor de la región —adujo Nicoletta, viéndola venir.

—Pero si...

—Pero nada.

—¿Ni siquiera me dejas hablar, Nicoletta? —rogó ella. La mujer hizo una concesión ante la mirada de súplica de Daniela y la de cabreo de su hijo—. Luca, entiendo que es agotador tener que desplazarte, y más cuando no tienes autonomía. A todos nos ha pasado alguna vez que nos hemos apuntado a un gimnasio o a natación y al final acabamos dejándolo por pereza. Por eso creo que, si contrataras a un fisioterapeuta para que viniese aquí, a tu casa, te obligarías a realizar una rutina.

—No tendría escapatoria —asumió él.

—¿Aquí? —rebatió su madre—. No sé, dime dónde..., ¿en el pasillo? Qué idea más absurda, habiendo clínicas especializadas y con medios. Ni que viviéramos en una aldea.

Antes de abandonar la cocina, Nicoletta aniquiló a su sobrina con una mirada desdeñosa que la hizo sentirse como un gusano.

—No hagas caso a mi madre —dijo Luca, el pacificador.

—Sé que habéis sufrido mucho. Y soy sincera cuando aseguro que lo siento. Pero yo no tengo la culpa ni de vuestra desgracia ni de la última voluntad de la abuela Costanza. No entiendo que tu madre lo pague todo conmigo.

—Ha sido todo muy repentino.

Daniela se levantó, apoyó las manos en el tablero de la mesa y se inclinó sobre él con aire optimista. No iba a permitir que la ojeriza que su tía le tenía le amargara los

buenos ratos que pasaba con su simpático primo.

—Vamos a hacer una cosa —propuso—. Enséñame la fábrica, ¿o no es un buen momento?

—¿Por qué no? A lo mejor el día menos pensado me lanzo a la vida canalla y te toca dirigir a ti la empresa.

Daniela lo cogió por los hombros y le dio una cariñosa sacudida.

—¿Yo? ¡Tú deliras! No digas eso ni en broma, que salgo corriendo y no vuelves a verme nunca más.

Capítulo 6

Empezar a ver con otros ojos

Recorrer la fábrica de helados fue como un regreso a la infancia, cuando el colegio los llevaba de excursión cultural a una muy parecida que hay en Alzira. Entonces los invitaban a todos los helados que pudieran devorar y, chiquillos golosos, regresaban en el autobús con los labios pringosos y al borde del empacho.

Esa vez, Daniela moderó su instinto y sólo cayó en la tentación de probar la novedad en cono de esa temporada, una combinación de barquillo, helado de vainilla y confitura de mango que la hizo levitar medio metro sobre el suelo de lo deliciosa que estaba.

Una vez que le hubo mostrado las instalaciones de producción, Luca la llevó por la planta superior, donde estaban ubicados los despachos. Primero le enseñó el suyo propio, que Daniela envidió por su amplitud. Contaba con una antesala donde se encontraba su secretaria, a quien le presentó. La chica salió de detrás de su mesa para saludarla y luego le comentó a Luca que debía realizar unas fotocopias en la máquina que estaba en la pared opuesta a su escritorio. Daniela la estudió de reojo mientras seguía a Luca. Era muy guapa, con una melena ondulada larga y negra. Y tenía unos ojos oscuros preciosos.

Luca acabó con su conato de escrutinio porque la llamó y a Daniela no le quedó más remedio que darse prisa. Ya iba en su silla de ruedas por el pasillo. Se trataba de un corredor con amplios ventanales en arco que formaban parte del antiguo edificio fabril. Su primo le fue explicando cómo se había planeado, quince años atrás, la ampliación de la fábrica respetando la singularidad del edificio. Y Daniela reconoció que el arquitecto había obrado con un gusto muy acertado para no desmerecer la belleza del edificio original de principios del siglo xx. Una construcción a la moda de la época que anexaba el palacete donde residían los dueños, a modo de mascarón de proa, a la parte ocupada por el negocio, con un bello patio interior al cual daban los balcones del ala oeste de la casa y las ventanas de algunos despachos y de la sala de juntas. La antigua cantina de los obreros de la época en que se había fundado la empresa se había convertido en un pequeño pero interesante museo histórico del helado que los clientes podían visitar. Los operarios actuales tenían a su disposición un comedor construido cuando se reformó la fábrica, en la zona más moderna de las instalaciones.

Llegaron al despacho de Rocco, donde no hacían falta las presentaciones. De nuevo, Daniela se maravilló de sus envidiables dimensiones, puesto que era tan grande como el de Luca, pero sin la antesala de la secretaria. Y fue a ésta a quien sorprendieron allí; por lo que parecía, había ido a darle unas fotocopias a Rocco.

—Entonces ¿no te animas? —quiso saber la chica antes de salir.

—Gracias, Simona, pero no. Ya te lo he dicho.

—Bueno, pues me marchó —anunció ella mirándolos a los tres—. Rocco, ¿necesitas algo más?

—No, de momento no.

Daniela se percató de la mirada cazadora de la tal Simona, que era la secretaria de Luca, pero, curiosamente, parecía desvivirse por Rocco. Menudo coqueteo más descarado, al que él no respondía más que con monosílabos. Debía de ser muy tonta para no darse cuenta de la barrera de hierro que el abogado establecía para que no se le acercara más de la cuenta. O muy persistente.

—¿A qué fiesta te ha invitado esta vez? —preguntó Luca con guasa.

—No me he enterado, la verdad. Ya ves lo poco que me interesa esa fiesta —zanjó Rocco, y acto seguido se dirigió a Daniela—: ¿Qué te parece todo esto? ¿Te gusta? Imagino que te es muy familiar.

Ella sacudió las manos para quitarle la idea de la cabeza.

—Gelateria Barone, al lado de esto, es como comparar una balsa de goma con un transatlántico.

—Y luego somos los napolitanos los que tenemos fama de exagerados —se guaseó Luca, dirigiéndose a Rocco.

Éste se levantó de detrás de la mesa y los acompañó afuera, puesto que Luca debía ponerse a la faena. Y así se lo hizo saber su secretaria. Simona lo esperaba de pie al fondo del pasillo con una carpeta en la mano. Era sutil, la chica, una virtud nada desdeñable en una secretaria, tuvo que reconocer Daniela. Luca se despidió de ellos y Rocco se ofreció a acompañarla a la salida, cortesía que ella aceptó dudosa, puesto que entre ellos no había muy buenas vibraciones. No obstante, como Rocco también pertenecía a la familia y era el único miembro de ésta que parecía imparcial, quiso saber su opinión respecto al desencuentro con su tía, sucedido hacía apenas una hora.

—Esta mañana he vuelto a discutir con Nicoletta. Y esta vez me parece que yo tengo la razón.

—No creo ser la persona más indicada para mediar en una disputa entre vosotras.

Daniela continuó contándole, a pesar de su renuencia a estar informado del tema.

—Creo que Luca tiene muy abandonada su rehabilitación. Como sé que se le hace pesado ir hasta la clínica, he sugerido que podría contratar los servicios de un fisioterapeuta que viniera aquí y hacer la recuperación en casa.

—Así se obligaría.

—Eso he pensado yo. Y, además de resultarle más cómodo, vería antes resultados y eso le supondría un estímulo, por duros que sean los ejercicios.

—La base de su recuperación física es la constancia, así se lo advirtieron los traumatólogos. Yo he insistido hasta hartarme, pero no me escucha. Ojalá a ti te haga más caso, porque me parece una idea muy buena.

Daniela se quedó mirándolo a los ojos. Y en aquel patio ajardinado al que acababan de salir vio dos cosas que hasta entonces no había sido capaz de descubrir: tenía delante a un hombre cuya vida había quedado destrozada de repente. Y vio también que ese hombre, cuyo atractivo saltaba a la vista, tenía un buen fondo.

—Por fin estamos de acuerdo en algo, a pesar de todo.

—No sé a qué te refieres con eso último. Me preocupo por Luca, no soy tan intratable como das a entender.

—Sólo falta que te esfuerces en demostrarlo más.

Rocco entornó los ojos, del mismo modo paciente que lo haría un profesor ante una alumna contestona.

—Cuando un hombre dice una verdad a la cara, se considera una falta de caballerosidad y de respeto. En cambio, cuando lo hace una mujer, tenemos que aceptarlo como un consejo cargado de sensatez. Tolerancia de embudo: ancho para ti, estrecho para mí. ¿Sabes cómo se llama esa clase de actitud?

* * *

¿«Machismo»? ¡¿Ella?! Pero lo más bochornoso del asunto era que Rocco tenía razón. Daniela saltó de la cama. Hacía un calor infernal esa noche. Maldita la hora en que había decidido dormir con el balcón abierto. Además de no correr una pizca de aire, un bicho le había picado en el codo y la desazón la tenía rasca que rasca desde hacía horas.

Cerró el balcón, se quitó el camisoncito, conectó el aire acondicionado y se tumbó en la cama boca arriba y en bragas.

Hacía mucho que un hombre no le causaba insomnio. Bueno, bueno... Su desvelo de esa noche era culpa del mosquito o lo que fuera y del bochorno, que la hacía sudar a mares. O de su nueva situación de heredera adinerada.

¡Huy, no! Para qué engañarse.

Cerró los ojos con un suspiro de desesperación. Acababa de superar una ruptura decepcionante, lo último que su cabeza debía albergar eran imágenes masculinas. Pero no se quitaba del pensamiento a Rocco ni a escobazos mentales. Sí, la vida seguía, y tanto su madre como sus amigas la invitaban a ilusionarse de nuevo. No era que ella se cerrara a esa posibilidad: con veintiocho años recién cumplidos se hallaba abierta a cualquiera. ¡No! A cualquiera, no. Deseaba conocer a un hombre considerado, amable, cariñoso... ¿Qué hacía entonces pensando en Rocco y en su terrible carga sentimental? No podía dejarse llevar por las estimulantes vibraciones que le provocaba con su buena planta, su físico irresistible y sus ojos, que eran un continuo desafío.

Daniela se obligó a dormir y a borrar de su mente cualquier fantasía romántica en la que apareciera la cara de Rocco Santoro: la idea la seducía sin querer, pero aún la

aterrorizaba más. Era un hombre difícil y lleno de remordimientos que sólo podía complicarle la existencia. Y ya había tenido bastante ración de eso; en adelante, no más relaciones difíciles. Y además estaba la distancia, el recuerdo de su esposa, los intereses en el negocio familiar... Fuera, fuera, ¡fuera! Lo que necesitaba era conocer gente lejos de su entorno, el príncipe azul amable, simpático que acudiría a alegrarle la vida estaba en alguna parte y un día lo encontraría por casualidad.

Estiró los brazos y bostezó como una niña mimosa. Debería haber puesto el aire acondicionado en marcha mucho antes: qué bien se dormía con las tetas fresquitas.

* * *

Rocco tampoco podía dormir. Miró el reloj por enésima vez esa noche. Hacía años que una mujer no lo desvelaba. Y, mira por dónde, la rubia española había batido el difícil récord de quitarle el sueño.

¿Por qué? No era la más despampanante de las mujeres, no era la más atractiva, ni la más inteligente, ni la más seductora. Si acaso era la más... ¿desesperante? Un poco, y no era fácil que él perdiera la calma ante rubitas peleonas. Y aquélla lo era. Lo enervaba con su manera de pedir dando órdenes, lo desquiciaba con esa manía de decir siempre la última palabra. Era hija única y no le extrañaba que estuviera acostumbrada a imponer su voluntad. En una familia como la de él, con varios hermanos curtidos en esas sutiles mezquindades de la edad adolescente, se le bajaban a uno los humos y las ganas de mandar.

Quizá debido a esa educación, la recién llegada lo enfurecía de verdad cuando expresaba su opinión sin filtros, diciéndole lo que pensaba sin meditar las consecuencias de sus palabras. Defecto que, curiosamente, sólo mostraba con él. Porque le caía mal, estaba claro.

Bueno, sólo con él, no, pues ante Nicoletta se revelaba con idéntica impertinencia. No hacía falta saber mucho de psicología: la rubia se defendía de ellos dos porque se sentía atacada. O pretendía hacerles pagar, mediante su ira verbal, todas las afrentas que la familia le había infligido a su padre hacía muchos años.

Era una actitud injusta se mirara por donde se mirase, al menos en lo que se refería a él, que en aquella época aún usaba chupete. Por raro que pareciera, ese afán por no olvidar era una de las cosas que más le gustaban de Daniela Barone. Ese empeño por mantener impoluta la memoria de su padre, por defenderlo ahora que la muerte le había robado a él mismo la posibilidad de hacerlo. Por quererlo, en definitiva. Rocco admiraba a Daniela por ese amor incondicional. Él, que valoraba y amaba tanto a su familia, sentía una conexión especial con aquella chica impertinente y deslenguada a raíz de ese amor común por los suyos, incluso por los que ya no estaban.

Qué porquería de panorama. De ningún modo podía permitir que Daniela se le

colara en los pensamientos. No estaba preparado para iniciar una nueva relación sentimental. Por una parte, estaba la distancia: Daniela volvería a su país al término de sus vacaciones, o incluso antes, si se cansaba de la *pizza*, de hacer turismo y de aguantar las malas caras de Nicoletta. Por otra, estaba su personal situación laboral: trabajaba para la familia de Olga, no podía faltar a la fidelidad debida a su suegra y a su cuñado. Sin faltar a su estilo, la anciana Costanza, con su puto testamento, había colocado a Daniela en el bando enemigo. No era una guerra, pero algunos matarían por paquetes de acciones como aquél.

Rocco volvió a mirar la hora. Dos llevaba desvelado. Si meditara con inteligencia, ya habría dejado de trabajar para los Barone. No obstante, cada vez que le rondaba la idea, sentía que estaba tirando a la basura el esfuerzo titánico de los últimos seis años. Había volcado su vida y sus ilusiones en aquella empresa, por lo que se negaba a decir adiós a tanto trabajo y volver a empezar desde el punto de partida. Dejar Gelati Barone, por otra parte, le abriría las puertas a un posible acercamiento a Daniela. Si era sincero consigo mismo, debía asumir que la chica le gustaba demasiado como para no volver a mirarla, desear conocerla mejor y averiguar qué secretos del corazón escondía detrás de esa imagen de mujer en continua posición de ataque que lo colocaba a él a la defensiva. Frente a ella se sentía como el macho que se acerca a la hembra con recelo, con ese miedo atávico que yergue la cola del alacrán y eriza el lomo de los felinos.

No, definitivamente, no. Cualquier idea romántica o erótica con la española como protagonista era pura demencia. No estaba preparado para volver a abrir su corazón. Su matrimonio con Olga había sido un fracaso, y las decepciones dejan heridas que tardan en sanar o, como él temía, no cesan nunca de molestar, aunque se trate de un dolorcillo ocasional, sordo y apagado como el de un hueso fracturado durante la infancia.

Se colocó de costado en la cama en busca del lado frío de la almohada y cerró los ojos. Tal como vivía le iba bien. Durante los últimos catorce meses buscaba compañía cuando su cuerpo decía «quiero», y el resto del tiempo trabajaba hasta que su cerebro decía «desconecta». No obstante, allí estaba, desvelado y dando vueltas a unas ideas peregrinas que lo ponían en guardia cual boxeador que alza ambos puños. En fin, menos símiles deportivos y más dormir, porque no tenía ganas de estar despierto cuando oyera la puñetera alarma de las siete de la mañana. Comenzó a contar ovejas con los ojos cerrados, tal como le había enseñado su madre de niño.

Cuando llegó a la número cien, el rebaño se dispersó y en medio del prado sólo había una rubia que espantaba a los borregos a golpe de melena, con un vestido de tirantes que se le ajustaba tan bien...

Capítulo 7

Cuando las fuerzas y el ánimo flaquean

—Resumiendo: que tus vacaciones están siendo lo que imaginabas —dedujo Ángela al otro lado de la línea—. Porque, si ahora vas a decirme que esperabas un recibimiento de brazos abiertos y caras de alegría, pensaré que mi niña es más ilusa de lo que creía.

Daniela exhaló el aire con tanta fuerza que su madre la oyó a través del teléfono.

—Mamá, llevo aquí una semana y... ¿Qué quieres que te diga? —asumió impotente—. Me molesta la actitud de la tía Nicoletta. Es áspera y desagradable conmigo, no sé qué tiene contra mí.

—Vamos a ver, hija mía. Hace unos días se me cortó la digestión cuando me contaste lo del dinero que acabas de heredar. Y casi me caigo desmayada cuando supe no sólo que tu abuela te regaló hace dos años una cantidad que yo no veré junta en la vida, sino que además tu padre tenía una parte importante de la empresa de la que nunca me habló y de la que jamás recibimos un euro de beneficio.

Daniela estaba harta de hablar de dinero que, al fin y al cabo, no era tal, sino unas acciones que acababan de caerle encima como un dolor de cabeza.

—En fin, dices que tu tía no está muy contenta con tu visita. Ponte en su lugar: has llegado y, contigo, la discordia. Ahora eres dueña de la mayor parte del negocio y de su propia casa.

—Pero yo no he buscado esta situación. ¿Qué tiene contra mí? Deja al margen la herencia, porque antes de abrir el testamento ya me miraba mal.

—Exactamente lo mismo que tienes tú contra ella. No la conoces y le haces pagar por las diferencias que su familia tenía con tu padre. Ella se comporta igual contigo, vuelca en ti un rencor acumulado, sólo que lo hace desde su punto de vista.

—No sé por qué eres tan comprensiva, mamá.

—Porque no sabría ser de otra manera y estoy cansada de odios que no conducen a ninguna parte y sólo provocan sufrimiento. Papá sufría por todo esto, aunque se empeñaba en guardárselo para sí. Y yo padecía sabiendo que él no era del todo feliz por culpa de ello.

—La situación es tensa, hay momentos en que se me encoge el estómago. Menos mal que está Luca, que si no...

—Mira, hija, ya tienes una edad en que sabes qué debes hacer sin necesidad de que yo te lo diga. Si no estás a gusto en esa casa, márchate. Vete a un hotel o alquila un apartamento, que en Nápoles hay cientos.

—Lo sé, mami, pero no quiero marcharme. Me niego a moverme de aquí —insistió ella—. Mi presencia en esta casa es mi manera de reivindicar que también me

pertenece en parte. Que le quede claro a la hermana de mi padre que es mi casa también, porque lo fue y lo habría sido de él de no habernos dejado.

—En tal caso, no te quejes. Estás ahí porque tú quieres, nadie te obliga. Asume cómo son las cosas.

—Lo sé, pero a veces necesito desahogarme y tú estás ahí.

—Para escucharte, siempre, Daniela —afirmó Ángela con cariño—. Y para recordarte también lo que es justo y para decirte, aunque seas mayorcita, que no protestes más porque tú te lo has buscado.

Daniela apretó los labios, echaba de menos a su madre y no quería ponerse melancólica. Bastante la estaba agobiando ya al contarle lo a disgusto que se encontraba en la casona aquella.

—¿Sabes qué voy a buscarme también? Un poco de alegría. Esta noche voy a salir a divertirme.

—Y muy bien que haces. Aprovecha tus vacaciones, diviértete mucho y cuidadito, que los napolitanos son unos seductores de primera; ¡si lo sabré yo!

* * *

Por mucho que Luca insistió en que lo acompañara esa noche, Daniela se negó a acoplarse a su plan. Él había quedado con un grupo de amigos, también para salir de fiesta, pero ella prefirió ser fiel a sus planes. Necesitaba una noche de diversión para ella sola, como la de una turista que viaja sin compañía y se adentra a descubrir los secretos de la noche en una ciudad que está empezando a conocer. Fue Luca quien le aconsejó que fuera a La Mela, una discoteca enorme que se había convertido en un clásico de la vida nocturna de la ciudad.

Salía de la mansión cuando se encontró con Rocco. Él bajó la ventanilla para accionar la apertura de la verja de entrada.

—¿Tan tarde te marchas? —preguntó ella—. No has cenado con nosotros.

—Tenía trabajo atrasado.

—No es bueno trabajar tanto.

Él la miró de arriba abajo y de vuelta a sus ojos sin responder a su comentario. Daniela se sintió atractiva ante su mirada escrutadora. Lo estaba, el espejo no engañaba, y ella no era tonta como para no saberlo. Pero el repaso apreciativo de él era un regalo para su autoestima femenina.

—¿Te vas? —dedujo Rocco, sin mostrar emoción alguna.

—A dar una vuelta. Estoy de vacaciones y ya es hora de que me dé el aire.

—Sube, te llevo —la invitó, accionando el botón para desbloquear el seguro de la puerta del pasajero.

—Quería ir paseando, gracias. He mirado el mapa y La Mela no queda lejos.

—Queda lejísimos —la contradujo él.

—Si me canso, cogeré el metro.

—Hasta Medaglie d'Oro hay media hora de camino.

—Cuesta abajo —replicó Daniela con tozudez.

Rocco observó las uñas pintadas de sus pies.

—¿Con sandalias de tacón?

Daniela dudó nada más que un segundo. Emperrarse en ir andando era una tontería: bajar aquellas cuestas hasta la parada de metro iba a dejarle los pies tan doloridos que aborrecería la idea de bailar una vez que llegara a la discoteca.

Se sentó a su lado y, mientras se ajustaba el cinturón de seguridad, él sacó el coche a la calle y accionó el mando para que la verja se cerrara de nuevo. Daniela se asustó un poco al principio, hasta que se dio cuenta de que Rocco conducía rápido pero con mucho dominio. Se preguntó qué debía de haber ocurrido aquella fatídica mañana en que perdió la vida su mujer, puesto que no parecía un conductor imprudente.

—¿Qué perfume llevas? —preguntó él, distrayendo esos pensamientos poco gratos.

—Uno que le cogí a mi madre. No es el que uso siempre, pero el mío estaba a punto de acabarse.

Recordó sus tiempos con Alejandro. Su exnovio sólo le permitía usar la fragancia que él decidía para ella. La obligaba a someterse a su gusto de una manera sutil y, cuando utilizaba otro perfume, le negaba sus besos. La ignoraba con esa artera táctica no verbal: «Te ignoro, no existes». Y ella quería existir a sus ojos, cegada de amor, accedía a todo por complacerlo. Suerte que al fin se había librado de esa ceguera y de un hombre que no merecía su amor.

Miró a Rocco de reojo. Podía ser seco en el trato, pero no parecía ese tipo de manipulador.

—¿Por qué lo preguntas? —quiso saber Daniela.

—Porque me gusta.

Sin rodeos. La verdad siempre, sea agradable o no lo sea. Ése era el estilo del hombre que conducía a su lado, y esa sinceridad sin medias tintas le gustó. Daniela no estaba segura de si era oportuno corresponder con idéntica franqueza, pero decidió arriesgarse.

—Conduces muy bien —dijo. Rocco guardó silencio y ella continuó—: Tú no tuviste la culpa de nada.

Acto seguido, cerró la boca. El silencio era tan denso que podía cortarse.

—¿Quién te lo ha contado?

—¿Qué más da eso? A veces vivimos con ideas equivocadas. Sólo pretendía recordarte que no eres culpable de lo que sucedió.

—¿Acaso te he pedido tu opinión?

Daniela continuó, no tenía nada que perder, y estaba convencida de que él sí tenía mucho que ganar si cambiaba de actitud.

—Perdónate a ti mismo, Rocco —le aconsejó, dirigiéndose a él por su nombre por primera vez—. Serás más feliz y harás más felices a las personas que tienes a tu alrededor.

No dijo más. Él tampoco. Hasta que llegaron a La Mela y se despidieron con un parco «adiós».

* * *

Fue llegar y triunfar.

Daniela pidió una copa que consumió brindando al aire por ella y por nadie más. Y la disfrutó a sorbitos, sentada a la barra, regodeándose con las muchas miradas masculinas que atraía. Declinó varias invitaciones para seguir bebiendo en compañía y bailó sola. Y luego con unos y con otros hasta que le dolieron los pies.

Un chico guapísimo, de los que provocan temblores en las piernas, se le aproximó y, después de un baile compartido que rozaba los límites de lo erótico, se acercó a su oído.

—Nunca te he visto, ¿es la primera vez que vienes?

Daniela echó la cabeza atrás.

—Soy española, no había estado aquí antes, y me encanta —aseguró, con una sonrisa eufórica.

Llevaba dos copas ya en el cuerpo y la ginebra empezaba a hacerle efecto.

—¿De vacaciones?

—Sí.

—En busca del amor.

—A lo mejor —concedió, divertida con la situación.

Él la agarró por la cintura y volvió a acercarle los labios a la oreja. Las luces eran como lluvia de colores sobre los cuerpos de la pista de baile y la música era una gozada. Daniela no se sentía tan bien desde hacía mucho tiempo. Demasiado.

—El amor sin sexo es como la *pizza* sin queso —le susurró él en un español con mucho acento.

A ella le dio un ataque de risa. El tatuaje de la *pizza* en el culo era tan famoso que cruzaba fronteras y ella no se había enterado.

—¿Dónde has aprendido eso?

—En Twitter. Eres bellísima, princesa.

—Y tú, un mentiroso —dijo, y le dio risa verlo jurar sobre su corazón—. Pero me gustan los caraduras.

—¿Eso quiere decir que te gusto?

Daniela sonrió con malicia. Ni siquiera le había preguntado su nombre y ya estaba ligando con ella. «Cuidado con las hormonas revueltas y la autoestima por los suelos por culpa del cerdo de Alejandro», le advirtió la voz de su conciencia. Sin

embargo, no podía ni quería evitarlo, puesto que aquellos ojos oscuros que la miraban como si no existiera bocado más apetecible que llevarse a la boca le subían peligrosamente el ánimo.

* * *

Se había hecho bastante tarde, y Daniela buscó a su simpático y fugaz enamorado para pedirle que, por favor, la llevara en su moto hasta la casona de los Barone. Sin embargo, se había esfumado. Nada raro, por otra parte. No había tenido bastante con un piquito, y Daniela se había negado a sus besos tantas veces echando atrás la cabeza como una cobra que el chico había terminado perdiendo la esperanza de ligar con ella y había desaparecido entre toda aquella gente guapa que bailaba, reía, se sobaba y se besaba sin ganas de que acabara la noche.

No le quedaba más opción que esperar a que pasara un taxi. Aunque a esas horas por allí no se veía ninguno ni de lejos. Decidió salir entonces a una calle más ancha y con más tráfico, pero los pies le dolían, y en via dei Mille se sentó frente a la verja del palacio Leonetti. Qué casualidad, pensó, aquélla era la sede del consulado británico y del español, y tomó nota mental por si le hacía falta.

Los taxis libres seguían sin pasar, así que, a pesar de lo intempestivo de la hora, decidió llamar por teléfono a su amiga Irene. Conociendo sus gustos y su escasa vida social desde su reciente desengaño amoroso, la suponía sentada en el sofá frente al televisor.

* * *

Daniela se equivocó esa noche, porque Irene no se encontraba en el apartamento familiar de la playa, convertido en nido propio, que para eso era la hermana mayor.

Lo cierto era que le estaba costando bastante levantar cabeza tras el disgusto que le había dado su antiguo jefe, aunque él no tenía la culpa de que ella llevara enamorada en secreto de él desde el día que lo conoció. Sin embargo, Irene creyó morir de tristeza cuando supo que la recepcionista de la clínica de fisioterapia estaba embarazada y que el padre del retoño era su amor platónico, el jefe de ambas. Se sintió traicionada, sin motivo, porque el dueño de la clínica nunca le había dado esperanzas. ¡Si ni siquiera sabía lo enamorada que estaba de él! Pero a Irene —niñerías pasajeras que provoca el amor— le dio por calentarse la cabeza imaginándolos en pleno goce amoroso mientras ella suspiraba por los rincones, ignorante del romance que se fraguaba ante sus narices y que, cegada perdida, no había sabido ver.

Irene no fue capaz de seguir trabajando bajo el mismo techo que la ilusionada pareja, que, sin saberlo, le había destrozado el corazón. Lo peor del asunto fue que se quedó con el ánimo vapuleado y sin empleo fijo.

No obstante, de eso habían pasado ya varios meses y la vida no se detenía por un desengaño. Irene empezaba a salir de su encierro de comida basura, sofá y películas de llorar, una dinámica frustrante que lo único que le reportaba era tener que pedir una talla más cada vez que iba de compras.

Esa noche la habían invitado a participar en una ronda de citas a ciegas en un bar de copas de la plaza del Negrito. Y como en la zona había mucho ambiente por las noches, se había animado a ir. De resultar un fracaso la noche de ligue programado, daría una vuelta, que por allí era fácil encontrarse con amiguetes y conocidos.

El primer candidato que le tocó en suerte resultó ser un tipo desmoralizado a causa de un ataque de cuernos.

—Me dijo que entre nosotros se había acabado la magia. Y lo que pasó es que alguien estaba haciéndole trucos con una varita nueva, tú ya me entiendes...

Irene se estaba deprimiendo. Lo entendía, pero no estaba dispuesta a ser el hombro sobre el que el pobrecillo aquel pretendía enjugar sus lágrimas y limpiarse los mocos. Dio gracias cuando pasaron los cinco minutos de la cita.

Al segundo, mejor no recordarlo, pues nada más sentársele enfrente le soltó:

—¿Has pensado en hacer dieta?

—No.

—Te lo digo por tu bien. Con un par de semanas que cuides tu alimentación, te verás mucho mejor. Si además te cambias el color de la laca de uñas y te maquillas con un poco más de gracia, notarás que eres otra.

—Me gusta como soy.

El tipo levantó las manos en son de paz.

—Cuidado, que estás estupenda, en serio, pero con esa máscara de pestañas y sin la base adecuada estás menos guapa de lo que tú te mereces.

Irene lo acribilló con la mirada, jurando que nunca se enamoraría de un maniático de los estilismos y la imagen.

—A mí me gusta.

—Es vulgar.

—Oye, que no tenemos tanta confianza —avisó, ya bien mosqueada.

—Sólo pretendía ayudarte...

—No somos tan amigos —fue lo último que le dijo antes de invitarlo a seguir la rueda, porque con ella no tenía nada que hacer.

El tercer aspirante no resultó mucho mejor. Estaba con él en ese momento y no sabía si tomarse en serio lo que el chico le decía tan convencido. Era un poco más joven que ella, y no era que eso le importara, pero su conversación empezaba a darle miedo.

—¿Tú has visto alguna vez que entierren a algún chino?

—No he tenido ocasión —respondió por decir algo.

—Dicen que los envían congelados a su tierra: un amigo mío lo leyó en un libro.

—No me digas...

—Pero yo creo que es una leyenda urbana.

—...

—Es un enigma lo que hacen con sus cuerpos.

—...

La experiencia le decía a Irene que a los raritos mejor seguirles la corriente.

—Puedes hacer una cosa —sugirió mientras echaba un vistazo a la hora para ver cuántos minutos le quedaban con el fan de lo misterioso—. Un día ve al Cementerio General y ve leyendo las lápidas a ver si encuentras alguna escrita con caracteres chinos. Así saldrás de dudas.

—¡Planazo! ¿Vendrás conmigo?

Lo vio tan ilusionado que retuvo en la boca el «¡No!» que estaba a punto de gritar. Un móvil comenzó a sonar entonces e Irene casi saltó de la silla de alegría al notar que era el suyo. Rebuscó en el bolso ante la mirada curiosa del buscador de tumbas, y miró la pantalla. Era extrañísimo que Daniela la llamara desde Italia a esas horas, pero recibió la interrupción como si de un premio se tratara.

—Es urgente, lo siento —se excusó—. Tengo que marcharme. Mucha suerte.

Se levantó, ya con el teléfono en la oreja, y lo dejó plantado.

* * *

—¿Es música y risas lo que se oye de fondo o me engaña el oído?

—Sí, es una bachata. Estoy en un local de copas. Acabo de escaparme de una ronda de citas a ciegas, gracias a tu llamada. Te debo una. Pero bueno, dime, ¿te pasa algo? Me ha extrañado ver que eras tú a estas horas.

—Tranquila, estoy genial. Yo también he salido de fiesta —le explicó Daniela—. Pero, Irene, me he quedado medio loca con eso de la ronda de citas a ciegas. ¿Cómo se te ha ocurrido participar en algo así? ¡Cuéntamelo todo!

Irene se apartó el pelo de la nuca y se volvió de espaldas porque un guaperas imponente acababa de guiñarle un ojo. En un momento bastante inoportuno. Y, con la suerte que tenía, seguro que estaba casado.

—¿Cómo te lo explico para que lo entiendas?... Ahora mismo, en mi apartamento hay polvo por todas partes menos en mi cama...

Daniela se rió con ganas.

—Di que sí. Si no es amor, que sea sexo al menos.

—Del bueno —puntualizó Irene con tono exigente—. Que no estamos para minucias ni tú ni yo a estas alturas de nuestra vida.

—¿Aún te resientes de lo de tu exjefe y futuro papá?

—Me escuece cada día menos. Yo diría que no llega a picorcillo.

—Bien por ti —exclamó Daniela alegrándose—. Y ahora viene la pregunta del millón.

—Dispara.

—¿Siguen gustándote tanto los italianos?

—Muchísimo —respondió, alargando la s con entusiasmo.

—Qué tiempos los de Génova, ¿eh?

—Ay, amiga, qué año el nuestro.

—Ah, otra cosa. ¿Continúas sin trabajo?

—Trabajo bastante porque clientes tengo muchos, por suerte. No me puedo quejar. Pero no es ésa mi idea de futuro, ya sabes que yo vivo tranquila con un sueldo a fin de mes. Esto de ser autónoma no me va nada.

Daniela la entendía. El padre de Irene era fontanero y habían pasado rachas de crisis en las que su familia numerosa había subsistido gracias al sueldo de la madre como dependienta en la sección de juguetes de unos grandes almacenes. Por ese motivo, todos los Lloret daban tanto valor a los ingresos fijos.

—Te lo preguntaba porque no sé si estarías dispuesta a venirte a Nápoles para ocuparte de la recuperación de un paciente en exclusiva. Se trata de mi primo Luca.

Sin extenderse demasiado, Daniela le explicó la situación física en que se encontraba dos años después de sufrir el accidente de tráfico y de varias intervenciones quirúrgicas.

—Por supuesto que aceptaría, me gusta la idea de cambiar de aires durante una temporada. Pero antes desearía hablar con él y ver sus informes médicos.

—Por lo primero no te preocupes: estará encantado de responder a todas tus preguntas, en cuanto le diga que vienes, claro, porque de momento Luca aún no sabe nada.

—Ay, Daniela, en qué líos me metes... A ver si no le voy a parecer bien.

—Que sí, tonta. Y por lo segundo, tampoco. Desde la misma fábrica puede escanear todos los informes médicos y enviártelos por *e-mail*.

—Lo prefiero —aseguró Irene—. Antes de aceptar, necesito saber a qué nos enfrentamos. No quiero darle falsas esperanzas.

En ese momento Daniela comprendió por qué confiaba tanto en ella. Con su melenita rizada castaña y esos ojillos verdes y pícaros que la hacían parecer diez años más joven, Irene era toda profesionalidad. Y una de las personas más nobles que conocía.

—Y, si al final acepto, dile a tu primo que me pague bien.

—No te preocupes por eso, que de dinero va sobrado. Además, Nápoles es barato, nada que ver con Génova. Y se come de maravilla.

—Como en toda Italia.

—La gente es estupenda, Irene. Mil veces más abierta que la del norte.

—Te tira la mitad napolitana, ¿eh? Bueno, tú háblalo con él. Me refiero a mi

sueldo, que tú estás de vacaciones, pero yo voy a trabajar. No sea que el viaje no me salga a cuenta con paga...

Capítulo 8

Un desconocido simpático

El taxi libre de sus sueños seguía sin aparecer.

Un hombre se sentó a su lado. Al principio, Daniela sujetó su bolsito con recelo, pero enseguida se dio cuenta de que el desconocido no era peligroso, a pesar de su camisa con el cuello raído y los zapatos sin lustrar.

—¿Molesto, señorita?

—Por supuesto que no —se apresuró a decir—. Al contrario, me alegra que me haga compañía.

El hombre sonrió tan contento de serle útil que Daniela se enterneció. Se presentó como Giuseppe Gozzi.

—Peppe, así me llama todo el mundo.

—Yo tengo un tío que se llama como usted. En España —explicó, acordándose de su foto con el uniforme de legionario en el aparador de los abuelos.

Mientras Daniela respondía a sus preguntas sobre su tierra, iba repasando su aspecto. Era extraño que llevara la ropa desaliñada, porque los italianos destacaban por su pulcritud al vestir. Pensó que debía de tratarse de un solitario con alergia a la plancha o de un bohemio.

—Escribo historias —le explicó el hombre, sacando un cuaderno de su macuto—. Bueno, en realidad, sólo he escrito una. Es la historia de una niña que fue robada a su verdadera madre.

—Parece interesante.

—Lo es —aseguró, clavando en ella sus inteligentes ojillos—. Sobre todo porque es real.

Daniela no creyó esa última afirmación. Seguramente exageraba para hacerse el misterioso, para despertar su curiosidad por leerla. Sospechaba que al final acabaría pidiéndole dinero por el cuaderno. En Valencia había comprado algunos folios que vendían poetas y escritores de relatos por las terrazas de los bares.

—No me canso de leerla. Me la sé de memoria, aunque no es algo que tenga mucho mérito, porque la he escrito yo. ¿Quiere que le lea un trozo, señorita?

Daniela encogió un hombro, sin decir ni que sí ni que no.

—«A Maria la llamaron Maruzzella desde el día en que nació...»

Durante un par de minutos, el hombre continuó con la lectura. Pero al ir a pasar página se percató de que Daniela sólo escuchaba por compromiso.

—Perdone mi entusiasmo. No me canso de leerla. No me considere por ello un vanidoso. En algunas cosas somos como los niños, no nos hartamos de oír los mismos cuentos ni la misma canción una y otra vez.

Daniela reflexionó sobre lo que acababa de decir el hombre mientras él seguía leyéndole su historia a un gato que se lamía la pata delante de ellos dos. Recordó los tiempos en que vio tantas veces *La Bella y la Bestia*, hasta que en casa llegaron a aborrecer la película y su banda sonora, que ella aún se sabía todavía entera. O cuando cada noche le pedía a su madre que le leyera el mismo cuento: *La ratita presumida*. «Me compraré un lazo y me sentaré a la puerta de mi casa para ver pasar a un marido que me guste...» Todavía se acordaba, como si no hubiera transcurrido el tiempo.

El golpe del cuaderno al caer sobre la acera la sobresaltó. Peppe se estaba tambaleando.

—¿Se encuentra mal?

Sin embargo, antes de acabar de decirlo, el hombre se derrumbó de lado. Daniela se arrodilló a su lado, pero él yacía inerte en el suelo. Le puso la mano en el cuello como había visto que hacían en las películas, aunque no sabía tomar el pulso.

—Ay, Dios mío, ¿qué hago?

Revolvió en el bolsito hasta dar con el móvil y marcó el 112. Rogó que no le fallara la memoria: cuando vivía en Génova lo tenía en mente como el número de emergencias de los *carabinieri*. Como tardaban en darle línea, se puso a gritar:

—¡Socorro! ¡Ayuda, por favor!

* * *

No le permitieron montar en la ambulancia, pero los paramédicos le facilitaron el número de una compañía de taxis. Daniela no tenía ninguna obligación, no conocía de nada al bohemio de Peppe, pero se sintió mal sabiendo que el hombre no llevaba documentación e iba a costarles localizar a su familia. Solo en un hospital..., pobre hombre. Además, cuando la ambulancia se fue se dio cuenta de que estaba abrazando la mochila de éste. Recogió el cuaderno del suelo, lo guardó dentro y cerró la cremallera. Eran sus efectos personales, no iba a quedárselos, pero no tenía ni idea de cómo devolvérselos. Por eso llamó a un taxi para que acudiera a la puerta del palacio Leonetti y la llevara al hospital dei Pellegrini.

* * *

Llevaba más de media hora en la sala de espera sin que nadie le diera explicaciones sobre el ingreso de Peppe. No sabía qué hacer, no podía marcharse sin averiguar el estado de aquel hombre, y tenía que entregarle su mochila. El personal de recepción le pidió paciencia, una manera sutil de eludir hacerse cargo de las cosas

del enfermo.

Envió un mensaje de WhatsApp a Luca diciéndole que volvería tarde a dormir, casi seguro que ya amanecido y que no se preocuparan por ella. Y desconectó los datos móviles del teléfono para no tener que dar más explicaciones. Si le decía que se encontraba en la sala de espera de un hospital, Luca era capaz de despertar a Donato para que lo llevara hasta allí y formar en la casa un revuelo monumental. Sin embargo, Daniela se sentía desamparada y sin saber qué hacer ni a quién avisar. Si al menos los de recepción no la largaran de la ventanilla con tanta rapidez... Aunque era lógico: si todos los acompañantes de los pacientes acudieran a preguntar tantas veces como ella, aquello sería un caos.

Sólo se le ocurría una persona a quien llamar, y ése fue el número que marcó.

—¿Rocco? Soy Daniela. Estoy en el hospital dei Pellegrini, ¿puedes venir?

* * *

Lo vio entrar buscándola con la mirada. Cuando la localizó en una de las sillas de la sala de espera, Daniela notó que desaparecía la crispación de su rostro.

—Siento haberte molestado a estas horas.

—Al principio me has preocupado. Creía que te había pasado algo a ti.

—No sabía a quién llamar. Luca, con la silla de ruedas..., habría tenido que pedir que lo trajeran o llamar un taxi. Y a mi tía no me he atrevido, la verdad.

—Has hecho bien, he venido andando. Vivo cerca de aquí —dijo él, peinándose con las manos. Daniela lo observó mientras lo hacía.

El hospital estaba en el centro histórico, y la ambulancia había llevado allí a Peppe porque era público. Había imaginado que Rocco residía en una zona residencial elegante como el Vomero, y se llevó una sorpresa al saber que vivía en el viejo y degradado corazón de la ciudad.

—Cuéntame qué ha pasado y cómo has conocido a ese hombre.

Daniela le relató su encuentro casual con Peppe ante el consulado de España, esforzándose por no olvidar ningún detalle, hasta el momento en que el hombre se desmayó.

—Esta mochila es suya. Supongo que dentro tendrá sus cosas.

—¿Has mirado si está su documentación?

—Lo han hecho los *carabinieri*. Y no han encontrado su cartera ni nada que lo identifique.

—Ahora hay mucha gente en el mostrador. Cuando se despeje, iré a ver si han localizado a algún familiar. En cuanto llegue alguno, le das la mochila y nos vamos de aquí.

—No te gustan los hospitales, ¿verdad?

—No.

—A mí tampoco —coincidió Daniela—. Oye, Rocco, antes, cuando íbamos en tu coche, no pretendía molestarte con mis comentarios.

Él le cogió la mano y se la apretó. Era el primer contacto físico entre ellos. La miró a los ojos y, también por primera vez, Daniela lo vio sonreír.

—Lo sé.

* * *

Llevaban una hora allí y seguían sin noticias sobre el desconocido. De haberse tratado de un desmayo sin importancia, ya les habrían dicho algo. Daniela barajó la posibilidad de que su dolencia fuera más grave de lo que habían diagnosticado los paramédicos.

—¿Puedo hacerte una pregunta? —tanteó Rocco. Ella asintió—. ¿Cuál es el motivo que te ha traído a Nápoles? Y no me digas que la herencia, porque eso no requiere tu presencia en una casa en la que no estás del todo a gusto durante todas tus vacaciones.

—¿La verdad?

—Por favor.

—Vine para alejarme de un hombre que me quería poco y mal y de otro que me quiere demasiado.

Rocco levantó la mirada hacia el techo.

—Así que huyes de dos hombres. Qué éxito...

—Si fuera un éxito, no habría salido huyendo, ¿no te parece?

Él volvió el rostro hacia ella y Daniela no supo leerle el pensamiento. Decidió lanzarse.

—Pregunta por pregunta: ¿por qué no tuvisteis hijos mi prima y tú?

Rocco no dejó de mirarla a los ojos cuando le dio su respuesta.

—Porque para Olga nunca era el momento adecuado.

—Pero ¿a ti te habría gustado tenerlos?

Él elevó una comisura de la boca.

—Hemos dicho pregunta por pregunta, ése era el trato. Y con ésta van dos.

Daniela no insistió, aunque se moría de ganas. Rocco se levantó y caminó hacia el mostrador. Después de unos segundos, la recepcionista y él gesticulaban muy al estilo de la gente del sur. Luego él llamó a Daniela con la mano y ella se acercó cargada con la mochila y su bolsito.

—¿Cómo te ha dicho que se llamaba?

—Peppe, sólo recuerdo eso.

—Ese hombre no está en el hospital. No lo encuentran.

Daniela no podía dar crédito. Le explicó a la recepcionista la hora aproximada del ingreso y el motivo. Y, tras mucho buscar entre las llegadas de las ambulancias, la

mujer sólo encontró los datos de un varón.

—Debe de haber dado al equipo de urgencias una identidad falsa, por eso está registrado con este nombre y apellido. Ha pedido el alta voluntaria hace rato.

—¿Que se ha marchado? —exclamó Daniela atónita.

—Eso parece.

Se había largado. El hombrecillo desconocido se había esfumado sin dejar rastro.

—Y ¿ahora cómo voy a localizarlo para devolverle sus cosas?

—No tengo ni idea —farfulló Rocco.

Ladeó la cabeza para leer la pantalla del otro lado del mostrador y sacudió la mano derecha con los dedos juntos como una alcachofa.

—¿Y nadie en todo el hospital se ha dado cuenta de que era un nombre falso? Rocco Siffredi..., no me jodas —farfulló incrédulo.

—Por fin pareces de aquí —celebró Daniela. Era la primera vez que lo veía hacer ese gesto tan típico con el que su padre recalcaba que sus argumentos no admitían discusión—. Empezaba a pensar que la napolitana era yo y que tú eras de Trento —agregó ante su mirada impassible.

—¿De Trento precisamente?

—Yo qué sé, porque está al lado de Suiza.

—Se trata de seriedad profesional. Un abogado gesticulando con las manos parecería un mercachifle.

—Como si dejaras de ser abogado cuando te quitas la corbata. ¿Qué eres ahora, eh?

—Ahora soy ese que salía de la ducha y se ha vestido en un minuto para venir a rescatar a una rubia en apuros.

Daniela sonrió por primera vez desde que había entrado por la puerta del hospital.

Los cuchicheos a su espalda empezaban a subir de tono. Rocco la cogió por el brazo e hizo sitio para los que hacían cola detrás de ellos con ganas de que se largaran de una vez.

—Vámonos, aquí no tenemos nada que hacer.

—Rocco Siffredi..., a mí no me suena falso.

Él la miró con el ceño fruncido para asegurarse de que no estaba de broma.

—Es el actor porno más famoso de Italia y del mundo. Ahora está retirado y dirige cine para adultos. No me creo que no hayas oído hablar de él.

—Pues nunca hasta ahora —confesó—. No debe de ser tan famoso.

—Veinticuatro centímetros.

Daniela abrió mucho los ojos; un poco más y se le descuelga la mandíbula.

—No me lo creo. Eso es lo que mide una botella de Aquarius, lo leí en el blog de una escritora española una vez y me partí de risa. Noelia... —Trató de hacer memoria—. Noelia Amarillo se llama. Ese tamaño no existe, es un mito.

—Te aseguro que no lo es.

—¿Tú lo has visto?

Rocco levantó el dedo índice de la mano derecha y Daniela captó el mensaje. Pregunta por pregunta, ése era el trato, y aquélla era la número tres. Sin embargo, se repitió mentalmente el nombre del otro Rocco para no olvidarlo. Antes de irse a dormir pensaba investigar en Google.

* * *

Rocco caminaba delante de ella a buen paso mientras Daniela hacía esfuerzos por alcanzarlo. Andar con tacones por los adoquines era tarea complicada y no quería torcerse un tobillo y fastidiar las vacaciones. Al llegar a un portal en una calle desconocida para ella todavía, pero que calculaba que debía de acabar en via Toledo, Rocco se detuvo y sacó las llaves del bolsillo.

—¿Tu coche está cerca?

—En un *parking*, y a estas horas no me apetece sacarlo, subir hasta la fábrica, volver a bajar... Hagamos una cosa: pasa aquí la noche y mañana a primera hora te llevo. Es tarde y ya hemos perdido bastantes horas de sueño.

—Me parece bien. Voy a enviarle un mensaje a Luca para que no se preocupen, aunque no creo que lo lea hasta mañana.

Por áspera que fuera su relación con Nicoletta, convivía con ellos y lo correcto era avisar de que pasaría la noche fuera. Ya había advertido horas antes de que llegaría tarde, pero no estaba de más avisarlos. Tecleó una breve explicación a su primo sobre lo sucedido y su precipitada estancia en un hospital.

Entretanto, Rocco ya había abierto el portal y la invitaba a subir con una mirada. Daniela lo siguió hasta el segundo piso. En el momento en que franqueó la puerta de entrada, percibió varios detalles. El primero de ellos, la pulcritud que reinaba en la casa, demasiado grande para llamarla *apartamento*, según su criterio. El segundo, que no había relación alguna entre el lúgubre aspecto de la fachada y el interior de la vivienda: por fuera se veía un edificio deslucido pero, en cambio, resultaba evidente que dentro se había hecho una reforma reciente y cuidada que denotaba la mano de un buen interiorista. Otra cosa que le llamó la atención fue la decoración, muy masculina, funcional y con gusto por la sencillez, sin figuritas, jarrones ni cachivaches innecesarios. Daniela dedujo que allí no había puesto mano ninguna mujer. Y el detalle más llamativo a sus ojos fue la total ausencia de fotografías. Ninguna de él... y ninguna de Olga, su difunta esposa. A su alrededor no había un solo indicio que hiciera sospechar que hubo un tiempo en el que estuvo casado.

Rocco se había perdido por una puerta y salió descalzo y con la camisa desabrochada. Daniela dedujo que regresaba de su dormitorio.

—Hay un pequeño problema, y es que no tengo una cama que ofrecerte, porque sólo tengo la mía.

—¿Sólo una cama? Este piso parece tener varias habitaciones.

—Nunca he necesitado una de invitados, hasta esta noche.

Daniela se dio prisa en resolver el dilema por él.

—Pues tenemos dos opciones: cambiar las sábanas de la tuya para que duerma yo o me das una mantita ligera y duermo en el sofá. Porque compartir la tuya no es negociable.

Él sonrió con ironía.

—Ni tú ni yo estamos tan desesperados.

Ella lo miró sin saber si hablaba en broma o en serio.

—Ya imagino que no lo estás, con este nido de soltero no te faltarán ocasiones de satisfacer tus necesidades.

—Nunca he traído a nadie aquí. Todas mis noches bajo este techo han sido blancas, como la que compartiremos hoy tú y yo.

Ese comentario, que le resultó chocante porque se trataba un piso de soltero en el que se destacaba la ausencia de recuerdos de su matrimonio, despertó la curiosidad de Daniela.

—Pregunta por pregunta —propuso—. Durante este tiempo, ¿no has tenido otras mujeres?

Rocco agradeció que se refiriera a su viudedad con tanta sutileza.

—Las ha habido, pero siempre hasta antes del desayuno.

Ella comprendió. Sexo y nada más, amanecer al lado de alguien da pie a despertar falsas ilusiones en la otra persona. Lo vio cruzarse de brazos y apoyarse en la columna de la cocina office, y por su expresión curiosa dedujo que pensaba usar su turno en el trato propuesto.

—Pregunta por pregunta: ¿tú eres de las que follan o de las que hacen el amor?

Daniela encajó la pregunta sin escandalizarse; no se asustaba por tan poca cosa.

—Mi vida ha sido como el abecedario —resumió. Él alzó las cejas—. Después de la A, la F.

Rocco entornó los ojos. Acababa de describir un pasado sentimental idéntico al suyo, y supuso que, de la misma manera, ente la A y la F ella había tenido también una D mayúscula: decepción, desidia, desamor, desconfianza, desengaño...

Como Daniela no pretendía revelar más sobre su vida íntima, porque llamarla *amorosa* era un chiste, dejó su bolso sobre la mesa y se quitó las sandalias.

—Me pido el sofá. Liarnos a cambiar sábanas a estas horas es un rollo. Dame una toalla y una mantita y, si tienes una almohada, perfecto. Si no, me arreglaré con uno de esos cojines.

Rocco fue por un pasillo y enseguida volvió con una colcha liviana estilo Liberty bajo el brazo que entregó a Daniela.

—En el baño encontrarás toallas limpias y cepillos de dientes nuevos en el primer cajón. Usa todo lo que necesites.

—¿Una camiseta grande y vieja?

Rocco asintió.

—Ahora te traigo una.

Ella se lo agradeció, pero no quiso verlo marchar otra vez sin resolver una duda.

—Me cuesta creer lo de tus noches blancas, con el éxito que tienes.

Él se quedó mirándola sin saber a qué venía eso, y Daniela fue más explícita:

—He visto cómo te persigue la secretaria de Luca.

—Simona es un engorro inevitable —zanjó.

Daniela encogió los hombros con un suspiro.

—Ufff, no me cuentes... Yo de eso sé bastante.

Ni él preguntó ni ella dijo más. Se dieron las buenas noches, Daniela aprovechó para ir al baño y, cuando regresó al salón, vio que Rocco le había dejado una camiseta suya en el respaldo del sofá. Se preparó el lugar para dormir, pero, antes de tumbarse, reparó en la mochila del desaparecido Pepe, que Rocco había colocado en un rincón, apoyada en la pared. Miró el reloj, eran las tres. Se prometió trasnochar sólo una hora más. Sacó el cuaderno donde el hombre le había dicho que había escrito aquella historia. Daniela pasó páginas y constató que el relato estaba a medias; como muchos narradores, había exagerado en cuanto al progreso de creación. Cuando acabó la carrera, había estado trabajando como traductora para una editorial y conocía las peleas de los editores para conseguir que los autores entregaran las obras en fecha. Los «ya casi la tengo» solían significar a menudo «no llevo ni la mitad».

Con el cuaderno en la mano, pensó en sentarse allí a leer, pero no quería importunar a Rocco con la luz encendida. Así pues, caminó de puntillas por el pasillo y abrió la puerta contigua al baño y encendió el interruptor de la luz. Como se hallaba en el lado opuesto de la casa, estaba segura de que no lo despertaría. Era un cuarto que bien podría alojar una cama, un armario y muebles auxiliares. En cambio, estaba lleno de cajas de mudanza todavía pendientes de abrir. Aprovechando que él no la veía, curioseó y constató que se trataba de los objetos personales de él. Ninguna de las cajas indicaba contener nada de Olga. Daniela se preguntó si la necesidad de empezar de nuevo después de un desenlace tan trágico había empujado a Rocco a llevarse de su hogar de casado solamente sus cosas, sin querer conservar consigo la ropa y otros enseres de su mujer. ¿Tanto le dolía su recuerdo como para no rememorarla ni mediante una foto de la boda?

Y llegó a la conclusión de que Nicoletta nunca había estado en ese apartamento, porque le habría molestado esa invisibilidad de su hija, como si jamás hubiera formado parte de la vida de Rocco.

Se sentó sobre una de las cajas, con el rótulo LIBROS DE DERECHO. El contenido la convertía en un asiento sólido. Abrió el cuaderno y encontró una fotografía entre sus páginas que la intrigó al instante. En ella aparecía una mujer en la cama de un hospital con un bebé vestido con ropas de bautizo. ¿Sería ésa la niña robada o aquella historia era un camelo inventado por el supuesto escritor para darse importancia?... Antes de seguir se recordó que no más de una hora de cotillero lector, si no, amanecería hecha un asco.

* * *

No fue una, sino tres. En realidad, los cuarenta y cinco minutos que pasó tumbada en el sofá transcurrieron en un duermevela que no podía calificarse de sueño. La historia contada a medias que había leído no se le iba de la cabeza. Fue el hecho de ver aquella fotografía en varios tonos de gris y con las huellas de los años transcurridos desde que se tomó lo que la impactó de veras. No era lo mismo leer una especie de cuento que podía ser inventado que hacerlo sin dejar de mirar a cada párrafo la instantánea de una mujer a la que no se le veía el rostro y que sujetaba en el regazo a un bebé recién nacido. Una muchacha, más que una mujer, porque sus manos eran jóvenes, con un vestido de cuadros. En el retrato sólo se le veían los brazos, el busto y un parte de la falda de vuelo sobre las piernas, como mero soporte del pequeñín en primer plano. Esa imagen de un niño, o una niña, que no debía de haber cumplido un mes, daba visos de realidad a la historia escrita en esas páginas que narraban lo que Peppe le había contado —a ella y al gato callejero que se lamía la pata—, y aportaba al relato una luz de veracidad.

Después de cerrar el cuaderno y guardarlo de nuevo en la mochila del desconocido, Daniela no dejaba de preguntarse si todo aquello era cierto. ¿Y si lo era?

Así pasó el resto de la noche y, al despuntar el día, se lavó los dientes mirándose en el espejo y pensando todavía en el nombre escrito con estilográfica detrás de la foto antigua: Maruzzella, y una fecha: 13 de junio de 1961. Maria... «La llamaron Maruzzella desde el día en que nació.» El bebé de la foto era la pequeña Maruzzella con la que comenzaba la historia. A Daniela le vinieron a la memoria los estremecedores casos sucedidos en España durante esa misma década y en años posteriores, en que muchos niños fueron arrebatados a sus padres en casas cuna o incluso en hospitales, dándolos falsamente por muertos en muchos casos.

Con esa penosa idea y el deseo de desvelar la incógnita de la pequeña Maruzzella, a la que era curioso que no se nombrara en la historia más que como «la niña», apagó la luz de la encimera de la cocina. Sin hacer el más mínimo ruido, salió del piso de Rocco y cerró la puerta de entrada. Era hora de regresar a la casa, quería llegar antes que todos se despertaran para evitar tener que contestar a una batería de preguntas. O, en el peor de los casos, escuchar los reproches de Nicoletta por aparecer vestida para salir de fiesta a la hora del desayuno como una loca de la vida.

* * *

Rocco remoloneó antes de abrir los ojos. Le rugían las tripas tan fuerte que no le hizo falta despertador. Dio un par de vueltas en la cama hasta que su instinto le

recordó que no estaba solo en la casa. Olfateó el aire como un roedor. Sí, no lo engañaba la modorra: olía a café recién hecho, un aroma invitador que lo hizo saltar de la cama como un resorte. Se puso una camiseta y un pantalón de deporte para no presentarse ante Daniela en calzoncillos, y más cuando ella había tenido el detalle de levantarse antes para poner la cafetera al fuego.

Salió al pasillo y asomó la cabeza por la puerta que daba al salón. La cafetera se veía todavía humeante sobre una bandeja encima de la barra que separaba la pequeña cocina del resto de la estancia. Miró el sofá: los almohadones estaban colocados con esmero, y sobre el reposabrazos estaba la colcha doblada y, encima de ella, la camiseta.

Ni rastro de Daniela.

Fue al cuarto de baño a aliviar su urgencia matinal. De su presencia sólo quedaba una única huella: el cepillo de dientes recién estrenado que acompañaba al suyo.

Cuando regresó a la sala, observó la bandeja. Le había dejado una nota de agradecimiento y también una rebanada de pan untada con Nutella. Rocco sonrió, había sido un detalle encantador por su parte. La rubia era muy suya, podría haberlo esperado. Seguro que había regresado a casa en taxi, una decisión absurda cuando él no iba a tardar ni media hora en ir al mismo lugar. Daniela sabía que acudiría al trabajo como cada mañana. Pero había preferido desaparecer sin despertarlo para decir adiós. Recordó la conversación de la noche anterior: siempre hasta el desayuno. Era evidente que ella no había olvidado sus palabras. Y, en efecto, ésa era su costumbre cuando dormía con otras mujeres sin excepción desde que era un hombre libre.

No obstante, esa precisa mañana, a Rocco no le habría importado que Daniela se hubiera quedado un rato más y desayunar con ella.

Capítulo 9

La llegada de Irene

Irene se lo encontró en el aeropuerto de Manises, el lugar más inverosímil para coincidir con el rarito de su vecino. Hacía muchísimo que no lo veía, desde que se había mudado al apartamento de la playa.

Toda su familia la esperaba en una mesita de la cafetería para despedirse de ella mientras facturaba la maleta. Y en la cola fue donde coincidió con él, Irene acabando y el chaval, treinta personas más atrás.

—Cuánto tiempo, Carlitos.

—Ahora me llamo Carlos.

—Perdona. Ya sabes, la costumbre.

Eran vecinos de toda la vida. Los Lloret, en el tercero, y la familia de Carlos en el primero, porque por su madre sabía que el chico aún vivía con sus padres. Tenían la misma edad, pero habían estudiado en distintos colegios e institutos. Carlos era informático, más que eso, ingeniero de los importantes según su madre. A ojos de Irene, el mismo apocado que apestaba el ascensor con su olor corporal desde que las hormonas empezaron a revolucionársele. En eso no había cambiado: despedía el mismo tufillo a sudor de siempre.

—¿Te vas de viaje? —le preguntó, avanzando un pasito en la cola.

—Me ha salido trabajo en Italia, pero es algo temporal.

—Sí, está mal la cosa aquí. Aunque yo no puedo quejarme.

Le explicó que dirigía el área de videojuegos de una importante empresa y, a medida que iba relatándole los detalles de su éxito, Irene iba hundiéndose más y más en la miseria.

—Entonces, lo tuyo es un viaje de trabajo.

—No, ¡qué va! Es una última escapada, mi novia me ha dado permiso. —«Novia... Mmm... ¿Permiso? ¿Estamos locos o qué?», a Irene le estaba costando asimilar tanta información—. Me caso el mes que viene.

—Enhorabuena.

Y, mientras sonreía con ganas de llorar, escuchaba a Carlitos, el del pelo aceitoso, que le contaba cómo había conocido al amor de su vida. Irene quería abrirse las venas con un lápiz.

Se casaba. Con su novia.

Ella acumulando fracaso tras fracaso y el vecino del primero se casaba, el mismo que se hurgaba la nariz en plena calle como si buscara un tesoro.

Como la cola avanzaba y ya le había minado bastante la moral, le dijo adiós y se dirigió hacia el bar esquivando a la gente que iba de un lado a otro con prisas, tirando

con desidia de su maleta de mano.

«Ninguna mujer necesita a un hombre a su lado.» ¡Por supuesto que no!

Pero ella no tenía más compañía que una maletilla de un bazar, y el vecino se casaba dentro de un mes.

«Una mujer no necesita a un hombre para ser feliz.» Obvio y cierto.

Pero ella se haría vieja en el sofá de sus padres viendo Tele 5.

—¿Otra vez hablando sola? —Era su hermana, que caminaba detrás de ella.

Irene abrió los brazos y miró a toda su familia allí reunida.

—Ya estáis tardando, dadme un abrazo, todos a la vez.

Padres, hermanos y abuelo se levantaron de sus sillas y corrieron a achuchar a la niña, que se iba a Italia. La multitud seguía deambulando con prisas a su alrededor; algunos miraban al pasar a toda aquella gente llorosa, parada en medio del trasiego y apiñada como una melé.

* * *

Como Irene había avisado de su llegada, Daniela le pidió un favor a Luca, que no dudó en hablar con Donato para que la llevara al aeropuerto a recibir a su amiga. Nada más verse, ambas se abrazaron y dieron saltitos, felices de estar juntas tan lejos de casa. Durante el trayecto, Daniela le contó con medias palabras lo poco afectuosa que era su tía y lo simpático que era Luca, cosa que tranquilizó a Irene.

Pero las buenas perspectivas que Daniela le había descrito se torcieron en cuanto llegaron a la mansión de los Barone. Irene contempló admirada aquella casa tan bonita, y al entrar en el vestíbulo tuvo la sensación de que se adentraba en la *belle époque*. Como necesitaba ir al baño, se perdió el recibimiento de su anfitriona. Oyó parte de la discusión mientras volvía por el pasillo principal.

—Que no crea tu amiga que va a quedarse aquí.

—Tenemos habitaciones de sobra.

—Pero ¿esto qué es? ¿Una invasión de españolas?

Irene se apresuró hacia ellas para evitar una confrontación por su culpa.

—No, no, no... Por favor. No se me ocurriría jamás convertirme en una molestia. Usted debe de ser la señora Barone, ¿verdad? Irene Lloret —se presentó, tendiéndole la mano.

Nicoletta se la estrechó, presentándose a su vez, mientras Daniela la miraba avergonzada. Era evidente que su amiga había oído su indignante comentario.

—Antes de venir ya me ocupé de buscar un lugar donde vivir. Hace una semana alquilé una habitación en un piso compartido. Localicé en internet la dirección de esta casa en cuanto me la diste —comentó, mirando a Daniela con cara de circunstancias — y encontré un apartamento muy bien de precio que está cerca.

Daniela adivinó a qué venía aquella cara de preocupación.

—Cerca..., pero no pensaste que Nápoles está situada sobre varias colinas y que Valencia es más plana que la bandeja de un camarero. Y no tienes coche.

—Sí —lamentó ella—. No me imaginaba esto con tantas cuestas. Iré y vendré cada día —insistió—, no pienso convertirme en una intrusa.

Daniela vio enrojecer a Nicoletta hasta la raíz del pelo. ¿De verdad no entendía que Irene y ella estaban hablando irónicamente?

—Lo siento. Si por mí fuera, te quedarías —se excusó, con una mirada de censura a su tía—. Pero aquí, aunque no te lo creas, ni pincho ni corto.

—Cortar no cortas, pero pinchar... —apostilló la mujer, y dejó a Daniela con la palabra en la boca—. Hablas muy bien italiano, Irene.

—Viví durante un año en Génova. Y, además, he asistido después a clases de repaso con Daniela para no olvidarlo. Es muy buena profesora.

Ese dato era toda una novedad para Nicoletta, y Daniela se sintió orgullosa de que su tía la mirara con extrañeza y admiración.

—Vivíamos juntas en Génova, allí nos conocimos y nos hicimos amigas.

Daniela habría preferido que no añadiera más información, puesto que a saber de qué manera podía utilizarla Nicoletta. Y no tardó ni un segundo en confirmar sus peores sospechas.

—Estuviste viviendo en Italia durante un año —repitió, encarándose con ella de brazos cruzados—, ¿y no fuiste capaz de venir a conocer a tu familia?

La rabia se le acumuló a Daniela en la boca del estómago.

—Con la primera vez ya fue suficiente. ¿O no recuerdas cómo nos tratasteis a mis padres y a mí? Yo era una niña de ocho años y no he olvidado cómo nos prohibisteis pasar de la verja.

—Créelo o no: yo me enteré de esa visita de tu padre años después.

—Qué casualidad; ese día no estabas en casa espiando detrás del visillo —ironizó Daniela con rencor.

—Si hubieses estado aquí...

—Si hubieses estado, ¿qué? —la interrumpió.

Por primera vez, Daniela vio a Nicoletta humillada. Su silencio fue revelador: no habría hecho nada. Nada que pudiera contrariar a la vieja señora Costanza. Y se preguntó qué clase de dominio ejercía aquella mujer para tenerlos a todos en un puño.

Irene cogió a su amiga por el codo para acabar con aquella situación tan incómoda.

—Señora Barone, se me hace tarde. Quiero llegar al apartamento antes de las tres, así lo acordé con una de las chicas con las que voy a compartirlo. Ya conoceré en otro momento a Luca. Al señor Barone, quiero decir.

El exceso de prudencia de la chica divirtió a Nicoletta. Y no era mujer de sonrisa fácil.

—Las únicas Barone de la casa somos tu amiga Daniela y yo. Mi hijo se llama Colonna, como su padre. Pero acostúmbrate a llamarlo Luca y de tú, porque él no

querrá que lo trates de otra manera.

Una vez más, a Daniela la fascinó la fuerza invisible del amor maternal. Era nombrar a Luca y a Nicoletta le cambiaba el semblante.

—Ven conmigo, estará en su despacho —propuso Daniela.

—Ya nos presentarás mañana, no vamos a molestarlo.

—Sólo será un momento y está aquí mismo. La casa está pegada a la fábrica. Prepárate, porque si lo que has visto te ha gustado, la parte que no conoces te va a encantar también. Si lo sabré yo, con lo golosa que eres.

—¿Te gustan los helados? —preguntó Nicoletta.

—Me vuelven loca.

Para sorpresa de Daniela, su tía volvió a sonreír. Era una lástima, pero dudaba que esa simpatía repentina durara mucho tiempo.

* * *

Luca e Irene congeniaron desde que se dieron los dos besos de rigor que él se empeñó en dar para acortar distancias.

Ella ya había estudiado en España los informes médicos y las radiografías que él le había enviado por correo electrónico. Y Luca también había hecho sus deberes. Lo primero que le mostró fue la antigua sala para celebrar banquetes, que, como contaban con un comedor tan grande para una familia tan pequeña, no se usaba para ese menester desde hacía cincuenta años. Nicoletta, aunque a regañadientes al principio, habló con su marido, que por primera vez en mucho tiempo regresó a la casa. Entre los dos valoraron qué piezas del mobiliario podían hallar salida en el mercado de las antigüedades, y el resto se mandó que fueran subidas al desván, para lo que hubo que pedir ayuda a varios operarios de la fábrica que se prestaron voluntarios. Todo el mundo apreciaba mucho a Luca, y por echarle una mano habrían hecho horas extras, y gratis. Sin embargo, no fue así: el chico no tenía fama de generoso por casualidad y, a cambio, todos ellos recibieron dos días extras de vacaciones, además de una cuantiosa propina. Una vez que la sala estuvo despejada, Nicoletta llamó a los pintores, que retiraron el oscuro y clásico papel pintado de las paredes. La gama de tonos azules que escogió cambió por completo el aspecto de aquel espacio, que parecía ahora más grande.

Antes de la llegada de su nueva fisioterapeuta, Rocco había acompañado a Luca en el coche para ayudarlo a escoger los aparatos gimnásticos que Irene había indicado que sería conveniente adquirir: una camilla, unas barras paralelas y una máquina de pesas que servía para ejercitar piernas y brazos a la vez.

Y todo ello fue lo primero que quiso enseñarle a la chica. Ella dio un vistazo general y sugirió la posibilidad de cubrir una parte de la sala con colchonetas, porque tenía intención de programar algunos ejercicios de suelo. Pidió también pelotas de

goma de varias medidas, pesos de quita y pon para tobillos y muñecas y cintas elásticas.

—Siempre con ropa cómoda —indicó.

—Lo sé, igual que cuando acudía a rehabilitarme en la clínica.

Irene intuyó, dado el buen estado físico de Luca, que antes del accidente acostumbraba a ejercitarse en un gimnasio.

—Entonces ¿empezamos mañana?

—Cuanto antes, mejor —dijo él con entusiasmo.

Irene cabeceó, las prisas eran su peor enemigo.

—Vayamos a un sitio en el que podamos ponernos cómodos y te explicaré con calma qué vamos a hacer durante las próximas semanas. O meses —avisó—. No esperes resultados de un día para otro.

—No es la primera vez que oigo eso.

Luca abrió camino y la llevó por el pasillo hasta la sala de estar. Allí, le indicó un sillón donde sentarse y él maniobró con la silla para quedar enfrente.

—¿Te apetece tomar algo?

—Una coca-cola si puede ser.

—¿Te parece que nos la tomemos luego fuera de aquí?

Irene disimuló una sonrisa: bonito truco.

—Pero si estabas trabajando cuando te he interrumpido.

—Soy el jefe de la banda —dijo él, guiñándole un ojo.

¿Por qué no? A ella también le hacía falta dar una vuelta por la ciudad para aclimatarse. Y si esa salida y la compañía de su simpático paciente contribuían a subirle la moral, era tiempo ganado.

—Me parece bien. Ya veremos si tienes ganas de invitarme después de hablar. Te advierto que voy a ser franca.

—No confías en que vuelva a caminar.

Irene se acercó al sillón; notaba que al caminar las tetas le brincaban por culpa del sujetador de mercadillo que llevaba, que no sujetaba nada. Al dejarse caer en el asiento, rebotaron. «¡Venga, alegría...!» Luca no apartaba la vista de su pecho, y eso era precisamente lo que necesitaba, que un hombre atractivo la mirara con ojos codiciosos. Y el primo de Daniela lo era. Muy guapo. Mucho.

—He dicho que voy a ser siempre franca contigo. Si no creyera que puedes volver a andar, no estaría aquí. Es más, te aseguro que volverás a hacerlo. Y a correr. Ya me encargaré yo de ello si te desanimas por el camino.

—Empiezas a darme miedo.

—Vacíame todo lo que quieras —dijo, mirándole los músculos—. Me gustan más los hombres chuletas que los pancetas.

Luca sonrió despacio.

—Lo vamos a pasar muy bien tú y yo. Vamos a por esa coca-cola.

—Para ti, *light* —advirtió, devolviéndole el guiño de antes, y añadió con un

suspiro penoso—: Y para mí también.

* * *

Dos semanas después de su llegada, Irene subía la cuesta saludando a unos y a otros como si los conociera de toda la vida. Tenía un carácter abierto y no le costaba hacer buenas migas con los demás.

Las caminatas hasta la mansión le fueron mejor que bien. Aunque ya se había resignado a que le apretara la cinturilla de los vaqueros de por vida, gracias a esa doble sesión de ejercicio diario, en sentido ascendente y descendente, el pantalón le quedaba ahora tan holgado que podía meter la mano sin desabrocharse el botón.

Y gracias también a la generosidad de su paciente, había superado con creces el listón de empleada mileurista. Pero en el alquiler se le iba un pico, otro en la comida, y no quería volver a casa sin unos ahorros. El viaje, además de entretenido, debía ser ventajoso en lo económico. No sabía cuánto tardaría en encontrar empleo a su regreso a España, y un remanente de seguridad la ayudaría a escoger sin agobios. Por eso ahorraba en lo posible. En taxis, por ejemplo. Podría alquilar una Vespa, que allí las conducían hasta los niños, pero le daba miedo porque no tenía carnet de moto. Y como andar le sentaba genial, metía una botella de agua fresca en el bolso, se colocaba las gafas de sol y caminito hasta que llegaba a la casa de los Barone.

Todo eso, pero más resumido, comentó con Luca aquella mañana para entretenerlo y hacerle más llevadera la tanda de ejercicios. Aunque él disimulaba, Irene sabía que los estiramientos eran dolorosos. En más de una ocasión la había sobresaltado al dar un grito. Sin embargo, era buen paciente y se implicaba en su recuperación. Se notaba que tenía muchas ganas de volver a andar.

—Pues eso que te decía —prosiguió, al tiempo que le doblaba la rodilla derecha con cuidado de no hacerle daño—. También como menos pan, porque aquí no tenéis tanta costumbre.

—Con la pasta no se necesita.

—Lo sé, lo difícil es cumplir. El caso es que desde que vivo aquí llevo una alimentación más ordenada, sin picotear entre horas. Y, gracias también al ejercicio de caminar a diario, poco a poco estoy viendo resultados.

—Yo también.

Irene sonrió. Y tanto que se daba cuenta: no le quitaba la vista de encima. Menos mal que el pijama blanco de enfermera disimulaba las curvas porque, si no, habría peligrado la camilla en la que él se encontraba tumbado mientras ella lo ayudaba con la tanda de estiramientos. Por parte de Luca y por la suya, que no era de piedra ni inmune al atractivo de su nuevo jefe.

—Se me han afinado los muslos y he perdido barriga. Nunca creí que lo conseguiría. Tú también lo vas a lograr, poco a poco.

—¿Crees que me sobra barriga? —bromeó él, levantándose la camiseta con fingida inocencia.

Se acarició con la mano los abdominales duros y bien definidos mirándola todo el rato a los ojos.

—Deja de hacer el tonto. Ya sabes a qué me refiero.

—Se dice «deja de hacerte el listo». No dominas bien el idioma.

—Que te crees tú eso... Listo.

Luca se tumbó de nuevo y permitió que le estirara el empeine y el talón de Aquiles con lentos pero esforzados movimientos de vaivén.

—¿Sabes, Irene? Sueño con el momento de ver esos resultados.

Ella decidió premiarlo con un refuerzo positivo. Observó sus voluminosos bíceps y lo miró con una sonrisa de admiración.

—Cada cosa a su tiempo. Tienes unos brazos impresionantes de tanto girar las ruedas de la silla. Pero, antes de ponerte en pie, debemos fortalecer las piernas muy bien.

* * *

Nicoletta andaba liadísima y emocionada con los preparativos del cumpleaños de Luca. Era evidente que no deseaba para su hijo más que felicidad después de tanto llanto. Y a Olga ya no la tenía consigo. Daniela comprendía que se volcara con Luca, al que, además, se veía cada día más contento y entregado a su propia recuperación. Se ofreció a ayudarla, pero su tía rehusó muy amablemente que interviniera en los preparativos. Ella no insistió, a pesar de que le habría gustado echar una mano aunque fuera para entretenerse.

Sin otra cosa que hacer más que callejear por Nápoles como una turista, había tenido tiempo de sobra de meditar sobre el asunto de la herencia. Y por eso se acercó al despacho de Rocco.

—¿Interrumpo? —dijo, asomando la cabeza por la puerta entreabierta.

Él levantó la vista del ordenador portátil y la invitó a entrar. Daniela se sentó en uno de los dos sillones que había frente a su escritorio.

—Tú dirás —la invitó, a la vez que cerraba la tapa del portátil y la miraba a los ojos.

—¿Puedo hacerte una pregunta que no me atrevo a hacer ni a Nicoletta ni a Luca?

—Si está en mi mano responderla, adelante.

—¿Cuento con tu confidencialidad?

—Sólo si no me compromete.

—No lo sé. Si es así, no voy a ponerte en un dilema. Haz lo que creas que debes hacer.

—Dime en qué puedo ayudarte.

—He estado pensando. El tema de las acciones...

—Valen mucho.

—Lo sé, y eso es lo que me preocupa. No es dinero, es un valor que implica una responsabilidad que no estoy preparada para asumir.

—Puedes dejarlas en manos de quien tú quieras para que las gestione. Y limitarte a cobrar los dividendos.

—Unos beneficios que me permitirán, a partir de ahora y mientras la fábrica no quiebre, vivir sin trabajar.

—Es cierto. Pero conllevan unas obligaciones que no puedes obviar. Has heredado parte de un negocio, lo que significa que heredas una obligación legal y moral con un montón de personas que trabajan para ti y con otro montón de clientes que han depositado su confianza en tus productos.

—A eso me refiero. Y es lo que más me abruma. Mi padre me inculcó las obligaciones que implica ser empresario y nunca he querido asumirlas. No va con mi forma de ser.

—Pues me temo que el testamento no te deja opción.

Daniela lo miró convencida de lo que estaba a punto de decir.

—Sí la hay. Y eso es lo que he venido a consultar contigo. ¿Qué pasará si algún día decido vender mi participación en la empresa?

—Tendrías que ofrecérselas primero al resto de los accionistas, es decir, a Luca y a Nicoletta.

—Desconozco el patrimonio que puedan poseer. Pero si tenemos en cuenta que mi parte iguala la de ellos dos juntos, podría darse el caso de que no estuvieran en condiciones de comprarme las acciones.

—En ese caso, y habiendo ejercido ellos el derecho de tanteo sin llegar a un acuerdo, estarías libre de venderlas al mejor postor.

Daniela negó con la cabeza.

—Entonces la empresa quedaría en manos de otros y dejaría de ser el negocio de la familia Barone que fundó mi bisabuelo. No, eso nunca lo haría. Mi padre no querría eso.

Recordó las muchas veces que le había contado la historia del tatarabuelo Roberto, que inició la tradición familiar vendiendo helados por las calles de Nápoles con su carrito de madera.

—Es tu decisión —opinó Rocco.

Daniela se levantó. Antes de marcharse, lo miró con otra duda en mente.

—Nicoletta está emocionada con la fiesta de cumpleaños de Luca. Pero no me permite que la ayude —se lamentó. Él no dijo nada—. Si estuviera Olga, a ella sí le habría pedido ayuda, ¿verdad?

Rocco fue sincero:

—Sin duda.

Daniela se despidió de él con un leve movimiento de la mano. Cada día echaba

más de menos a su madre y a toda la familia que había dejado tan lejos por pura cabezonería. Qué asco de vacaciones dignas de olvidar.

Capítulo 10

Una nueva pista sobre la niña robada

—Soy Daniela —dijo, cuando Rocco preguntó a través del portero automático.

Subió deprisa la escalera y, al llegar al rellano del segundo piso, se detuvo sin saber qué hacer al ver que él no aguardaba con la puerta abierta de par en par. Lamentó no haberlo avisado antes, seguro que estaba acompañado.

—Llego en un mal momento, ¿verdad? No estás solo.

—No lo estoy —confirmó Rocco, sin abrir del todo.

Al verlo mirar por encima del hombro hacia el interior del piso, Daniela giró en redondo y comenzó a bajar la escalera. No sería capaz de soportar el bochorno si él veía lo rojas que se le habían puesto las mejillas por culpa del apuro de llegar y encontrarlo... con compañía.

Rocco bajó detrás de ella y la alcanzó en el descansillo.

—No te vayas sin decirme a qué has venido. Me has sorprendido porque no te esperaba, eso es todo.

—No tiene importancia, ya hablaremos en otro momento.

—Vamos, sube o los vecinos empezarán a espiarnos por la mirilla.

Ella se quedó cabizbaja y él le levantó la barbilla. De soslayo, Daniela observó que la miraba con el ceño arrugado y ella desvió la vista. No sabía a qué venía tanta extrañeza por su parte: Rocco era listo, y era fácil deducir el porqué de sus mejillas acaloradas. Levantó la mirada y entreabrió los labios al ver plantado en la puerta a un hombre de unos sesenta años, con el pelo cano y algo largo peinado hacia atrás. Llevaba gafas de pasta, traje oscuro y una pajarita floreada que le daba un toque elegante y chic.

—Ya me marchó, Rocco. He supuesto que no llevas las llaves encima y, si dejas que se cierre la puerta, tendrás un problema gordo —dijo, con una sonrisa de diversión al verlos a los dos allí parados en el descansillo.

—Daniela, te presento al profesor Rinaldi. Profesor, ella es Daniela Barone, prima hermana de mi difunta esposa.

El profesor le tendió la mano sin moverse del vano de la puerta y Daniela subió de inmediato para corresponder a su saludo. Rocco la siguió. Ella respiró hondo, con secreto alivio al constatar que la visita que acababa de interrumpir no era la de una mujer. Rocco se lo había contado la noche en que la había invitado a dormir en su piso: era la primera mujer que pisaba aquella casa y, por lo visto, no mentía. Siempre decía la verdad.

—He venido a charlar un rato con mi mejor alumno, ya que él se acuerda muy poco de mí.

—No es cierto, profesor. Ya sabe lo liado que he estado estos últimos meses.

—Señorita Barone, ha sido un placer. —Le sonrió, y miró su reloj—. Se me hace tarde. Rocco, piensa en ello, me gustaría que consideraras mi propuesta con calma, pero sin demorarte demasiado.

—Me siento muy honrado, ya lo sabe —aseguró, despidiéndose de él con un abrazo.

Cuando el profesor Rinaldi bajó la escalera, Rocco la hizo entrar.

—Gracias, de verdad. Pero yo también tengo prisa.

—Sigues sin contarme el motivo de tu aparición sorpresa.

Daniela extendió el brazo y él se quedó mirando la bolsa de regalo que colgaba de su mano. Con un gesto, ella lo invitó a cogerla.

—¿Y esto?

—Es un regalo para ti. Fuiste muy amable al hacerme compañía en el hospital. Sé que ya han pasado unas semanas y queda fatal agradecértelo tan tarde, pero la he visto hace un rato y me ha gustado.

—No hacía falta que me compraras un regalo.

—Pero hoy es tu santo —reveló Daniela con un poco de apuro el segundo motivo de aquel detalle—. La onomástica, que decís vosotros. Ya sé que en el norte se ha perdido la costumbre, pero donde yo vivo también lo celebramos.

Rocco levantó la cabeza de golpe y la miró a los ojos.

—¿Cómo sabes que es hoy?

Ella le mostró una amplia sonrisa.

—Porque hoy es el día de San Roque y hay fiesta y verbena en casi todos los pueblos de España.

Rocco sacó de la bolsa una corbata de seda con un estampado de timones de barco. Era de un azul muy intenso.

—Este mediodía lo he celebrado con mi familia. Ahora lamento no haberte dicho que vinieras a comer con nosotros.

—Rocco, los dos sabemos que yo no pintaba nada en esa comida familiar. ¿Te gusta?

—Sí, mucho —confesó él con una sincera sonrisa—. Gracias, Daniela. No esperaba nada, y no tenías por qué. Pero me has alegrado la tarde.

—Prométeme que la usarás. Todas las que te he visto puestas eran demasiado serias.

Al ver que se alejaba, Rocco evitó que lo hiciera.

—Espera, déjame al menos que te invite a cenar. Vamos a celebrarlo.

Daniela negó a la vez que miraba el reloj.

—Otro año será. No puedo, de verdad. Irene me espera a dos calles de aquí. Ya sabes: cena de chicas.

—Gracias, todavía no sé qué decir —reiteró él mientras observaba con atención el estampado mariner.

—Ya me las has dado. Póntela, ¿vale? —pidió ella despidiéndose con la mano.

No había llegado al descansillo cuando Rocco la llamó.

—Dime una cosa: ¿por qué has elegido ésta y no otra?

Ella alzó las palmas de las manos.

—No lo sé, ha sido verla en el escaparate y pensar en ti.

Y bajó hasta la calle preguntándose cuándo había desaparecido del mapa aquel Rocco Santoro desagradable de los primeros días. Su conciencia le respondió que el cambio había ocurrido el mismo día que se había esfumado aquella Daniela Barone tan antipática.

* * *

El sábado su primo le dio una emotiva sorpresa.

—Ay, Luca, ¿de dónde la has sacado?

Y, sin más, Daniela, rompió a llorar de la emoción. Él extrajo un pañuelo de papel del bolsillo y ella se sonó, apurada por el numerito que acababa de hacer. Nunca había visto una foto de su padre cuando era niño, y no pudo contener la emoción cuando su primo le entregó aquella instantánea en la que se lo veía chutando una pelota en el patio de la fábrica, mientras sonreía con las palas melladas de los ocho o nueve años.

—La encontré en un álbum de la abuela lleno de fotografías viejas. Hay muchas más.

Ella acarició el rostro de aquel pequeño Giulio Barone, que veía por primera vez.

—No te imaginas la ilusión que me ha hecho.

—Si llego a saber que te ibas a poner así, me habría ahorrado la sorpresa. ¿Seguro que estás bien?

Daniela volvió a lloriquear y a asentir a la vez. Y le entró risa al ver la cara de estupor de Luca, que no entendía bien si era bueno o malo haberle provocado una llorera.

—Mi padre era tan grande —recordó emocionada—. Grande en su sencillez, en su humildad, en ser buena persona. Nadie te hablará mal de él —agregó, sonriéndole al niño de la fotografía—. Te voy a querer toda la vida, Luca. Es el regalo más bonito que podías hacerme.

Era entrañable descubrir esa parte desconocida de la vida de su padre, feliz y despreocupada, como debe ser la de todos los niños.

Él le palmeó la rodilla.

—Hay más, el día que tengas tiempo las ves. Llévate las que quieras —propuso—. Pregunta a mi madre primero, ¿de acuerdo? Ella es la única que mira esos álbumes de vez en cuando.

Daniela se levantó del sillón; pensaba guardarla, y no en el bolsillo de los

vaqueros. Por nada del mundo quería que se arrugara.

—Lo haré, gracias. No es preciso que me lleve los originales, haré copias y así las tendremos las dos. Madre mía, cuando la vea mi madre...

—Debió de salir de aquí de una forma tan precipitada que no se llevó ni un recuerdo de su infancia —supuso él.

—Ninguno. Y ver que creció tan feliz... Lo echo muchísimo de menos, Luca.

Su primo asintió cariacontecido y Daniela supo que estaba pensando en Olga, su hermana mayor, a la que perdieron en un instante y en la flor de la vida.

—Vamos a hacer una cosa —propuso animosa para devolverle la alegría a él también—. Es sábado, dentro de un rato podrías acompañarme. Nos vamos los dos al centro, quiero escoger un marco para esta foto. Mientras esté aquí, deseo verla cada día en la mesilla de noche; me niego a guardarla entre las páginas de un libro hasta que regrese a casa.

—Es una idea excelente. Y sé del lugar perfecto para escoger un marco que no desmerezca este recuerdo tan importante para ti. Donato nos llevará.

* * *

—Pero bueno, estás lleno de sorpresas —exclamó Daniela—. Ahora resulta que te dedicas también a las antigüedades.

Luca le rió la broma, viéndola señalar con fingido estupor el rótulo de la tienda sobre el dintel de la puerta. Cuando Donato los dejó en via Duomo y ellos continuaron el trayecto a pie, puesto que era engorroso adentrarse en coche por aquella calle transversal, él ya le había contado adónde iban. El COLONNA que se leía en el letrero correspondía a su padre o, en realidad, a su abuelo, también anticuario y fundador del negocio.

—No se te ocurra hablar del asunto cuando entremos, ya tengo a mi padre bastante enfadado porque no voy a continuar la tradición familiar.

—A lo mejor algún hijo tuyo siente pasión por las antigüedades.

—Cruzo los dedos todos los días, rogando para que eso suceda —dijo él, dirigiéndose hacia la puerta—. A ver si así me deja tranquilo.

—Y ¿ya has encontrado candidata? Para tener al pequeño Colonna anticuario, me refiero.

Luca giró la cabeza de golpe y la miró con el ceño fruncido.

—¿Qué te ha contado Irene?

—Uy, uy, uy...

Anda, anda y anda. Sí que iba veloz el rompecorazones, y si miraba a Irene pensando en su futura prole era que el arrebato iba en serio. Pero como los ojos de Luca la llamaban *cotilla* a gritos, Daniela prefirió no pincharlo.

Ya conocía a Giovanni Colonna de verlo en el entierro de la abuela Costanza. Y la

propia Nicoletta le había presentado a su exmarido cuando éste había estado en la casa valorando los muebles antiguos del viejo comedor reconvertido en sala de rehabilitación para Luca. Y no le extrañó que se acercara a abrir la puerta al verlos allí parados. Padre e hijo guardaban un gran parecido y no sólo en lo físico, era evidente de dónde le venía a Luca el buen carácter. Cuando él le comentó que no tenía intención de entrar, Daniela observó su manera de amonestarle sin perder la sonrisa.

—Ya veo, te dejas caer como siempre, visto y no visto. Como la visita del médico.

Luca pretextó que quería aprovechar para comprar una bolsa de *taralli* recién hechos porque a su madre la volvían loca.

—Tú eres el entendido, papá. No os hago ninguna falta para elegir un marco para un retrato.

Daniela y Giovanni observaron cómo maniobraba con la silla y se alejaba calle abajo con tanta destreza que en un instante lo habían perdido de vista entre los turistas.

—Pasa, Daniela, vamos a ver qué encontramos por ahí —propuso Giovanni Colonna—. ¿Has traído la foto? A ver si tengo alguno que le vaya a medida.

Fue cruzar la puerta y el tintineo de la campanilla pareció darle paso a un mundo de fantasía. No era la primera tienda de antigüedades que pisaba Daniela, pero quedó fascinada ante la exposición de belenes napolitanos de pequeño formato. Ya había visto montajes similares en la pequeña exposición que los visitantes admiraban a la salida de la Nápoles subterránea, una muestra exquisita que, con todo, no poseía el empaque de las que tenía ahora delante. Lo comentó con Giovanni y él mostró el orgullo profesional de quien sólo se interesa por piezas con más de un siglo de antigüedad.

—Los pesebres que has visto hasta ahora son napolitanos, pero de factura moderna. No poseen la pátina de la edad. Éstos fueron realizados por artesanos belenistas del Barroco.

—Tres siglos en sus vitrinas y siguen bellos como el día que los metieron en su jaula de cristal.

—Incluso más; ten en cuenta que los tejidos de brocado y las puntillas de los vestidos son de la época. Ya no se hacen telas así.

Daniela hizo una mueca disconforme.

—En Valencia, sí, siguen tejiéndose espolines de casulla en telares del siglo XVIII. Son sedas de artesanía, un lujo al alcance de pocos bolsillos.

Giovanni la miró con curiosidad. Le señaló con el dedo la larga puntilla de picos en seda dorada que adornaba el delantal de una de las figuras de la vitrina más cercana, la que representaba a una vendedora de caracoles.

—¿Sabes cómo se llama ese encaje? —Daniela no tenía la menor idea—. Puntilla valenciana. Empezó a importarse cuando Carlos de Borbón era rey de Nápoles, y

desde entonces no ha variado el modelo. Es única y muy apreciada por los artesanos de aquí, pura filigrana.

Ella lo miró con la ilusión de encontrar un detalle común e inesperado más que la unía a aquella ciudad.

—A lo mejor son todas estas cosas que voy descubriendo las que hacen que aquí me sienta como en casa.

—Y la herencia sentimental que te dejó tu padre —le recordó Giovanni, puesto que él también lo había sido de dos hijos y esa circunstancia cambiaba la vida para siempre.

—De mi padre precisamente es el retrato que quiero enmarcar. Es una foto pequeñita; bueno, no tanto —comentó, sacándola del bolso.

Giovanni la sostuvo en la mano. Daniela no preguntó, pero intuyó que le provocaba recuerdos poco gratos. Él ya debía de rondar a Nicoletta cuando su padre abandonó a su familia. Y debió de conocer al joven orgulloso e íntegro que dejó una vida cómoda en defensa de sus propios ideales. Algo parecido a su propia decisión, tomada tres años antes, cuando se marchó de la que había sido su casa desde que contrajo matrimonio, dejando en ella a su esposa, a sus hijos y un montón de vivencias de las cuales pesaban más las infelices. De haber pesado más las alegrías vividas, no se habría separado de ellos para vivir en el piso vacío de encima de la tienda.

Daniela lo vio caminar hacia el escaparate y escoger uno de los artículos expuestos, que sacó con cuidado para no lastimar cualquiera de las otras delicadas porcelanas. Después se acercó a un aparador antiguo adosado a la pared, cogió otro y, desde allí, mostró ambos marcos a Daniela para que viera el efecto que hacía la foto sobrepuesta. Ella rodeó una mesa para comprobarlo de cerca.

—Yo creo que éste le vendrá perfecto. Es precioso —opinó admirada.

—Tienes buen gusto, es *art déco* de plata francesa.

—¿Es muy caro?

—Te lo regalo.

Daniela se negó en redondo.

—De eso nada, menudo negocio si regala una pieza valiosa a cada cliente que entra.

Giovanni se quedó mirando la cara del Giulio Barone niño que chutaba un balón.

—Insisto. Qué menos que darte la bienvenida. Y por ser amiga de Luca, he notado la buena sintonía que hay entre vosotros.

—Es encantador.

—Di mejor un embaucador —la corrigió su padre riendo—. Un negociante nato, no hay peligro de que quiebre la fábrica Barone mientras esté él.

Daniela acarició la elegante curvatura de los cantos de plata. Sostuvo en la mano la fotografía de su padre y se quedó sin aliento al examinar con atención otra muy distinta, la que lucía detrás del cristal del marco.

—Giovanni, ¿quiénes son estas personas? Yo... yo he visto antes a esta niña. Quiero decir, encontré por casualidad un retrato —explicó anonadada—, y juraría que es el mismo bebé.

—A ver —pidió él, ladeando la cabeza para verla bien—. Estas mujeres no me suenan. Seguramente serían familiares de su último dueño. A veces compro ajuares enteros, me refiero a los enseres que deja alguien cuando fallece. Los familiares procuran sacar partido de los objetos de valor.

—¿Recuerda quién compró este marco?

El hombre negó dubitativo.

—Hace bastante que lo tengo en venta y ahora no caigo cómo llegó a mis manos. De todas formas, cuando el marco llega vacío a la tienda, colocamos cualquier fotografía antigua de las muchas que tengo por ahí guardadas porque luce mejor.

En vista de que carecía de información en cuanto a la identidad de las tres mujeres de distintas edades que aparecían en el retrato, Daniela decidió no alargar la visita, puesto que acababa de entrar un hombre acompañado de un niño y, con él de la mano para que no formara un estropicio en un lugar con tantos objetos delicados, curioseaban las vitrinas de los belenes. Giovanni debía atenderlos y ella lo estaba entreteniéndolo.

—Muchísimas gracias, de verdad. No sé qué decir. ¿Me aceptaría que lo invitara a un café cuándo acabe de atender a ese señor?

Giovanni miró su reloj.

—Otro día, quizá. Espero a una clienta fiel que no creo que tarde en llegar. Y no me llames de usted, por favor. Sigues siendo mi sobrina, ¿o no?

Giovanni hizo un gesto a los recién llegados, y el hombre, agachado y entretenido en mostrar las figuritas al niño, sacudió la mano indicándole que no tenía prisa.

—Hasta otro día, pues, Giovanni —dijo Daniela—. Recuerda que tenemos ese café pendiente. Aprovecharé para acompañar a Luca la próxima vez que tenga intención de venir.

Por su primo sabía que mantenía una estrecha relación con su padre, con quien comía o cenaba tres veces a la semana como mínimo.

—¿Cómo lleva su rehabilitación?

Daniela sonrió mientras guardaba la fotografía entre las páginas de su agenda para que no se estropeará.

—No entiendo mucho, pero sí puedo decirte que es constante. Incluso se implica demasiado, diría yo. Tiene tantas ganas de volver a caminar que se exige mucho.

—Es lógico. Y es joven también: a vuestra edad, cualquier esfuerzo es pan comido.

Se despidieron, Daniela reiteró su agradecimiento y, al salir a la acera, miró a su alrededor en un intento por localizar a Luca. Abrió el bolso para guardar el marco de plata y observó de nuevo la imagen de las tres mujeres y la niña. El parecido era asombroso, habría jurado que se trataba del mismo bebé. Y quizá la que lo sostenía

en brazos era la misma chica que aparecía con él en el retrato que había hallado entre las páginas del cuaderno de aquel hombre.

El timbre de una bicicleta la sobresaltó. Al alzar la cabeza, vio acercarse a Luca en su silla de ruedas.

Llevaba la bolsa de rosquillas en el regazo y, para evitar que se le manchara la ropa, pidió a Daniela que las portara ella. Le explicó que eran el típico tentempié para acompañar la cerveza.

—Las vi cuando estuve aquí con mi madre y creía que eran dulces; como llevan almendras...

A Luca le extrañó su suposición.

—Todo lo contrario, llevan sal y bastante pimienta.

—Así se bebe más —dedujo ella.

Él comentó que, con la silla de ruedas, acabaría atropellado por una moto en aquella calle tan estrecha, por lo que optaron por desviarse hacia otra vía más ancha y buscar un sitio para tomar precisamente eso, un tentempié de media mañana. Daniela señaló una mesita libre de las dos únicas que ofrecía un puesto de comida callejera que hacía esquina; le apetecía contemplar sentada el trasiego de los que subían hacia la iglesia de San Gregorio Armeno. Apartó una silla para que Luca se acomodara cerca de la pared sin estorbar el paso.

—¿Qué te apetece tomar? —preguntó, dispuesta a acercarse al mostrador, donde se veían las frituras recién hechas.

—Siéntate —la invitó él—, enseguida saldrá un camarero.

Incorporó un poco el torso y buscó con la mirada al chico que servía desde el otro lado de la vitrina. Le dijo algo en napolitano y de inmediato asomó otro con unos años más. Por la familiaridad con que se trataban, Daniela notó que no era la primera vez que su primo iba por allí. No acabó de entender lo que pidió Luca, y él se lo aclaró:

—Pues un *panino*, como tú.

—¿Y cerveza?

—Una Peroni también.

Luca había pedido dos botellas pequeñas. No se veía a esas horas con ánimos de meterse en el cuerpo una de las habituales, equivalente a dos tercios de litro.

Mientras esperaban, Daniela sacó el marco que Giovanni le había regalado y le mostró el retrato que exhibía de aquel grupo de mujeres desconocidas. Sin embargo, la desanimó bastante la falta de interés de su primo con respecto a sus sospechas.

—Tú dices que se parece, como todos los bebés.

—Mira, esta chica de aquí —insistió Daniela, señalándola con el dedo—, la que lo lleva en brazos. ¿Te suena haberla visto antes?

—En la vida.

—Ningún bebé es igual que otro. Las madres los distinguen a la primera.

—No soy madre ni existe la posibilidad de que lo sea —apuntó Luca con sorna—,

así que no me preguntes. Tan pequeños siguen pareciéndome todos iguales.

El camarero salió entonces del local con el pedido. Daniela dio por sentado que era una inutilidad seguir hablando del tema y volvió a guardar el marco en el bolso, puesto que, con cada uno de sus argumentos, Luca tiraba por tierra todos los suyos.

—Esto no son *panini* —comentó desconcertada, mirando la masa plegada y horneada por cuyos bordes asomaba el relleno de jamón cocido y queso *mozzarella*—. Lo que nosotros conocemos por *panino* es medio panecillo con cosas encima y gratinado al horno.

—En otras partes de Italia, sí; aquí son plegados —confirmó él, al verla negar con la cabeza.

Daniela rió; estaba cargado de razón.

—¿Sabes cómo se llama esto en España? Una napolitana.

Ahora fue Luca quien sonrió sin disimular su orgullo.

—Mira por dónde.

Capítulo 11

Los progresos de Luca

Luca llevaba insistiendo dos días, pero Irene esperó al tercero para darle permiso. Y, para ello, le pidió ayuda a Rocco.

Estaba deseando probar a caminar apoyándose en las barras paralelas, pero Irene se anticipó porque, de fallarle las fuerzas, una caída habría supuesto un retroceso para su elevada moral, además de que podía causarle alguna lesión en las piernas. Y, después de varias intervenciones y con una prótesis de titanio en la cadera, era preferible no arriesgar. Iba a ser más sencillo ayudarlo a incorporarse entre dos y, con Rocco a la espalda de Luca, ella podría dirigir mejor y animarlo si se colocaba frente a él.

—¿Preparado? —preguntó Rocco, situándose detrás de la silla de ruedas.

—Poco a poco —advirtió Irene—. Y, si ves que te agotas, lo intentamos más tarde.

Luca asintió con la cabeza, con una expresión de extrema concentración. No había ni una pizca de duda en su mirada. A Irene no le extrañó que confiara en la fuerza de sus brazos y sintió una oleada de orgullo profesional al verlo levantarse a pulso. El chico no hizo el más mínimo amago de tambalearse.

—Respira, hombre —dijo sonriente, para restar emoción al momento.

No era la primera vez que observaba ese júbilo contenido en un paciente, al erguirse y volver a ver la vida como antes de caer postrado.

Rocco se había apresurado a retirar la silla para colocarse detrás de él por si le flaqueaban las fuerzas.

—Adelante.

Y Luca lo hizo. Avanzó el pie derecho, después el izquierdo y, así, caminó despacio pero con seguridad hasta el final de las barras paralelas.

—¿Cómo va eso, chicos? ¿Llego en mal momento?

Era Daniela, que asomó la cabeza por la puerta y, al ver a Luca de pie por primera vez, se quedó mirándolo con la boca abierta y las manos en las mejillas.

—¿Qué te parece? —dijo Irene—. Yo creo que se merece un aplauso.

Luca sonrió agotado, el sudor le corría por las sienes. Rocco lo sujetó por debajo de los brazos.

—¿Quieres que traiga la silla? —le preguntó.

Él negó con una sacudida de la cabeza.

—Lo que quiero es saltar de alegría —jadeó—. Pero creo que aún es pronto para eso.

Y le guiñó un ojo a Irene, que lo reñía con la mirada por si acaso se figuraba que

el trabajo estaba ya hecho.

—Cuánto me alegro, Luca —aseguró Daniela—. Tus primeros pasos y yo me los he perdido.

Todos sonreían contentos, pero Daniela no lo estaba sólo por el increíble avance en la rehabilitación de su primo. También se alegraba de ver la expresión satisfecha de Rocco, sin duda aquel logro de Luca lo ayudaba a expiar los remordimientos.

* * *

Ya estaba bien de interrumpir. Después de ayudar a Luca a tumbarse en la camilla, Daniela y Rocco salieron del gimnasio para dejar que Irene continuara con su trabajo y no distraerlos durante la rehabilitación. En un recodo del pasillo, antes de recorrer el tramo que acababa en el vestíbulo de la casa, y aprovechando que estaban solos, él se detuvo y dio rienda suelta a su curiosidad.

—Te lo has perdido porque no estabas aquí —dejó caer.

Daniela se detuvo también, extrañada de verlo allí parado con los brazos cruzados, esperando una respuesta por su parte.

—Me he levantado esta mañana con ganas de explorar. He paseado por la plaza del Plebiscito, he recorrido la galería Umberto I, que es preciosa, me he escandalizado con los precios de las tiendas de ropa —agregó, llevándose la mano al pecho—, y después he seguido paseando hasta el Castel Nuovo y he hecho un montón de fotos. Nada fuera de lo normal.

—Ya sabes cómo somos por aquí —añadió él, con renovada curiosidad—. Una chica sola y guapa recorriendo Nápoles..., a saber los piropos que habrán escuchado tus oídos. Y el montón de pesados con ojos hambrientos que habrás tenido que esquivar.

—¿Es eso lo que has hecho tú hoy? ¿Huir de las miradas sensuales de Simona?

Pero Daniela se llevó una sorpresa, porque Rocco no se mostró arrogante, sino agobiado con aquella nueva mención de la secretaria de Luca tan fuera de lugar, ya que él mismo le había comentado la poca ilusión que le hacía la insistencia de la chica.

—Hay personas con las que podrías mantener una estimulante relación física, pero no existe química. Y ocurre que a veces tienes delante a una mujer que habla y habla e intenta seducirte, mientras tú estás pensando en esa química inexistente y finges escucharla cuando, en realidad, estás repasando mentalmente la tabla periódica de los elementos que te obligaron a memorizar en segundo de bachillerato. Y ella sigue mirándote con ojos de gata mientras tú te preguntas qué coño es el radón.

A Daniela le entró una risa incontenible.

—Perdona —se disculpó, tratando de disimular—. Es que me ha hecho gracia ese resumen de tu relación con Simona.

—Mi «no relación». Mi «nunca habrá una relación» —puntualizó él.

Daniela hizo una mueca conformista.

—Yo soy licenciada en fracasos amorosos.

—¿Sí? Nadie lo diría.

—Pues ya ves. Y en insistentes de física sin química... Uf, en eso tengo un máster.

* * *

Hacía días que a Luca le apetecía que su padre conociera a Irene, por lo que sugirió lo siguiente: después de la sesión de fisioterapia, él se ducharía y, mientras tanto, Donato sacaría el coche y los llevaría hasta el centro de la ciudad. Pero Irene insistió tanto en conducir ella misma que Luca acabó pensando que podía ser divertido verla estremecerse de pavor entre tanto kamikaze al volante y, con suerte, desistiría de adentrarse con un vehículo de cuatro ruedas por las angostas callejuelas de los alrededores de via dei Tribunali.

Fue una experiencia memorable por lo aterradora, en la que Luca no osó pronunciar palabra. Excepto en la ocasión en que se atrevió a aconsejarle que no discutiera, que no merecía la pena, una de las veces que la vio sacar prácticamente medio cuerpo por la ventanilla porque la increpaban. Después de eso, enmudeció y la dejó ir a su aire, mientras la calle se estrechaba más y más. Un frenazo cuando rebasaron el conservatorio de música, que lo hizo sacudirse como un pelele hacia el parabrisas y vuelta, le dio tregua para respirar.

Justo entonces, Irene se acordó por fin de que él existía e iba sentado a su lado.

—¿Qué te pasa? Estás blanco y te suda la frente. ¿Te encuentras mal?

—No —farfulló Luca, tomando una bocanada de aire—. Mejor dicho, sí, creo que estoy a punto de morir. Tengo todas las enfermedades conocidas por la medicina moderna.

—Venga, que sólo te has mareado. Ya verás cómo enseguida se te pasa. A los niños les ocurre cuando el coche se mueve un poco.

—¿Un poco? Enhorabuena, preciosa... —dijo, pasándose la mano por la frente—. ¡Conduces peor que un taxista napolitano!

—Qué exagerado —protestó ella con una sonrisa ufana, pues se lo tomó como un cumplido—. Y todos no conducen mal, el que me llevó el primer día desde tu casa hasta mi apartamento era simpatiquísimo y muy prudente.

—Seguro que sí.

—Venga, que esos *taralli e birre* nos están esperando. Dime, ¿dónde aparcamos?

—Tú verás. Primero veamos cómo consigues sacar el coche de este cuello de embudo.

Irene se metió el dedo índice en la boca mientras examinaba con una mirada

calculadora las dimensiones del Audi.

—Voy a llamar a Donato —decidió Luca, metiéndose la mano en el bolsillo del pantalón—. Que venga y que nos saque de este embrollo.

—No te atrevas —advirtió ella con una mirada que detuvo la mano de Luca en seco—. A ver si va a pensar todo el mundo que no sé conducir ni apañármelas sola.

Él meditó la manera de explicárselo sin que le resultara humillante ni le provocase un arrebato de furia. No fue preciso, porque una pareja de chicos que pasaba a unos metros llamó la atención de Irene.

—Eh, ¿ésos no son los italianos del *Despacito*?... ¡Sí, sí lo son!

Luca echó un vistazo a través del parabrisas.

—¿Los de The Jackal? Puede ser, las oficinas de la productora están aquí, en el centro.

—¡Ay, que no me lo puedo creer...! ¡Los chicos del vídeo de YouTube! —exclamó Irene exultante al tiempo que abría la puerta.

—Pero ¿adónde vas? —inquirió Luca, espantado al verla ya en la acera, comprendiendo que iba a abandonar el coche en medio de la calle. Y con él dentro, como era más que obvio.

—A hacerme un selfi con ellos.

Luca se dejó caer sobre el respaldo, asumiendo su nueva situación de segundo plato en presencia de los famosillos del vídeo viral. Sin ayuda, no podía bajar. La gente que pasaba lo miraba y se reía de él sin disimulo al verlo allí sentado como un forastero insensato en el coche encajonado entre las aceras y con una puerta abierta de par en par. Apoyó el codo en la ventanilla y se dedicó a contemplar a Irene, que posaba feliz y sonriente en medio de aquellos dos. Resignación, no le quedaba otra.

* * *

Luca insistía tanto que Irene acabó aceptando repetir el ejercicio en las barras paralelas. En realidad, se había hecho la remolona para incentivar sus ganas, y no le dio permiso para repetir la experiencia hasta que estuvo segura de la recuperación del tono muscular de la mitad inferior de sus piernas. Por primera vez iba a caminar sin la seguridad de tener a Rocco para sostenerlo si vacilaba. Y Luca estaba deseando hacerlo para probarse a sí mismo y constatar un nuevo e importante paso hacia la meta de andar sin necesidad de apoyo.

—Poco a poco —indicó Irene.

Se había colocado delante de él, guiando cada paso con los suyos. Lo asió por la cintura sin ejercer fuerza, solamente para indicarle la posición correcta de la espalda y evitar que se mirara los pies. Cuando ella movía el izquierdo hacia atrás, él la imitaba avanzando con el derecho. Y luego con la pierna contraria. Así, con un ritmo pausado y constante, llegaron al final de las barras.

—Lo has logrado, campeón.

Tan exultante estaba de haber recorrido sin ayuda aquel pequeño trecho, que Luca quiso abrazarla y, al soltar la mano de la barra, perdió la estabilidad y cayó de espaldas. Cogida como estaba a él, a Irene no le dio tiempo a reaccionar y la arrastró consigo.

—¿Te has hecho daño? —preguntó, después del grito que dio en plena caída.

Luca empezó a reír a carcajadas, contagiándola a ella. Allí se quedaron, tumbados entre las barras paralelas, Irene encima de él cuan larga era. Cuando se repusieron del ataque de risa descubrieron que estaban mirándose a los ojos, con las caras a escasos centímetros.

—Y ahora, ¿cómo voy a levantarme?

—No tengo ni idea —murmuró Irene.

Luca posó las manos en los riñones de ella, deslizó la derecha en sentido ascendente hasta la nuca, levantándole el pelo con una caricia, y la obligó a bajar la cabeza hasta que sus bocas se unieron. Se besaron, probándose despacio, con lento deleite. Los labios de él eran exigentes y expertos, los de ella, suaves y entusiastas. Era tanta la doble sensación de triunfo de Luca que la sonrisa le afloraba sola. Terminaron mordisqueándose con malicia juguetona, otra vez muertos de risa.

—Ya está bien como premio, ¿no? —bromeó ella.

—Es sábado y no volveré a verte hasta el lunes —le recordó él, ladeando la cabeza para besarla de nuevo.

Teniéndola como la tenía, no era cuestión de desaprovechar la oportunidad. Irene debía de pensar lo mismo, porque alargó y alargó el beso, sin ganas de levantarse y seguir con la rehabilitación.

Capítulo 12

La fiesta de cumpleaños

Si en algo destacaba Nicoletta Barone era en sus cualidades como anfitriona. Y así hubo de reconocerlo Daniela, quien había descubierto como detalle añadido que no era una habilidad heredada de su madre. Había oído retazos de una conversación entre Donato, el chófer, y las chicas del servicio, que no hablaban muy bien del carácter de la abuela Costanza.

Daniela ya sabía que la fiesta de cumpleaños era una celebración familiar y, a la vez, un escaparate social para agasajar a ciertos clientes distinguidos, haciéndolos partícipes de una ocasión especial. Muy al estilo Barone, lo de mezclar familia y negocio, pensó. Y, para no desentonar con la clase de invitados con los que iba a codearse, puso especial esmero en arreglarse esa tarde.

La fiesta iba a consistir en un cóctel a modo de cena fría, con la tarta sorpresa, que en realidad no lo era, aunque se tratara de un cumpleaños, salvo por la originalidad del diseño. Un semifrío a base de helados de la casa, según sabía por las muchachas, que cumplía la triple función de muestrario, degustación y homenaje al protagonista de la fiesta.

Para Luca no iba a ser una sorpresa porque su madre le había contado sus planes, pero con tan poca anticipación que aún estaba atónito ante la magnitud de lo que se avecinaba esa noche.

Daniela se dio un último vistazo en el espejo después de perfumarse con la única fragancia que había llevado de España. Al dejarla sobre el tocador, recordó las palabras de halago de Rocco aquella vez que la llevó en el coche y sonrió a la imagen de sí misma que le devolvía el espejo. Se veía y, aún más importante, se sentía guapa. Cogió su bolsito y, antes de bajar, dio un giro en redondo ante su llamado público, como una maniquí, pero la colección de muñecas de la cómoda no alabó la elegancia chic de su vestido verde, ni su brillante melena alisada con la plancha, ni lo bonito que le quedaba aquel rojo de labios. Siguieron contemplándola hieráticas con sus ojillos de cristal.

Bajó esperando encontrar a alguien de la familia, puesto que no conocía a nadie más, y se alegró al ver llegar a Giovanni en ese momento. A pesar de que Nicoletta y él estaban separados, su relación era distante pero cordial por respeto a su hijo. Daniela supuso también que el carácter amigable del anticuario y el dolor que compartieron al perder a Olga los habían acercado. En cualquier caso, era bien recibido en la casa, aunque no la frecuentaba salvo en ocasiones estrictamente necesarias.

—*Bella*—la saludó.

—Giovanni, qué alegría encontrar a alguien conocido.

Tras besarle el dorso de la mano, le ofreció el brazo para ir juntos al patio de la fábrica, donde estaba previsto celebrar el cóctel. A Daniela le encantó llegar acompañada de un auténtico caballero. Cuando hicieron su aparición, fueron varios los que se acercaron a saludar al padre del homenajeado. Y ella se quedó un poco rezagada, tras ser presentada. Se encontraba de más en aquellas conversaciones que mantenía Giovanni con la familiaridad propia de quienes se conocen. Aferró el bolsito con las dos manos, como si tenerlas ambas sujetas le infundiera seguridad. En un lateral, los empleados del cáterin contratado por Nicoletta habían instalado una mesa larga donde servían las bebidas. Al fondo tocaba un cuarteto de cuerdas. El ambiente era exquisito y agradable, bajo la luz de los farolillos colocados a la altura de los ventanales del primer piso en tiras dispuestas en diagonal.

Vio a Rocco cruzar el patio con dos copas en las manos y acercarse a ella.

—No sé si te gusta el prosecco —dudó, ofreciéndole una de ellas.

—Me encanta, gracias.

Antes de probar el vino, Daniela chocó su copa con la de él y Rocco sonrió al verla fruncir el ceño y escrutar por encima de su hombro.

—Ya me extrañaba a mí tanta amabilidad...

Él comprendió que hablaba en broma porque disimulaba una sonrisa, y respiró tranquilo al ver que se había percatado de la situación.

—Espero que no te importe hacerme compañía, al menos durante un rato.

Daniela ojeó desde la distancia la expresión enfurruñada de Simona. Le hizo gracia que Rocco la usara como parapeto para esquivar la compañía de la secretaria de su primo.

—Al contrario —aceptó con una mirada cómplice—. Todos necesitamos que alguien nos lance un salvavidas alguna vez.

Él sonrió confuso.

—¿Te gusta navegar?

—¿A mí? Ni hablar. No he montado en un velero en mi vida.

Al verlo tocarse el nudo de la corbata con aire distraído, Daniela supo que lo preguntaba por el estampado.

—Nada más verte me he dado cuenta de que la habías estrenado —dijo contenta—. La elegí azul y con timones por casualidad.

—No creo en las casualidades.

Ella oyó un revuelo y giró la cabeza. Vio a Luca, que acababa de llegar con Nicoletta, y saludaba a su padre. Mientras Rocco y Daniela saboreaban la primera copa de vino, él estuvo entretenido saludando a unos y a otros y recibiendo felicitaciones por sus treinta y un años. Llegó junto a ellos cuando los camareros ya ofrecían los primeros canapés.

—Felicidades —dijo Daniela, acariciándole la hombrera de la chaqueta.

—Gracias. ¿Has visto a Irene?

—No, no creo que tarde. Me dijo que vendría.

—El protagonista y sin una copa —señaló Rocco, cogiendo la vacía de la mano de Daniela—. ¿Qué te apetece beber?

—Una cerveza.

—¿Y tú, Daniela? ¿Seguimos con el prosecco?

—Mejor, prefiero no mezclar. ¿Quieres que te ayude? Tú no vas a poder con todo.

Rocco se lo agradeció con una breve negativa y cruzó el patio hacia la mesa del cáterin. Daniela lo observó detenerse a saludar a una pareja entrada en años a mitad de camino. El traje oscuro le sentaba tan bien que podría haber pasado por un modelo de pasarela; destilaba estilo en sus gestos y en su porte.

Luca reclamó su atención. A ella le extrañó su gesto contrariado.

—Acabo de enviarle un mensaje a Irene. Me felicita y me dice que la fiesta está genial. Eso quiere decir que ha venido. ¿Tú la ves?

Daniela se aupó y oteó entre la gente que estaba en el patio. No veía a su amiga, y así se lo dijo.

—Te dejo, voy a ver si la encuentro.

A unos metros tuvo que parar para recibir más felicitaciones. Daniela observó cómo Rocco le entregaba una copa de cerveza y regresaba junto a ella con las dos de prosecco.

* * *

—Mamá, ¿has visto a Irene?

—No, pero debe de estar con los demás.

Hasta entonces, Luca no había caído en la cuenta. Por costumbre, la empresa siempre invitaba a todos los trabajadores en fiestas como aquélla.

Se dirigió a Nicoletta con una rabia sorda:

—¿Por qué la has enviado a la parte de los empleados? ¿No te das cuenta de que no conoce a nadie?

—Porque tu fisioterapeuta es una empleada, Luca.

—Vaya manera de joderme la noche —masculló, mirándola con rencor.

Nicoletta bajó la vista dolida y cogió la copa a medio beber que él le tendía para tener las manos libres.

Luca giró la silla de ruedas con un movimiento furioso, dejándola sola y con la sensación de que el esfuerzo de un mes de preparativos había sido en vano, y salió al jardín exterior. Para los trabajadores de la fábrica y el servicio de la casa se disponía idéntico convite pero sin música, en el jardín exterior. Además, siempre se colocaban algunas sillas adosadas a la verja y a la fachada para mayor comodidad. Sentada con uno de esos grupos la encontró Luca.

Los empleados aplaudieron al verlo llegar, felicitándolo en voz alta. Luca era muy

querido entre sus trabajadores. El joven bromeó diciendo que lo sonrojaban con tantos halagos y se acercó a Irene.

—Felicidades, rey de la fiesta.

Con un gesto de la cabeza, él le indicó que lo siguiera para hablar a solas. Irene se levantó y fue tras él con la copa de cerveza y el bolso de fiesta en las manos.

—Te pido disculpas por la confusión.

—No sé a qué te refieres.

—Vente conmigo al patio. Allí es donde deberías haber estado desde el principio.

Irene se acuclilló a su lado para hablar a la misma altura.

—Yo no estoy molesta, Luca. Lo estoy pasando bien. Y éste es mi sitio.

Él le cogió la mano.

—No lo es. Te quiero a mi lado.

Irene levantó sus manos unidas y le dio un besito en los nudillos.

—Éste es mi lugar. No montes un numerito por mi culpa. Soy una empleada tuya, Luca.

Él acercó la cabeza a su rostro para hablarle a menos de un centímetro.

—¿A cuántos de tus pacientes o clientes o como se diga has besado en la boca?

—A uno solamente —murmuró ella sonriendo.

—Hazlo por mí, Irene. Te necesito conmigo —insistió, con una mirada de súplica—. Quiero saber que estás a mi lado cada minuto de la noche. En cuanto a lo del numerito, ya no tiene remedio. Debo disculparme con mi madre: le he hablado como un niño mimado. Después del trabajo que le ha costado montar todo esto para que fuera perfecto.

—Ay, Luca —lamentó—. ¿Y todo por mi culpa?

—Tú no eres culpable de mi mal genio ni de que me comporte a veces como un desagradecido —reconoció él—. ¿Vamos?

Irene aceptó con cara de circunstancias. Se sentía responsable del enfado de Luca con Nicoletta y era una sensación incómoda. Pero era su cumpleaños y habría hecho cualquier cosa con tal de verlo contento.

—Espera un segundo, que me despida de los demás —dijo, mirando al resto de los empleados de los Barone—. Estaba pasándolo muy bien con ellos.

* * *

Daniela los vio llegar, Irene empujaba la silla de ruedas. La detuvo ante un camarero que ofrecía bebidas y las dos se saludaron con la mano a distancia.

—¿Has visto? —le preguntó a Rocco, señalándole a la pareja cuyas sonrisas compartidas irradiaban mucho más que buena sintonía.

Como él no le contestaba, Daniela giró la cara y se asustó al ver su expresión.

—Rocco, ¿qué ocurre?

Siguió la trayectoria de su mirada asesina y descubrió a un hombre que acababa de llegar y lo desafiaba con su expresión, sin hacer caso de la elegante pelirroja que le tiraba de la manga. Oyó mascullar a Rocco por lo bajo en napolitano; sus palabras sonaban duras y amenazadoras. Tenía los puños apretados y no dejaba de acribillar con la mirada a aquel hombre, que continuaba plantándole cara como si lo divirtiera el desafío. Cuando lo vio avanzar un paso en su dirección, Daniela sujetó a Rocco por el brazo.

—Déjame —exigió él, tratando de zafarse, pero ella lo agarró con más fuerza.

—¿Quién es ese hombre?

—Fabio Lionza. El amante de Olga.

—¡¿Qué dices?! —exclamó impactada.

—Ya me has oído —dijo él, masticando las palabras—. Y tiene la desvergüenza de presentarse aquí, y con su mujer. Qué hijo de puta.

Se pasó la mano por el pelo y se volvió de espaldas para no verle la cara a aquel sujeto. Daniela respiró aliviada al comprobar que contenía las ganas de sacarlo de la casa a puñetazo limpio.

—La que no tiene vergüenza es Nicoletta. ¿Cómo se le ocurre invitarlo al cumpleaños de Luca?

Rocco empujó la copa y se la bebió de un trago. Se mordió el labio superior y sacudió la cabeza con los ojos cerrados.

—Tu tía no sabe nada. Tiene a su hija en un altar, y, ahora que Olga ya no está, es mejor que siga sin saber. Además, es uno de nuestros clientes más importantes. Por eso está aquí.

Daniela le quitó la copa vacía de la mano.

—Beber no sofoca la rabia —le recordó.

—La infidelidad no es algo agradable. Y menos aún que te lo recuerden.

—Eso lo sé yo muy bien, si tú supieras... Pero mejor no te cuento y disfrutemos de la fiesta.

Daniela notó que él le levantaba la barbilla. Había logrado distraer su atención, y en su mirada vio que Rocco había perdido todo interés por aquel hombre que representaba una muesca de hacha en su pasado.

—No, mejor me lo cuentas. Vayámonos de aquí.

La cogió de la mano y ella no la retiró.

* * *

Rocco la llevó hasta el *lungomare*. Se sentaron de cara a la bahía, con el Vesubio al fondo iluminado por la luna, en un café-pastelería a la antigua que ocupaba los bajos de un edificio con el empaque de los primeros años del siglo xx, como la mayoría de los que bordeaban aquel paseo marítimo que no parecía tener fin. Se

habían perdido el cóctel y tenían apetito. Pidieron cada uno *limoncello* y un *babà*, el pastel típico emborrachado con ron; para él, relleno de crema de limón, y para ella de Nutella. Rocco comía en silencio y, para romper el hielo, Daniela comentó su extrañeza al ver aquellos edificios tan bien conservados; allí no había rastro de los bombardeos alemanes de la segunda guerra mundial. Durante la visita a la Nápoles subterránea había visto con sus propios ojos una de las bombas caída allí por un respiradero que mató a muchos de los que se refugiaban en los antiguos depósitos de agua. Y por toda la ciudad se veían vestigios de la destrucción durante aquella época terrible. Rocco le recordó que Nápoles había sido codiciada por reinos y gobiernos desde tiempos inmemoriales.

—Desde muy antiguo ha sido el puerto más importante del Mediterráneo.

Y le explicó que en la ciudad no había uno, sino cinco, contando los puertos deportivos, mercantes y de recreo. Daniela escuchaba cómo describía con orgullo aquella ciudad cuya bahía eran dos brazos abiertos que abrazaban ese mar que la proveía desde hacía siglos de riqueza, comercio, alimento y cultura.

—¿En qué piensas? —preguntó Daniela al verlo callar de repente.

—Yo tuve la culpa del accidente en el que murió Olga —dijo él de pronto—. Aquel día íbamos discutiendo. Estábamos a punto de divorciarnos. Eso es algo que nadie sabe, salvo Luca, que iba en el coche y lo oyó todo.

—Es hora de que dejes de culparte. Mi primo me contó que otro coche descontrolado se os echó encima.

Rocco dejó la cucharilla en el plato y se bebió el *limoncello* de golpe.

—Pero si no hubiésemos ido discutiendo, si hubiera estado más atento al volante, podría haberlo esquivado.

—Quizá no —objetó ella, antes de empezar con su propia confesión—. Aunque no se puede comparar, yo también me sentí culpable durante mucho tiempo del fracaso de mi noviazgo. Estábamos a punto de casarnos.

—Suerte que rectificaste a tiempo.

Daniela paladeó un trozo de *babà*. El dulzor en la boca le aliviaba en cierto modo la amargura de los recuerdos.

—Ahora que lo veo con distancia, me doy cuenta de lo mal que lo pasé. Fueron los peores cuatro años de mi vida en lo sentimental, y los mejores también, porque tenía éxito en los estudios, me licencié y encontré un empleo que me gustaba. Con cada logro mío, más me machacaba él.

—Te tenía envidia.

—No lo sé ni quiero saberlo. Aunque creo que sí. A todas horas me decía que me quería y, al mismo tiempo, me humillaba y me hacía sentir mal. Si yo cocinaba arroz para él, exclamaba lo bueno que estaba y, al ver que me ponía contenta, se apresuraba a comentar que los había probado mejores. Odiaba que me sintiera orgullosa de mí misma. Me desconcertaba con sus reacciones.

—Eso era lo que pretendía. Me estás describiendo a un manipulador de manual.

Daniela juntó las manos y continuó con la mirada perdida en aquellos recuerdos.

—Siempre me golpeaba en mi punto flaco. A él le gustaba la ropa *hippy*, y si yo me arreglaba me rechazaba cuando iba a darle un beso. Incluso me prohibía que lo tocara, sólo me cogía como hacen los novios si llevaba vaqueros y ropa informal. Nunca cuando iba con tacones.

—Ese tío es un enfermo.

—Lo pasé muy mal con él.

—Te lo hizo pasar muy mal —matizó Rocco, para que asumiera la verdad.

—El último verano me fui de vacaciones con unas amigas. Él se fue por su cuenta también y se lió con una turista francesa. Por supuesto, me echó la culpa a mí por no estar a su lado cuando necesitaba sexo. Y yo lo perdoné, pasé página porque lloró y me persiguió, diciendo que me quería con locura —rememoró Daniela, apenada por lo tonta que había sido—. Decidí romper con él dos meses después, un día que, estando en su cama, levanté la vista y vi una foto suya con la francesa. Se indignó y me gritó, alegando que violaba su intimidad. Que las fotografías eran para verlas y que ese hecho era parte de su vida. Me vestí llorando de rabia y avergonzándome de mí misma, y salí de su casa mientras me juraba que no regresaría nunca más. Anulé la compra del vestido de novia que ya había encargado y empecé a vivir mi vida después de cuatro años de vivir la suya.

—Bien por ti. Yo no fui tan valiente, no debería haber esperado a saber que Olga tenía a otro. Nuestro matrimonio ya estaba roto mucho antes del accidente.

Rocco pagó la cuenta y se levantaron, dejando los pasteles sin terminar. El tema de conversación les había quitado el apetito.

—No entiendo que te fuera infiel —comentó Daniela, mientras paseaban por el *lungomare*—. ¿Qué le costaba ser honesta y decirte que se había acabado?

—Yo era su comodín bajo la manga. La imagen de matrimonio perfecto, el acompañante en las fiestas y los actos sociales. Se aburría de mí, yo había dejado que el trabajo me absorbiera tanto que descuidé nuestra relación de pareja.

—Vuelves a echarte la culpa —apuntó Daniela—. Deja de hacerlo. ¿Sabes qué hace mi ex desde que lo mandé a paseo? Me persigue por todas partes. Quiere ser mi amigo.

Rocco se detuvo. Le acarició la mejilla y la obligó a levantar la cabeza para que lo mirara a los ojos.

—Esta noche no está. No pienses en él, no me gusta verte así.

—¿Por qué, si apenas me conoces?

—Porque cuando tus ojos están tristes se apaga el sol.

Los labios de Daniela apuntaron una sonrisa, y le señaló el mar oscuro que se fundía con el horizonte.

—Es de noche.

—No soy muy ocurrente, como puedes ver. No es de extrañar que Olga se cansara de mí.

Daniela se puso en alerta al ver que la cogía por la cintura.

—Eres un hombre complicado, Rocco. Cargas con mucha decepción y malas vivencias a tu espalda, y en este momento es lo último que necesito. Pero sabes escuchar, y te lo agradezco.

—Lo mismo digo. Nunca hablo de todo esto y necesitaba desfogarme —murmuró, inclinando la cabeza hacia ella—. Los remordimientos ahogan más que un mar embravecido.

Unió sus labios a los de Daniela en un roce delicado de agradecimiento. Ella se olvidó de sus palabras, porque le rodeó la nuca con las manos y abrió la boca pidiéndole más. Rocco la estrechó contra su cuerpo y dio rienda suelta a su deseo. Largo rato y con los ojos cerrados, apretando con las manos la espalda de aquella chica natural y genuina hasta para entregarse a un amargado que no le convenía. Que sabía besar como muy pocas saben.

* * *

—Gracias por el *limoncello*, los pasteles y por la compañía —dijo Daniela en la puerta de su dormitorio.

Era tarde y hablaban en voz baja para no despertar al resto de la familia, que ya dormía hacía rato.

—Tú has sido lo mejor de la velada, al menos para mí.

—Conversación, pasteles y *limoncello*. Tenemos que repetir más veces porque nos ha faltado un café.

Daniela no lo mencionó, pero en el aire quedó flotando la invitación a repetir también el beso.

—Siempre me ha sorprendido esa pasión que sentís los españoles por nuestro café. Hasta que visité tu país y lo entendí. —Daniela sonrió, intuyendo lo que iba a decir—. Vi calles llenas de cafeterías con nombres tan rimbombantes que parecían ideadas por un redactor de esquelas, donde servían un brebaje oscuro con sabor a rayos.

—Qué manía tenéis los italianos de quejaros de nuestro café.

—Los portugueses saben prepararlo, los españoles no.

A Daniela le picó la curiosidad, pues le estaba dando a entender que conocía bastante bien la Península.

—¿Has estado muchas veces en España?

Acarició con el dedo su mentón, en el que ya despuntaba una incipiente barba dura y oscura.

—Unas cuantas, para participar en ferias y muestras gastronómicas relacionadas con el trabajo. Un par de veces en congresos de derecho europeo. Y, la primera, de vacaciones en esas playas donde vives tú, como todos cuando tenemos veinte años,

para gozar de un verano sexualmente memorable —añadió, bajando el tono con cada palabra—. Qué pena no haberte conocido entonces.

—Conduce con cuidado, que es tarde.

Rocco iba a dormir esa noche también en la casa. Así lo había decidido días antes de la fiesta, para evitar conducir después hasta la suya.

—Hoy paso aquí la noche, en el dormitorio de al lado.

Le rodeó la cintura y la atrajo para besarla. Daniela se pegó a él cuanto le fue posible y prolongó el beso, disfrutando de una lucha de labios y lenguas ansiosas que los hizo temblar a ambos.

—¿Vamos a dormir separados por un tabique? —musitó ella sin resuello.

Rocco la soltó y le acarició los brazos en sentido ascendente hasta cobijar en el hueco de cada mano la curvatura de sus hombros.

—Por muchas ganas que tenga de ti, nunca bajo este techo. Contigo quiero estrenar recuerdos, y esta casa ya está llena de ellos.

Daniela se aupó, le puso la mano en la mejilla y le dio un beso de buenas noches. Recordó que ése había sido su hogar de casado. Qué bonito detalle que se negara a tener con ella allí algo que en el pasado ya había tenido con otra mujer. Rocco no era capaz de sospechar cuánto agradecía que la tratara como si fuera única, ningún hombre la había hecho sentirse así.

Capítulo 13

En aquellas muñecas estaba la clave

Después de marcharse Rocco y cerrar la puerta, Daniela se desmaquilló, se duchó y se puso el camisón con la sensación de levitar. Soltar todos los malos recuerdos que había estado guardándose para sí la había hecho sentirse ligera. Se sentó en la cama y balanceó los pies, tomando nota mental para no olvidar pintarse las uñas al día siguiente. El azul oscuro tan de moda empezaba a cansarla.

Levantó la cabeza, intentando hacer memoria de las lacas que había llevado consigo y se quedó mirando fijamente la colección de muñecas de la cómoda que la observaban, como siempre, con idéntica persistencia. Tuvo que parpadear dos veces para convencerse de que aquello era real. Se levantó de un salto y cogió una muñeca bebé, con un gorrito de puntillas y un vestido tan iguales a los de la foto que no podía ser.

La depositó en la cama para evitar romper la cabeza de porcelana y corrió hasta su bolso grande. Después de rebuscar durante un rato recordó que ya había enmarcado la fotografía de su padre. Una mirada a la mesilla de noche se lo confirmó, y trató de pensar qué había hecho con el retrato de grupo de las tres mujeres y el bebé. Lo encontró por fin en un bolsillo de la maleta; se preguntó cómo se le había ocurrido guardarlo allí. Observó la foto y se llevó una decepción. Habría jurado que el vestido que llevaba la muñeca era el mismo, pero no. En la fotografía, hecha en la calle, la ropa de la niña era parecida pero diferente. La dejó junto al bebé de porcelana y abrió el armario, donde, al fondo, guardaba la mochila de Peppe Gozzi. Al abrirla, encontró lo que buscaba: la foto de la pequeña Maruzzella. Daniela respiró hondo. Era el mismo. Fue hasta la cama y puso el retrato al lado de la muñeca. No había ningún tipo de duda: era el mismo vestido infantil.

Pero había algo más; no podía despegar los ojos de la fotografía porque su cabeza no dejaba de dar vueltas. Aún no acababa de encajar qué hacía aquella muñeca vestida como la pequeña y era otro detalle el objeto de sus cavilaciones. El vestido de cuadros. Hasta ese momento, en que la vestimenta del bebé evidenciaba un vínculo entre la fotografía de Peppe y la casa familiar de los Barone, no había reparado en esa imagen fugaz que trataba de identificar. Ella había visto un vestido de cuadros, pero ¿dónde? Las ideas llegan a veces como centellas, y ese haz de luz mental le permitió visualizar la imagen archivada en algún rincón de su cabeza.

En chanclas y camisón, abrió la puerta y bajó sin hacer ruido hasta la sala de estar. Encendió la luz y buscó con la mirada la confirmación del palpito que la había conducido hasta allí. Rodeó el sofá y se quedó absorta ante la fotografía. La abuela Costanza miraba al infinito, allí, enmarcada sobre el piano de pared, con un vestido

de cuadros blancos y negros. Daniela observó el retrato del bebé que llevaba en brazos. Mismo vestido, misma ropa de canastilla. Las ideas se le agolparon en la cabeza.

Se dejó caer en la banqueta y tuvo que apoyar las manos sobre la tapa del teclado porque estaba temblando. La mujer que sostenía a la chiquitina Maruzzella en brazos podía ser su abuela. Y la muñeca con el mismo vestido clamaba a gritos una horrible idea. Tuvo que cerrar los ojos porque no podía creerlo. ¿Podía ser que la amargura de la abuela fuera fruto de un intenso dolor? Costanza sostenía al bebé en el regazo, tan cierto como que ella tenía en la mano aquella evidencia del pasado. ¿Quién había robado una hija recién nacida a su abuela? ¿Por qué nadie hablaba de ello? La mujer debía de haberse llevado su secreto a la tumba, un drama familiar de sus primeros años, cuyos culpables quizá nunca se hallaron. Tantos eran los casos de los que hablaba la prensa que habían permanecido silenciados durante décadas, muchos de ellos sin resolver. En ese instante se le ocurrió otra posibilidad estremecedora. La familia tenía mucho dinero; ¿podía el abuelo Aldo Barone haber sido víctima de un chantaje y una venganza por parte de esa casta temible de la que nadie hablaba? Quizá por eso se guardó silencio. Daniela imaginó al matrimonio, desesperado e impotente. Luego vino otra hija y después el hijo, que ayudaron a mitigar el dolor. Seguro que acabaron dando a la pequeña Maruzzella por muerta, pero ¿y si no lo estaba?

Oh, Dios... Ella, que había odiado sin conocer a aquella abuela que lucía seria y áspera en el retrato que tenía ante sus ojos, sin imaginar que un hecho terrible como el que ahora sospechaba podía haberle matado la alegría para siempre. Puede que el abuelo Aldo hubiera muerto de pena tan joven y que ella hubiese terminado odiando la vida. Por primera vez, Daniela sintió lástima por Costanza Barone.

Agachó la cabeza y apoyó la frente sobre el dorso de las manos. Todos estaban muertos, pero la niña robada quizá no. Se preguntó si seguiría viva todavía y, al mismo tiempo, se prometió a sí misma que haría cuanto estuviera en su mano para averiguarlo. No sabía por dónde empezar; si al menos el hombre de la mochila no hubiera desaparecido, ahora tendría un primer peldaño que ascender hasta encontrar la verdad. Luca no le había hecho ni caso cuando le había hablado de la fotografía; si le iba con nuevas sospechas la tomaría por loca. En cuanto a Nicoletta, mejor ocultarle el asunto. Si a ella la había recibido como a una advenediza que acudía para arrebatarles la parte grande del pastel, ¿qué no haría si supiera de la existencia de otra posible hija de los Barone con derecho a heredar?

Tenía que investigar por su cuenta. Se estremeció al recordar la fotografía de grupo: una de aquellas mujeres podía ser la que le había robado a su abuela a la pequeña Maruzzella. Porque estaba segura de que se trataba del mismo bebé, sin lugar a dudas. Y para saber cómo había llegado la niña a los brazos de aquella muchacha desconocida, debía averiguar primero en qué calle de Nápoles se había tomado aquel retrato. Ese dato podía ser el punto de partida.

En el ala opuesta de la mansión, y enfrascada en el enigma que la había desvelado, Daniela ignoraba que en el primer piso se barruntaba la tragedia. O la tragicomedia, para ser más exactos.

—¿Luca?

El aludido se tapó de un tirón con la sábana y cubrió con el brazo el pecho desnudo de Irene, que se había quedado muda al oír que se abría la puerta.

—¿Cómo te atreves a entrar sin llamar, mamá?

Nicoletta, en batín, los repasó a los dos con unos ojos que eran fusiles.

—Si no hicierais tanto escándalo, no se os oiría desde el otro lado del pasillo.

Irene se había acurrucado bajo la sábana y sólo se le veían los ojos y un montón de rizos.

—¿Es que ya no hay respeto? —saltó Nicoletta, dirigiéndose a su hijo y ninguneándola a ella.

—Yo... lo siento.

—Ya lo veo —farfulló en tono despectivo—. ¿Qué hace ésa en tu cama? ¿Terapia?

El tono y la ironía enfurecieron a Luca.

—¿Tú nunca has sido joven? —le espetó indignado—. No, por supuesto, tú naciste perfecta.

Nicoletta apretó los dientes, dio media vuelta y se largó sin cerrar la puerta, con lo que su monólogo indignado fue audible y sublevó de veras a Irene, que se cagó en la madre que la parió y en infinidad de parientes más. Había oído con meridiana claridad de su boca la palabra *puttana*.

Saltó al suelo, se puso la camisa de Luca y corrió detrás de Nicoletta sin escucharlo a él, que le pedía que volviera a la cama y la dejara estar, puesto que temía que se desatara una trifulca nocturna de berridos y arañazos entre gata madre y gatita enfurecida.

La alcanzó en mitad del pasillo y no dudó en agarrarla por el brazo. Su atrevimiento dejó pasmada a Nicoletta.

—Un momento —le exigió Irene—. He oído lo que me ha llamado y me parece que es ir demasiado lejos. Eso no se lo consiento ni a mi madre ni a mi padre, ¿estamos?

—Orgullosos de ti deben de estar —ironizó la mujer con acritud.

Irene la miró a los ojos con más lástima que enfado.

—Mire, señora Barone, tal vez deberíamos haber sido más discretos.

—La próxima vez que te piquen las ganas, lejos de mi casa y con silenciador. Es un consejo que te doy.

—Pues ya que tiene la desfachatez de darme consejos que ni falta que me hacen,

acépteme uno. Es lo justo. Desprecios como el que usted acaba de hacerme son los que distancian a los padres de sus hijos. Y no pretendo ser cruel, pero Luca es lo único que le queda. Lo mejor que tiene —apostilló, dulcificando el tono—. No olvide que es un hombre adulto y no lo aleje enfrentándose a su decisión.

—Vístete o haz lo que te venga en gana. No son horas de andar descalza y medio desnuda por los pasillos —replicó Nicoletta con una mirada tajante.

Irene la observó alejarse más tiesa que una vara y la dejó por imposible. Aquella mujer era de las que siempre decían la última palabra.

* * *

Los días pasaron y no volvió a hablarse del asunto.

Nicoletta condujo su propio coche hasta el centro. Lo dejó en un *parking* público cercano a la Estación Central y caminó atravesando la via Vicaria Vecchia. Hacía una semana que Luca no le dirigía la palabra. La apenaba la situación, pero era paciente; conociendo el carácter extrovertido de su hijo, en algún momento se cansaría de guardar silencio.

Titubeó antes de pasar por delante de la tienda de antigüedades de Giovanni. No se hallaba con ánimos de contarle lo sucedido, y mucho menos de tener que escuchar recriminaciones disfrazadas de charla cortés, si es que Luca y él habían hablado, cosa que no le extrañaría nada. Dio un rodeo y fue hasta la plaza de Gesù Nuovo. Había ido hasta allí con intención de comprar una novela de la que hablaba todo el mundo, pero acababa de alejarse de su librería de toda la vida porque la tensa situación entre ella y Luca le había quitado las ganas.

Sentada, estaba leyendo el periódico de la casa cuando, al levantar la vista para pagar el Martini que le había servido el camarero, vio pasar a la persona que menos esperaba encontrar por allí. Y menos aún a esas horas.

Luca también la vio y la saludó con la mano antes de cambiar la dirección de las ruedas de la silla para acercarse a su mesa. Aunque a esas horas solía estar en su despacho de la fábrica, Nicoletta intuyó que se había tomado la mañana libre para ir a ver a su padre. Y se alegró de verlo sonreír. Eso significaba que el mutismo se había acabado.

Al verlo aproximarse, el camarero esperó por si quería que tomara nota. En lo que tardó en cruzar la plaza, a Nicoletta le dio tiempo a pensar que Irene, la chica española, tenía razón. Luca era lo mejor que le quedaba en la vida, y ésta era tan corta que no merecía la pena desperdiciarla estando enemistados.

—Invítame a un café y a una *limonetta* —exigió él, guiñándole un ojo.

Ella pidió en napolitano al camarero que llevara ambas cosas y que antes le hiciera el favor de sujetar el respaldo de la silla de ruedas. Con una agilidad envidiable, Luca se puso de pie y, apoyando las manos en la mesa, dejó su silla y se

sentó enfrente de su madre. Ella no comentó nada al respecto, puesto que sabía que a Luca no le gustaba que lo aplaudiera como a un niño que empieza a dar sus primeros pasos. Aunque en realidad lo eran, pues había aprendido a caminar por segunda vez y desde que hacía rehabilitación ayudado por Irene, avanzaba a pasos de gigante.

—¿Vienes de ver a papá?

—Sí.

—¿Y le va bien? La tienda, quiero decir.

Luca trató de no sonreír al verla a ella tan seria. Pero era obvio que le estaba preguntando por la vida sentimental de su padre.

—Demasiado trabajo tiene, creo yo. No vive, sólo sale de la tienda para subir al piso y para comer. Parece un ermitaño —explicó, para tranquilizarla y darle a entender que no había una nueva mujer en el horizonte—. Me cuesta arrastrarlo a tomar un café.

Hablaron de todo menos del motivo de la riña entre ambos. El camarero llevó el café y la *limonetta*, y Luca la devoró de un bocado. Le encantaba la esponjosidad del *babà* en miniatura que le llenaba la boca de *limoncello*, en lugar del habitual almíbar con ron. Era la combinación perfecta con el sabor de un buen café.

—Quiero comentarte una idea que llevo pensando hace semanas, mamá. No estoy pidiendo tu aprobación, pero prefiero que lo sepas por mí. Y antes que nadie.

—Antes que nadie, sin contar a tu padre...

No lo dijo con ironía, se alegraba de la estrecha relación que mantenían él y Giovanni.

—Sí, hemos estado hablando de ello hace un rato, de hecho —confirmó Luca—. He pensado en el local que tenemos en Umberto I. Hace dos meses que está vacío.

—No hay prisa por alquilarlo.

—Eso era lo que quería decirte. No vamos a alquilarlo. Estuve buscando un bajo para abrir una clínica de fisioterapia para Irene. Y me di cuenta de que estaba perdiendo el tiempo, porque ése es idóneo y está libre.

—¿Te lo ha pedido ella?

—Irene no sabe nada de todo esto —confesó Luca, mirándola a los ojos con determinación—. No va a estar toda la vida ocupándose de mi recuperación y, siendo la dueña de su propio negocio, podrá trabajar con otros pacientes. Rocco se encargará de gestionar todos los permisos y demás si se lo digo.

A su madre no le sorprendió que no le pidiera su opinión. Tampoco parecía importarle mucho si Irene le caía bien o no. Aunque así era: Nicoletta le estaba más agradecida a aquella chica por el trabajo que había hecho con él de lo que Luca podría llegar a sospechar. Cada vez que lo veía caminar por el pasillo de casa con ayuda de las muletas, tenía que esconderse para que él no la viera emocionarse hasta las lágrimas.

El arrebato que había sufrido contra Irene, contra los dos en realidad —aunque él no se daba por aludido, el muy tonto—, la noche de tarta, velas y sexo había sido un

vodevil fruto del calentón del momento.

—Deseas que se quede, que no regrese a España —dedujo—. Piensa que no decides tú y pareces muy convencido de que ella va a querer establecerse aquí.

—Yo creo que querrá.

—Pero no estás seguro porque no se lo has pedido.

—Una cosa detrás de otra, mamá.

—Si tu padre hubiera tomado una decisión importante por mí, me habría enfadado.

—No decido, propongo.

Nicoletta estudió a su hijo mientras él echaba el azúcar al café. Qué buen negociante había traído al mundo. Dobló el periódico y dio un sorbo a su Martini.

—Me parece bien tu idea, el bajo es perfecto para una clínica. Y mejor situado no puede estar. Pero tendrás que preguntarle qué le parece, ¿no crees?

Luca sonrió y ella también. Aquello cambiaba las cosas. El mayor temor de Nicoletta hasta ese momento era que Irene lo convenciera y se lo llevara consigo a España. Pero aquella idea significaba que Luca deseaba retenerla a ella allí porque tenía intención de seguir dirigiendo Gelati Barone.

Capítulo 14

En busca de la verdad sobre la abuela Costanza

—Daniela, frena —aconsejó Rocco—. De momento no tienes más pruebas que dos o tres fotografías viejas, una muñeca y tu imaginación entusiasta.

Había acudido a su despacho a pedirle ayuda con el asunto que la tenía en un sinvivir.

—Ayúdame a encontrar a la niña que le robaron a mi abuela. Ahora entiendo que viviera llena de odio. Siento que durante años la he juzgado mal sin conocerla, todos hemos pecado de eso por ignorancia. Incluso mi padre, y siento reconocerlo, porque era su propio hijo.

—Presupones que nadie lo sabe —opinó Rocco—. Una aseveración gratuita más fruto de tu imaginación.

—Tú has formado parte de esta familia, has vivido codo con codo con ellos. Con la abuela. Y nunca has oído mencionar el asunto, ni siquiera cuando murió Olga.

—Jamás.

—En esos momentos terribles se suele recordar el dolor del pasado. Ni siquiera entonces, cuando a la abuela debía de flaquearle la fuerza física y anímica.

—Ya estaba muy mal de salud en esa época. Pasó más de dos años postrada en su cama o en la del hospital.

Daniela apartó la espalda del respaldo del sillón, inclinándose más hacia él en un intento por acortar la distancia del escritorio que los separaba.

—No te pido demasiado.

—Solamente que pierda mi tiempo indagando en una historia que tiene toda la pinta de ser pura ficción.

—Sabes que a Nicoletta no puedo pedirle ayuda.

—Ésa es tu opinión. La mía es otra muy distinta.

—Prefiero no hacerlo, ya te he explicado los motivos.

—Y yo preferiría mantenerme al margen —dijo él, tamborileando con los dedos sobre el tablero del escritorio.

—Cualquiera discute contigo..., se nota que eres abogado. Si te tuviera en la parte contraria en un litigio, me darías miedo.

—No estamos discutiendo, Daniela.

Ella soltó aire por la boca como si el globo de su entusiasmo empezara a desinflarse.

—No lo niegues, la sospecha existe. Tal vez exista otra legítima heredera de la abuela Costanza. Y tu respeto por la ley y tu sentido de la justicia te impiden mirar hacia otro lado y fingir que no sabes nada. No puedes negarte —apostilló Daniela con

súplica en la mirada.

—Vamos a dejar lo que puedo o no hacer —recomendó él—. Y no creas que hurgándome en la fibra moral vas a convertirme en tu poli currante ligón mientras tú juegas a ser Montalbano.

—¿Qué?

—Nada, una serie de televisión.

Estaba visto que Daniela no era fan como él de series de la Rai ni había leído las populares novelas de Andrea Camilleri y su comisario siciliano.

—He decidido ayudarte —dispuso finalmente, aunque se apresuró a aplacar enseguida la ilusionada sonrisa de Daniela—. Pero no te emociones, pues ya te adelanto que tus pesquisas no van a servir para nada.

—Eso no lo sabemos.

—Tú no, yo sí. Llámalo *visión de futuro*. Te echaré una mano, si puedo, con una condición: vas a dejarme que te enseñe la ciudad.

Daniela volvió a sonreír, esta vez con expresión ufana, no triunfal.

—Ya estoy enamorada de Nápoles. Esta ciudad o la amas o la odias.

—A pesar de que llegaste cargada de argumentos para odiarla —le recordó Rocco.

—Los malos recuerdos que almacené cuando era niña no han impedido, ahora que soy una mujer adulta, que caiga víctima de ese flechazo instantáneo.

—Déjame enseñarte algunos de sus secretos. Bueno, puede que exagere... —Rocco dudó antes de rectificar—: Permíteme que te enseñe los rincones que más me gustan y aún la amarás más. Los museos puedes verlos tú sola.

—Me parece una condición razonable.

Él asintió, satisfecho de ver tanta ilusión en sus ojos, a pesar de que acababa de decirlo más serio que un reo ante un juez.

* * *

Dos días tardó tan sólo en recordarle Daniela su parte del trato. Y Rocco aceptó, no sin antes exigir que primero sería él quien decidiría el destino.

—Creía que ya estabas lista. ¿Ahora sales de la ducha?

—Estamos en agosto y hace un calor sofocante. Además, he calculado que acabarías de trabajar más tarde.

Rocco había llamado a la puerta de la habitación nada más salir del despacho, y no esperaba que lo recibiera desnuda y envuelta en una toalla. Muy corta, por cierto. No tardó ni un segundo en cerrar la puerta y agarrarla por la cintura. La manoseó por encima de la toalla, apretando el rizo mullido para abarcarle los pechos. Daniela disfrutaba de aquel repaso manual mientras se besaban con codicia.

—Como intuyo que vas a tardar, no me espero a que te arregles. Yo también

quiero cambiarme de ropa.

—¿Por qué tantas prisas?

—Porque el lugar adonde vamos cierra a las seis.

—Dichosos horarios —musitó Daniela mientras esparcía besos por la comisura de sus labios.

—Me marchó a casa para adelantar tiempo. Dile a Donato que te baje o llama un taxi. Nos vemos en la Fuente de la Alcachofa, yo iré directamente allí.

—Quédate un poquito más —rogó ella, apretándole las nalgas a dos manos.

—Si me quedo un minuto más, te arrancaré la toalla. Vístete rápido y no pierdas el tiempo maquillándote, que odio esperar.

—Cómo eres —protestó Daniela.

Rocco le cogió las manos para que las despegara de su culo y dejara de tentarlo.

—Soy puntual, así que date prisa.

* * *

Daniela se maravilló cuando él la hizo pasar al palco real del teatro di San Carlo, el templo lírico en activo más antiguo del mundo y que había servido de modelo al resto de las óperas de Europa.

Aunque Rocco le había explicado que había tenido que ser reconstruido en la posguerra porque había quedado hecho papilla después de un bombardeo, la sensación que se tenía frente a aquel estallido de oro era la de viajar al pasado a la corte de Carlos III, rey Borbón al que Rocco, como todos los napolitanos, se refería con admiración porque había sido él quien había convertido Nápoles en una joya esplendorosa y elegante al dotarla de edificios señoriales en consonancia con el empaque de su corte.

Y aquella opulencia era fiel muestra de los gustos de un monarca barroco. Todo el teatro era oro falso y oropel, desde la bóveda de tela, que confería al lugar la acústica de una caja de tambor, hasta los cortinajes de cartón piedra. Daniela no sabía adónde mirar, seducida por aquella bellísima trampa para deleitar a los ojos amantes de lo abigarrado. El interior del San Carlo, con sus espejos en cada palco, orientados para poder ver si aplaudía el monarca antes de osar batir palmas, era el exceso de lo excesivo, un bellissimo decorado, una falla valenciana de dimensiones descomunales.

—No te imaginaba un amante de la ópera —comentó, sin dejar de pasear la vista por toda aquella belleza brillante y granate.

Rocco se alegró de no haber entrado en visita de grupo. En el escenario ensayaban *La traviata* y al ir solos los dos les permitieron contemplar el teatro desde el palco real, con el ruego previo de hablar en voz baja para no distraer a los músicos.

—No me apasiona —confesó—. Siempre he pensado que aplauden con tanta alegría porque se termina el tostón.

Daniela se tapó la boca con la mano para ahogar la risa.

—Si no te gusta, ¿por qué me has traído aquí?

—Porque este lugar sigue impresionándome como la primera vez que entré.

—A mí sí me gustan algunas arias. «La reina de la noche», de *La flauta mágica*, por ejemplo, me pone los pelos de punta.

Rocco rió por lo bajo. ¿Ópera alemana?

—Hablar de Mozart en el templo de Verdi es un sacrilegio, preciosa. Ya irás aprendiendo esas cosas.

Daniela imaginó la corte del rey Carlos en aquel teatro, las damas con sus vestidos de brocado y sus pelucas blancas. Los pechos tersos asomando por el escote, los lunares maquillados. El arte de seducir con el abanico, las miradas a distancia de los amantes con impertinentes de nácar. El deseo, las caricias en la oscuridad, el roce de enaguas, los jadeos ahogados, el crujir de la seda, la música, la danza y el espectáculo para deleite de los sentidos. En el aire debía de respirarse lujuria.

Rocco la cogió de la mano para salir de allí. Caramba, con tanto imaginar sentía un cosquilleo entre las piernas y un calorcillo delator que le subía por el escote. En la antecámara que daba acceso a la escalinata de mármol, ojeó de pasada el enorme busto de Giuseppe Verdi y se abanicó con la mano. Nunca habría imaginado que la ópera tuviera semejante poder erotizante.

Rocco tiraba de su mano sin mirar atrás, y Daniela volvió la cabeza con una extraña sensación: habría jurado que el maestro se reía de ella.

* * *

—Muy bien, ahora te toca cumplir tu parte del trato —declaró ella.

Rocco le tendió la mano con pocas ganas.

—Vamos a ver esa fotografía.

Daniela se la dio y él estudió el retrato de las tres mujeres. La más joven era una chiquilla a punto de salir de la adolescencia pero que aún llevaba calcetines. A la derecha de ésta se veía a una mujer más mayor, o tal vez fueran las ropas oscuras, que la avejentaban. En el extremo opuesto había una mujer sonriente con un bebé en brazos. Se le veía la carita como a todos los niños pequeños, ojos abiertos y expresión indefinida.

—Sigo pensando que estamos perdiendo el tiempo —dijo Rocco finalmente.

—Y la calle, ¿te suena?

—Fíjate en ese letrero que hay en la pared. Es de una panadería muy antigua que aún existe.

—Es asombroso que lo hayas reconocido a la primera; si llego a saberlo, te la habría mostrado antes. Sólo se lee la mitad del rótulo.

—Paso a menudo por esa calle —explicó él—. Mi abuela y mi tía viven no muy

lejos de allí.

—No sabía que tus abuelos aún vivieran.

—Sólo me queda la abuela Agripina, la madre de mi padre.

Cada nuevo dato que Daniela descubría sobre la vida de Rocco la incitaba a conocerlo más.

—¿Vamos? —propuso.

—Ya iremos mañana. Se hace tarde y no pienso irme a la cama sin cenar.

Ella miró el reloj: aún faltaban cinco minutos para las ocho.

—Todavía es temprano, podríamos aprovechar ahora que aún hay luz.

Pero Rocco supo ganársela con una caricia.

—Tú estás de vacaciones, pero yo mañana madrugo. Vamos a cenar; ¿qué te apetece?

* * *

La llevó a probar *friarielli* con salchichas frescas. Daniela quería saborear por primera vez esa receta popular que su padre tanto echaba de menos porque en España, para poder comer grelos, debía viajar mil kilómetros hasta Galicia. Aunque Rocco no era muy aficionado a ese plato, que tantas veces le habían obligado a comer de pequeño, le concedió ese deseo. Y a ella le agradó, le gustó mucho el sabor áspero de la verdura sofrita sin más sazón que las especias del embutido.

Coronaron la cena con un tiramisú compartido y una interminable ración de besos dulces como el café bien azucarado. Luego Rocco condujo por corso Vittorio Emanuele hasta la parte alta del Vomero y aparcó delante de la cartuja. A Daniela le encantó el barecito al que la llevó paseando; estaba excavado en la roca y parecía una gatera en la muralla del castillo de Sant'Elmo. La terraza era preciosa por lo sencilla, con sus veladores y sus sillas de tijera pintadas de rojo. Rocco escogió la mesa más apartada y pidió por los dos, asegurándose con la mirada de que lo había hecho también al gusto de Daniela. A ella le extrañó que pidiera *limoncello* y que rogara que les dejaran la botella. A los postres, había rehusado tomar los dos chupitos que les ofrecieron por cortesía de la casa.

—¿Cómo es que has pedido *limoncello*? Hace un rato me ha parecido que no te apetecía.

—Cómo no va a apetecerme, soy napolitano. ¿Y a ti?

—Mucho. ¿Lo has pedido por eso?

—Es el sabor que asocio contigo —confesó él, dando un trago.

—¿Conmigo? ¿Por qué?

—No lo sé.

Daniela bebió también, paladeando el intenso sabor a limón y sintiendo la dulce quemazón que dejaba con cada pequeño trago. Metió el índice en el vasito y se

inclinó para humedecer el labio inferior de Rocco con la yema del dedo. Él lo atrapó por sorpresa, le lamió la punta y, cuando lo liberó, Daniela cubrió los labios de él con los suyos para saborear el *limoncello* en ellos.

—Hace un rato sólo tenías que arrancarme la toalla —musitó—. Y ni siquiera lo has intentado.

—Es tu hora de decidir, Daniela. Ya te has sometido bastante a los deseos de otro.

Ella sintió que se ahogaba. Rocco la excitaba con sus ojos tan pacientes. Y la emocionaba con ese respeto sincero, mostrándose comedido y a la espera de que ella decantara la balanza hacia el sí o hacia el no. Sintió un hormigueo íntimo, no podía creer cómo la excitaba tanto sin tocarla, sólo mirándola con aquellos ojos que, en ese instante, a la escasa luz de los farolillos, se veían de un azul turbulento, como el de la marea a punto de desatarse.

—Tengo que ir al baño —murmuró, levantándose de golpe.

Muy poco se entretuvo en el aseo, lo justo para quitarse la ropa interior, que le sobraba. Rocco debió de darse cuenta porque, cuando regresó, no apartó los ojos de sus pechos libres, con los pezones como dos puntas marcadas en la camiseta. Daniela no se sentó, sino que guardó el sujetador en el bolso y le dio la mano para que la acompañara al pretil. Caminaron hasta la zona más apartada, al otro lado de la fachada de la cartuja de San Martino. Mientras paseaban, Rocco la besó, manoseándole los pechos por encima de la ropa. Ella fingía huir de su asedio y reía al tiempo que rememoraba algunas escenas calientes que había visto en una película con la chica sentada sobre una barandilla. No obstante, descartó la idea cuando se aupó y miró hacia abajo. Aquello era un bosque de zarzas y chumberas, mejor no correr peligro. Si el entusiasmo se les iba de las manos, podían acabar la noche en urgencias.

Apoyó los antebrazos en el pretil de piedra y la barbilla sobre ellos. El barrio español descendía por la colina. Y, a lo lejos, la doble cúspide del Vesubio despuntaba en la línea del horizonte. Nápoles iluminada a sus pies era un manto de inmensa belleza.

Rocco se situó a su espalda y comenzó a besarle el cuello, el pómulo y la sien. Metió las manos por debajo de la falda y el corazón se le paró y volvió a arrancar al comprobar que no llevaba nada. Disfrutó de su culo abarcándolo a manos llenas mientras ella ladeaba el rostro, exigiéndole un beso que él le negó.

—Pídeme que te dé la vuelta —ordenó, con los labios pegados a su oído.

—Ni de coña.

Rocco la apretó de un empujón de caderas contra la barandilla y Daniela exhaló un hondo suspiro con esa primera muestra de rudeza. Ya no era comedido, ni lento, ni paciente. Satisfacer el deseo le urgía tanto como a ella. Su mano era sabia, y Daniela movió el pubis hacia adelante para sentir aún más sus caricias.

Con la otra mano, Rocco se bajó la bragueta y liberó su sexo. Lo empuñó, sintiendo los latidos vigorosos del pulso en toda su longitud. Se acarició, deslizando

la mano arriba y abajo, rozándose a la vez contra las nalgas de Daniela. Alargó los dedos de la mano derecha y los introdujo entre sus piernas. Estaba húmeda y caliente. Y tan suave como el tacto de la seda. Con una pierna, la obligó a abrir las suyas y se hundió despacio en aquel cielo de puro ardor. Daniela arqueó los riñones y empujó hacia atrás. Rocco aprovechó su invitadora postura y la penetró por entero. La mordió en el cuello al oír su quejido cuando lo recibió hasta el final. Se retiró despacio y la embistió por detrás con una nueva acometida que la obligó a levantar los talones. Le apartó el pelo a un lado del cuello; tenía la nuca empapada. Con un susurro le pidió un beso que Daniela alargó hasta que necesitó más aire.

Rocco se relamió para no olvidar que los labios de ella sabían a limón, a brisa de mar y a noche de fiesta. Al verla mover la cabeza hacia la izquierda, él la imitó. El bar se veía a lo lejos y ellos estaban protegidos por la oscuridad.

—Tranquila, princesa. Nadie nos ve.

Daniela se inclinó hacia adelante con los brazos abiertos a lo largo de la baranda y abrió aún más las piernas para que la penetrara hondo con cada embestida. Sin dejar de moverse con un ritmo creciente, Rocco metió las manos por debajo de su camiseta y le acarició los pechos. Daniela se puso rígida y oyó sus propios gemidos de placer mientras se contraía en torno a su miembro a punto de estallar. Rocco jadeó con la boca cerrada sobre su hombro y empujó por última vez, arrollado por un orgasmo interminable. Hacía años que no rozaba la perfección, y así se sentía dentro de ella.

* * *

—Se te nota una felicidad que no es normal —comentó Irene con cara de diversión.

—¿Por qué será? —suspiró Daniela.

Había pasado por el improvisado gimnasio para charlar con su amiga. Y lo hacían en español, mientras Luca seguía con sus ejercicios. Sentado en un banco, con pesos en ambos tobillos, continuaba con los levantamientos sin quitarles ojo. De vez en cuando, Irene le dirigía un par de palabras de ánimo para que no se sintiera ignorado.

—Eso es que ha habido tema, ¿mmm...?

La sonrisa enorme de Daniela fue suficiente respuesta.

—Si habláis en español, no entiendo nada —protestó Luca, mosqueado con tanta risita.

—No hagas caso, hombre. Tonterías —pretextó Irene—. Tú sigue. Despacito, acuérdate, cuanto más lento el ejercicio, más trabajan los músculos.

Y volvió la cabeza hacia Daniela.

—Cuéntamelo todo.

—Que no.

—Que me lo cuentes.

—Ya sabes que yo soy muy discreta para estas cosas. Sólo te diré que el mito de la botella de Aquarius... digamos que no lo es tanto.

—¿Existe?

—Como lo oyes —afirmó, con un suspiro de satisfacción.

—Ay, tunanta, que no le darás cabida.

Daniela se mordió los labios curvados hacia arriba.

—Eso pensé yo. Estaba un poco asustada, la verdad —exageró, para darle emoción—. Pero mira, chica, ¿sabes qué te digo? Que ancha es Castilla.

Se echaron a reír a carcajadas y Luca volvió a protestar porque lo tenían al margen de su diversión sólo para chicas. Irene le sonrió con dulzura.

—Ánimo, campeón. ¿Cuántas llevas?

—Sesenta —dijo él, con la cara congestionada a causa del esfuerzo.

—Vamos a por los cien, que tú puedes.

Luca masculló por lo bajo un par de palabras en dialecto napolitano que sonaron como disparos con silenciador. Las dos observaron de reojo su mirada enfurruñada y volvieron a lo suyo.

—No he entendido lo que ha dicho —comentó Irene.

Daniela encogió un hombro.

—Yo tampoco.

Capítulo 15

El lugar de la fotografía

No fue un día sino cuatro los que tardó Rocco en llevarla hasta el lugar donde presumiblemente se había tomado aquel retrato de grupo hacía más de cincuenta años, a juzgar por la ropa que llevaban las mujeres. Deambularon por los callejones del barrio español. Daniela caminaba mirando hacia arriba: la ropa ondeaba tendida de edificio a edificio.

—Esas casas son las tradicionales del centro, tienen más de dos siglos y son patrimonio de la Unesco.

—Sí, eso lo leí en una guía.

—Pero lo que quizá no sabes es que la única ventilación entra por las ventanas de la fachada. No cuentan con tragaluces ni patios interiores —explicó Rocco, para que no creyera la falsa idea de que allí reinaba la desidia y lo chabacano, opinión tan generalizada como injusta—. No les queda más remedio que tenderla así para que se seque al sol.

Daniela frenó en una calleja, ante la fachada de una casa de vecinos.

—¿Queda mucho para llegar a esa panadería?

—Ya casi estamos, está en el próximo cruce.

—Rocco, mira eso.

Le estaba mostrando un altarcillo familiar similar a los muchos que había visto en algunos rincones. Luca le había contado que era una tradición antigua y que no se llamaban *altares*, sino *quioscos sagrados*. Muchos se levantaban ocupando parte de las aceras. Aquél lo habían erigido a base de cegar una ventana del bajo abierta en la fachada; el altar votivo ocupaba el hueco de ésta y estaba protegido por un cristal.

—La fotografía —indicó Daniela, señalando el interior del altar.

Entre una figurilla de san Antonio y un busto del Padre Pío y la imagen de una Virgen que no le sonaba, Rocco observó una fotografía de una mujer con un bebé. Debajo se podía leer: «Maruzzella y su hijita Amada». Y una fecha, 1961, la misma que había leído al dorso de la fotografía del hombre de la mochila.

—Son las mismas. La mujer que sostiene a la niña y el bebé.

Se apresuró a sacar la otra foto del bolso y ambos comprobaron que lo eran; llevaban otra ropa, pero no había duda.

—No lo entiendo —comentó Daniela—. Se suponía que Maruzzella era el nombre de la niñita robada, pero ahí lo pone bien claro: la pequeña se llama Amada. Y Maruzzella es la chica. Todo esto no cuadra. Creía que Maruzzella era el nombre de la niña que le robaron a mi abuela.

Rocco la cogió por los hombros.

—Daniela, piensa con claridad de una vez. Todo son suposiciones tuyas. La imaginación se te disparó cuando leíste cuatro páginas escritas por aquel hombre, que, curiosamente, desapareció sin dejar rastro. No todo lo que se escribe es real.

—Eso ya lo sé, Rocco. Pero reconoce que son demasiadas casualidades. Y esto sí es real: en la fotografía que tengo en la mano estoy viendo a las mismas personas que hay en ese marquito detrás del cristal —argumentó.

—El caso es que me resulta familiar ese nombre —reconoció él.

—¿Te suena Maruzzella?

—No me refiero a ése. Es el diminutivo napolitano de Maria. Es muy común porque hay miles de mujeres que se llaman así. En cambio, Amada no lo es. Y me suena, pero no recuerdo de qué.

El teléfono de Daniela sonó en ese instante dentro del bolso. Al sacarlo vio en la pantalla que era una llamada de su madre. Con una mueca, se alejó de Rocco. Esa misma mañana la había llamado por teléfono para explicarle la decisión que había tomado. Quería que se enterara por ella y no por cualquier otra persona. Aunque de antemano sabía que iba a tomárselo muy mal.

—Hola, mamá.

Con un gesto de la mano, rogó a Rocco que aguardara y se alejó unos pasos preparada para recibir de nuevo una buena bronca.

* * *

Cuando Daniela acabó de hablar por teléfono, fue hasta la terraza del bar de la esquina. Rocco se había sentado a la sombra, cansado de esperar ante el altar votivo. Y ella, que después de la conversación con su madre se sentía fatal, lo sorprendió acomodándose sobre su regazo, en lugar de hacerlo en la silla que él le había señalado desde la distancia.

No hizo falta que le dijera qué necesitaba. Él la recibió con un tierno beso que terminó con una caricia para apartarle el pelo de la cara.

—¿Vas a contarme qué ha ocurrido, que te ha robado la alegría?

—No ha pasado nada y, sí, ha pasado mucho. Parece una tontería, dicho así, pero es como lo siento.

—Te he pedido un *shakerato*, no sé si te gustará.

—Seguro que sí, mi padre hablaba de él. En Valencia no los hacen. Es un café frío, ¿verdad?

—Mucho más exquisito que el *caffè freddo*, cuando lo pruebes lo sabrás.

—¿Peso mucho?

—Eres una pesada muy agradable —bromeó él.

—Será mejor que me siente como las personas, la gente que pasa nos mira.

—Como si a mí me importara lo que piensen los demás —afirmó, rodeándola con

los brazos para que no se moviera de su regazo—. Si tú estás a gusto, el resto ya puede decir misa.

Daniela premió sus palabras con un largo beso.

—¿Has discutido con tu madre?

—Un poco. Le he contado algo que tú todavía no sabes. Quería decírselo a ella antes que a nadie porque en Valencia las noticias vuelan y no me apetecía que lo supiera por algún compañero de la academia. Esta mañana a primera hora he llamado a mi jefe y le he dicho que alargó las vacaciones sin fecha. Que dimito —confesó—. No lo he dejado en la estacada porque voy a ayudarlo a encontrar a otro profe que me sustituya. Le he enviado varios contactos por WhatsApp. Y, si es preciso, volveré a principio de curso si todavía no ha encontrado a nadie, para que contrate a alguien sin prisas.

—Y ¿tu madre se ha enfadado por eso?

—Le he dicho que voy a tomarme un año sabático y no le ha sentado bien. Le da miedo.

—Con tu patrimonio en acciones, puedes tomarte una vida sabática —opinó Rocco.

—Eso es lo que teme. Que me convierta en una ociosa dedicada a divertirse y a vivir de rentas. Me ha recordado que mi padre trabajó hasta el último día de su vida. Y ella... —Suspiró—. Le he dicho que deje de trabajar y se ha enfadado de verdad. Me ha contestado que lleva toda su vida vendiendo seguros y que le gusta su trabajo, que no piensa dejarlo.

Rocco continuó escuchándola sin opinar mientras Daniela criticaba la manía de su madre de seguir vendiendo pólizas cuando podía dedicarse a descansar y hacer lo que le diera la gana.

—¿No crees? —preguntó ella, convencida de sus argumentos—. ¿Tú no lo harías?

—Yo decidiría por mí mismo, igual que tú has tomado tu decisión. Imponerle tu criterio a tu madre es ir demasiado lejos.

—Pero ¡si lo hago por ella! ¿Sabes qué me ha dicho? «No consiguió tu padre que dejara los seguros y ahora me vienes tú con ese cuento.» Me ha sentado fatal.

Daniela recordaba las muchas veces que su padre había insistido, señalándole a su esposa que le sería de gran ayuda detrás de la barra de la heladería. Perspectiva que a ella no le hacía la menor ilusión.

—Tu madre es feliz haciendo lo que hace, hasta yo lo entiendo.

—Se equivoca con eso de que voy a convertirme en una vaga. Me ha soltado: «Ojalá tu abuela no te hubiera dejado ni un euro».

—Enfadados, todos solemos exagerar.

—Mi madre es de las que creen que el dinero en exceso sólo trae problemas y vicios.

—No va desencaminada, podría contarte casos que le dan la razón.

Daniela le cogió la mano para que entendiera su postura.

—Sólo voy a tomarme un año de relax, me gusta mi trabajo, pero tengo ganas de dedicarme a mí misma durante un tiempo. De hacer esas cosas que me encantan y para las que nunca he tenido tiempo.

Cada vez que pensaba en los días que había ido a trabajar sin dormir por culpa de una noche en vela traduciendo un prospecto médico del inglés al italiano con los cinco sentidos puestos para evitar el mínimo error... Necesitaba un descanso para matricularse en un curso de cocina, ir a clases de pilates, leer y muchísimas cosas más, todas ellas ociosas y gratificantes. Así se lo dijo a Rocco y él comprendió sus ganas de libertad.

—Y eres muy afortunada de poder permitirte. Yo te entiendo y te apoyo —la animó, dándole un pellizquito en la mejilla.

Daniela estaba contenta como no lo había estado desde hacía mucho. Rocco era el primer hombre que expresaba su opinión sin imponerle su criterio ni agobiarla con argumentos para que cambiara de parecer.

El camarero llegó con las dos copas de *shakerato*. Rocco y él intercambiaron unas palabras en napolitano. Daniela entendió que el hombre le daba dos veces las gracias por el dinero de más que le había pagado.

—No olvides apuntarlo en la pizarra —agregó ya en italiano, como deferencia hacia Daniela, que no entendía bien el dialecto.

—¡Ay, no me digas que le has pagado un café!

—Si uno puede, siempre debe dejar el importe de un *caffè sospeso*. Para los que tienen menos suerte.

Daniela conocía esa bonita costumbre napolitana, de la que su padre le había hablado tantas veces, de dejar un café pagado para cualquiera que llegara que no tuviera dinero. Algunos sin techo se acercaban a los bares preguntando si había algún *sospeso*, que se apuntaban en una pizarra para dejar constancia. Rogó porque esa generosa tradición no se perdiera nunca.

—Me has recordado a mi padre —afirmó sonriente.

Rocco le acarició la mejilla.

—Y me alegro, porque este *sospeso* te ha devuelto la sonrisa. Así te quiero siempre, Daniela.

Le chocó que sonriera él también, tan contento.

—¿Por qué?

—Porque me gusta.

Le puso la mano en la nuca y la atrajo para besarla con ganas. Todavía no estaba preparado para decirle que su sonrisa le había devuelto las ganas de vivir.

* * *

A veces ocurre que una llamada tiene el poder de alegrarnos el día. Y otras, en cambio, sin ser portadoras de malas noticias, con un simple tono y la certeza de quien está al otro lado de la línea, acaban con el buen humor.

Eso fue lo que ocurrió cuando Rocco y Daniela caminaban por vía Toledo hacia el aparcamiento donde él había dejado su coche. Fue sacar el móvil del bolso, leer en la pantalla el nombre de Alejandro y sentir que un regusto a bilis reemplazaba el dulzor del café *shakerato* que aún tenía en el paladar.

Sin darse cuenta, Daniela murmuró en español unas cuantas palabrotas dirigidas a su ex y su maldita insistencia. De todas ellas, Rocco sólo entendió una: *Alejandro*. Y oír el nombre de otro en boca de Daniela le cambió el semblante.

—¿Éste cuál es? ¿El que te quiere demasiado o el que te quiere poco y mal?

Ella se quedó mirándolo boquiabierta. Pulsó el botón de finalizar llamada para que el móvil dejara de sonar de una vez y se enfrentó a Rocco.

—Y ¿a ti qué te importa?

Respuesta que a él acabó de soliviantarlo.

—Por supuesto que me importa. No me gustan las mujeres que besan a un hombre mientras tienen a otro en la recámara. Ya he pasado por eso, te lo conté. Y no estoy dispuesto a repetir.

Daniela no entendía aquel absurdo ataque de celos. Sin motivo. Por culpa de una llamada que no había contestado y que malditas ganas tenía de responder.

—No me gusta el doble juego, si es eso lo que sugieres. Ya te expliqué lo mal que lo pasé por culpa del que fue mi novio y lo mal que sigue haciéndomelo pasar al empeñarse en no dejarme en paz —aclaró, mostrándole el móvil—. No debería haberte contado nada —murmuró, bajando la vista.

Se acercó al bordillo de la acera y levantó la mano. Cuando Rocco quiso reaccionar, ella ya cerraba la puerta del taxi.

* * *

Daniela dio gracias porque el taxista sólo conociera del idioma español las veinte palabras típicas para comunicarse con los turistas. Y, además, el hombre fue discreto. Condujo a la suya mientras ella, en el asiento trasero, mantenía vía telefónica una bronca monumental con el pesado de Alejandro.

—¡Que me dejes en paz de una vez! —vociferó indignada—. ¡Te lo he dicho un millón de veces! ¡Que borres mi número de tu agenda y que me des por muerta, joder!

Meses atrás ya se había visto obligada a cambiar de número para evitar su asedio, con los quebraderos de cabeza que ese cambio le había supuesto. Y un día lloró de rabia al descubrir que él había averiguado su nuevo número y otra vez debía aguantar sus esporádicas llamadas, con las que no le dejaba olvidar su existencia.

—Deja de gritar como una histérica. —Daniela tembló de rabia. Alejandro era especialista en humillarla con frases como aquélla—. No estoy sordo. Ya sé que estás en Italia.

—¿Cómo te has enterado?

—Aquí todo se sabe.

—Tú lo sabes todo, quieres decir —le espetó—. Pues olvídate de mí, porque yo no quiero volver a saber de ti, ¿te ha quedado claro?! —le gritó, antes de colgar.

Sostuvo el teléfono con manos temblorosas mientras pensaba quién podría haberle contado lo de su viaje. En la academia, nadie. Ya había advertido de que no dieran información personal sobre ella, y José Luis, que conocía la historia por haber vivido su ruptura y la anulación de la boda, en eso era muy cuidadoso. Su madre tampoco se lo había dicho. Y al resto de los amigos no les había revelado su destino vacacional para evitar precisamente llamadas como aquélla. Sólo otra persona sabía que se encontraba en Nápoles. Marcó el número de Pedro Soler con la esperanza de oír que no había sido él. No hubo suerte, pues él mismo le confirmó lo contrario y que había ocurrido porque se fue de la lengua sin querer.

—Haz el favor de no recriminarme más, Daniela. Justo eso es lo que necesitas, enfrentarte a él de una vez y quitártelo de encima para siempre. Y, lo creas o no, te he hecho un favor. Supongo que no volverá a molestarte, y es mucho mejor hablar claro a distancia que tener que decirle las verdades a menos de un metro.

—Pero ¿se puede saber por qué te metes tú en esto?

—Porque te aprecio más de lo que crees.

Daniela se mordió los labios. No necesitaba que la apreciara tanto ni que la defendiera como un caballero medieval a su dama. Se bastaba sola. Para no acabar de mal humor, le preguntó cómo iban las cosas por Valencia. Y esa charla de amigos consiguió aplacarle los ánimos.

—Vuelve pronto, aquí te echamos de menos. Yo más que el resto del mundo —añadió Pedro, a modo de despedida.

Daniela se despidió también y cortó la llamada con una irritante sensación de impotencia. Ya estaban cerca de la casa Barone. Vio que pasaban por delante de la comisaría de policía del Vomero.

—¡Es que no quiero que me echés de menos, jolines! —exclamó, ya harta.

El taxista la miró a través del espejo retrovisor, creyendo que hablaba con él.

Capítulo 16

La niña robada

Después de comer, y sin nada mejor que hacer, Daniela fue a la sala a matar el rato viendo un culebrón. Nicoletta también lo hizo; solía relajarse viendo la tele a la hora del café.

Rosalía entró cargada con una bandeja en la que portaba un servicio doble y la cafetera. Nicoletta le indicó que ella misma serviría las tazas. Daniela lo quiso con un poco de leche y así se lo sirvió.

En cuanto sonó la musiquilla de todos los días, Nicoletta se quedó absorta ante la televisión mientras Daniela removía el azúcar sin dejar de pensar. No era la primera vez que repetían idéntica ceremonia, las dos solas. Había una diferencia entre lo mal que se llevaban cuando llegó y la naturalidad cotidiana que ahora reinaba entre ellas. Pensó que su tía se había acostumbrado a su presencia en la casa y que la aceptaba, sin más.

Fue quizá la ausencia de desencuentros la que la animó a preguntarle. Pero no lo hizo hasta la pausa publicitaria.

—Quería preguntarte una cosa.

—¿Sí?

—¿Te suena el nombre de Maruzzella?

Nicoletta entornó los ojos, haciendo memoria.

—La única Maruzzella que conozco es la costurera de mi madre. Pero hace años que perdimos el contacto.

Daniela se enderezó en el sofá, movida por la curiosidad. Un nuevo dato que asociaba el nombre de Maruzzella a aquella familia.

—Y ¿dices que hace mucho que no la ves?

—Un montón de años; dejó de venir cuando yo tenía ocho, más o menos.

—¿Qué edad podría tener ahora?

—Dieciocho o veinte más que yo, calculo. Alrededor de setenta y cuatro debe de tener ahora, si es que vive todavía.

»Empezó a venir a coser dos años después de morir mi padre. Recuerdo que tu abuela se encaprichó de un vestido que ella llevaba de cuadritos blancos y negros —rememoró. Daniela abrió unos ojos como platos con la mención del vestido de cuadros—. Y se empeñó en que le cosiera uno igual, como primera prenda de alivio de luto. Tanto le gustó que se quedó durante unos años, hasta que un día se despidió porque iba a casarse.

—Y ¿no has vuelto a saber de ella?

—Creo que se marchó a vivir a un pueblo cerca de Caserta, pero no estoy muy

segura. No volvimos a verla y lo he lamentado durante años. Le tenía mucho cariño y ella a mí. También nos cosía la ropa a tu padre y a mí, y los uniformes de las muchachas, además de la ropa blanca. Y, con los retales, hacía vestidos a mis muñecas. La mayoría de las que hay en la habitación donde duermes las vistió ella.

Nicoletta se levantó y se alisó la falda. Por primera vez parecía haber perdido el interés por el serial de mediodía que tanto la entretenía.

—No me has dicho por qué quieres saberlo —inquirió, mirando a Daniela—. ¿Conoces a alguien con ese nombre?

La pilló desprevenida y optó por mentir.

—Lo leí en una esquila pegada en una fachada y me llamó la atención; no lo había oído nunca.

Nicoletta seguía pensativa y ajena a su improvisada y falsa explicación.

—Sea como sea, me la has traído a la memoria. Muchas veces me pregunto qué habrá sido de Maruzzella. Era tan buena conmigo —rememoró—. No ha habido nadie que me tratara con más cariño que ella.

Salió de la sala y Daniela, ya a solas, empezó a mover las piezas para ver si lograba componer su puzle mental. Maruzzella no podía ser la niña robada. La fotografía del quiosco sagrado lo confirmaba, y la edad que Nicoletta suponía, de tratarse de la misma chica, confirmaba sus sospechas. Y el vestido de cuadros... Acababa de averiguar que la mujer que sostenía el bebé podía ser la abuela Costanza y también la costurera, puesto que había copiado su vestido y ambas vistieron modelos idénticos. Y aquella niña, ¿se llamaba Amada? Entonces, la mujer del vestido de cuadros debía de ser Maruzzella, puesto que su nombre figuraba escrito en el dorso.

El enredo que tenía en la cabeza era cada vez mayor, pero algo le decía que poco a poco estaba más cerca de desentrañarlo.

* * *

Daniela no dejaba de cavilar acerca del nuevo dato que había obtenido durante su conversación con Nicoletta. Y quería comentarlo con Rocco, pero aún seguían enfadados. El caso era que la información que disponía sobre las dichas fotos y la historia de aquel hombre le suponía un dolor de cabeza. A veces creía ver la luz, y otras pensaba que Rocco tenía razón al decir que no eran más que casualidades y suposiciones fruto de su imaginación desatada.

Además, en ese momento estaba más preocupada por el malestar entre Rocco y ella. Habían discutido por una idiotez, pero la sublevaban esos arranques de machito posesivo. Ya había probado esa medicina una vez y recordaba su gusto repugnante.

Se dio dos pasadas de cepillo para arreglarse un poco el pelo antes de ir a comentarle a su tía su intención de cenar esa noche en casa con Luca y con ella.

Bajaba la escalera cuando descubrió a Rocco en el vestíbulo. Él levantó la vista del móvil al oír sus pasos y, por el modo en que la miró, a Daniela no le hizo falta preguntar a quién estaba esperando.

—¿Te quedas a cenar?

—No era ésa mi idea. He venido a pedirte disculpas.

—Pues ya lo has hecho.

Rocco esperó a que acabara de bajar y, una vez que la tuvo frente a él, le rodeó la cintura con las manos. Ella hizo amago de soltarse, pero él le suplicó con los ojos que no lo hiciera.

—Quiero hacer las paces, Daniela. He sido injusto contigo y no me gusta tener que reconocerlo.

—Me molestó mucho que me juzgaras por tu cuenta y sin motivo.

—Lo sé. Tú me escuchaste sin juzgarme y yo te lo he agradecido comportándome como un gilipollas.

—Invítame a una *pizza* y asunto olvidado.

Rocco sonrió por fin y la atrajo para agradecersele con un beso largo y concienzudo. Daniela echó la cabeza atrás para respirar y le besó la mejilla.

—Acompáñame a decírselo a Nicoletta. Ya sabes lo poco que le gusta que salgamos sin avisar de que no nos quedamos a cenar.

—No creo que todavía haya asumido el hecho de verme contigo.

—Se acostumbrará.

Daniela se cogió de su brazo y caminaron por el pasillo. A esas horas Nicoletta debía de andar por la cocina.

—¿Adónde piensas llevarme?

—A la plaza Garibaldi; allí se puede aparcar bien, o medio bien.

—¿Puedo pedirme la *pizza* Maradona?

—Puedes pedir lo que quieras.

—Me encanta con *mozzarella* y ricota —dijo, relamiéndose de pura anticipación.

—No es muy ortodoxa, pero está buena.

—Si no puedo con ella, ¿me ayudarás?

—Te ayudaré. Pero no sé por qué finges conmigo, cuando ambos sabemos que vas a devorarla entera y, después, te comerás también un trozo de la mía.

Daniela se echó a reír y él le palmeó el culo.

* * *

Después de una cena sin postre, porque ya no les cabía un bocado más, y tras saborear el chupito de *limoncello* antes de tomar en una terraza el último café del día, Daniela sugirió dar un paseo para hacer la digestión. Rocco accedió, aunque era otro tipo de ejercicio el que tenía en mente, puesto que el paseo lo dieron en coche.

Condujo hasta lo alto del barrio español y estacionó junto a un pretil en una replaceta solitaria y discreta. Un minuto después, se devoraban el uno al otro en el asiento trasero. Cualquiera habría dicho que en la pizzería no les habían dado de comer. Mientras se besaban sin tregua, sus manos luchaban. Las de Rocco, abriéndose camino por debajo de la falda, y ella, apartándoselas para frenar su avance.

—No, no... No toques, que me da vergüenza.

—Venga ya.

—Que no llevo las bragas de los kikis —protestó.

—¿Qué son *kikis*?

Daniela ronroneó de gusto. Rocco tenía unas manos muy hábiles.

—Pregúntamelo dentro de un rato y te diré: «Esto es un *kiki*».

—¿Un *kiki* es sexo?

—Mmm..., sí.

—El otro día no llevabas bragas, ibas preparada —jadeó él—. Daniela, cómo me pones...

—Me las quité porque llevaba las de ir por casa.

Rocco no podía creer que en semejante estado de excitación se entretuvieran hablando de eso.

—¿Esto qué es? ¿Un cursillo de modelos de bragas? Cuéntame cómo eran.

—Las de la goma floja y las costuras raídas.

Rocco se rió, mordisqueándole el cuello.

—Y estas que no quieres que te quite ahora mismo, ¿cuáles son?

—Las feas y cómodas de algodón.

Daniela levantó un hombro para dejar caer el tirante del vestido y él aceptó la invitación, metiendo la mano libre en su escote. Le besó el pecho y lo lamió con fruición hasta endurecerle el pezón. Después se entretuvo con el otro. Entretanto, palpaba su trasero, comprobando que aquellas bragas cómodas tenían casi un palmo de altura. Un exceso de tela para compensar su ausencia la pasada noche loca.

—Que no, Rocco, que yo me las quito.

Él la dejó hacer. Los cristales empezaban a empañarse y en el interior del coche hacía un calor agobiante. Mientras Daniela se contorsionaba, bajó la ventanilla de la derecha que daba al pretil sobre la calle de abajo. La única por la que era imposible que los molestara nadie.

—Si no te gustan, ¿por qué te las pones? —cuestionó él, lamiéndole el escote hasta el cuello.

—Porque me las regaló mi yaya.

Él se sacudió de risa, con la frente sobre su clavícula. Dios, ¿qué conversación absurda era aquélla? Estaba claro que Tiziano Ferro nunca los elegiría como protagonistas de una de sus canciones. Y se lo imaginó con su voz cascada: «Bella mía, las bragas de tu yaya...». Rocco descubrió que era posible tenerla dura como

una piedra y descojonarse a la vez.

—Así que en España las abuelas también regalan bragas, calcetines y calzoncillos por los cumpleaños.

—Sí, siempre. Media docena. Ay, ¡qué difícil...!

Le era imposible quitárselas en aquel espacio tan reducido. Rocco se cansó de esperar.

—Déjame a mí.

—Pero cierra los ojos.

—Sin mirar —aceptó con paciencia.

Fue visto y no visto; se las quitó de un tirón y, cuando rebasó la frontera de los tobillos, las lanzó por la ventanilla.

—Hala, que tu abuela te compre otras y que sean de Intimissimi.

—Mira cuánto sabes. Tú también babeas con los anuncios de las vallas publicitarias, ¿eh?

—Como todos.

De pronto se oyó un vocerío procedente de la calleja de abajo. Daniela no entendía mucho el napolitano, pero las palabras *stronzo* y *vaffanculo* captadas al vuelo le bastaron para adivinar que su ropa interior había caído encima de alguien que pasaba por allí.

—Ay como suban...

—No creo, se alejan.

Acto seguido se oyeron risas y voces juveniles con mucho cachondeo. Rocco no dejaba de besarla, pero Daniela lo apartó un momento con ambas manos.

—¿Han dicho «Wallapop»?

—Espero que no.

—Ay, Dios mío, ¡que las van a vender!

—Mala suerte. Yo no voy a bajar a quitárselas.

Odiaba la idea, pero estaba demasiado a gusto allí con ella y demasiado excitado. Prefirió no pensar que las bragas de Daniela pudieran acabar siendo objeto de las fantasías onanistas de algún vicioso o terminar en el creciente negocio de bragas usadas en internet.

Ella le desabrochó el cinturón y lo acarició con la mano abierta antes de abrir la bragueta y liberar su miembro. Dio un par de cabeceos enérgicos para apartarse el pelo de la cara y lo miró a los ojos. No necesitaban hablar, la comunicación visual era deseo y era morbo. Daniela se balanceó con malicia, haciendo resbalar su glande arriba y abajo con lentitud sobre su sexo mojado. Rocco cerró los ojos y echó la cabeza atrás cuando ella lo dejó franquear sólo un poco la barrera del placer absoluto. Cada vez un poco más, cada centímetro un jadeo. Después de unos instantes que parecieron eternos, ya la había penetrado. Daniela continuó moviéndose y él se dejó hacer. Siguió y siguió, controlando la situación. Él le agarró el culo con ambas manos y elevó las caderas, clavándose hasta el límite.

—Daniela... —gimió.

Ella exhalaba quejidos de placer mientras la hacía botar sobre su regazo, hasta que se dejó llevar por el orgasmo. Cuando comenzó a contraerse con un ritmo enloquecedor, Rocco la apretó con ambos brazos, murmurando algo ininteligible y temblando al tiempo que se derramaba entre dulces espasmos. Se dejó caer sobre el respaldo y la atrajo en su abrazo. Daniela le besó el cuello, la oreja y la sien. Los cristales estaban tan empañados que el habitáculo parecía un baño turco.

—Una parte de ti y de mí se ha evaporado —susurró quejumbroso—. Necesito un mojito con urgencia. O una copa con mucho hielo.

A Daniela se le hizo la boca agua, muerta como estaba de sed. Pero le daba pereza separarse, estaba demasiado a gusto encima de Rocco y abrazada a él.

—¿Y después? —preguntó mimosa.

—Después yo querré más de ti y tú de mí. La noche es larga y toda nuestra, cariño.

Capítulo 17

Capri, la isla de un mal recuerdo

Al día siguiente, Rocco quiso darle una sorpresa y lo consiguió preparándole una cena para dos. La pasta con calabacines y queso pecorino le había salido deliciosa.

—¿Te enseñó tu madre a cocinar así de bien?

—Sí.

—¿Tu familia vive aquí, en Nápoles?

—Sí y no —respondió Rocco, llenándole el plato por segunda vez. Y le agradó que no protestara por la línea y ese tipo de asuntos banales que marchitan el entusiasmo a cualquier cocinero—. Viven en Capri. Somos de allí, ése es mi lugar, el mejor del mundo y al que pertenezco.

—No lo imaginaba.

—Mi padre es capitán de la marina mercante.

—¡Por eso te sorprendió tanto la corbata!

—Me quedé sin habla al ver los timones, no pudiste elegir mejor.

—Me alegro de haber acertado.

—Ahora ya sabes que yo también soy un apasionado del mar —reconoció, contento de verla contenta a ella—. Mi padre trabaja llevando y trayendo gente de una orilla a otra durante toda su jornada laboral. Y mi madre reparte el correo en Vespa, cuesta arriba y cuesta abajo, hasta la hora del almuerzo. Por las tardes se dedica a leer, a tomar el sol, a pasear, a las tareas de la casa y, mientras espera a que mi padre llegue del trabajo, se entretiene discutiendo con mi hermana pequeña para que ordene de una vez esa pocilga desastrosa a la que ella llama *habitación*.

Daniela sonrió al oír aquello, con lo ordenado y meticuloso que era él. Había dejado los cubiertos y lo escuchaba con la mejilla apoyada en la palma de la mano. Todo era nuevo para ella: su cariño por Capri y los insospechados oficios de sus padres. Así que Rocco era hijo de un capitán de la marina mercante y una carterera. Desconocía también que tuviera hermanos, puesto que hasta ese momento nunca le había hablado de ellos.

—¿Sois sólo tú y tu hermana?

—Somos cuatro. Sandra, la mayor, trabaja para el ayuntamiento; antes dirigía la oficina de turismo, hasta que pidió la excedencia porque trasladaron a Aldo a Roma —continuó explicándole—. Aldo es mi cuñado, que es militar. Ella y los niños, como es lógico, se mudaron allí. Luego voy yo, después Renzo, que es químico y trabaja en Alemania para una multinacional, y Russella, que estudia primero de Derecho y es la única que vive todavía en casa.

—Has sido su modelo a seguir.

Rocco sonrió con modestia.

—Un poco, supongo.

—Te envidio, ¿sabes? Yo soy hija única.

—Te gustarían. Y tú a ellos, estoy seguro.

—Me encantaría conocerlos, algún día tal vez. Aunque no guardo buenos recuerdos de Capri.

Él frunció el ceño.

—No sabía que hubieras estado allí.

—Sólo una vez, cuando tenía ocho años.

Rocco notó que aquéllos no eran recuerdos agradables para Daniela y la invitó a continuar con la pasta antes de que se enfriara. Ella comió de buena gana, saboreando cada bocado, pero sintió la necesidad de contarle aquel desagradable episodio de su niñez.

—Mi padre nos trajo hasta Nápoles a mamá y a mí. Era la primera vez que ella y yo montábamos en avión, figúrate. El pobre vino lleno de ilusión y ganas de hacer las paces, para que conociéramos a su familia. Pero mi abuela no nos dejó pasar de la puerta.

—Así era doña Costanza —reconoció él a su pesar.

—Se negó a conocerme, ya lo sabes. Siendo su nieta, sangre de su sangre.

—Peor para ella —dijo Rocco, acariciándole la mejilla—. Porque se perdió algo muy bueno.

Daniela encogió un hombro. En vista de que había acabado los tallarines, él la cogió de la mano y la hizo levantarse para que se sentara en su regazo. Ella así lo hizo y le rodeó el cuello con los brazos.

—Mi padre se llevó la mayor decepción de su vida. Cuando nos marchamos de esa casa juró que no volvería nunca la mirada atrás, pero delante de mí disimuló, como es natural. Hizo cuanto pudo para que el rechazo insultante de mi abuela no nos amargara el viaje; entonces costaba mucho más dinero que ahora viajar al extranjero.

—Y os llevó de turismo.

—Sí, mi madre lo animó para que nos enseñara Nápoles y los alrededores. Fuimos a Pompeya, subimos al Vesubio y casi nos morimos de calor. Y también nos llevó a Capri. Pero no fue un viaje alegre para mí. Mis padres no se enteraron de lo que me pasó en el barco, pero yo no lo he olvidado a pesar de que han transcurrido veinte años.

—¿Qué te ocurrió en el ferri que tan mal recuerdo te dejó?

—Mi madre insistió en ir en cubierta para admirar el paisaje. He de reconocer que era bonito, aunque a esa edad me cansé enseguida de ver agua y más agua. Me senté mientras papá y ella iban de un lado a otro de la cubierta —le relató con una sonrisa tímida; le daba un poco de vergüenza reconocer ante él su episodio secreto de frustración infantil—. Enfrente de mí iba sentado un niño que no dejaba de mirarme enfadado.

—¿Un niño? —preguntó Rocco.

Inmersa en su relato, Daniela no fue consciente de su gesto de sorpresa.

—Sí, un crío moreno y más bajito que yo. Muy napolitano —bromeó—. No me quitaba de encima sus ojos de rencor, como si yo fuera la culpable de todos sus males. Yo llevaba en la mano mi Barbie preferida. Tenía varias muñecas iguales, pero aquélla iba con un vestido rojo y me gustaba mucho, por eso la llevé conmigo a aquel viaje.

—Sigue —rogó, removiendo la pasta de su plato para evitar que Daniela le viera los ojos.

—De pronto, aquel niño se levantó, vino hacia mí y le arrancó la cabeza a mi muñeca. Y, sin dejar de mirarme con aquellos ojos crueles, la lanzó por la borda. Luego se fue tan tranquilo y me dejó allí con mi muñeca decapitada. No creas que lloré ni que fui corriendo detrás de él. Y tampoco dije nada a mis padres, que, admirando la costa de Capri, no se enteraron de nada —confesó, con una sonrisa de aceptación—. Así que me levanté, fui hasta la barandilla y tiré al mar mi Barbie María Antonieta, gracias a aquel niño estúpido que me fastidió la travesía.

—Es la primera vez que hablas de ello, ¿verdad?

Daniela asintió.

—Tú eres la única persona que lo sabe. A mis padres les conté que se me había caído al agua sin querer y, cuando regresamos esa tarde a Nápoles, papá me compró otra, vestida de Benetton. Salí ganando.

—Ese crío se merecía una patada tuya en la espinilla o más arriba, que duele el doble —aseveró, acariciándole la mejilla.

—Lo he superado —aseguró ella con una sonrisa divertida al verlo tan preocupado.

Pero Rocco le cogió la cara entre las manos y la besó en los labios, todavía sin poder creerlo. La invitó a apoyar la cabeza en su pecho.

—Después de todos estos años... —murmuró sobre su pelo.

—¿Qué dices?

Rocco apretó la boca para evitar pronunciar más palabras al tuntún.

—Nada —dijo finalmente—. Que mañana nos vamos a Capri.

Daniela levantó la cabeza y lo miró extrañada.

—¿Así, de repente?

—Que yo sepa, no tienes nada más importante que hacer.

—Pero tú sí —objetó—. Tienes que trabajar.

—Puedo arreglarlo. Así que no me digas que no y prepara un equipaje de fin de semana —insistió—. Me niego a que conserves un mal recuerdo de mi isla.

* * *

Rocco la observó caminar hacia él. Con aquel vestido blanco, con un bordado floral en rojo y verde en el lado derecho que se curvaba en un quiebro seductor a la altura de la cadera, Daniela estaba más que bonita, espectacular. Viéndola cimbrarse sobre las rojas sandalias de cuña alta, deseó que se diera la vuelta. Y su deseo se vio cumplido. Ella giró para echarse a un lado la melena desordenada por un golpe de viento juguetón, y él disfrutó de su deliciosa visión trasera. Estaba guapa de cualquier manera, la ropa era lo de menos. Respondió a su saludo, mano en alto, pensando que la esencia de la belleza de Daniela residía en la alegría que transmitía al sonreír.

—Podría haber subido a recogerte —dijo, recibéndola con un beso.

—No hacía falta, ya lo sabes —alegó ella, exigiéndole otro más—. Donato se ha ofrecido a traerme encantado.

Así mismo se lo había dicho por teléfono media hora antes, cuando habían quedado en encontrarse en la estación marítima, detrás del Castel Nuovo. Rocco había planeado pasar el fin de semana en la casa de sus padres. Con gentileza, le cogió la bolsa de viaje y se la cargó en el mismo hombro que llevaba una mochila pequeña. Le señaló el mar. El ferri que debía llevarlos a Capri ya se aproximaba al muelle.

—No te sentirás incómoda por tener que conocer a mi familia y todo eso, ¿verdad?

Daniela lo tranquilizó con una sonrisa.

—En absoluto. Al contrario, han sido muy amables invitándome a su casa.

Rocco se lo agradeció con un guiño cómplice.

—Mejor, porque al primero que vas a conocer es a mi padre —informó, señalándole el barco, que viraba para efectuar la maniobra de atraque.

—¿Viene a recogernos?

—Más o menos. Ya te dije que trabaja para la compañía de ferris, y en este momento está al timón de ése de ahí.

Daniela miró sorprendida hacia el puente de mando. Con la camisa del uniforme arremangada, el capitán Santoro realizaba unos movimientos que a ella le parecían terriblemente complicados con la soltura de quien lo ha hecho millones de veces.

A Rocco no le pasó desapercibido su gesto de admiración.

—Para él es tan sencillo como aparcar una bicicleta —le explicó.

La cogió por los hombros, invitándola a subir por la pasarela que la tripulación ya había afianzado a la popa.

Obviamente, no pagaron los billetes, ventajas de ser hijo de un empleado de la compañía. Y un detalle extra fue también el recibimiento por parte del capitán en cuanto pusieron un pie en cubierta, una excepción que no solía hacer cuando era su hijo el pasajero, según él mismo le explicó a Daniela, porque ya lo tenía muy visto. Sin embargo, esa ocasión era especial porque iba con ella, agregó con la seductora cortesía de un auténtico caballero del sur.

A Daniela le cayó fenomenal Lucio Santoro. Mientras observaba aquella

expresión sonriente que embellecía su rostro curtido por el sol y el salitre, pensó en el gran parecido que Rocco guardaba con su padre. Sin duda, con el paso de los años él también sería tan atractivo como el hombre que tenía delante.

La charla duró sólo unos minutos, ya que el capitán se excusó con ellos porque debía regresar a su puesto. Se despidió dándoles una palmadita en la espalda, y Rocco llevó a Daniela a proa para que disfrutara de las vistas durante la travesía.

—¿Te mareas?

—No —dijo ella, pegándose a su cuerpo.

—Me alegro, porque así podré llevarte conmigo en la barca.

—¿Tú también navegas?

Rocco la cogió por la cintura y sonrió como si la respuesta fuera algo obvio. Señaló con la cabeza hacia el horizonte.

—Nací en esa isla de ahí enfrente; ¿tú qué crees?

Ella le dio unos golpecitos en el pecho con el dedo índice.

—Cuántas habilidades.

—Tú también eres una chica de mar.

—De playa —corrigió—. El mar me impone demasiado respeto.

—Haces bien teniéndoselo —convino él—. Pero, por una vez, ¿te gustaría pilotar el ferri?

—¿Qué dices?! Además de que es ilegal, no tengo ni idea; no nos lo permitirían en la vida.

—Va contra las normas, pero sí nos van a dejar hacerlo durante un par de minutos. Recuerda quién es el capitán. Vamos, atrévete. Mi padre estará contento de poder fumarse un cigarro tranquilo.

Tampoco era nada raro en una ciudad donde las normas estaban para saltárselas. Allí nadie pagaba el billete del autobús, todos se colaban en el funicular, lo habitual era ver a tres personas montadas en una moto...

—Aquí no se puede fumar —replicó.

—Eso díselo a él —contestó Rocco, cargándose al hombro el escaso equipaje de ambos.

Daniela se cogió de su mano y se apartó el pelo de la cara, movido por el viento. Una vez en el puente de mando, oyó bromear a padre e hijo en napolitano, pero captó el rumbo de la charla: se trataba de hacerse el chulito delante de una chica.

—Dos minutos —les indicó Lucio, mostrando el índice y el corazón ante los ojos de ambos.

Tampoco era cuestión de tenérselas que ver con la guardia costera por un capricho.

Rocco ocupó su puesto mientras su padre dejaba al segundo de a bordo vigilante y aprovechaba para ir al baño. Daniela sintió que la atraía por la cintura. Se colocó al mando, con él pegado a su espalda y agarrado al timón.

—¿Qué se siente?

—Vértigo y miedo.

—Tranquila, que tengo el título de patrón de yate. De lo contrario, la respuesta de mi padre habría sido un no rotundo —le explicó.

—Título que no sirve para un barco como éste —repuso ella.

Rocco la miró brevemente, extrañado de que supiera que su título nada más lo acreditaba para ir al timón de embarcaciones de recreo, no mercantes.

—Tuve un jefe marinerero —aclaró Daniela.

—Sé navegar, por eso lo he dicho —matizó él para su tranquilidad—. Además, de pequeño mi padre hacía conmigo esto que hoy hago yo contigo, cuando me portaba bien. Y ni él ni yo pretendemos correr riesgos. Yo se lo he pedido y él nos ha dejado el barco, sólo un minuto y en una zona libre de peligro, hoy que está el mar en calma.

—Si tú dices que no hay peligro de embarrancar... —aceptó dudosa.

Oyó a Roco reír a su espalda.

—Para tu tranquilidad, esta pantallita de la derecha es el GPS, que nos va avisando de la posición para evitar los escollos. Mira, ¿ves cómo no hay ninguno?

Daniela no miró la pantalla, sino al primer oficial, que, en lugar de vigilarlos, como le habían encomendado, se hallaba absorto tecleando en su teléfono móvil. Menudo guardián. Giró el rostro y alzó la mirada hacia Rocco. Aquella postura le recordaba a una noche compartida muy erótica, y la mirada ardiente de él le dijo que los dos estaban pensando lo mismo.

Rocco inclinó la cabeza y le dio un beso en el cuello.

—Sorpréndeme: ¿qué modelo de bragas llevas hoy? —le susurró al oído mientras rozaba con disimulo la bragueta contra sus nalgas—. ¿O no llevas?

—Color carne y sin costuras, que no marcan ni transparentan. Y encima la faja de Beyoncé, que me costó un dineral.

Los susurros de Rocco dieron paso a una risilla canallesca.

—Dime que no es cierto lo de la faja, porque como sea verdad me voy a descojonar de risa de un momento a otro y vamos a acabar escorando el ferri.

—Con un vestido ajustado como éste, siempre la llevo, para que me esculpa el cuerpo. Aunque te rías de mí, ya sabes mi secreto.

Aprovechando que el oficial seguía a la suya, Rocco le dio un breve e intenso mordisco en el cuello.

—Tu cuerpo está divinamente esculpido. Pero cambiemos de tema, que tenerte así de cerca me enciende; me provocas con faja y todo. —Lo intentó, pero no pudo evitar que se le escapara una risilla cachonda—. Y no es momento. Vamos a aprovechar, apenas nos quedan diez segundos —aconsejó. Daniela también oía la voz de Lucio Santoro subiendo la escalera—. Cógete a mis manos y tendrás la sensación de estar pilotando tú.

Ella así lo hizo. Y, en ese momento, con sus manos aferradas a las de Rocco, y en silencio, supo que aquél era el lugar adecuado. Era más que un contacto piel con piel, era conexión, complicidad, entendimiento... Era perfecto. Por primera vez en su vida

sintió que había encontrado ese sitio especial en el mundo en el que de verdad quería estar.

* * *

Por la noche, después de cenar y sin decir nada a nadie, Rocco la llevó de la mano hasta el embarcadero. Había preparado una velada especial, a modo de celebración del regreso de Daniela a la isla.

Y ella sospechaba que su empeño por convertir aquel fin de semana en inolvidable iba a alcanzar su objetivo. Montó con un poco de miedo en la barca hinchable. La asustaba navegar de noche, con el mar convertido en una mancha oscura y brillante como el aceite. Los reflejos de la luna ondulando en la superficie le transmitían una sensación de inestabilidad que la ponía en tensión. Pero Rocco arrancó el motor y, viéndolo maniobrar la barca con soltura, se sintió más segura. Y más cuando él le aseguró que navegar de noche era algo normal, ya que los pescadores de la zona faenaban desde el ocaso hasta el amanecer.

Rodearon la isla pasando por delante de la Marina Grande hasta una calita al pie de los acantilados a la que no se podía acceder salvo por mar. Rocco levantó el motor y remó hasta la orilla.

—Desnúdate —pidió, sin dejar de remar.

—¿Aquí?

—Nadie nos ve. Y, si llegamos con la ropa mojada a casa de mis padres, mañana tendremos que dar un montón de explicaciones o callarnos y aguantar sus bromas.

Ante semejante perspectiva, Daniela optó por quitarse la ropa, que amontonó en un rincón de la barca.

Cuando llegaron cerca de la arena, Rocco se desnudó también y dejó sus prendas sobre las de ella. La observó desnuda a la luz de la luna y le recorrió con el dedo la curvatura de un pecho.

—Qué bonita eres —murmuró.

Se obligó a retirar la mano, porque la barca se movía. Bajó de un salto e indicó a Daniela que hiciera lo mismo. Ella dio un chillido a causa de la impresión, aunque enseguida se aclimató a la temperatura del agua, a esas horas más templada de lo que imaginaba. Rocco le explicó cómo tirar de la maroma y entre los dos arrastraron la embarcación hasta trabarla unos metros tierra adentro. Él cogió entonces una manta de su interior y, con Daniela de la mano, caminó hasta la arena seca. Extendió la manta de una sacudida y se dedicó a ella. Le acarició las caderas mojadas y la atrajo con las dos manos para pegarla a su pelvis. El roce de sus cuerpos desnudos, con la piel fría y mojada, era tan excitante que prometía un disfrute glorioso. La brisa caliente de la noche multiplicaba las sensaciones en contraste con sus zonas erógenas empapadas.

Daniela se aupaba de puntillas y lo besaba en el cuello mientras él le recorría la espalda con las manos. Su boca era ardiente, las caricias que le dedicaba con la lengua le erizaban la piel. La cogió por la barbilla, cubrió sus labios abiertos y sus lenguas se enlazaron con codicia. Rocco le manoseó el culo, abriéndole las piernas. Le lamió la clavícula, los pezones erectos, jugó a cosquillearle con la lengua. Se puso en cuclillas ante ella y le sujetó los muslos para besarla de la manera más íntima que existe. Intensificó la presión al notar que Daniela le cogía la cabeza con las dos manos pidiéndole más y más... Se dejó caer de espaldas cuando las caricias se convirtieron en tirones de pelo y ella cayó sobre él.

Rocco sonrió al ver que jugaba a dominarlo, aferrándole las muñecas contra la manta. Ya estaba duro como una piedra, y ella, sentada encima con las rodillas a cada costado, se percató de ello. Se inclinó para besarlo en la boca y comenzó a mover las caderas despacio adelante y atrás. Él se hallaba concentrado en aquel roce sabio y placentero cuando sintió que Daniela agarraba su erección con la mano y la movía arriba y abajo, deslizado el glande a lo largo de su sexo, negándole con malicia la posibilidad de introducirse de un empujón de caderas en su invitadora calidez.

—Rocco... —gimió.

Él se incorporó sobre los codos y le lamió los senos, atrapándolos en la boca cuanto le era posible. Primero uno, luego el otro, sin tregua, mientras ella seguía contoneando las caderas. Le cogió la cabeza entre las manos y lo obligó a ofrecerle su boca. Y él lo hizo, dejó que lo tumbara de nuevo y le apoyó las manos abiertas en el pecho. Rocco le acarició la cintura y el talle, ella se enderezó y lo acogió por sorpresa, con un súbito descenso que lo hizo cerrar los ojos y abrir la boca necesitado de una bocanada extra de aire.

Con murmullos le pedía más, y ella se mecía sobre él cada vez más rápido. Le apretó los pechos con las manos para hacerle saber que no iba a aguantar mucho. Y ella se movió con una gracia salvaje en busca de su propio placer. El orgasmo de Daniela lo pilló por sorpresa, tan veloz e intensos fueron los espasmos que precipitaron el suyo. Y se derramó con un gemido ahogado que resonó por encima del rumor del agua. La atrajo con delicadeza y la abrazó, escuchando el sonido del mar con la sensación de que ellos dos, como las olas en la orilla, también acababan de morir para volver a nacer.

* * *

Rocco no sabía cuánto rato habían permanecido así, abrazados y quietos. Fue consciente de dónde se hallaba al darse cuenta de que Daniela lloraba en silencio. Se tumbó de lado y la obligó a levantar el rostro. Ella se escondía detrás de un mechón de su melena, que él apartó. Le secó las lágrimas con la mano.

—¿Por qué lloras?

—Porque soy idiota.

Rocco la besó con ternura. No estaba en absoluto de acuerdo con esa afirmación: era una mujer maravillosa, inteligente, divertida y adorable. Cualquier calificativo le servía menos el que ella acababa de adjudicarse.

—Los dos sabemos que no lo eres, cariño.

Volvió a tumbarse de espaldas y usó su brazo doblado a modo de almohada. Daniela se incorporó sobre un codo para verle la cara. Él le apartó el pelo para poder mirarla a los ojos. Necesitaba saber en qué estaba pensando, y su mirada era tan limpia que le permitía intuir sus pensamientos.

—No quería enamorarme de ti —confesó Daniela sin rodeos.

—Porque tu cabeza te decía que no debías.

—Sí. Sé que voy a sufrir, algo me lo dice.

—Ese algo a lo mejor se equivoca —murmuró él.

La entendía: sus dudas, sus recelos..., la verdad era que lo tenían complicado. Daniela se había convencido de que le convenía una relación normal, de las que no dan dolores de cabeza. Y el problema de Daniela era él. Su silencio. En contra de sí misma, ella se había entregado sin reservas. Y ahora le pesaba esa dación a ojos cerrados que no le ofrecía idéntica respuesta. Ella era más atrevida e impaciente, él cauto y reflexivo. Cómo explicarle que no existen dos huellas iguales ni almas gemelas, por mucho que se hable de ellas.

—¿Sabes qué ocurre, Daniela? Que tu corazón corre por esa autopista tan larga y recta que cruza tu tierra por el mismo lugar que la via Augusta —afirmó, acariciándole la cara—. Con esas vistas bellísimas de los campos a un lado y al otro el Mediterráneo. Y resulta que mi corazón viaja por una tortuosa carretera comarcal del sur de Italia.

Ella se secó las lágrimas. Rocco se alegró de oírla reír. Le cogió la mano y la sujetó con la palma abierta sobre el centro de su pecho.

—¿Sientes lo que hay aquí dentro? —musitó. Ella asintió en silencio—. Nunca des por perdido un corazón que late.

Agitando la melena, Daniela inclinó la cabeza y lo besó. Fue un contacto delicado que se convirtió en necesidad. Sin dejar de besarla, Rocco la tumbó de espaldas y la cubrió con su cuerpo para volver a entregarse a la única mujer que merecía poseer también su alma.

Capítulo 18

Aquella conversación que trajo nuevas pistas

Rocco no dio su brazo a torcer.

Antes de seguir con las averiguaciones que tanto le interesaban a Daniela, quería mostrarle otro de los secretos ocultos de la ciudad. Y éste lo era porque estaba bajo tierra. Acordaron que ella lo recogería en su casa y la esperó en el portal para no demorarse, puesto que las catacumbas de San Gennaro cerraban a las seis.

Ya se estaba impacientando cuando la vio doblar la esquina. La repasó con la mirada mientras ella apretaba el paso.

—Llegas media hora tarde.

Daniela se hizo perdonar con un beso muy largo que Rocco detuvo para que el entusiasmo no se les fuera de las manos.

—Es que me he entretenido viendo el Cristo Velato. En esa iglesia tienen un horario de apertura tan limitado que otras veces que he pasado siempre me he encontrado la puerta cerrada.

—Te ha gustado —adivinó, por la cara que ponía.

—Es sublime. La escultura más delicada que he visto en mi vida. Tenía ganas de comprobarlo por mí misma porque vi un reportaje en la tele, en un programa de ocultismo, que barajaba una teoría mágica. Como si no fuera obra de una mano humana.

—El misterio aumenta las visitas —opinó Rocco—. Y ¿has visto el truculento museílllo de anatomía que tienen también?

La iglesia era más famosa por el morbo que despertaban los dos cadáveres aquellos con las venas a la vista que por la estatua del Cristo yacente.

—No, eso no. Me estaba esperando alguien importante y ya llegaba tarde.

Él sonrió y, como premio, la atrajo para besarla otra vez.

A continuación, salieron a la plaza Dante para coger un taxi que los subió hasta la colina de Capodimonte. A Daniela le daba un poco de reparo adentrarse en las catacumbas, que imaginaba como galerías para ratones con sepulcros vacíos a un lado y a otro. En Malta había visitado las de San Pablo, y eran una inmensidad de vericuetos subterráneos en los que debía caminar agachando la cabeza. Pronto descubrió que las de Nápoles no eran así. Según iba explicando una guía en inglés, puesto que se unieron a un grupo de visitantes de esa nacionalidad, habían sido excavadas con altas bóvedas, como basílicas bajo tierra dedicadas al culto.

Rocco se apoyó en la pared y, cuando los demás siguieron a la guía, retuvo a Daniela sujetándole la cintura con las dos manos para rezagarse de los ingleses.

—Nos vamos a perder —advirtió ella temerosa.

—Yo no me pierdo aquí dentro.

Le dio la vuelta y la abrazó en la penumbra. Le exigió un beso y le metió la mano por debajo del borde de la camiseta para acariciarle los pechos por encima del sujetador.

—Éste es un lugar sagrado, Rocco.

—¿Hay algo más sagrado que esto?

La besó, exigiendo idéntica respuesta a su pasión. Y Daniela lo hizo, buscó la suavidad de su lengua con sabias incursiones en su boca, con intenso deseo.

* * *

La guía los despidió a la salida, no sin antes mostrarles la única de las basílicas subterráneas que aún se utilizaba para celebraciones religiosas. A Daniela se le pusieron los pelos de punta al imaginar una boda en aquel lugar. Aunque la mujer aseguró que las catacumbas habían servido como refugio antiaéreo durante la guerra y para otros usos humanitarios no relacionados con la muerte, a ella no dejaba de estremecerla su aura tétrica.

Rocco prefirió bajar atravesando el hospital para descender caminando por el barrio de Sanità. Daniela conoció esa tarde la Nápoles más popular y auténtica, y también la más desconocida. En las estrechas y empinadas calles, aunque no tanto como las del barrio español, se veían pequeñas tiendas en nada parecidas a los elegantes comercios de via Toledo. Ni establecimientos de recuerdos ni franquicias de comida. Las calles estaban más sucias que en otras partes, pero no parecía una zona peligrosa, sino de gente corriente y trabajadora, en la que el tiempo daba la impresión de haberse detenido tres décadas atrás.

—Ahora sólo me falta enseñarte otro tesoro oculto de Nápoles que no puedes marcharte sin ver. El Gabinete Secreto.

Daniela se quedó mirándolo con curiosidad.

—¿Dónde está eso?

—En el Museo Arqueológico Nacional; cuando íbamos en el taxi hemos pasado por delante de él. Además, verás todo lo que no viste en Pompeya y, si te gusta la escultura, con la colección Farnesio tienes para pasarte el día entero.

—No es que me seduzca mucho el plan.

Rocco la miró con ojos sagaces y una sonrisa provocadora.

—Más que seducirte, nos excitaremos viéndola. ¿Visitaste el lupanar en Pompeya?

Ella lo miró con malicia. Recordaba las reveladoras posturas sexuales en las pinturas al fresco sobre cada cubículo que especificaban la especialidad de la prostituta que lo ocupaba.

—Sí.

—Lo que veremos deja en nada los frescos del lupanar. El Gabinete Secreto alberga la colección de objetos eróticos de la Antigüedad más completa que existe, además de muchas esculturas de toda época y procedencia no aptas para ser contempladas por ojos decentes. —Daniela sonrió con picardía—. No te emociones, que allí no haremos nada: está lleno de cámaras.

Se echaron a reír, recordando la en absoluto sacra sesión de caricias y besos lujuriosos de un rato antes.

Hasta que estuvieron sentados en un café ante dos cervezas bien frías, Daniela no le contó las novedades en torno a la misteriosa identidad de la mujer de la fotografía.

—He descubierto un dato nuevo. Existe una adulta con el nombre de Maruzzella, y lo más intrigante del asunto es que esa mujer estuvo trabajando durante años para la abuela Costanza.

—¿Cómo lo has sabido?

—Me lo contó mi tía. Y no lo hizo como si me estuviera revelando ningún secreto; me habló de Maruzzella con tanta naturalidad que me dejó más confundida que antes. Esa chica, porque era joven entonces, acudía a la casa Barone tres veces a la semana. Era la costurera de mi abuela. La que cosía su ropa, además de repasar la de los niños, es decir, la de mi padre y la de Nicoletta. Estuvo trabajando para Costanza hasta que se casó.

Rocco sacó un papel del bolsillo trasero de su pantalón.

—No sé adónde va a llevarnos todo esto, pero yo también he descubierto algo. Y lo que me preocupa es que tenga que ver también con Nicoletta. Es mucha casualidad que sea ella la que te ha hablado de esa Maruzzella, que aún no sabemos si es la misma de la fotografía, porque en la Campania hay miles de mujeres que se llaman así.

—Cuéntame eso que has averiguado —rogó Daniela, picada por la curiosidad.

—¿Recuerdas que me sonaba familiar el nombre de Amada? Desde que lo vi escrito en aquel altar, me sonaba, pero no sabía de qué. Ahora sé que no lo había oído, sino leído.

Rocco puso sobre la mesa una fotocopia de un documento oficial.

—¿Qué es?

—El certificado de mi matrimonio religioso. Lee aquí. —Señaló con el dedo—. «Hija de...» En los papeles oficiales debió de dejar de usar el nombre, o puede que lo omitieran al inscribirla en el registro civil. Pero este certificado lo expidió la Iglesia y en él constan los datos de su partida de bautismo. Nicoletta fue bautizada como Amada Nicoletta Barone.

—Madre mía, esto relaciona a mi familia con los nombres de la fotografía que vimos en la calle. Pero no entiendo qué sentido puede tener. Seguimos sin saber qué niña le quitaron a mi abuela.

—No se la quitaron, Daniela. Si se trata de la misma mujer y del mismo bebé, y no de una coincidencia; esa niña era tu tía. Este papel lo dice, y es un documento

legal.

—Pero, si no es una coincidencia, explícame qué hacía la tal Maruzzella cosiendo para mi abuela. No tiene sentido que le robara un bebé y siguiera yendo a su casa como si nada.

* * *

Rocco plegó la fotocopia y volvió a guardársela en el bolsillo. En ese instante, Daniela le tiró de la manga de la camisa.

—Mira a ese hombre. Es Giuseppe, estoy segura.

—Pero ¿qué dices?

—¡Sí, es Peppe! El mendigo que desapareció del hospital sin dejar rastro. Aún tengo su mochila en el armario.

—Si te refieres a ese que cruza, ya te digo yo que no es un mendigo. ¿Estás segura de que es el mismo hombre que acompañaste al hospital aquella noche?

—Claro que lo estoy. Y él es el único que conoce toda la historia de Maruzzella, que empezó a escribir en esa libreta.

Daniela se levantó para ir detrás de él. Corrió intentando esquivar a la gente, pero el hombre dobló la esquina y le perdió la pista. Rocco la había seguido, llevaba su bolso en la mano.

—¡Mierda! Lo he perdido de vista con tanta gente.

—Daniela, escúchame —pidió, dándole el bolso, que ella se colgó cruzado—. Ese hombre no es ningún mendigo.

—Escritor bohemio o lo que sea —replicó Daniela con frustración.

—Ni lo uno ni lo otro. Lo he reconocido perfectamente: es Peppe Gozzi. Me va a oír si es cierto que él es el culpable de que perdiéramos el tiempo en la sala de espera de urgencias aquella noche.

—¿Lo conoces? Ahora lo recuerdo, ése es el apellido que me dijo cuando estábamos sentados en la puerta del consulado de España.

—Por supuesto que lo conozco, desde hace años. Porque trabaja para mi suegro. Para el padre de Luca, quiero decir, es su hombre de confianza. Es el empleado que le hace los portes, limpia las antigüedades y lleva las piezas a los clientes.

Daniela se apartó el pelo de la cara, demorando las manos en las sienes. Tenía un lío en la cabeza de mil demonios, pero intuía que por fin empezaba a tirar del hilo correcto que deshacía la madeja sin enredarla más con cada tirón.

—Fue Luca quien me envió a la tienda de su padre. Y fue allí donde encontré la fotografía donde aparecía la misma niña del retrato que Peppe guardaba entre las páginas del cuaderno. Y ahora resulta que Peppe trabaja en la tienda de antigüedades. Tantas casualidades no existen, Rocco. Todo esto tiene un porqué y necesito saberlo.

—Vayamos a la tienda de Giovanni, seguramente Peppe estará también allí,

porque ha girado la calle en esa dirección. No entiendo nada.

—Yo tampoco. ¿Me han estado engañando, Rocco?

—Eso parece —coincidió disgustado—. El bueno de Gozzi te debe muchas explicaciones, y voy a asegurarme de que te las dé. Hoy mismo, a ser posible.

* * *

—Rocco, hace mucho que no pasabas por aquí —exclamó Giovanni Colonna con los brazos abiertos cuando cruzaron el umbral de la tienda.

Como él no dio un paso para corresponder al abrazo afectuoso que el anticuario le ofrecía, éste dejó caer las manos a ambos lados del cuerpo.

—Hola, Daniela.

—Hola.

—Ya habrás adivinado que esta vez no entro para saludarte y ver cómo te va la vida, Giovanni —declaró Rocco.

El que fue durante seis años su suegro le sostuvo la mirada con una mueca avergonzada. Le costaba soportar la desconfianza que traslucían los rostros de Rocco y de Daniela.

—Me conoces, Rocco, soy un hombre íntegro y me gustan las verdades a la cara. Debes saber, y sobre todo tú, Daniela, que desde el principio me opuse a este disparate.

Ella contempló las antigüedades que tanto la habían impresionado cuando estaba recién llegada en la ciudad. Qué distinto era su estado de ánimo comparado con el día en que entró en aquella tienda por primera vez.

—Por favor, no culpen a quien no deben.

Los tres miraron hacia el fondo del local. Una mano acababa de correr la cortina granate que cubría la puerta de la trastienda. Daniela contempló el rostro cariacontecido de Peppe Gozzi, el simpático desconocido a quien, sabiéndose víctima de un engaño, ya no miraba con la simpatía de aquella noche, que le parecía ahora muy lejana.

—Yo soy el único responsable —dijo, pidiendo perdón a Daniela con la mirada.

—Ya puedes empezar a explicarte —ordenó Rocco.

Giovanni Colonna lo impidió, alzando la mano entre ambos.

—No lo eres, Peppe. No el único —determinó—. Hay otra persona que tiene tanta culpa como tú de toda esta patraña en la que metisteis a la señorita Barone sin necesidad.

Peppe Gozzi trató de decir algo, pero optó por callar ante la mirada inflexible de su jefe. Éste ya había sacado el teléfono y esperaba escuchar la voz de esa otra persona al otro lado de la línea.

—¿Luca? Necesito que vengas a la tienda... —exigió, y permaneció unos

segundos en silencio ante la mirada atenta de los tres—. No, ahora mismo. Deja lo que estés haciendo y ven. Tengo a alguien aquí a quien le debes unas cuantas explicaciones. Ya te advertí que este absurdo juego de pistas no era una buena idea.

Capítulo 19

Hora de saber la verdad

Esperaron a que Luca llegara. Giovanni colocó en la puerta el cartel de CERRADO y se reunieron en la trastienda en torno a la mesa rectangular que se usaba para adecentar y restaurar las piezas antes de ponerlas a la venta. El propio Giuseppe la había despejado momentos antes.

Fue Luca quien comenzó a hablar, a instancias de su padre.

—Daniela, que quede claro que nadie ha pretendido engañarte, sino que la idea era que fueras descubriendo todo esto por ti misma.

—Nadie lo diría —opinó Rocco, con gesto severo.

—Dejadme que os lo explique todo desde el principio. Daniela, insisto en que no ha habido intención de engaño, y cuando lo sepas todo entenderás por qué —repitió, con aire de disculpa—. Yo me enteré de todo esto por casualidad una noche de las que estuve velando a la abuela en el hospital poco antes de morir. Estaba tan mal que a ratos deliraba. Cuando la enterramos, decidí guardármelo para mí. Son unos hechos tan abominables que me negaba a creer que alguien de mi sangre pudiera haber obrado de un modo tan despiadado. Y como la abuela se llevaba su secreto a la tumba, mejor para todos. Hasta que llegaste tú, Daniela.

—Y ¿yo qué tengo que ver?

—Nada, pero mereces saber que tu padre no se fue de casa en busca de una vida distinta ni detrás del amor de su vida, o de ambas cosas. El motivo de su marcha fue que se negó a aceptar la decisión de su propia madre, que pretendía legárselo todo a él y desheredar a su hermana.

—¿Mi padre sabía lo que vas a contarnos?

—La abuela se lo dijo y eso precipitó su decisión. Era un hombre justo que prefirió callar lo que sabía por no herir a su hermana, a quien nunca reveló la verdad.

—Sigo sin entender adónde quieres ir a parar —dijo Daniela.

—Cuando tú llegaste, podría haberte contado lo que sé. Lo que mi padre, Peppe y yo sabemos, pero ¿me habrías creído? Recuerda que viniste de uñas contra todo lo que olierá a Barone. Fue entonces cuando se me ocurrió la idea de ir dándote pistas para que tú misma averiguaras la verdad oculta de nuestra familia. Peppe se prestó a ayudarme, y a mi padre lo convencí a regañadientes mucho después, cuando ya tuviste el cuaderno y la fotografía de la niña en tu poder.

—Seguimos sin saber nada, Luca —advirtió Rocco—. Ve al grano.

—Hace cincuenta y tres años, cuando los abuelos estaban prácticamente recién casados, el abuelo Aldo tuvo una aventura, un amor secreto del que nació una niña. Y fue tan ingenuo que se lo confesó a su legítima mujer cuando la niña nació; por lo

visto pretendía reconocerla como hija y ocuparse de su crianza. Entre Maruzzella y el abuelo hubo verdadero amor, no fue un desliz ocasional.

—¿Maruzzella? —preguntó Daniela, viendo algo de luz entre tanta confusión.

Fue Peppe quien intervino:

—Sí, Maruzzella Scolà, la modista de la señora Barone. Y mi madre.

Daniela se quedó sin palabras. Luca prosiguió con el relato:

—La abuela puso a su marido entre la espada y la pared. Le permitiría criar a esa niña, pero en la casa y como hija de ambos. No de otra manera, o de lo contrario formaría tal escándalo que le hundiría el prestigio, el negocio y la vida. Y el abuelo se acobardó. Habló con Maruzzella y le quitó de los brazos a la pequeña Amada Nicoletta, convenciéndola de que con él no le faltaría de nada. Una madre soltera en aquellos años no estaba bien vista.

—Lo que Luca está diciendo, para que quede claro —apuntó Giovanni—, es que Costanza Barone acogió a mi mujer como hija con el consentimiento forzoso de ambos padres.

—Fue la abuela la que robó a la niña y no al revés —dijo Daniela, comprendiendo.

—Una niña que es tu madre, Amada Nicoletta —resumió Rocco, dirigiéndose a Luca.

Éste asintió.

—La abuela no era su madre y no la quiso como hija. Y menos cuando tuvo un hijo propio. Aquella niña intrusa fue el recuerdo constante de la traición de su marido, que no tardó en morir de un aneurisma, cuando tu padre era un niño. En cuanto Giulio tuvo edad para ponerse al frente de la empresa, la abuela le contó la verdad y su intención de dejárselo todo a él. Tu padre se negó, Daniela. Prefirió marcharse y no volver, y más en el momento en que su propia madre lo obligó a cederle las acciones heredadas del abuelo bajo la amenaza de contárselo todo a su hermana. Tu padre se fue de aquí para proteger a su hermana de la inquina de la que ella creía que era su madre, porque al marcharse él la abuela tuvo que asumir que sólo quedaba una persona al frente de la empresa, y esa persona era Nicoletta Barone.

—Por eso nunca lo perdonó —dilucidó Daniela—. Porque la forzó a dejar el negocio en manos de alguien que no consideraba su familia. ¿Cómo se puede ser tan ruin?

—La abuela se arrepintió al verle la cara a la muerte, repetía todos los secretos que la remordían en voz alta.

Peppe intervino al ver que todo el peso de la reunión lo llevaba Luca, puesto que no pretendía eludir su parte de responsabilidad.

—Al morir Aldo Barone, mi madre vio vía libre para acercarse a su hija. Y, como Costanza no la conocía, decidió pedir trabajo en la casa Barone. De ese modo veía a su hija casi a diario. Pero a los pocos años conoció a mi padre, que le pidió matrimonio con la advertencia de que olvidara a la hija que había tenido siendo

soltera. Ella sabía que nunca sería una madre para Nicoletta y eligió empezar una nueva vida. Se marcharon a vivir a Casaluce y, allí, nació yo. Mi padre no quería oír hablar de nada que tuviera que ver con aquella hija, pero mi madre me lo contó. Siempre he sabido que tengo una hermana mayor. Y, como mi madre, siempre quise estar cerca de los Barone. Por eso trabajo desde hace años para el señor Colonna, que es mi cuñado, aunque él se enteró hace poco de esa circunstancia.

Rocco se pasó las manos por el pelo.

—Todo esto me parece tan... asqueroso. Nicoletta vive en la ignorancia, mientras que todos nosotros sabemos más de su vida que ella misma.

—¿Tú qué habrías hecho si fuera tu madre? —espetó Luca, encarándose con él—. Ha vivido sin entender el porqué de la frialdad de una madre que nunca le demostró el más mínimo cariño. Después se separó de su marido. ¿Qué iba a hacer?, ¿añadir más dolor al dolor de enterrar a una hija?

—He comprendido que querías que sacara poco a poco mis propias conclusiones —aceptó Daniela—, sin dejarme influir por las tuyas o por el relato de unos hechos tan desagradables que cuestan de creer. He entendido también que Peppe y Giovanni accedieron a ayudarte dándome esas señales que me llevarían a comprender la verdad por mí misma.

—Habría acabado contándotelo, Daniela —confesó Luca.

—No sé si estás siendo justo con tu madre ocultándole algo que la atañe directamente.

Giovanni intervino en apoyo de Daniela.

—Yo opino igual, Luca. Es hora de que tu madre sepa toda la verdad.

* * *

—Soy más fuerte de lo que creéis.

Eso dijo Nicoletta, después del susto, cuando su hijo le contó para qué habían acudido. Verlos llegar a todos juntos la hizo pensar en un principio que había ocurrido alguna desgracia.

Pero toda esa fortaleza se vino abajo y se convirtió en lágrimas cuando oyó de boca de Luca que había vivido un engaño. Que no era hija de la mujer a quien creía su madre y que había crecido sin muestras de cariño por su parte porque no soportaba que la llamara *mamá* sin ser nada suyo, siendo la hija de la amante de su marido.

Lloró lamentando los años perdidos sin saber nada de Giulio, su único hermano, al que olvidó para contentar a su madre falsa, con la vana esperanza de obtener de ella un amor materno que nunca llegó. Y lloró al imaginar a su madre verdadera, que la dejó en manos de su amante y amado, un hombre poderoso que con sus argumentos la puso entre la espada y la pared.

—Eso significa que somos hermanos —comentó, dirigiéndose a Giuseppe.

—Por parte de madre, sí.

Daniela y Rocco asistían como testigos sin voz. Luca seguía relatándole la historia y respondiendo a sus preguntas. Y, como alivio del mal trago, veía cómo su padre envolvía con un brazo a Nicoletta. Constató la conexión que había entre ellos y pensó, en su fuero interno, que de aquella amarga historia por fuerza había de salir algo bueno.

—Y ¿qué fue de Maruzzella? —le preguntó a Peppe; le costaba llamarla *madre* —. ¿Vive aún?

—Mi padre murió. Pero ella vive.

—¡Oh, me gustaría tanto volver a verla! Ahora que lo sé todo, comprendo que me quería y el motivo de su sonrisa siempre presente, de su afecto, por qué me consentía. Con cada vestido que cosía para mis muñecas, me daba un recuerdo de su amor. Incluso me regaló una, un bebé de porcelana que costaba mucho. Mi madre la riñó por gastar tanto dinero.

Por gastarlo y por tener un detalle con ella y no con su verdadero hijo. Daniela le entregó las dos fotografías donde aparecía ella misma de bebé vestida como la muñeca. Y Nicoletta volvió a llorar al saber que le había regalado una muñequita de porcelana vestida con sus propias ropas. Toda la vida había conservado ese secreto, que su verdadera madre le había puesto en las manos sin explicarle por qué.

—Peppe, quiero encontrarme de nuevo con ella cuanto antes.

El hombre asintió con una expresión que para Nicoletta fue un nuevo enigma.

—Hace seis meses que está en una casa de reposo. Podrás verla y hablarle, pero siento decirte que ella no podrá devolverte el abrazo. Aunque nada desearía más, de eso estoy seguro.

Capítulo 20

Siempre juntos

—Que no, Luca. Que me niego a que alquiles este sitio.

—No te gusta —dedujo él frustrado.

Irene se dio la vuelta y se agachó frente a él para cogerle la cara entre las manos.

—Claro que me gusta —afirmó, dándole un beso en los labios—. Pero éste es un gasto que debo asumir yo cuando llegue el día.

—No lo he alquilado, Irene. Y, si te parece adecuado para establecer un gabinete de fisioterapia o una clínica o como se llame, no hay más que hablar.

Ella se enderezó y se puso seria. La había hecho conducir hasta corso Umberto I sin revelarles que el motivo de aquella escapada era mostrarle un local comercial amplísimo, luminoso y con unos grandes escaparates. El lugar ideal para ubicar un negocio. Pero Irene no quería que Luca corriera con un gasto que no le correspondía y que a ella le parecía una barbaridad.

—Que se te quite de la cabeza la idea de comprar este bajo, ricachón. Avisado estás.

Irene miró a su alrededor. Era todo tan bonito, parecía el sitio ideal para abrir su propia clínica. Y eso que aún no le había enseñado el resto de las dependencias. Pero el alquiler en aquella calle tan importante debía de costar una fortuna. Y pensar en comprarlo..., ni en sus mejores sueños.

—Ayúdame a levantarme —pidió él mientras le tendía la mano.

Antes de nada, Irene frenó la silla de ruedas. Luego se inclinó para que Luca apoyara las manos en sus hombros. Cada día le costaba menos, pronto podría levantarse sin ayuda, sujetándose de los apoyabrazos.

Con Luca cogido a ella, dieron media docena de pasos hasta situarse al lado del mostrador. Hasta hacía dos meses, el bajo comercial lo ocupaba una clínica de depilación láser. Por ese motivo, y por su céntrica ubicación, a Luca le pareció idóneo.

—Ni lo he alquilado ni tengo que comprarlo porque el local es nuestro.

—Caramba —exclamó ella, que no poseía ni un ladrillo en propiedad.

—Poco importa el nombre que figura en la escritura.

—Que es Barone, por supuesto.

Luca apoyó la espalda en el mostrador para estar más cómodo; mucho rato de pie y sin muletas le suponía un sobreesfuerzo.

—Cuando digo *nuestro* me refiero también a ti —determinó—. A nosotros.

—No quieres que vuelva a España. Pretendes que me establezca aquí.

—Ya que no quieres depender de mi dinero...

—Pero me estás comprando.

Luca entornó los ojos ante su obstinación.

—Ni mucho menos —aclaró—. Estoy invirtiendo en mi futuro. Porque en mi futuro estás tú y quiero que te quedes para siempre. Te estoy pidiendo que te cases conmigo, Irene.

Ella lo miró sobrecogida. De repente le soltaba aquella bomba, cuando se conocían desde hacía apenas unas semanas. Claro que las habían pasado muy juntos, entre ellos existía una complicidad increíblemente hermosa. Muchas parejas se conocían menos que ellos dos, llevando años de noviazgo. Estudió la mirada de Luca y supo que tenía en la cabeza todas esas mismas reflexiones que ella elucubraba en silencio. ¿Cómo no iba a estar dispuesto a pasar el resto de su vida con ella si eran capaces de leerse el pensamiento? Pero toda esa sensatez mental no fue lo que salió por su boquita tontorrón.

—¿Por qué? —musitó emocionada.

Él sonrió exultante de felicidad.

—Porque, de todas las tías buenas que tengo en la agenda, he decidido quedarme con la más fea.

—¡Yupi!

Irene le echó los brazos al cuello y él le rodeó la cintura como un pulpo.

—Ven aquí, buenorra.

Y se fundieron en un beso de los no aptos para ser contemplados por ojos sensibles. Luca le desabrochó el sujetador y se solazó acariciándola con ardor adolescente mientras Irene suspiraba y se dejaba hacer. Qué hábiles eran las manos de su chico. Y su boca. Y otras partes suyas que... Lástima que el suelo estuviese tan sucio.

—¿Dónde guardas tu agenda? —ronroneó, sin dejar de comérselo a besos.

—En mi despacho, ¿por qué?

—Para quemarla.

* * *

Daniela e Irene se abrazaron, chillaron, rieron y soltaron unas lagrimitas de alegría. Asimismo, hubo momento para la ilusión cuando Irene le contó sus planes de futuro y el apoyo que le brindaba Luca ofreciéndole un local donde establecerse y ser su propia jefa.

Y también lo hubo para la preocupación.

—Cuando dé la noticia a mis padres, van a llorar.

—¿Por qué, tonta? Se alegrarán por ti.

—Por supuesto, eso no lo dudo. Pero siempre hemos estado muy unidos. Y soy la primera en volar del nido. Se pondrán muy tristes en cuanto se enteren de que me

traslado al otro lado del Mediterráneo. Habrían preferido que me echara un novio de Madrid, como muy lejos.

Daniela la vio tan dudosa que quiso asegurarse de que Irene no había tomado la decisión presa de la euforia del momento.

—¿Tú estás segura?

—Completamente. Las opciones son vivir en Valencia o en Nápoles, cuando nos casemos. Yo no tengo trabajo, Luca sí. Yo domino su idioma, él no domina el nuestro. ¿Vamos a instalarnos en Valencia para vivir como un par de parados? Cae por su propio peso, y a mí siempre me ha gustado Italia.

—¿Y lo de vivir con la suegra también lo tienes tan claro?

—Lo asumí desde el principio. Al poseer esta casa tan bonita y tan grande pegada a la fábrica, me parece absurdo mudarnos a otra.

—Nicoletta es un poco ogro —le advirtió su amiga.

A Irene, acostumbrada a convivir con una familia numerosa en ochenta metros cuadrados, las rarezas ajenas le parecían pura anécdota.

—No creas, es cuestión de saber llevarla.

—Pero... —agregó Daniela, viéndola igual de preocupada a pesar de sus sólidos argumentos.

—Que echaré mucho de menos a mi familia.

—A ver, Irene. ¿Cuánto se tarda de Valencia a Madrid?

—Menos de dos horas en tren.

—Pues volar hasta aquí, más o menos lo mismo.

—Sí, pero en el mapa parece tan lejos...

—Seamos francas: visto lo visto —indicó, a la vez que señalaba a su alrededor con la mano—, el dinero no va a ser un problema a la hora de viajar. O de que ellos vengan aquí.

—En eso tienes razón —convino Irene.

—Piensa, además, en lo contentas que se pondrán tus hermanas cuando sepan que tienen este casoplón para venir de gorra siempre que quieran.

Capítulo 21

Muchas maneras de decirlo, sólo una de escribirlo

Rocco y Daniela se pasaron el fin de semana sin salir de la cama, desnudos, aprendiéndose con la mirada, las manos y la boca cada centímetro del cuerpo del otro. Se amaron de todas las formas posibles, descubriendo nuevos modos de sucumbir a la lujuria, dejándose llevar por la tentación de experimentar lo desconocido.

Él aún tenía grabado en la retina y en la piel el placer que Daniela le había proporcionado momentos antes, al hacer el amor en la ducha. Apoyado en la pared, con ella en cuclillas frente a él, Daniela lo acogía en su boca con la dulzura maliciosa de una amante entregada, sin dejar de mirarlo a los ojos mientras lo hacía gemir con cada roce de su lengua, orgullosa de ser la dueña de su deseo. Rocco musitó su nombre tantas veces que llegó a olvidarlas. Daniela..., Daniela, sólo Daniela. Había más erotismo en su mirada que en miles de noches con otras.

Hacía rato que la abrazaba despierto. Ella comenzó a moverse y a ronronear para salir del sueño como una gata satisfecha.

—Buenos días —murmuró adormilada.

Rocco se los dio con un beso.

—¿Llevas mucho rato despierto?

—No quería despertarte a ti. Por eso no me he levantado a hacer el desayuno.

—Y porque tampoco tienes ganas de hacerlo.

Él se rió, dándole un nuevo beso en la punta de la nariz.

—Me has pillado. ¿Qué te parece si nos vestimos y desayunamos en la calle?

Daniela se desperezó.

—Ya veremos. Pregúntamelo dentro de diez minutos.

Rocco le puso la mano en la mejilla para que lo mirara a los ojos.

—Mientras dormías, he estado pensando también en otra cosa. ¿Ya has decidido qué vas a hacer con tu paquete de acciones? No hace falta que te diga que espero que las dejes en mis manos. Y, voy a serte sincero, eso me otorgaría por primera vez capacidad de decisión en la empresa.

—Y eso es importante para ti —dedujo Daniela, procurando mostrarse imparcial.

—Por supuesto que lo es. Me he dejado la vida durante los seis últimos años en esa empresa, siempre aconsejando, sometido a las decisiones de los accionistas. Ha llegado la hora de que, además de ser escuchada, mi voz también tenga peso —argumentó con una tensión en la mandíbula que incomodó a Daniela—. Aunque la decisión es tuya.

Lo era. Y, preocupada, sospechó que su idea respecto a las acciones no iba a ser

de su agrado. Se negaba a culminar aquellos días preciosos para ambos con una discusión.

—No hablemos ahora de eso. Y, sí, quiero desayunar fuera y ver durante un rato la luz del sol. Pero antes ven aquí.

Lo abrazó y él la envolvió como a ella le gustaba. La boca de Rocco era pura magia. Con las piernas enlazadas, sentía que su piel se fundía con el calor que despedía su cuerpo duro y musculoso. Cada caricia, una brasa; cada roce, una llama. Si eso era el fuego eterno, no le habría importado cumplir en ese infierno una larga condena.

* * *

Salieron también a cenar. Y después regresaron entre las cuatro paredes que se habían convertido en su refugio privado para disfrutar de aquella noche de domingo que ponía fin a sus dos mejores días de los últimos años.

Rocco se dirigió al mueble bar y regresó con una botella a medias de *limoncello* y dos vasitos. Se había quitado la camisa. Mientras servía el licor, Daniela le acarició el torso desnudo. Brindaron por los dos y sus labios se fundieron en un profundo beso. Él disfrutaba con el ronroneo satisfecho que emitía Daniela al tiempo que mantenían unidas sus bocas con los ojos cerrados.

También percibió el aroma de deseo que despedía su piel, sus pezones duros bajo la tela de la blusa y su pubis presionándole la bragueta como un descarado y erótico gesto de reclamo.

Le quitó el vaso de la mano y lo dejó junto al suyo en la mesilla de noche. Daniela se tumbó en la cama y se desnudó de cintura para arriba con una sutil inclinación de espalda que dejó sus senos expuestos. Rocco le lamió la comisura de la boca antes de recorrerle el cuello con la lengua en un húmedo descenso. Entrelazaron las manos cuando él comenzó a jugar con un pezón, momentos antes de cubrirlo con la calidez de su boca.

Daniela jadeaba al sentir la deliciosa combinación de roces, lengua, dientes y labios. El aliento de Rocco sobre su piel acrecentó el cosquilleo que la hacía apretar las piernas. Le desabrochó el botón del pantalón y él le bajó la cremallera de la falda. Acabaron de desnudarse sin separar sus bocas.

Daniela buscó a tientas el miembro hinchado y lo sujetó en la mano, con la firmeza y la ternura de quien sabe cuidar su más sensible regalo. Rocco empujaba las caderas, señalándole que el deseo iba dominándole la voluntad. Ella abrió las piernas y él deslizó la mano por su vientre para darle placer. Alzó la cabeza para ver la sonrisa maliciosa de Daniela y sus ojos entornados, que lo invitaban a seguir. Y se recreó con la maestría del que conoce el placer que provoca la anticipación de lo inminente.

Se colocó sobre ella y se fundieron en un mismo acto de toma y entrega. A Daniela se le agolpaba la sangre en las sienes, y un vendaval de lujuria sacudió el corazón de Rocco, que marcó el ritmo con las caderas hasta ver en sus ojos cerrados y su boca abierta una pasión que lo arrastró con ella. Un estallido que lo hizo arquearse como un animal para luego dejarse caer y recuperar el sentido, envuelto en los brazos de Daniela.

Sólo fue un instante, o quizá muchos. Ella no sabía en qué momento se tumbó a su lado y descansó la cabeza sobre su vientre. Le acarició el pelo mientras él la besaba en círculos en torno al ombligo. Rocco giró la cara hacia ella y Daniela levantó la cabeza con una sonrisa en los labios. Él se incorporó sobre un codo y dibujó la media luna que formaba su boca.

—A veces suceden cosas que no esperas —dijo, sin dejar de acariciarle los labios muy despacio con la yema del dedo—. Como ese día en que descubres una sonrisa y sabes que va a cambiarte la vida en un abrir y cerrar de ojos. Y te das cuenta de que se te ha quedado tan grabada en la memoria que no te deja tranquilo porque tu corazón, que hasta ese día latía con un ritmo pausado, te golpea el pecho sin control. Jodido corazón. Y sabes que esa sonrisa es sincera porque antes has visto muchas fingidas y porque sólo la de esa mujer te hace sentirte seguro para hablar de esas cosas que tanto nos incomoda verbalizar a los hombres: miedo, necesidad, amor...

—Rocco, vas a hacerme llorar.

Él le selló la boca con el dedo índice. Si lo interrumpía en ese momento, no sería capaz de continuar.

—Esa mujer no sabe que te ha grabado su sonrisa en la retina, mientras que tú estás seguro de que eso es lo único que quieres ver cuando te lleve la muerte.

Se incorporó y mojó un dedo en el vaso de *limoncello* que Daniela había dejado a medias. Y con la yema escribió sobre su delicado torso desnudo.

—A de apasionada, *M* de mujer, *O* de orgullosa, *R* de rubia...

Daniela le cogió la mano, pero él se soltó. Para ella no, pero para él aún faltaba una letra.

—... y *E* de eterno. Mil maneras de decirlo y sólo una de escribirlo. Nuestro amor se escribe así —murmuró, y posó de nuevo el dedo sobre los labios de Daniela—. Con el sabor de tus labios y los míos. Dejando una huella indeleble en la memoria, en los sentidos, en la piel y en el corazón. Para siempre, así es mi amor por ti.

Y la besó con una pasión exquisita. Daniela le rodeó el cuello y respondió a su beso con tal entrega que ambos supieron que estaban sellando una promesa eterna.

* * *

Nicoletta esperó varios días para acudir a visitar a Maruzzella Scolà a la casa de reposo donde Peppe la había ingresado hacía medio año. Después de una vida sin

noticias de su apreciada costurera, necesitó asumir que no hallaría ni una señal de su viveza pasada en la mujer que la esperaba postrada en una cama.

No obstante, se alegró de que aquella especie de hospital careciera de la asepsia impersonal que caracteriza a los edificios sanitarios. La habitación era luminosa, y desde los amplios ventanales se veía el jardín.

Un pedazo de naturaleza que Maruzzella no podía ver. Había sido por culpa de una caída tonta, un accidente casero que ella provocó por pura cabezonería. A sus setenta y muchos años, se empeñó en descolgar unas cortinas, según le contó Peppe Gozzi. La escalera trastabilló y, al caer, se golpeó en la cabeza. Los médicos no pudieron hacer más. El hematoma craneal se reabsorbió en pocos días, pero ella nunca salió del estado de coma.

Nicoletta había preferido ir sola. Ya sabía que allí con ellas se encontraría Peppe, que acudía a visitar a su madre prácticamente todos los días. No quería que nadie más viera sus lágrimas. Porque lloró, lo hizo en silencio al verla como una muñeca dormida, ante la presencia callada de Peppe.

Le cogió las manos y se las llevó a sus propias mejillas con la ilusa esperanza de que el contacto la devolviera a la vida. Pero la realidad es parca en fantasías y nada ocurrió.

—Los médicos no tienen una explicación. Le han hecho toda clase de pruebas neurológicas y no hay ninguna lesión aparente que justifique su estado. Parece que su cerebro está dormido, no existe motivo físico que impida que un día despierte. Por eso yo no pierdo la esperanza.

—No hay que hacerlo —murmuró Nicoletta, contemplando el paso del tiempo en aquel rostro que recordaba joven y alegre.

—Vengo casi todas las tardes, como te dije. Le leo, y yo creo que me oye y le gusta. Terminé su historia —le contó, mostrándole un nuevo cuaderno—. Se la leo para que no olvide quién es.

—Y quiénes somos nosotros dos —añadió ella con una pesarosa sonrisa—. Me encantaría venir a leerle, como haces tú, si no te importa. Yo también creo que le agradecerá saber que estoy a su lado si oye mi voz.

* * *

El reencuentro con Maruzzella le dejó una sensación extraña. Una especie de alegría nostálgica que no llegaba a ser completa. Había recobrado a una persona querida del pasado, pero en un estado de salud que enturbiaba la belleza del momento. Como si el destino se empeñara en tinter con una ligera capa de amargura cada satisfacción que le daba.

Ese pensamiento la condujo hasta el cementerio. Fue la realidad la que guió sus pasos hasta el panteón, donde leyó absorta las fechas del nacimiento y de la muerte

de su hija Olga.

Hasta que una mano se posó sobre su hombro. No la sobresaltó, sino que la llenó de paz. Conocía de sobra su tacto para saber que era Giovanni. Rara vez coincidían, y hasta ese momento Nicoletta no se había dado cuenta de cuánto la reconfortaba su compañía en ese lugar. No dijeron nada. Intercambiaron una sonrisa y él la besó en la frente. Ella se abrazó a su cintura y apoyó la cabeza en su hombro. Durante un rato permanecieron así, juntos y en silencio.

—¿No te parece raro que nos llevemos mejor ahora que cuando vivíamos juntos?

—El problema entre nosotros siempre fue la bruja de tu madre.

—Giovanni, basta de odios.

—Que Dios me perdone por hablar así de los muertos —prosiguió él sin darse por vencido—. Y que Dios la perdone a ella también.

Se quedó mirando a Nicoletta, y ella, lentamente, se desasíó de su cintura y se colocó frente a él.

—¿Ya lo has asumido? —quiso saber Giovanni con respecto a los acontecimientos que habían desmontado su pasado.

—¿Me queda otra opción? —cuestionó ella, con una serenidad que tranquilizó a su exmarido—. La vida nos golpea, y no podemos hacer otra cosa que seguir adelante. Aceptar y nada más.

Giovanni se besó la yema de los dedos y los depositó sobre el nombre escrito en piedra de su hija fallecida en plena juventud. Después dejó la rosa blanca que había llevado consigo sobre el poyete de piedra de la ventana de vidriera.

—Me costó mucho descubrir que dar gracias me reconfortaba —le explicó—. Me habría gustado morir antes que nuestra Olga, pero no fue así. Y agradezco los años que estuvo conmigo. Cada día me digo: «Soy muy afortunado porque tuve la suerte de disfrutarla treinta años». Tres décadas de felicidad, de alegrías, de sobresaltos y de enfados en los que su vida fue parte de la mía. De la nuestra —matizó con vehemencia—. Qué impagable regalo del cielo, Nicoletta.

Secó con el pulgar una lágrima del rostro de ella, satisfecho al ver que también sonreía.

—Nunca llegamos a formalizar nuestra separación —murmuró.

Ella cerró los ojos y su sonrisa fue entonces un asentimiento sin verbalizar.

—Ya comprendo: has conocido a una mujer y quieres que lo legalicemos de una vez. No te pondré pegas.

Giovanni negó con la cabeza. En el caso contrario, él se habría indignado, le habría mostrado su genio... Qué pronto tiraba Nicoletta la toalla, no era esa rendición sumisa lo que quería de ella.

—Sí, es cierto. He conocido a una mujer. Muy parecida a aquélla con la que me casé y muy distinta de la que tuve que dejar atrás antes de acabar odiándola.

Ella le cogió la mano emocionada y enlazó los dedos con los de él.

—El dolor une tanto, ¿verdad? —reconoció, echando una última mirada al

panteón donde yacía su hija Olga.

—Más que nada. Pero también los buenos momentos. Y hemos vivido muchos, Nicoletta. Muchos —insistió él—; no he olvidado ni uno solo.

—Conozco un sitio en Sanità donde hacen los mejores *taralli* del mundo. ¿Me invitas a una cerveza?

Giovanni sonrió porque eso mismo había sido lo que Nicoletta le había dicho el día que él le robó el primer beso y ella le regaló todos los que siguieron. Era una mujer singular, la suya. Le gustó que eligiera aquella tabernucha de frituras donde se habían ennoviado para empezar de nuevo.

—¿Dónde has dejado el coche? —tanteó él.

—Ahí cerca, bien aparcado.

—Iremos en el mío y luego volveremos a por el tuyo. O, mira, hagámoslo así: ya te llevaré yo a casa y mañana mandas a Donato que venga por él.

—Como quieras.

Giovanni la cogió como si no hubieran pasado los años ni los desengaños. Dejó caer el brazo sobre sus hombros, igual que cuando eran novios, y la invitó a ir hacia la salida.

—Creo que voy a comprar una moto.

—¿Como entonces?

—Meterse por Sanità con estos coches es una locura. Porque vamos a volver más veces —afirmó.

Nicoletta le dio la razón en ambas cosas. Montar en Vespa era el modo más inteligente de moverse entre el tráfico caótico de aquella ciudad y, sí, habría muchas más tardes de *taralli e birre*.

Capítulo 22

La decisión más difícil

Estaban a finales de septiembre y Daniela debía regresar a España. El curso acababa de empezar y José Luis, su antiguo jefe, tardaba en encontrar un profesor que la sustituyera, y ella se había comprometido a ocuparse de las clases en la academia hasta que contratara a alguien.

Por eso informó a Rocco, a Nicoletta y a Luca de que era conveniente formalizar ante notario la cesión de sus acciones. Todos estuvieron de acuerdo en que era mejor dejar el asunto bien detallado y legalmente en condiciones. Nunca se sabía qué podía ocurrir, y toda imprevisión, en el mundo de la empresa, auguraba complicaciones futuras.

Nicoletta y su hijo ya habían llegado a la notaría. Daniela lo sabía porque Luca acababa de enviarle un mensaje de WhatsApp. Y ella aprovechó para retener a Rocco a las puertas del edificio. Necesitaba hablar con él a solas antes de sentarse en presencia del notario.

—Quiero que sepas que he tomado una decisión. Tengo intención de dejar mi paquete de acciones a Luca. Él se hará cargo de ellas en mi nombre a partir de ahora.

Rocco estaba enfadado, pero seguía mostrando la contención propia de su profesión ante ella.

—Y ¿para qué me has citado, entonces?

—No te he citado, Rocco. Eres el abogado de la familia y de la empresa. Tu presencia aquí es imprescindible, ya lo sabes.

—Un empleado —matizó con calmoso desdén—. Uno que vela porque todo marche como es debido pero nunca decide. El hombre de ley al servicio de los dueños sin derecho a imponer su opinión. Gracias por negarme mi única oportunidad de hacer valer mi voz.

Daniela trató de cogerle la mano y él la evitó, un rechazo que le dolió y que le recordó los muchos similares sufridos en el pasado. Aunque jamás a su lado. Ésa era la primera vez, y el doble de amarga para ella.

—Rocco, amor mío, debes romper el hilo que te une a esa empresa.

—No tienes derecho a decirme lo que debo o no debo hacer. Y no me llames *amor*, porque si es así como me quieres, da lo mismo que me odies.

Por hiriente que fuera su mirada, Daniela no permitió que la acallara. Ya había enmudecido demasiadas veces ante la mirada de censura de otro hombre.

—Aléjate de la casa, Rocco. Este trabajo, tan unido a la familia, te intoxica por culpa de los recuerdos y los remordimientos. Sal de allí y empieza de nuevo.

Rocco sonrió con insidia y rebatió sus argumentos de la manera más artera,

arañando donde sabía que iba a dolerle.

—Déjate de cuentos, que no me interesa la psicología barata. Y deja de esconder tus verdaderas intenciones. Lo que pretendes es que me aleje de la fábrica para evitar que vea a Simona a todas horas. ¿Es eso lo que temes, que la tenga demasiado cerca?

Daniela se entristeció, no tenía sentido responder a semejante dardo envenenado, tan impropio de él. Y la decisión estaba tomada.

—Sé que algún día me lo agradecerás.

—No sabes nada.

Ella sacudió la cabeza y miró el reloj.

—Piensa lo que te dé la gana pero, si me quieres, hazme un favor: abre los ojos y no te resignes a una vida que no te proporciona felicidad.

—No te atrevas a pedirme ningún favor cuando acabas de demostrarme que no te fías de mí.

—No sabes cómo lamento que pienses así. No es justo.

Rocco fingió desinterés por lo que le contaba y miró también la hora.

—Se hace tarde y nos esperan arriba.

Durante su estancia en la notaría no volvieron a dirigirse la palabra ni la mirada. Daniela se negaba a ver ira, desprecio y decepción en aquellos ojos cuya franqueza, hasta ese instante, le habían dado la vida. La malhería su cinismo y la sensación de haberle fallado.

Esa misma tarde, hizo sus maletas y regresó a Valencia sin despedirse de él.

* * *

Irene estaba triste. La repentina partida de Daniela la había dejado tan desconcertada como a los demás, salvo a Rocco, que aún no se había enterado de su marcha.

Sin embargo, la ilusión que la embargaba cada vez que imaginaba su futuro con Luca era mayor que todas las penas juntas. Ya sabía que su futuro marido había hablado con sus padres para comunicarles su intención de casarse. Y, aunque Luca le había asegurado que estaban de acuerdo y felices con su decisión, ella no acababa de creerlo, a pesar de que había recibido la enhorabuena por parte de Giovanni y de Nicoletta. No quería que ninguna sospecha sin fundamento enturbiara la felicidad de los días que se estaban por llegar, ni pensaba vivir un futuro de perennes miradas de desconfianza.

Aprovechó que Luca tenía bastante trabajo y, cuando se despidió de él después de la rehabilitación, remoloneó de aquí para allá hasta que se plantó en la cocina para hacerse la encontradiza con su madre. Quería dejarle las cosas claras a solas y de mujer a mujer.

Nicoletta estaba preparando la comida de mediodía.

—Qué bien huele.

La mujer sonrió levemente.

—¿Te quedarás a comer?

—Gracias, pero no. He pedido hora en la peluquería y ya llego tarde.

—Podemos guardarte algo —comentó, sin dejar de remover la cazuela con la salsa de almejas para la pasta.

—Se lo agradezco, pero prefiero ir al apartamento, ponerme cómoda y comer cualquier cosa.

—¿Estás nerviosa?

El detalle de que lo hubiera dicho sin acritud animó a Irene a expresarse sin titubeos.

—Estoy atacada —confirmó con un suspiro.

—Es normal.

—Nicoletta, yo sé que no me considera la mejor opción para su hijo. Mi familia es gente sencilla, de la que madruga cada mañana y hace cuentas para llegar a fin de mes.

Su futura suegra tapó la olla y bajó el fuego antes de cruzarse de brazos frente a ella.

—Te equivocas si piensas eso de mí. Y ¿por qué sigues tratándome de usted?

—Porque nunca me has dado permiso para tutearte hasta ahora. Y ese detalle me da la razón —argumentó Irene—. No tiene importancia. ¿De tú? Pues de tú.

—Si lo tiene, debería haberme dado cuenta antes. Discúlpame.

—No hay nada que disculpar —dijo con sinceridad—. Y quiero que estés tranquila: vamos a casarnos en régimen de separación de bienes. Lo de Luca es suyo y lo poco que yo tenga, mío será. Luca y yo nos queremos, no voy detrás de su dinero. Y en ese bajo de la familia que él me ha ofrecido, estaré de prestado. Tampoco pretendo apropiármelo.

—Te equivocas en una cosa —señaló Nicoletta—. El bajo no es de la familia, es mío. Quiero decir que es de mi propiedad. Lo compré hace años. Y ahora debemos ir al notario. Tengo intención de ponerlo a tu nombre como regalo de boda.

—Luca se alegrará.

—Es un regalo para ti, no para mi hijo.

—¡Ni pensarlo!

—Tú lo has dicho, no hay nada que pensar. Acabas de decirme que vais a casaros en régimen de separación de bienes. El amor parece eterno, pero no podemos predecir qué ocurrirá.

—El dinero no tiene nada que ver con el amor.

—Irene, de corazón deseo que el vuestro dure toda la vida, pero si algún día se acaba, que tu negocio y tu modo de subsistencia sean tuyos. Que nadie pueda quitártelos.

Capítulo 23

Las cosas claras de una vez y para siempre

Tres meses de reflexión fueron más que suficientes para que Daniela se diese cuenta de que no podía vivir sin Rocco.

Lo que peor llevaba era la ausencia de noticias por su parte. Sabía que se hallaba volcado en ponerse al día con los casos pendientes y en familiarizarse con los clientes del bufete, que ahora era suyo. Así se lo había contado Irene. Y Luca, aunque más cauto, también le había comentado lo ocupado que estaba.

Luca se alegraba por Rocco, a quien lo unía mucho más que una amistad. Y Daniela también estaba orgullosa de su decisión. En el fondo se sentía impulsora de esa nueva etapa laboral en la que él, según le contaban, había puesto todas sus ilusiones. Pero no podía dejar de lamentar que no fuera él mismo quien le explicara cómo le iban las cosas. Y mucho más: necesitaba oír de su propia boca que la extrañaba, que la quería tanto que no podía dormir por las noches, que la distancia no había mermado ni un ápice su amor por ella.

Se consolaba pensando que Rocco no era aficionado a los mensajes ni a expresar sus emociones por teléfono. Él sólo le abría su corazón cuando la tenía delante y mirándola a los ojos. ¡Lo quería tanto que le hacía daño hasta el aire que respiraba de lo mucho que lo echaba de menos! Daniela esperaba con ansia el momento del reencuentro, puesto que ambos estaban invitados a la boda de Irene y Luca. Contaba los días que faltaban para volver a verlo y descubrir de una vez si todas esas suposiciones eran ciertas o si ese tiempo sin saber de él no había sido un período de reflexión, sino fruto del olvido. Se desesperaba al pensar en esa posibilidad, pero la encajaría con valentía y seguiría adelante. No le quedaba más opción.

Alzó la vista hacia el reloj de la estación, se le hacía tarde. Si no se daba prisa, cerrarían la tienda de discos que había descubierto por casualidad durante uno de sus paseos por el barrio. Y quería curiosear a ver si encontraba alguna joyita musical de su adolescencia discotequera.

Aguardaba el cambio del semáforo cuando oyó a su espalda la voz que más detestaba.

—Hola, Daniela.

—¿Qué quieres?

Alejandro la miró con una media sonrisa y ella se avergonzó de ser tan transparente a sus ojos al comprobar una vez más cuánto se divertía importunándola.

—No te pongas nerviosa.

—Y tú deja de repetir tu frase preferida porque no me enervas. Me incomodas, y mucho. ¿No te quedó claro cuando hablamos por teléfono que no quiero verte más?

—La calle es de todos. No tengo la culpa de que frecuentemos los mismos sitios.

—No, tú nunca tienes la culpa de nada. Ya te encargas de esparcirla a tu alrededor para que tu ego infantil no se resienta.

—¿Piensas ser siempre tan desagradable?

Nunca dejaría de hacerlo. Cuánto disfrutaba lanzándole mensajes hostiles acompañados de una sonrisa irónica.

—Adiós, no tengo ganas de hablar.

Cruzó la calle hasta la plaza de toros y él la acompañó con una cara de satisfacción que Daniela estuvo tentada de borrarle de un puñetazo. No obstante, no pensaba caer en sus provocaciones.

—Te empeñas en que no seamos amigos, pero lo que hubo entre nosotros fue demasiado fuerte para fingir que no existió.

—Yo lo recuerdo como un período asqueroso. Y la amistad es un concepto que te queda grande.

Alejandro le cogió el brazo y ella se libró de su mano de un tirón.

—Eh, no te confundas, niñita ilusa —avisó él, con una mirada que a Daniela le dio escalofríos—. A ver qué te has creído... Sé que todo se ha acabado entre nosotros, pero las personas adultas y educadas somos capaces de conservar una amistad.

—¡No te quiero como amigo! —aseveró Daniela enfadada—. No te quiero a mi alrededor. Como vuelvas a acercarte a mí, llamaré a la policía.

—Estás loca.

Y volvía a la carga, con sus sentencias tajantes que en otros tiempos la dejaban débil y con miedo de no ser perfecta a sus ojos. Daniela no se amedrentó como antes; ya no tenía el poder de humillarla.

—No quiero volver a verte y recordar lo estúpida que me hacías sentir cuando estabas contigo.

—No me culpes de tus debilidades.

—Basta, Alejandro. Puede que algún día olvide lo mal que me lo hiciste pasar. Pero lo que no voy a olvidar nunca es el día en que murió mi padre ni cómo me obligaste a acompañarte a aquella exposición de tus cuadros de los cojones cuando acabábamos de enterrarlo.

—No es necesario que te pongas agresiva. Y haz el favor de no usar ese lenguaje soez, que estamos en medio de la calle.

—No me pongo, ¡me pones tú! Sacas lo peor de mí —reconoció, antes de proseguir—: Para animarme, dijiste. ¡Y una leche! Egoísmo puro y duro, no te importaba lo destrozada que me sentía aquella tarde. Y yo, como una idiota, me sometí como siempre a tus chantajes para que no me castigaras negándome tus besos, tus caricias y tu amor. Un amor falso. Ahora que sé lo que es sentirme amada de verdad, lamento el tiempo que perdí creyendo que tú me querías —barbotó, librándose de un peso con el que cargaba desde hacía demasiado—. Tu exposición y

tus cuadros, que siempre me han parecido horribles. ¿Te sorprende? Pues ya sabes lo que tienes que hacer: lárgate corriendo a contarles a tus amigos lo mala que soy. Y a escuchar cómo te adulan y me ponen a parir. Corre como siempre a hacerte la víctima, inmaduro de mierda, y olvídate de mí.

* * *

En Nápoles, los ánimos no estaban tan exaltados, pero sí igual de pesarosos. Rocco se había autoimpuesto ese tiempo para meditar y analizar lo ocurrido desde todas las perspectivas. Once semanas y dos días hacía desde que había respondido al mensaje de texto de Daniela en el que le decía que había llegado bien a Valencia. Luego no hubo más contacto. Ni por parte de él ni de ella. Más de una vez se había sorprendido con el teléfono en la mano, pero había refrenado las ganas de hablar con Daniela.

Quería hacerlo cara a cara y explicarle que no se arrugaba ante los retos, por peliagudos que éstos fueran. Que podía vivir lejos de los Barone, en definitiva.

Necesitaba darle la razón.

Bruno Rinaldi, su antiguo profesor, acababa de abandonar el bufete muy satisfecho. No paraba de repetirle lo tranquilo que se jubilaba dejándolo en sus manos. Siempre lo había apreciado mucho, como alumno primero y también durante el año en que había trabajado como pasante en aquel mismo despacho. De su mano, Rocco había aprendido las triquiñuelas de la abogacía que no enseñan en la Facultad de Derecho.

Cada día acudía para ayudarlo a familiarizarse con cada caso y a presentarle a los clientes, puesto que los dejaba a partir de entonces en sus manos. En buenas manos, repetía. Y así lo hizo por enésima vez antes de abandonar el despacho ese día, dándole las gracias por haber tomado la decisión de dejar la empresa heladera Barone para volar en solitario.

—Acepté su oferta gracias a una mujer que confía en mí —le había dicho Rocco.

Y llevaba más de un cuarto de hora, solo y con los codos apoyados en el que ya era su escritorio, pensando en ello.

En ella.

La había acusado de no confiar en él, cuando Daniela, al no darle el control de sus acciones, le estaba demostrando su plena confianza para que resurgiera como el ave fénix y triunfara empezando de cero. Nadie, ni siquiera su familia, que no se había quedado corta a la hora de manifestarle su preocupación, creía en él, en su capacidad y en sus posibilidades con la fe de Daniela. Pronto, cuando el esfuerzo empezara a traducirse en logros, le daría las gracias por confiar en él.

—Éste no —decidió Daniela, remirándose en el espejo—. Que no, que no...

—Pero si tú estás guapa con cualquier cosa que te pongas —objetó su madre.

Ella negó con contundencia y se quitó el vestido por la cabeza. Habían ido a escoger el modelito que llevaría a la boda de su amiga Irene. A Ángela le habría sabido mal no acompañarla, aunque era consciente de que se arrepentiría pasadas dos horas de periplo de tienda en tienda y de verla ponerse y quitarse vestidos. Por suerte para ella, aquel probador era amplio y contaba con un cómodo butacón.

Estaban solas, pues la dependienta había desistido de darle consejos al tercer modelito que Daniela había rechazado. Con mucha cordialidad, le indicó que estaba a su disposición para cualquier cosa, que no dudara en llamarla cuando fuese preciso, pero que, mientras se decidía, iba a atender a otras clientas.

Ángela la vio embutirse otro vestidito azul y oscilar ante el espejo con las manos en las caderas como una cantadora de jotas.

—Y éste, ¿qué tal?

—Precioso.

Daniela rebufó ante su propia cara de asco reflejada en el espejo.

—Muy mono, pero con estas mangas tan estrechas no puedo moverme.

Su madre rebuscó un caramelo de menta en el bolso en vista de que la cosa iba para largo.

—Qué desastre —rezongó Daniela, alzando dos trapitos distintos en sus respectivas perchas.

—No seas dramática.

—Claro, como tú ya tienes el tuyo...

—Por supuesto, pienso repetir el que llevé a la boda de tu prima María Pilar, que soy una invitada del montón —dijo, y se apresuró a rectificar—: Ha sido un detalle muy bonito por parte de Irene invitarme.

—Vas invitada por parte de los dos, como yo: de la novia y del novio. Que para eso Luca es tu sobrino y mi primo. Y, aunque no se casara con él, Irene también te habría invitado. No se olvida de los paquetes con jamón y queso manchego que nos mandabas cuando estábamos de Erasmus.

—Es una chica estupenda.

Daniela se ajustó el tirante del sujetador y miró con atención un modelito negro corto. Mientras se lo probaba, recordó un asunto importante que aún no había comentado con su madre.

Un pitido del móvil dentro del bolso, seguido de siete más, la obligó a mirar la pantalla. Y volvió a guardarlo con un rebufo de fastidio.

—Es Pedro, ya lo leeré luego.

—Es un buen chico. Y te aprecia.

—Pues que no me aprecie tanto, que se lo he dejado bien claro.

—Pero le gustas mucho.

—Sí, mamá. Soy una desagradecida. Pedro es el hombre perfecto: cariñoso, bueno, responsable, el yerno que toda suegra querría. Pero me atosiga —masculló, arrastrando la ese.

—Dale tiempo para que se desengañe por sí mismo.

Daniela se mordió el labio mientras se exigía mentalmente paciencia y se apresuró a cambiar de tema.

—Oye, mamá, no te lo había dicho todavía... —anunció, mientras se alisaba la falda del vestido negro—. Es sobre la herencia de la abuela Costanza.

—Lo que decidas, bien hecho está. En ese asunto no tengo arte ni parte.

—Pero quiero que lo sepas —argumentó ella. La opinión de su madre le importaba mucho, a pesar de que su decisión era firme—. Voy a poner mi parte de la casa a nombre de Luca, como regalo de boda. Nicoletta... No sé si algún día me acostumbraré a llamarla *tía*... —añadió, a modo de inciso—. Bueno, el caso es que le ha regalado a Irene el bajo donde ha establecido la clínica. Es un local muy cotizado, aunque eso es lo de menos.

—Me parece muy bien, por tu parte y por la suya.

Daniela la miró a través del espejo del probador.

—¿De verdad no crees que es una estupidez?

—Tu padre era el hombre más generoso que he conocido. Estoy convencida de que habría hecho algo parecido.

—Eso pensé, que los gestos de generosidad hay que imitarlos. Además, siempre me recibirán como en mi propia casa, aunque ya no lo sea.

—Papá estaría orgulloso de ti —aseguró Ángela sonriente—. Han cambiado mucho las cosas por Nápoles —meditó, pensando en su desconocida cuñada.

—Y para bien.

—Creo que ahora es el momento de volver.

—¿Tú?

—Sí, yo. Habría preferido que me acompañara tu padre, pero eso ya no puede ser —agregó con pesar.

Daniela no quería verla triste, por lo que se centró en el asunto que las había llevado a aquel probador.

—Éste tampoco. El negro nunca me ha sentado bien: parezco Maléfica.

Su madre dejó caer los hombros con un gesto de fastidio. Tenía paciencia, pero empezaba a cansarse de tanta prueba fallida. Observó cómo se quitaba el vestido y se lo cogió de la mano para colgarlo ella misma en la percha. Cuanto antes siguiera rechazando modelos, antes saldrían de allí.

—Todos te sientan bien y ninguno te convence, Daniela. ¿Qué es lo que te pasa?

Pero ella ya se hallaba dentro de otro vestido de color rojo anudado al cuello y con los hombros al aire.

—Éste es bonito, pero sin escote... Si es lo mejor que tengo.

—No digas bobadas. Lo mejor que tienes eres tú misma. ¿Esta pérdida de tiempo se debe a que te pones nerviosa de pensar que vas a volver a ver a Rocco en la boda? —tanteó, escrutando sus ojos a través del espejo.

Ella desvió la vista, pero su gesto le dio la razón.

—¿Rocco? ¿Quién es ése? —arguyó, entornando la mirada como una verdadera bruja.

—Daniela...

Su boca la traicionó.

—Este rojo tan cerrado no me gusta, y punto. Tengo un escote para lucirlo, no me digas que no —pretextó con un suspiro maligno—. Que se le nuble un poco la vista, ¿no te parece?

* * *

Nicoletta aún no acababa de creer que, en ese justo instante, se hallaba paseando por via Toledo con la mujer de Giulio. Su cuñada, se repitió para no olvidarlo. Tan desacostumbrada estaba a ese recién recobrado parentesco que la idea se le hacía rara. Ángela había avisado de su llegada con una semana de antelación. Hubo un silencio tácito, pero una y otra supieron que acudía con intención de alojarse en el palacete familiar, decisión que Nicoletta agradeció pese a no oírla de su boca, porque deseaba fervientemente suavizar toda aspereza y recibir a Ángela Beltrán en casa como lo que era: parte de su familia.

Y resultó que se cayeron bien desde un principio. Nada más verla apearse del coche, ayudada por Donato, Nicoletta supo que aquella visita iba a ser un regalo para su conciencia atormentada.

La invitó a detenerse en la plaza Dante.

—Y aquí es donde mi hermano jugaba al fútbol cuando salía del colegio.

—Como esos chiquillos de ahí —imaginó Ángela, contemplando con ternura a los chavalines que ante sus ojos chutaban el balón.

Nicoletta le tendió un pañuelo de papel y ella se excusó con una sonrisa, secándose las lágrimas.

—Hemos perdido mucho —reconoció Nicoletta—. Y nunca se les deja de echar de menos.

Ángela asintió, recordando que su cuñada había perdido también a mucha gente querida. A una hija a una edad en la que nadie debería morir. No podía ni imaginar el dolor desgarrador que debía de suponer semejante mazazo del destino.

—Deseo que sigas enseñándome cada rincón, todos los lugares especiales donde mi marido vivió esa mitad de su vida que no compartió conmigo.

Nicoletta asintió con una sonrisa afable. A ella también le apetecía mostrarle todo

aquello, era como revivir su propia infancia, de la que no podía quejarse, puesto que había sido feliz a pesar de todo.

—Cuánto hemos perdido —señaló, continuando el paseo—. Y me refiero al tiempo. Los años no regresan, y Giulio y yo los dejamos escapar tontamente. Ahora ya no hay remedio.

—De un modo u otro, siento que Giulio nos acompaña ahora. Te parecerá una bobada, pero tengo la impresión de que es él quien me muestra todo esto de tu mano.

Fue Nicoletta, entonces, la que necesitó un pañuelo de papel.

—Y a Giulio no le gustaría vernos con lágrimas en los ojos —afirmó, obligándose a recobrar la alegría.

—Cierto, se habría enfadado. Tenía mucho carácter —añadió Ángela—. Eso es algo que ya sabes, le venía de familia.

Nicoletta rió al recordarlo, a pesar de todo. Y volvió a ponerse seria al pensar en el engaño en el que había vivido durante las últimas décadas.

—He pasado años rumiando mi rabia y mi decepción porque creía que Giulio se marchó abandonando a su familia y su responsabilidad. Y ahora sé que estaba equivocada.

—En parte, sí lo hizo. Se fue en busca de la vida que había elegido, la que él quería, sencilla y dedicado a lo que más le gustaba.

—Puedo imaginármelo: cuando era pequeño no salía del obrador. Era feliz elaborando el helado y combinando sabores, el negocio era para él una obligación secundaria e inevitable —dijo Nicoletta, mirando a su cuñada, con la que cada hora que pasaba sentía más afinidad. El amor por una misma persona pulverizaba años de rencor—. Cuéntame, yo también quiero saber cómo vivió Giulio esos años de ausencia.

—Pues vivió haciendo lo que le gustaba. Fundó una auténtica heladería italiana en el centro de Valencia que se ha convertido en una tradición. Y seguimos llevándola a su gusto. Los camareros visten todavía con chaquetilla blanca y pajarita, menos los que atienden la terraza en verano: se asarían de calor —explicó Ángela, sin evitar la risa al imaginarlo.

—Y la llamó Barone también —recordó Nicoletta.

—Naturalmente, ¿cómo si no?

—Un día te daré una sorpresa. Quizá me presente sin avisar.

Ángela se cogió de su brazo. Junto a Nicoletta, tan parecida a Giulio, sentía que una parte de él permanecía viva.

—Pues tráete pañuelos de papel a montones porque, cuando pruebes nuestros helados y cierres los ojos, te parecerá que tu hermano sigue entre nosotros todavía. No hemos cambiado nada de las recetas que él dejó anotadas en su cuaderno. La *cassata*, la *testa di nero*, la *gianduja*... Conservo ese recetario como un tesoro.

Dieron media vuelta y continuaron el paseo subiendo por via Toledo. En la plaza della Carità, Nicoletta propuso parar a tomar un café frío que a Ángela le supo

delicioso. Y conversaron sobre el pasado y el presente sin pensar en el paso de las horas, hasta que oscureció.

Esa noche, cuando Ángela habló con Daniela por teléfono como acostumbraba a hacer desde que estaba en Nápoles, lamentó la equivocada impresión que su hija se había llevado de su tía, quizá por la diferencia generacional que las separaba, o tal vez por la falta de buena voluntad por parte de ambas. Ella había llegado con intención de compartir con su familia política la pipa de la paz, y así se lo contó a Daniela.

—A pesar de que las dos dejamos de fumar hace años, fíjate.

—Mamá, no comprendo cómo puedes llevarte tan bien con ella sabiendo lo mal que se portó con papá.

—No eches la culpa sólo a una de las partes. Cierto es que tu padre, de haber seguido en contacto con ella, habría acabado contándole cosas que no quería que su hermana supiera y dándole explicaciones que no quería darle. ¿Cómo iba a decirle: «Nicoletta, me he ido de casa porque la que crees tu madre en realidad no lo es y pretende dejarte a un lado del negocio y quitarte lo que en justicia te pertenece»? Porque ella habría hecho preguntas y la verdad es horrorosa.

—Es una antipática, mamá —sentenció Daniela sin una pizca de piedad—. No digo que sea mala persona, pero tiene un carácter que da asco.

—Ha pasado mucho. No juzgues su amargura.

—Lo sé. O lo imagino —rectificó.

—Y está muy sola. Más que estarlo, se ha sentido sola durante años. Y todos necesitamos a veces que nos escuchen, que nos hagan un poco de caso.

* * *

Irene estaba preciosa vestida de novia, feliz..., una vez pasada la sorpresa inicial en que le dieron ganas de asesinar a su futuro marido cuando lo vio en el altar esperándola de blanco inmaculado como ella, desde la corbata hasta los zapatos, en un concepto de elegancia a la napolitana. Luca no la había informado de sus planes para casarse vestido como un niño de primera comunión, pero a ella, una vez que la cogió de la mano, poco le importó que todos comentaran que Luca estaba guapísimo, aunque pareciera sacado de un *cabaret* musical de los años cincuenta.

Durante los dos meses que habían estado separados, con ella dedicada a los preparativos de la boda en Valencia, Luca se había esforzado el doble en el gimnasio, y su recuperación física era la prueba de ello. Recorrió el pasillo de la iglesia hasta la salida con Irene del brazo, ayudado solamente de un bastón metálico. Su esfuerzo recibió merecidos aplausos.

Aquel viernes todo el mundo estaba contento..., excepto Daniela. Al final había escogido un elegante modelito corto de gasa con un bonito y diminuto estampado

floral en tonos pastel y turquesa. Con un escote como quería, discreto pero muy sugerente. A la salida del templo, se escabulló para evitar la compañía de Pedro Soler, que se había sentado junto a ella, erigiéndose por su cuenta en acompañante al verla llegar con su madre.

Ya en la acera, sola, mientras echaba puñados de arroz a los recién casados, sentía un hormigueo por todo el cuerpo de puro nerviosismo. Durante la ceremonia se negó a girar la cabeza para escudriñar entre los ocupantes de los bancos de atrás. Y, por mucho que miraba a un lado y a otro, no veía a Rocco por ninguna parte.

Cuando los invitados se acercaban ya a felicitar a los novios, Daniela se aproximó a la pareja para darles también la enhorabuena. Irene estaba en medio de un corro formado por sus amigas de la facultad. Fue Luca el que la cogió por la cintura y la giró como si fuera una muñeca.

—Ven aquí, guapísima.

Ella le deseó lo mejor con los dos besos de rigor.

—¿Y Rocco? No lo veo por ninguna parte.

—No ha venido...

Y no pudo decirle más. Los hermanos de Irene lo cogieron del brazo y se lo llevaron casi en volandas para presentarlo a los parientes llegados desde Cuenca, a los que aún no conocía.

Daniela se alejó un poco de aquel barullo que la aturdía.

«No ha venido.» «No... Ha... Venido.»

Y sólo podía existir un poderoso motivo para que Rocco no asistiera a la boda de Luca. Y ese motivo era ella, su presencia. La razón de su ausencia era que no quería verla.

Capítulo 24

Aprender a vivir sin tí

El cóctel de bienvenida le supo a lágrimas, todas las que Daniela se tragó por no derramarlas como ríos y hacer un drama de una velada que sólo podía ser feliz. Se emocionó, eso sí, de alegría, viendo tan contenta y enamorada a Irene. Y Luca tampoco disimulaba que estaba loco por su flamante esposa.

Fue la primera vez que Daniela vio dichosa a Nicoletta; la felicidad del único hijo que le quedaba era también la suya. Notó asimismo el acercamiento entre ella y Giovanni, y se alegró de que el matrimonio Colonna se diera una nueva oportunidad. Ambos habían compartido demasiado sufrimiento con el accidente en el que había fallecido su hija. Les quedaba Luca y les quedaba también el resto de su propia vida.

Todo estaba exquisito, en la antigua cartuja reconvertida en salón de eventos se habían esmerado con el menú. La noche acompañaba, y en las mesas, distribuidas por el jardín, se estaba de maravilla. A pesar del buen tiempo, de la simpatía de los invitados con los que la sentaron y de su madre, que no dejaba de distraerla, Daniela no disfrutaba de la boda, y le pesaba, puesto que era un momento importante de dos personas a las que quería mucho, y habían tenido el detalle de compartir con ella su alegría.

Fue a los postres cuando su nublado estado de ánimo comenzó a clarear gracias a un sorpresivo haz de luz. Un haz que se convirtió en un sol enorme, tan repentino que Daniela comenzó a sudar al verlo aparecer. Rocco iba ajustándose el nudo de la corbata mientras la buscaba con la mirada. Llevaba una bolsa de papel en la mano, que ella supuso que debía de ser el regalo para los novios. Cuando la vio, se detuvo de golpe. Apenas un segundo que a Daniela se le hizo eterno y en el que tuvo que esforzarse para no saltar de la silla y echar a correr para echarle los brazos al cuello. Se levantó despacio y dejó que fuera él quien se acercara.

—Ya había perdido la esperanza de verte —murmuró, para que sólo él lo oyera.

—No podía perdérmelo. Ni podía dejar de venir a darte las gracias.

Rocco le cogió la mano entre las suyas y le besó los dedos, reteniéndola contra sus labios.

—¿A mí?

—A ti.

Daniela ojeó a su alrededor con disimulo, medio banquete los estaba observando. De refilón intercambió una mirada con Pedro y no le gustó su expresión.

Rocco le hizo una seña con la cabeza y se la llevó de la mano a un lugar más discreto del jardín, lejos de tantos ojos curiosos. En especial, de los de un hombre cuya mirada no transmitía buenas vibraciones.

Sortearon un muro de setos y Daniela dejó que la llevara hasta un banco, donde se sentaron.

Rocco depositó la bolsa de papel en el césped, a sus pies, y ella aprovechó para descalzarse y dejar a un lado las sandalias de tacón. Estiró los pies y suspiró de alivio al sentir en la planta el frescor de la hierba incluso con las medias.

—Puedes quitarte también la faja, por mí no hay problema.

Daniela lo repasó con una mirada afilada, aunque no pudo evitar reír.

—Hoy no la llevo. A veces eres muy tonto, ¿lo sabías?

—Sí, y no creas que no lo lamento —dijo, poniéndose serio—. Lo he sido todos estos meses.

—No sé a los demás, pero a mí me has dado una sorpresa. Ya no te esperaba —confesó Daniela, clavando la vista en las uñas pintadas de sus pies.

—Me he perdido la boda —lamentó él—. Pero no podía dejar el caso, y jodida manía que tenéis los españoles de casaros en día laborable.

—Las bodas en viernes se han puesto de moda.

Rocco apoyó los codos en las rodillas y miró a la lejanía.

—Necesitaba darte las gracias. Y eso es algo que quería hacer en persona, cara a cara. Me hacía falta tiempo para reflexionar y darme cuenta de que tenías razón. He cambiado el rumbo de mi vida, de mi vida laboral al menos.

—Algo sé.

—Imagino que Irene te lo habrá contado.

—Nicoletta y Luca no están demasiado contentos con tu decisión.

—Pero la respetan. Saben que era hora de soltar amarras, como tú. Lo supiste cuando yo no era capaz de verlo.

Daniela sabía también que no los había dejado en la estacada. Rocco era noble hasta para eso, y continuaba acudiendo cada tarde a la fábrica, eternizando así sus horas de trabajo, para encauzar al abogado buscado por él también para sustituirlo, hasta que éste cogiera definitivamente el hilo del negocio.

—Desde la distancia las cosas se ven con otra perspectiva —agregó ella sin ánimo de reproche, aunque con un deje de pesar.

Rocco levantó la mano para coger la suya pero la retiró a medio camino, como si temiese su rechazo, y volvió a entrelazar los dedos.

—Pues bien, ahora soy el responsable de mi propio bufete. He de reconocer que he sido muy afortunado al heredar, puede decirse así, una clientela de años. El profesor Rinaldi se ha portado fenomenal conmigo; siempre me tuvo mucha estima. Yo hice con él mi pasantía, y volver a ese despacho ha sido como regresar a la casilla de salida. Y todo gracias a tu clarividencia.

—Eso es un tanto exagerado —replicó Daniela apurada—. Tan sólo me parecía

que trabajar en la fábrica te estaba anulando como persona, no como profesional.

Rocco sacudió la cabeza y se pasó la mano por el pelo, echándoselo hacia atrás. Daniela sonrió con ternura: se lo había dejado crecer un poco y eso le daba un aspecto menos serio y más rebelde. Se preguntó por qué llevaban sin hablarse tantas semanas. Tenía la frustrante certeza de haber ido caminando por ese sendero del orgullo que siempre conduce en la dirección equivocada. Rocco no había sido mucho más listo, pues también había recorrido su propio trecho en el sentido inverso, lo que había abierto cada día más distancia entre los dos. Al menos, se veía satisfecho en cuanto a sus logros personales.

—Esta mañana he tenido un juicio, por eso he llegado tan tarde. ¡Y he ganado, *amore!* —exclamó exultante, y de inmediato apretó los labios como si se le hubiese escapado esa última palabra y no fuera oportuna—. Mi cliente contra el ayuntamiento de Nápoles... Un litigio sobre una licencia urbanística —aclaró, sin extenderse más—. ¿Te haces una idea? David contra Goliat.

—Y has vencido. Enhorabuena —musitó Daniela, orgullosa de él.

Se sentía tan feliz de verlo tan ilusionado con ese nuevo comienzo. Estaba convencida de que esa nueva etapa le supondría un renacer como persona y podría encarar con alegría el resto de la vida.

—En cualquier reto que te propongas saldrás adelante.

—Tenías razón: ahora soy más feliz. Y he conseguido superar los remordimientos. Gracias a ti, que me abriste los ojos.

—Tú también me los abriste a mí sin saberlo.

Rocco le cogió las manos entre las suyas y le besó los nudillos, mirándola con intensidad.

—A lo mejor te hacía falta alguien que trajera un poco de orden a tu vida.

—Y a ti alguien que trajera un poco de caos a la tuya —argumentó ella, sonriéndole con ternura.

—¿Qué hemos hecho, Daniela? Yo necesitaba aclarar mis ideas y tú también, supongo —reflexionó, como si hablara solo—. Te juro que he dedicado mis días a trabajar y mis noches a pensar en ti, pero hemos perdido un tiempo tan valioso...

Daniela se inclinó hacia él. Deseaba un beso suyo, uno al menos, y en ese momento no le importaba dar el primer paso. No obstante, no fue posible, porque Rocco enderezó la espalda, como si sus propias palabras de alabanza lo hubieran incomodado.

—Ha llegado el momento de la verdad —anunció de súbito—. Además de a la boda, que me he perdido, he venido a confesarte algo.

Daniela ladeó la cabeza.

—Puestos a ser sinceros, yo también necesito hacerte una confesión. Tenías razón, en parte tomé la decisión sobre las acciones porque no quería verte tan cerca de la tal Simona.

Esa vez sí hubo un beso por parte de Rocco, pero otra vez en los dedos y con un

respeto reverencial. La retuvo pegada a los labios antes de soltarla.

—Simona no me provoca ni frío ni calor, no hace falta que te lo repita —recordó—. De todos modos, te entiendo, porque yo también tengo la sangre caliente y, en tu lugar, habría actuado de la misma manera.

Daniela se acarició la mano en el punto donde un momento antes estaba la boca de él.

—Cuéntame entonces qué es eso que tienes que confesarme.

Él buscó sus ojos con una intensidad que la hizo estremecerse. Le habría gustado borrar esa súplica de su mirada con un beso, odiaba sentir que tenía miedo de ella.

—Es una historia antigua —reconoció Rocco titubeando.

—Estoy deseando oírla —murmuró ella, con un tono que infundía confianza.

Él volvió a entrelazar los dedos de las manos y miró al infinito en cuanto empezó a contarle lo que tenía en la cabeza.

—Hace años, cuando yo andaba por los trece, estaba enfadado con el mundo. Ya sabes cómo es la preadolescencia. Odiaba mirarme al espejo y ser el más bajo de la clase: tardé en dar el estirón.

Daniela lo observó con una expresión divertida. El crecimiento se había tomado la revancha en los años siguientes, porque incluso con tacones altos, Rocco le sacaba una cabeza entera.

—Un día debí de sacar de quicio a mis padres. No recuerdo el motivo, pero debí de ponerme insoportable porque mi padre me castigó a pasar un día entero con él en el ferri para que me aburriera bien y meditara mi actitud durante una jornada de trabajo al viento y al sol —contó, recordando el episodio con un poco de vergüenza—. Llevábamos ya tres viajes de ida y vuelta y yo estaba sentado en la misma posición rumiando mi enfado, que crecía con cada hora que pasaba. Obviamente, no me atrevía a abrir la boca y correr el riesgo de que mi padre aumentara el castigo a una semana en el barco —apuntó, con una sonrisa traviesa de chico de trece años—. Entonces llegó una pareja extranjera con una niña rubia que se sentó enfrente de mí. Llevaba coletas y no dejaba de observarme. Yo me harté de sus miraditas, porque parecía más pequeña con su muñequita en la mano y era más alta que yo. De pronto, me levanté y, de un tirón, le arranqué la cabeza a aquella muñeca tan rubia como ella.

Daniela apretó los dientes.

—¿Eras tú? ¡Te odié, niñato sádico, y me diste lástima!

—No te enfades, por favor... Por eso mismo no te lo dije cuando me recordaste esa misma historia. Temí que todo cambiara entre nosotros y me dieras la espalda para siempre —rogó, metiendo la mano en la bolsa que aguardaba a sus pies.

Le puso sobre el regazo una muñeca Barbie en su caja original.

—Me costó encontrarla con un vestido rojo. No es la muñeca que te destrocé, pero sí muy parecida.

Daniela la cogió con las dos manos, a punto de echarse a llorar. Al ver que no decía nada, Rocco decidió aliviar la tensión.

—Puedo arrancarle la cabeza para que se parezca más a tu Barbie María Antonieta.

Ella le dio un empujón con el hombro para que cerrara la boca.

—Te perdono —musitó emocionada.

—Gracias.

—Es un regalo precioso.

Rocco se acercó un poco más y acarició la eterna sonrisa de la muñeca a través del celofán de la caja.

—Es un regalo que no vale nada.

—Sí vale, más de lo que imaginas.

—¿Qué dices? Aprendería a volar y te bajaría todas las estrellas que me caben en las manos si tú las quisieras —afirmó señalando al cielo, y bajó el tono de voz al añadir—: Estuve mirando equipos informáticos, a punto estuve de comprarte uno con una pantalla muy grande para que no se te canse la vista. Pero no me atreví, no después de todas las cosas que te dije.

—¿Para mí?

—Pues claro que para ti. Incluso despejé una habitación de mi casa para que ubicaras tu despacho, la más soleada. Cuando decidas poner fin a tu año sabático y continuar traduciendo documentos o dando clases, por supuesto. Pero te conozco, Daniela, sé que te aburrirás sin hacer nada —argumentó, sonriéndole—. No llegué a comprar los muebles. Temía que pensaras que tomaba por ti decisiones que son tuyas, que dirigía tu vida, y no es eso lo que pretendo. Joder, Daniela, no lo haría nunca. No hay nadie en el mundo a quien respete más que a ti.

Ella le puso el dedo índice sobre los labios para que no siguiera, pero Rocco le cogió la mano y continuó:

—Además, cabe la posibilidad de que tus sentimientos hayan cambiado. O que exista otro hombre en tu horizonte. Me negué a hablar contigo para no descubrir la verdad. No quería saberlo. No, hasta... ahora —murmuró.

Su rostro se había inclinado poco a poco hacia el de ella, sus labios prácticamente se rozaban. Daniela cerró los ojos deseando que sus bocas se unieran por fin. Ansiaba tanto volver a sentir la calidez de aquellos labios en los suyos...

De pronto, una voz masculina la sobresaltó. Ella abrió los ojos de golpe, y Rocco se enderezó, barbotando una ruda palabrota en napolitano.

—Daniela, van a cortar la tarta y te esperan —informó Pedro, acercándose a ellos y tendiéndole la mano con un ademán autoritario—. Ven conmigo, todos preguntan dónde te has metido.

Rocco se levantó también. Sin darles tiempo a reaccionar, Pedro le cogió la mano y tiró de ella, llevándosela con la celeridad de quien huye de un incendio. Daniela apenas si pudo dirigir una mirada de disculpa por encima del hombro a Rocco, que permanecía junto al banco con los brazos caídos y las sandalias de tacón a sus pies, mientras ella era arrastrada a toda velocidad por Pedro, descalza y con la muñeca

Barbie en la mano.

* * *

—Basta, Pedro. ¿Adónde crees que me llevas? —exigió, soltándose de un tirón. Él se puso frente a ella con los brazos en jarras.

—Olvídate de él, ya te ha hecho bastante daño. No vuelvas a tropezar con la misma piedra ahora que empiezas a olvidarlo.

—Pero ¿qué sabrás tú del daño que me ha hecho y de si quiero olvidarlo o no? Daniela apoyó la mano en su antebrazo derecho con una mirada de súplica.

—Me gustas mucho —confesó Pedro en un susurro.

Ella cerró los ojos y tragó saliva. Era la hora de la verdad; seguir con miedo a herir sus sentimientos era darle esperanzas, y eso era lo peor que podía hacer. Apreciaba demasiado al hombre que tenía delante, no podía continuar siendo deshonesto con él. Había llegado el momento de borrarle de la mente esas ideas de un futuro en el que Pedro se veía codo con codo con ella dirigiendo Gelateria Barone hasta la jubilación.

—Pedro, yo te tengo muchísimo cariño. Eres un hombre maravilloso, pero no funcionaría. Entre tú y yo existe afecto, pero no ese algo especial que te acelera el corazón sin avisar.

—Vamos a ver, que la vida no es una película de sobremesa. El italiano no te conviene. Piensa en lo mal que lo has pasado y en lo mal que puede hacértelo pasar. No estás pensando con claridad.

Daniela lamentó oír eso. ¿Qué creía? ¿Que era tonta e incapaz de decidir? La estaba acorralando.

—Tu vida está en Valencia —agregó él, exagerando su actitud paternalista—, donde vive la gente que te quiere. ¡No puedes dejar sola a tu madre! Sabes que tengo razón.

Como en un viaje al pasado, se sintió manipulada y dirigida, igual que en la época en la que por amor permitió que otro hombre la anulara mediante el chantaje emocional y la castigara anímicamente, utilizando sus sentimientos siempre a su favor. Y eso era algo que odiaba tanto que la encogía por dentro de pensar en repetir la experiencia.

—Aunque no me convenga, aunque me aleje de casa, aunque me sienta sola más de una vez..., aunque «y si»..., aunque «a lo mejor»... Pedro, el amor es así: incertidumbre y lanzarse por la pendiente sin frenos aunque nos dé miedo.

Se aupó para darle un beso en la mejilla y giró en redondo para ir en busca de sus sandalias.

Y allí la esperaban, a los pies del banco de madera. De Rocco no había ni rastro. Regresó triste al convite, con una clara idea en mente. La llegada de Pedro había supuesto la confirmación de sus sospechas. ¿Por qué Rocco tenía que tener ese temperamento tan visceral? Maldita sangre caliente... De él y de ella. Ojalá hubieran nacido noruegos los dos. Odiaba la idea de tener que aclarar ese nuevo error por teléfono, otro distanciamiento más y vuelta a estar cada uno en una orilla del Mediterráneo rumiando dudas infundadas.

Miró hacia el cielo. La noche lucía preciosa, sin una nube que escondiera las estrellas. No obstante, para ella era un cielo triste, como si cayera un chaparrón.

Se sentó en una silla vacía. La mesa entera lo estaba porque, después de la tarta, los invitados se habían ido marchando hacia el lugar preparado para el baile.

Una mano se posó en su hombro mientras otra le apartaba la melena detrás de la oreja con un delicado tintineo de pulseras.

—¿Y esa Barbie?

—Me la ha regalado Rocco, la ha traído desde Nápoles para mí. Pero se ha marchado.

Su madre le levantó la barbilla para que la mirara.

—¿Adónde se ha ido?

—No tengo ni idea —dijo Daniela con tanto enfado como frustración.

—Guárdate las preocupaciones, que tiempo tendrás esta noche, mañana y todos los días que están por venir. Pero no hoy. Estamos en la boda de Irene, por ella debes sonreír. No le empañes el día con tu tristeza. Las lágrimas las llora una en casa y a solas.

Daniela cerró los ojos y asintió. Se levantó, arreglándose el vuelo de la falda. Ángela cogió la caja de la muñeca y le señaló con el dedo el lugar no muy alejado donde la novia se preparaba para lanzar el ramo.

Apretó el paso para no desairar a su amiga. Aunque el ramo de novia y sus buenos augurios para la afortunada que consiguiera hacerse con él le importaban un cuerno, quería estar allí, en primera fila, celebrando con ella el día más importante de su vida.

Irene le sonrió al verla llegar y le guiñó un ojo para que supiera que la esperaba.

No fue llegar y triunfar, pues el grupo de solteras era numeroso. Y ansioso. Aquello tenía toda la pinta de convertirse en una pelea encarnizada por hacerse con el buqué de rosas amarillas y flores de azahar.

Irene se colocó de espaldas al grupo y lo lanzó sin mirar.

Y se desató la histeria.

Durante los escasos segundos en que el ramo surcó el aire hubo chillidos, empujones y pisotones. Las encantadoras y elegantes señoritas se habían convertido

en una tribu de caníbales repartiéndose un pollo. Daniela dio un salto, pero el ramo pasó de largo hacia atrás y perdió toda esperanza de agarrarlo. Miró por encima de su cabeza y logró comprobar cómo una mano grande lo atrapaba al vuelo. Las solteras recriminaron a gritos la poca vergüenza de aquella mano masculina, que lucía en el puño de la camisa un gemelo de plata.

Cuando Daniela se dio la vuelta no vio más que la sonrisa de Rocco, que avanzó hacia ella y le puso el ramo en las manos. La cogió por la cintura antes de que pudiera reaccionar y, entonces sí, por fin llegó ese beso que tanto deseaban los dos. Ella se dejó llevar por sus labios expertos y saboreó el placer recobrado con el que la hacía soñar despierta. Se abrazó a sus hombros y lo sintió temblar y ronronear como un gato contento mientras la besaba y la besaba sin querer que acabara nunca. No oían los suspiros románticos que habían provocado, ni los aplausos, ni las risas... Ni las felicitaciones porque ella iba a ser la siguiente en casarse, aunque el ramo lo había conseguido aquel morenazo tan sexi.

Rocco se separó con un beso suave sobre sus labios y le cogió las mejillas entre las manos.

—Dime que sí —suplicó.

«Sí, sí... ¡y sí!», le gritó su corazón. No había otra respuesta posible. Vio a Rocco cerrar los ojos de alivio y felicidad, aunque aún no había pronunciado palabra. No obstante, a él le bastó su sonrisa como respuesta. Daniela apoyó la frente en su pecho mientras esperaba que se dispersaran los curiosos, que, una vez resuelta la batalla floral, perdieron interés por el espectáculo romántico y comenzaron a marcharse hacia la pista de baile.

—Creí que te habías ido otra vez de mi lado.

—¿Adónde me voy a ir yo sin ti? —murmuró él, dándole otro beso enérgico—. Necesitabas tu espacio para quitarte de encima a ese gilipollas y yo te lo he dado.

Daniela hizo un serio esfuerzo para no echarse a reír al ver su cara de canalla.

—No lo es.

—Para mí, sí.

Ella lo riñó con la mirada y él alzó una ceja que ella tradujo como «así son las cosas».

—¿Dónde te habías metido?

—He ido a ver si los del cáterin me daban algo, no he tomado nada salvo un café antes de subir al avión. Me sonaban las tripas y he conseguido unos cuantos canapés de los que han sobrado.

—Eso es muy poca cosa.

—Vámonos de aquí e invítame a una paella. No creo que a los novios les importe. Daniela echó la cabeza atrás, muerta de risa.

—El arroz se come a mediodía. Aquí sólo cenan paella los guiris.

—¿Qué es eso?

—Un extranjero con pinta de turista.

—Y ¿yo qué soy?

Jamás lo sería, Rocco antes saldría descalzo a la calle que con sandalias y calcetines. Pero a Daniela le hizo gracia imaginarlo. Se aupó levantando los talones y lo besó con ímpetu.

—Tú eres *mi* guiri, que no se te olvide.

Capítulo 25

La esperanza siempre queda

Un mes después, en Nápoles, sentada junto a la cama de la casa de reposo, Nicoletta le leía a Maruzzella la historia que había escrito su hermano. Se alternaban los dos: Peppe continuaba yendo y ella la visitaba tres días a la semana. Tantas veces había repetido aquel relato en voz alta que ya se lo sabía de memoria.

—«Y así fue como Maruzzella se dedicó a coser vestidos para las muñecas de aquella niña que era su hija mientras la veía crecer sin poder oír nunca de sus labios la palabra *mamá*.»

Cerró el cuaderno y lo dejó sobre la mesilla metálica. Aquellos ratos de lectura repetitiva le habían supuesto una suerte de terapia, un ejercicio de reconciliación con un pasado que aceptaba como un hecho irremediable.

—Y, colorín, colorado, este cuento se ha acabado, como se suele decir —añadió, dirigiéndose a su particular y querida bella durmiente—. Pero las dos sabemos que este cuento no acaba ahí. Que empieza ahora, ¿verdad, Maruzzella?

Nicoletta no perdía la esperanza de ver algún día una mínima señal, un signo que evidenciara que podía oírla. Miró su reloj y alisó innecesariamente la funda de la almohada.

—Giovanni ya habrá cerrado la tienda. Dentro de nada vendrá a recogerme. Pero aún tengo tiempo de contarte. Esta mañana me ha llamado Luca. Aún no han regresado de la luna de miel. ¡Que disfruten, que se lo merecen! Y son jóvenes. Aunque yo ya estoy deseando que me hagan abuela. No sé qué idea llevarán ellos, ojalá sea pronto...

Nicoletta cogió la mano inerte de la costurera y se acercó a su oído.

—Tienes que volver a este mundo, Maruzzella. Yo te necesito —suplicó emocionada—. Ambas ya hemos tenido despedidas suficientes. Necesito abrir los brazos y darte la bienvenida. Quiero que Luca y mi nuera tengan hijos, y ojalá entre ellos llegue una niña. Regresa, Maruzzella. Tienes que coser todavía muchos vestidos para las muñecas de mi nieta. Tu bisnieta; serás una bisabuela muy joven. Vuelve conmigo, que la vida te espera —insistió con fervor—. Yo te espero, llevo años echándote de menos.

Nicoletta abrió mucho los ojos y una lágrima rodó por su mejilla para acabar convertida en una estrella húmeda sobre la sábana. Por fin, después de tantos años de dolor, la vida volvía a ser generosa con ella.

—Gracias, Dios... —musitó.

No le salía la voz para llamar a gritos a una enfermera. Pero, sí, ¡lo sentía! Y era muy real y voluntario.

Maruzzella tenía húmedas las pestañas y estaba apretándole la mano.

Epílogo

Rocco había salido temprano con la barca, y a media mañana ya estaba de vuelta. Entornó los ojos en un esfuerzo por adaptarse a la penumbra de la casa tras la luminosidad de la calle. El frescor de la entrada, con las persianas echadas y sus gruesos muros de piedra, era el mejor recibimiento después del largo rato al sol.

Todos estaban en sus respectivos trabajos excepto él, que había decidido tomarse el día libre e ir de buena mañana a Capri para salir a pescar antes de regresar a tierra para recoger a Daniela en el aeropuerto. A esas horas no había nadie en casa. Excepto él y alguien más, para ser exactos. La voz estridente de la abuela Agripina desde el comedor le recordó ese detalle.

—¡Rocchetto, ya era hora! ¿Has pescado mucho? Tu novia te está esperando hace horas, pobre, abandonada y aburrida...

—¿Daniela ha llegado ya? —preguntó sorprendido.

Entornó la puerta a su espalda, lanzó el cesto al rincón y apoyó la caña en la pared. Daniela salió de la penumbra y le echó los brazos al cuello con tanto entusiasmo que lo empotró contra el quicio.

Se besaron con la desesperación de quien hace realidad el sueño ansiado durante semanas.

La voz de la señora Agripina los obligó a moderar la pasión.

—¿Has pescado mucho? —insistió a voces desde la cocina.

—Nada, abuela. No ha habido suerte —respondió Rocco alzando la voz—. Los veleros de los turistas espantan a los peces.

La mujer apareció secándose las manos en un paño a la vez que rezongaba contra el turismo. Rocco acariciaba el rostro de Daniela y, sin dejar de mirarla a los ojos como había deseado hacer durante días, conversaba con su abuela en napolitano.

—No entiendo lo que decís —murmuró Daniela.

—Nada bueno —musitó él sobre su boca.

Y le dio un beso suave al que siguió otro y otro más, le acarició la mejilla con los labios y besó, sin dejar un centímetro, la distancia hasta el lóbulo de la oreja mientras la señora Agripina seguía maldiciendo contra los turistas. Rocco no discutió con ella porque no merecía la pena; a fin de cuentas, el turismo era la principal fuente de ingresos de la isla. Por mucho que la abuela repitiera que abandonaba la casa de su hija en Nápoles a primeros de junio para mudarse a la de su hijo hasta el día de Todos los Santos con la excusa de que la ciudad se llenaba de forasteros en verano, la familia entera sabía que a la mujer le gustaba la bulla y la mala vida que, según ella, los turistas llevaban consigo a la bella Capri.

—¿Has comido algo?

—He desayunado hace horas, abuela.

—¿Y tú, Danielina?

—Un café y una *sfogliatella* de chocolate en el aeropuerto, señora Agripina.

La mujer hizo aspavientos horrorizada.

—Voy a hacer unos espaguetis con albóndigas.

—Son las diez de la mañana.

—¿Y qué? ¡Estáis muy flacos los dos! Ay, qué chica tan guapa. Hay que cuidarla, ¿me oyes? Que te la ha traído el destino.

—La ha traído Ryanair, abuela.

Daniela se echó a reír al oír las recriminaciones de la señora Agripina a su nieto, aunque no entendía una palabra. Rocco asumió en silencio una realidad irrefutable: «Replica a tu madre, a tus hermanas, a tu mujer y a tus hijas. Pero nunca lles la contraria a tu abuela porque no tienes nada que hacer». De reojo la vio entrar en la cocina y aprovechó para volver a apretar más contra sí a Daniela y besarla en la boca.

—¿Cuándo has llegado?

—Hace nada. Quería darte una sorpresa.

—Pensaba ir a recibirte con un ramo inmenso de flores. Has anulado mi espíritu romántico —se quejó, con un nuevo beso—. Aunque, por otra parte, me has evitado el viaje al aeropuerto.

—Me temo que no —contradijo ella mientras le acariciaba el pelo—. Tendrás que llevarme porque me han perdido el equipaje. Estoy esperando que me llamen de la compañía aérea, a ver si lo encuentran.

—Pero si tú nunca facturas maletas.

Daniela sonrió feliz.

—Esta vez, sí. He aprovechado para traer muchas de mis cosas, con las que pienso desesperarte ocupando gran parte de tu armario, que ya es mío también.

Rocco le devolvió la sonrisa. En breve estarían casados. Apenas les restaban tres semanas de soltería.

—¿Ya lo tienes todo preparado para la boda?

—Casi todo.

Rocco había reservado ya los billetes de avión para toda la familia. En principio habían acordado que Daniela se quedaría en España hasta el día del enlace, pero tantas semanas de espera se les hacían un mundo estando separados.

La abuela regresó atándose el delantal a la espalda.

—¿Os preparo también unos pulpitos en salsa?

—Sí, abuela.

—Lo mejor es no discutir —musitó Daniela disimuladamente para que ella no la oyera.

Rocco pensó en los abuelos maternos de ella, a los que todavía no conocía. Los viajes a Valencia que había hecho hasta entonces habían sido escapadas relámpago y no había habido tiempo para presentaciones familiares. Error imperdonable por parte de los dos; el atontamiento amoroso y las ganas de estar juntos no eran excusa.

—Pronto conocerás a los míos. Los tenemos bastante enfadados.

—¿Ya saben que existo?

—¡Por supuesto! —lo riñó Daniela, dándole un cariñoso apretón en el culo—. Pero les molesta que te los presente el mismo día de la boda. Aunque también entienden que alargar un noviazgo a distancia es un rollazo. Mi yaya me dijo que hago bien amarrándote rápido, antes de que cambies de idea. ¿Tú qué dices? ¿Hago bien?

Rocco esbozó una sonrisa de chico malo y la besó con ganas. Mientras enredaba su lengua con la de ella, le pareció oír las protestas de la señora Agripina, testigo involuntaria de aquella pasión desatada.

—Abuela, ¿no te ibas a cocer los espaguetis?

—No te pases de listo, chico. Y cuidado con las manos. ¡Os estoy vigilando! —avisó, dedo índice en alto.

Algo entendió Daniela acerca de que aquélla era una casa decente, aunque la mujer refunfuñaba en napolitano. Aun así, no hizo ni caso y comenzó a besar a Rocco en el cuello. Dejándola hacer, él susurró entonces una de esas preguntas absurdas que se formulan cuando uno quiere oír la respuesta que ya sabe por enésima vez:

—¿Has pensado en mí durante estas semanas?

Ella metió las manos por la cinturilla de su pantalón y pegó las palmas a sus glúteos.

—Echaba de menos tu culo.

Rocco ronroneó de placer. Ambos no pasarían a la historia por sus frases románticas, pero le gustaba oírlo tal como Daniela lo decía más que cualquier otra cosa, por poética que pudiera sonar. La agarró por las caderas y la besó, apretándola contra su entrepierna. Su escasa lucidez le decía que era hora de echar el freno porque las caricias de Daniela lo estaban poniendo más caliente de lo que las circunstancias permitían.

—Esas manos —murmuró entre beso y beso—. Ya has oído a mi abuela.

Hasta allí llegaba el aroma a albahaca que picaba la señora Agripina, recién cogida de la maceta de la ventana de la cocina. Daniela rió con malicia y movió los dedos sobre sus glúteos.

—Ahora mismo no nos ve...

* * *

Esa noche, Rocco la llevó a una terraza para disfrutar de ella a solas por fin. La quería sólo para él bajo las estrellas, en su Capri abandonada a esas horas por los turistas y con la compañía no demasiado cercana de los vecinos de siempre, que ocupaban la mayor parte del resto de las mesas.

Brindaron por ellos dos, por todo lo que aún les quedaba por descubrir juntos y

les deparaba la vida. Con *limoncello* auténtico, por supuesto, el que se elabora con los limones de Sorrento. Tanto tenían que celebrar que Rocco pidió a la camarera que les dejara la botella. Daniela había llevado consigo en el bolso las letras en relieve con las que Russella, la pequeña de la familia, había decorado las puertas de la cristalera del comedor, un BIENVENIDA A CASA, DANIELA acompañado de aplausos con el que los Santoro la hicieron reír y llorar a la vez.

Mientras Rocco jugaba a enredar un dedo en su pelo, como si no se cansara nunca de acariciárselo, ella formaba palabras sobre la mesa de metal.

—¿Es ahí adonde quieres que vayamos de viaje de novios? —preguntó él, observando cómo ella colocaba la última letra en la que acababa de componer.

—¿Por qué no? No conozco Roma. Siempre que he estado allí ha sido de paso.

—Yo te la enseñaré.

Daniela se lo agradeció con un beso en la mejilla.

—Es la ciudad perfecta para una luna de miel, la primera que quiero recordar contigo, después de Nápoles, claro —confesó, con un suspiro romántico.

Invirtió el orden de las letras y formó la palabra «Amor».

—¿Lo ves?

Rocco introdujo el índice en el vasito de *limoncello* y escribió la *E* final sobre el metal de la mesa con el dedo mojado.

—Ahora sí.

—En español no lleva *E*.

—Pero así es como te lo digo yo —le susurró al oído, y puso el dedo sobre la última letra de molde—. *A* de apasionada, *M* de mujer, *O* de orgullosa, *R* de rubia... Así lo escribí sobre tu piel una vez; atrapé todas las letras en mi boca y la uní a la tuya para que el sabor, el aroma y el tacto de esta palabra quedaran grabados en tus labios para siempre.

Daniela introdujo la yema del dedo en su vasito de *limoncello* y humedeció con delicadeza el labio inferior de Rocco.

—Como ahora. Con *E* de eterno. No lo he olvidado.

Acercó su rostro al de él y sellaron ese secreto para dos. El amor, *il vero amore*, se escribía con besos, cientos, miles... Con besos que siempre sabrían a licor de limón.

Gracias por todo, gracias por tanto

A todas las personas que leéis estas historias que tanto disfruto escribiendo. Aunque resulta muy gratificante, no es tarea fácil ponerse en la piel de los personajes, sentir y vivir con ellos hasta llegar a ese esperado final sin vencer, muchas veces, las ganas de parar. Vosotros, con vuestro cariño exigente, sois el motor que guía mis dedos sobre el teclado y me anima cada vez que acabo una novela a comenzar otra nueva.

Gracias a María José López Ordiales por asesorarme en lo tocante a legados y herencias en el marco legal italiano. Y a Manuel Candal Casado, por resolver todas mis dudas en cuanto a náutica y navegación.

Gracias a Alfredo Sánchez, cuya pasión por Nápoles hizo que me enamorara eternamente de esa anciana y bella reina sin trono.

Gracias a Esther Escoriza, editora entusiasta y cariñosa donde las haya, por creer en la novela cuando aún no había escrito ni la primera página.

Cómo no, gracias a Marta Furió, a Noelia Amarillo y a Geni Dorado por regalarme unos cuantos momentos divertidos que superan la ficción. Sin vosotras, este libro no sería el que es.

Y, por supuesto, a todas las fieles lectoras, mis Chicas Happys de Olivia Ardey, que me seguís y me animáis a través de las redes sociales, ese regalo virtual que nos permite estar en contacto sin distancia ni fronteras. Gracias por creer como yo que un final feliz es un regalo para cualquier corazón lector.

Referencias a las canciones

Amores extraños, CGD/EastWest Italy, interpretada por Laura Pausini.

Despacito, Universal Music Latino, interpretada por Luis Fonsi y Daddy Yankee.



OLIVIA ARDEY nació en Alemania pero al poco su familia regresó a Valencia, ciudad donde reside con su marido y sus dos hijos. Ha crecido, vive y trabaja entre libros.

Apasionada del género corto, es autora de relatos y cuentos infantiles. Muchos de ellos premiados, han sido publicados en diversas antologías y revistas. Uno de ellos fue traducido y publicado en Italia en la revista *Romance Magazine*.

Es autora de la columna *Del libro al paladar* en la web literaria *La Pluma Afilada*, donde comenta novelas y las recetas que sus páginas esconden.